Biblioteca Pública Provincial
Núm
Sección

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICION ANOTADA POR DON NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

É ILUSTRADA POR DON RICARDO BALACA

TOMO SEGUNDO



ESCUDO DE LA PRIMERA EDICION DE 1605

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

MDCCCLXXXIII

1883

BIBLIOTECA PÚBLICA PROVINCIAL
LA PLATA

LAS NOTAS Y LA ILUSTRACION ARTÍSTICA SON PROPIEDAD DE LOS EDITORES

DEDICATORIA AL CONDE DE LÉMOS

Enviando á Vuestra Excelencia los dias pasados mis comedias, ántes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije que Don Quijote *quedaba, calzadas las espuelas, para ir á besar las manos á Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino; y si él allá llega, me parece que habré hecho algun servicio á Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro* Don Quijote, *que, con nombre de* Segunda Parte, *se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China; pues, en lengua chinesca, habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome, se le enviase, porque queria fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana; y queria que el libro que se leyese fuese el de la* Historia de Don Quijote: *juntamente con esto, me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador si su Majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. «Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China, á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros; y emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace más merced que la que yo acierto á desear.» Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á Vuestra Excelencia* Los trabajos de Persíles y Sigismunda, *libro á quien daré fin dentro de cuatro meses,* Deo volente; *el cual ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los de entretenimiento): y digo que me arrepiento de haber dicho* el más malo, *porque, segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado; que ya estará* Persíles *para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de octubre de mil seiscientos y quince.*

Criado de Vuestra Excelencia [1],

Miguel de Cervantes Saavedra.

PRÓLOGO

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote!* digo de aquel, que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que le diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y hallá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen á los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y á desear la justa alabanza: y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que, como á ignorante, me describa qué cosa sea la invidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio: y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion contínua y virtuosa [1]. Pero, en efecto, le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas:—y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama: y para confirmacion desto, quiero que, en tu buen donaire y gracia, le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo; y fué, que hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponia redondo como una pelota; y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo á los circunstantes, que siempre eran muchos: «¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?»—¿Pensará vuesa merced ahora

que es poco trabajo hacer un libro?—Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, éste, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso: amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió pues que, entre los perros en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano; y á cada palo que le daba, decia: «¡Perro, ladron! ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?» Y repitiéndole el nombre de *podenco* muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con más carga. Llegábase donde estaba el perro; y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: «Este es podenco; ¡guarda!» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos; y así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador: que no se atreverá á soltar más la losa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son más duros que las peñas[2]. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite; que acomodándome al entremes famoso de *la Perendenga*, le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Vívame el gran Conde de Lémos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pié, y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas; y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra, puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pues como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida [3]. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más á tí, sino advertirte que consideres que esta *Segunda Parte de Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera; y que en ella te doy á Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados: y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras [4], sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, áun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persíles*, que ya estoy acabando, y la *Segunda Parte de Galatea*.



CAPÍTULO PRIMERO

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad

BIBLIOTECA PUBLICA DE LA PALMA

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la Segunda parte desta historia y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura [1]; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible; porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la Primera parte desta tan grande como puntual historia, en sus últimos capítulos;

y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos; preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras, y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera; y así, de lance en lance, vino á contar algunas nuevas que habian venido de la córte, y entre otras, dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

Á esto respondió Don Quijote: «Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que

usara de una prevencion, de la cual su Majestad, á la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella.»

Apénas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí: «Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote; que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.»

Mas el Barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

«El mio, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino.

—Pues el mio, respondió Don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.

—No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí, dijo el Barbero, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere, á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del Cura que en el prefacio avisó al Rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula andariega.

—No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.

—Cuando no lo fuera, dijo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y á vuesa merced, ¿quién le fia, señor Cura? dijo Don Quijote.

—Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto.

—¡Cuerpo de tal! dijo á esta sazon Don Quijote; ¿hay más, sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la córte, para un dia señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme: ¡cuántas historias están llenas destas maravillas! ¡Habia, enhoramala para mí (que no quiero decir para otro), de vivir hoy el famoso don Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula! que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo..... y Dios me entiende, y no digo más [2].

—¡Ay! dijo á este punto la Sobrina: ¡que me maten, si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!»

Á lo que dijo Don Quijote: «Caballero andante he de morir; y baje ó suba el Turco cuando él quisiere, y cuan poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.»

Á esta sazon dijo el Barbero: «Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.»

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

«En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones, por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se

dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion, escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia; pues, por la misericordia de Dios, habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la renta de su hacienda, le tenian allí, y á pesar de la verdad, querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del Retor de la casa si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia, y que asimismo hablase con él; y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el Capellan, y el Retor le dijo que aquel hombre áun se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia, hablándole. Quiso hacerla el Capellan; y poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada; ántes habló tan atentadamente, que el Capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fué, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que áun estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda; pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo y duda en la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el Capellan se determinó á llevársele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellan pidió al Retor mandase dar los vestidos, con que allí habia entrado, al Licenciado: volvió á decir el Retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado áun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dejase de llevarle; obedeció el Retor, viendo ser órden del Arzobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos,

que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al Capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dijo que él le queria acompañar, y ver los locos que en la casa habia. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegando el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mio, mire si me manda algo; que me voy á mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio. Ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder dė Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él; que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él, si en él confia. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma; y cómalos en todo caso; que le hago saber que imagino (como quien ha pasado por ello) que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.»

»Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió:

«Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.

—»Mirad lo que decis, Licenciado; no os engañe el diablo, replicó el loco; sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta.

—»Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.

—»¿Vos, bueno? dijo el loco; agora bien, ello dirá. Andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por

todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer; pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¡Tú libre, tú sano, tú cuerdo! y ¡yo loco, y yo enfermo, y yo atado! Así pienso llover, como pensar ahorcarme.»

»Á las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro Capellan y asiéndole de las manos, le dijo:

«No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

»Rióse el Retor, y los presentes, por cuya risa se medio corrió y respondió el Capellan:

«Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro dia, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.» Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.»

—Pues ¿éste es el cuento, señor Barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde, no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista! y ¡cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto

bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan..... ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; ya no hay quien, sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, éntre en aquella montaña, y de allí pase á una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro de los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿Quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galan que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién más sincero que Esplandian? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reináldos? ¿Quién más invencible que Roldan? y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, segun

Turpin en su *Cosmografía?* Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas. Y con esto, me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellan della; y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote, dijo el Barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé [3].»

Á esto dijo el Cura:

«Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora; y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más graves, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura; y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caido muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á

Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el Barbero, debia de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la simetría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es,» dijo el Cura; el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reináldos de Montalban y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes.

«De Reináldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las

historias), soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado [4].

—Si no fué Roldan más gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debia de tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldan.

—Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrega, que no debieron de ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía; que los poetas tambien se llaman *vates*, que quiere decir *adivinos*. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus *Lágrimas*, y otro famoso y único poeta castellano cantó su *Hermosura*.

—Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazon el Barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella; porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas, fingidas, ó no fingidas (en fin, de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos), vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de

pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.

—¡Milagro!» dijo el Cura; y en esto oyeron que el Ama y la Sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.





CAPÍTULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos

CUENTA la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el Cura y el Barbero eran de la Sobrina y Ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta: «¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano: que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales.»

Á lo que Sancho respondió: «Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo. Él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

—¡Malas ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito! y ¿qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres?

—No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir, mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldías de córte.

—Con todo eso, dijo el Ama, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias; id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.»

Grande gusto recebian el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese, y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó, y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el Cura al Barbero:

«Vos vereis, compadre, cómo cuando ménos lo pensemos, nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.

—No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero; que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie, dijo el Cura, y estemos á la mira; veremos en lo que pára esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero; que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite [1].

—Así es, dijo el Barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

—Yo aseguro, respondió el Cura, que la Sobrina ó el Ama nos lo cuenten despues; que no son de condicion que dejarán de escucharlo [2].»

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos, le dijo:

«Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos

salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho; porque, segun vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias que á sus escuderos.

—Engáñaste, Sancho, dijo Don Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc.

—No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho.

—Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon, el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo.

—Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban? Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentia yo entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora; que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? y ¿qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado, de resucitar y volver al mundo la ya olvidada Órden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos; y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente ú otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los

vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por más de hierro que la nuestra; que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote; bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato [3]. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido á caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamas remendado; roto, bien podria ser, y si roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, «loco, pero gracioso;» otros, «valiente, pero desgraciado;» otros, «cortés, pero impertinente;» y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto

no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres; Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno..... dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle; de don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano, que fué lloron. Así que ¡oh Sancho! entre tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean más de las que has dicho.

—Ahí está el toque ¡cuerpo de mi padre! replicó Sancho.

—Pues ¿hay más? preguntó Don Quijote.

—Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí, luego al momento, quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Tomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller; y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces, de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia: que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador; pues, segun dice el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.

—Así será, respondió Sancho; porque, por la mayor parte, he oido decir que los moros son amigos de berengenas.

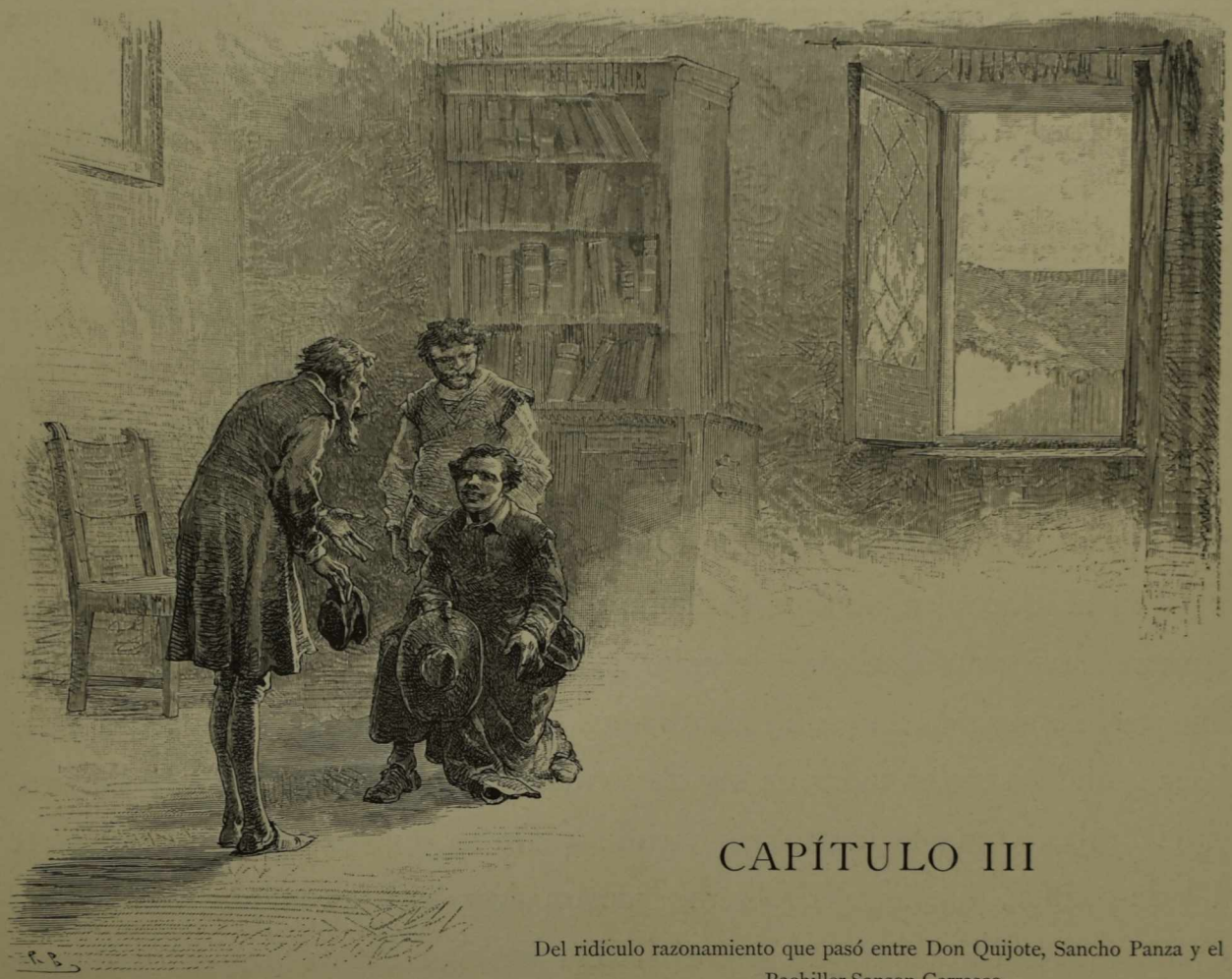
—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.

—Bien podria ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí al Bachiller, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él, respondió Sancho;» y dejando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y juntos los tres, pasaron un graciosísimo coloquio.





CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco

PENSATIVO ademas quedó Don Quijote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como habia dicho Sancho; y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues áun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito; «puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escribieron;» y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica

y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de *Cide;* y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento. Tendria hasta veinticuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande; señales todas de ser de condicion maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: «Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni áun habrá, en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!»

Hízole levantar Don Quijote, y dijo:

«Desa manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y áun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzga.

—Una de las cosas, dijo á esta sazon Don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa; dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el Bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso [1].....

—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*, y ya en esto anda errada la historia.

—No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco.

—No por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller, ¿qué hazañas mias son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros á la de los batanes; éste á la descripcion de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero; todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y áun más de las que yo quisiera.

—Á lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.

—Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote; pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del héroe de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero.

—Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser; y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.

—Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios; porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme; pues, como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarron sois, Sancho, respondió Don Quijote; á fe que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla.

—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que áun se están frescos en las costillas.

—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpais al señor Bachiller,



—CALLAD, SANCHO, DIJO DON QUIJOTE, Y NO INTERRUMPAIS AL SEÑOR BACHILLER

á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí, dijo Sancho; que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della.

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo, dijo Sanson.

—¡Otro reprochador de voquibles tenemos! dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oiros hablar á vos que al más pintado de toda ella; puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula, ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.

—Aun hay sol en las bardas, dijo Don Quijote; y miéntras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está agora.

—Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde; y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.

—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote; que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad, dijo Sanson; que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil ínsulas que gobernar, cuánto más una.

—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que, á mi parecer, no llegan á la suela de mi zapato; y con todo eso, los llaman señoría y se sirven con plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo ménos han de saber gramática.

—Con la *grama* bien me avendria yo, dijo Sancho; pero con la *tica*, ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde más de mí se sirva; digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos [2].

—Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson.

—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin.

—Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el Bachiller, es que su autor puso en ella una novela, intitulada *El Curioso impertinente;* no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.

—Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con repollos [3].

—Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que, á tiento y sin algun discurso, se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Úbeda, el cual, preguntándole qué pintaba, respondia: «Lo que saliere.» Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él: *este es gallo;* y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

—Eso no, respondió Sanson; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante [4].» Y los que más se han dado á su letura son los pajes. No hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote:*

unos le toman, si otros le dejan; éstos le prestan, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico.

—A escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran: «De paja y de heno,» etc. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen, mayor (ó tan grande) que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo, dijo el Bachiller, que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo ó la menoscabaron en algo.

—La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas; y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote; porque muchos teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares, que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren.

—El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.

—Antes es al reves; que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvidó de contar quién fué el ladron que hurtó el Rucio á Sancho; que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido. Tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.»

Sancho respondió: «Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de santa Lucía. En casa lo tengo, mi oislo me aguarda; en acabando de comer, daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo, de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos;» y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa.

Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada [5].





CAPÍTULO IV

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse

Volvió Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: «Á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi Rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas, que puso á los cuatro lados de la albarda; de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al Rucio, sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mesmo le sucedió á Sacripante, cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo.

—Amaneció, prosiguió Sancho, y apénas me hube estremecido, cuando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caida. Miré por el jumento, y no le ví; acudiéronme lágrimas á los ojos y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él, en hábito de gitano, aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador, que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mesmo Rucio.

—A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor.

—Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshiciéronse, respondió Sancho. Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado, sirviendo á mi señor Don Quijote; que si, al cabo de tanto tiempo, volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba. Y si hay más que saber de mí, aquí estoy; que responderé al mesmo Rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y áun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de avisar al autor de la historia, que

si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho; que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y ¿por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor segunda parte?

—Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no la ha hallado, ni sabe quién la tiene; y así, estamos en duda si saldrá ó no; y así por esto como porque algunos dicen: «nunca segundas partes fueron buenas;» y otros: «de las cosas de Don Quijote, bastan las escritas,» se duda que no ha de hacer segunda parte; aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: «vengan más quijotadas; embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos.»

—Y ¿á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.

—Á que, respondió Sanson, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.»

Á lo que dijo Sancho: «¿Al dinero y al interes mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de Pascuas: y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfecion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer, no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros [1].»

No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por

felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de san Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses [2], que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

«Deso es de lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho; que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. ¡Cuerpo del mundo, señor Bachiller! Sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *Santiago*, y *cierra, España;* y más, que yo he oido decir (y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo) que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la ocasion pide otra cosa; pero sobre todo, aviso á mi señor, que, si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo; que en esto, yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamas sirvió á caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula, de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido como cualquiera soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y más, que tan bien, y áun quizá mejor, me sabrá el pan, desgobernado, que siendo gobernador; y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene

aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula ú otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que tambien se dice: «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla;» y «cuando viene el bien, mételo en tu casa.»

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso, confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.

—Tanto es lo de más como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor, el reino que me diera, en saco roto; que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

—Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador, no conociésedes á la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo; no, sino llegaos á mi condicion, que ¡sabrá usar de desagradecimiento con alguno!

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá, cuando el gobierno venga; que ya me parece que le trayo entre los ojos.»

Dicho esto, rogó al Bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que, con todos los versos, juntando las primeras letras, se leyese DULCINEA DEL TOBOSO. El Bachiller respondió, que, puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España (que decian que no eran sino tres y medio), que no dejaria de componer los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete;

y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso, procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de *Dulcinea del Toboso* [3].

«Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote; que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que no crea que para ella se hicieron los metros.»

Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á tres dias. Encargó Don Quijote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolas, y á su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion: todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.





CAPÍTULO V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: «¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis?»

Á lo que él respondió: «Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso

de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras; y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad [1], junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados; puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho; que él es el entendedor de todas las cosas; y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos dias con el Rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y áun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto [2].

—Eso no, marido mio, dijo Teresa; viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo.

Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis, ú os llevarán, á la sepultura, cuando Dios fuere servido; como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí [3] y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos; que me van dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

—Á buena fe, respondió Sancho, que si Dios me lleva á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría.

—Eso no, Sancho, respondió Teresa; casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una *Marica* y un *tú* á una *doña tal* y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho; que todo será usarlo dos ó tres años; que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa; no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa.» Por cierto que ¡seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que, cuando se le antojase, la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas! No en mis dias, marido: ¡para eso, por cierto, he criado yo á mi hija! Traed vos dineros, Sancho; y el casarla dejadlo á mi cargo; que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que

le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y la tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan ni ella se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora, que está llamando á nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animal, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casar á Mari-Sancha con quien yo quisiere..... y verás cómo te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? ¡No, sino estaos siempre en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos más; que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuánto decis, marido? respondió Teresa; pues con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; *Cascajo* se llamó mi padre; y á mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza; que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes; y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar; y no quiero

dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora; que luego dirán: «Mirad ¡qué entonada va la pazpuerca! ¡Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa, cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos!» Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará, como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tienen que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha): si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron todos en su linaje los Almohades de Marruécos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: «Quien te cubre te descubre.» Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el mal decir y el peor pensar de los maldicientes; que los hay por esas calles á montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo agora no hablo de mio; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.» Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor (que tiene por apócrifo este capítulo) que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo: «De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente; y si éste, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino quien reverencie lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura [4].

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebreis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decis.....

—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.

—No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estais persuadido en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeis á tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros; que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los

gobernadores, cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa; que yo os lo vestiré como un palmito.

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto; que con ésta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á los maridos, aunque sean unos porros;» y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica.

Sancho la consoló, diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y, al otro dia, Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar órden en su partida.





CAPÍTULO VI

De lo que le pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas mal andante, caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones, que, al otro dia, con él pasaron, le dijo el Ama: «En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dice que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que pongan remedio en ello.»

Á lo que respondió Don Quijote: «Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad, tampoco; y sólo sé que si yo fuera rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia les dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos y á responder á todos; y así, no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre.» Á lo que dijo el Ama: «Díganos, señor: en la Corte de su Majestad ¿no hay caballeros?

—Sí, respondió Don Quijote, y muchos, y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentacion de la majestad real.

—Pues ¿no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su Rey y señor, estándose en la Corte?

—Mira, amiga, respondió Don Quijote: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes. De todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér; y en todo trance y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber más: que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas, no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de

vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes; que, segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mio! dijo á esta sazon la Sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira; y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—¡Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo! ¡Cómo! ¿que es posible que una rapaza, que apénas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien dello; que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud, éstos se abajan

ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones [1].

—¡Válame Dios! dijo la Sobrina, ¡que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad, podria subir en un púlpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado [2], y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote; y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero, por no mezclar lo divino con lo humano [3], no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el sér que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor, que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos; porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la

caterva (si es que se les puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezca otra fama ni otro elogio su grandeza. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo, caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo seria milagro; y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que, á mí me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren: la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo, mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella, y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que

sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin [4]; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

—¡Ay desdichada de mí! dijo la Sobrina, ¡que tambien mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

—Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.»

Á este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apénas le hubo conocido el Ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.





CAPÍTULO VII

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos

APÉNAS vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y en viéndole, se dejó caer ante sus piés, trasudando y congojosa.

Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

«¿Qué es esto, señora Ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale; sálese, sin duda.

—Y ¿por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura; quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez (que con esta será la tercera) á buscar por ese mundo lo que él llama aventuras; que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro; que para haberle de volver algun tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?

—No, señor, respondió ella.

—Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas.

—¡Cuitada de mí! replicó el Ama: ¿la oracion de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora Ama; váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear,» respondió Carrasco; y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura, á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia.

Dijo Sancho á su amo: «Señor, ya yo tengo medio relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

—Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote; que no relucida.

—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, ó diablo, no te entiendo;» y si yo no me declarare, entónces podrá enmendarme; que yo soy tan fócil.....

—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir «soy tan fócil.»

—«Tan fócil» quiere decir, respondió Sancho: «soy tan así.»

—Ménos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.

—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga; no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás en cuenta lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oirme decir otras docientas patochadas.

—Podria ser, replicó Don Quijote. Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo tambien, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante; que hablais hoy de perlas.

—Es el caso, replicó Sancho, que, como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo

más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar.

—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido, de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y miéntras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo desespero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario, gata por cantidad.

—Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces tan buena suele ser una rata como una gata.

—Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir *rata*, y no *gata;* pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que los escuderos solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; sólo sé que todos servian á merced, y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y advertimientos, vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buen hora; que

pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado. Así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem;* y si no, tan amigos como de ántes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesion, y buena oferta que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien, como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente, quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que á mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.»

Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco, y el Ama y la Sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras.

Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: «¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nacion española! ¡plega á Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos ni jamas se les cumpla lo que más desearen.» Y volviéndose al Ama le dijo: «Bien puede la señora Ama no rezar más la oracion de santa Apolonia; que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no instigase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y

otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la Órden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su gran rocin, en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura.»

Á esta sazon dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho: «¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira ¡quién se ofrece á serlo, sino el ínclito Bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante! Pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desbarate y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo [1].

—Sí digno,» respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió: «No se dirá por mí, señor mio: «el pan comido y la compañía deshecha.» Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual, cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera (que no lo puedo negar), tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su

testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos [2].»

Admirado quedó el Bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolcar*,» en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*,» creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos; y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia; puesto que estaba más escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al Bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaron la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia; todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y Don Quijote á su Sobrina y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino

del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.





CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver su señora Dulcinea del Toboso

BENDITO sea el poderoso Alá! dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo; ¡bendito sea Alá! repite tres veces; y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del *Ingenioso Hidalgo*, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso [1] comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sanson, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el Rucio, que

de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé en qué astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caia, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino.

Díjole Don Quijote: «Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi, la vez postrera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena.

—¡Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura! No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó cómo las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas ó por resquicios ó verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis

ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía.

—Pues, en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¿Que todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo ese un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí ¡oh Sancho! aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian, allá en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas compuestas y tejidas; y desta manera debia de ser la de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion [2] de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias [3].

—Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el Bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á «coche acá, cinchado,» y como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues á fe de bueno, que no he

dicho yo mal de ningun encantador [4], ni tengo tantos bienes, que pueda ser envidiado. Bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano [5], no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar si lo era ó no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demas, se quejó al poeta, diciéndole que ¿qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras? y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora, con mejor advocacion, se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores. Él es de hechura

de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana (ó por mejor decir, claraboya) redonda, que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitetura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo.

»—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto; y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamas me hableis ni esteis donde yo estuviere»; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Julio César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes, á la soberbia [6]: á la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; á la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula

y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero, con todo eso, querria que vuesa merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria.

—Absolviese, quieres decir, Sancho, dijo don Quijote. Di en buen hora; que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos ó están en el purgatorio ó en el cielo.

—Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas, donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?»

A lo que respondió Don Quijote: «Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausolo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—Á eso voy, replicó Sancho; y dígame agora, ¿cuál es más, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?

—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote: más es resucitar á un muerto.

—Cogido le tengo, dijo Sancho. Luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de su sepultura arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estas perogativas (cómo llaman á esto), respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.

—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer ó ántes de ayer (que, segun há poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñian y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneracion que está, segun dicen, la espada de Roldan en la armería del Rey, nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, más vale ser humilde frailecito, de cualquier Órden que sea, que valiente y andante caballero: más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.

—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser

frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

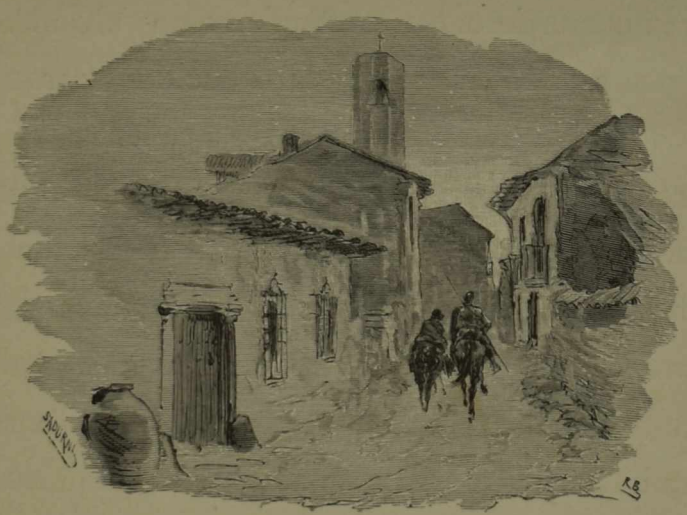
—Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

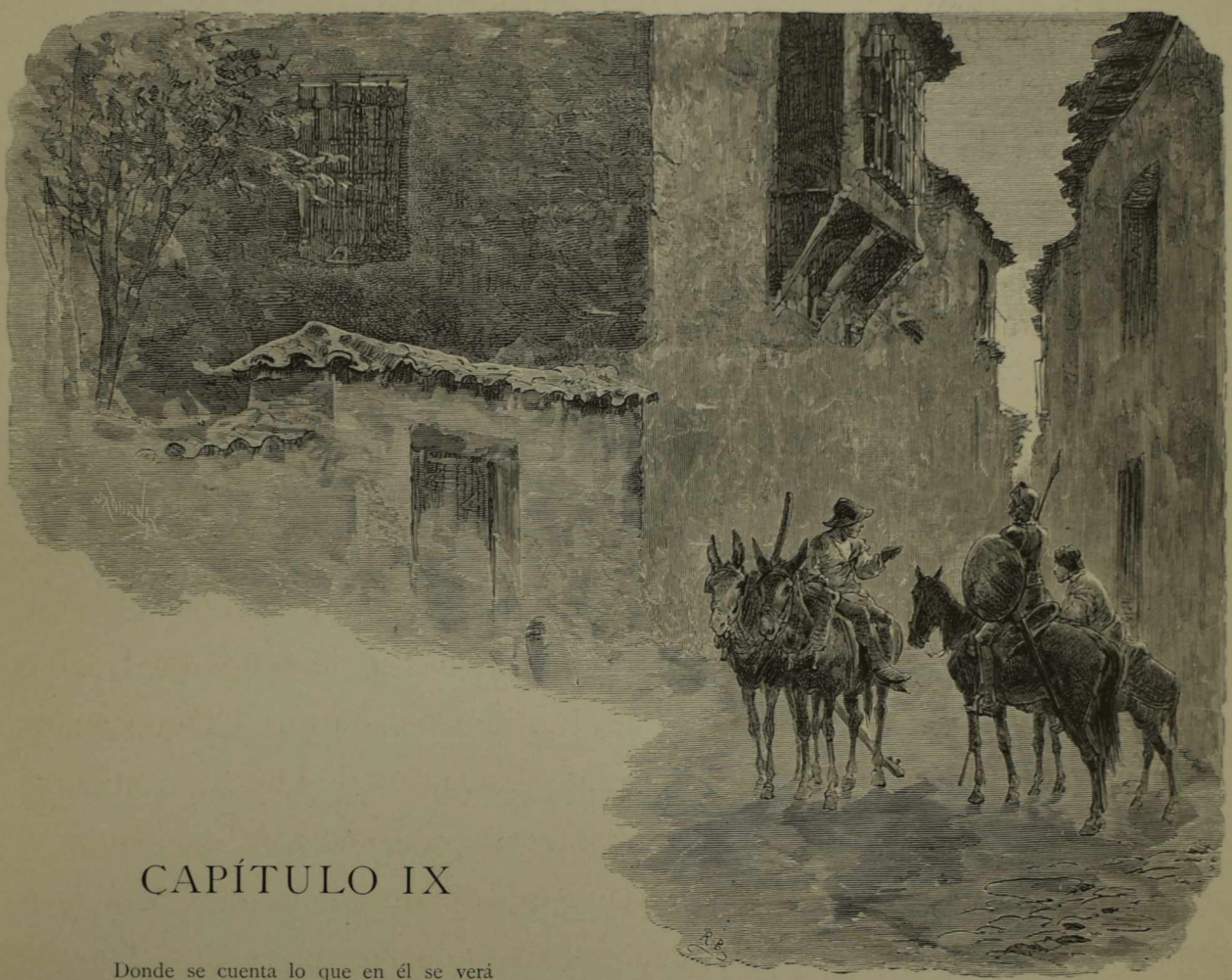
—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes, dijo Sancho.

—Muchos, respondió Don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros [7].»

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, el propio dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como casi no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando con su dueño entrase en el Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde no les sucedió cosa que á cosa llegara.





CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá

MEDIA noche era por filo, poco más á ménos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de sus enredos. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: «Sancho, hijo, guia al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿Á qué palacio tengo de guiar ¡cuerpo del sol! respondió Sancho? que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña.

—Debia de estar retirada entónces, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar, la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote; que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guie vuesa merced, respondió Sancho; quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia.»

Guió Don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: «Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo, respondió Sancho, y ¡plega á Dios que no demos con nuestra sepultura! que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida [1].

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! dijo Don Quijote; ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

—Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así, suplico

á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen; podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar (que le vea yo comido de perros), que así nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré, respondió Sancho; pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que, de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces?

—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote. Ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida apénas he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

—Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo que, pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote; que por lo ménos, ya me has dicho tú que la viste aechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho; porque le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

—Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al reves como sabes.»

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas (que por el ruido que hacia el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador), que habia madrugado ántes del dia á ir á su labranza, y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles...

«¡Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo, respondió Sancho; pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio.»

Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó: «¿Sabreisme decir, buen amigo (que buena ventura os dé Dios), dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar: entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, ésta por quien os pregunto.

—Podria ser, respondió el mozo; y á Dios, que ya viene el alba»; y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas.

Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: «Señor, ya se viene á más andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora, y asaz seria de desdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sentencias, encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le agradezco

y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero más que milagrosos favores.»

Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta [2] que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena; y así, dió priesa á la salida, que fué luego; y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde Don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo capítulo.





CAPÍTULO X

Donde se cuenta la industria que Sancho, tuvo para encantar á la señora Dulcinea y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

CUENTA la historia [1] que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva, junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

«Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della: cómo te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba, oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso

la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié; si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos hay estacas; y tambien se dice: «donde no se piensa salta la liebre». Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, agora, que es de dia, los pienso hallar cuando ménos lo piense; y hallados, déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.»

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quijote se quedó á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones; donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que, no ménos confuso y pensativo, se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse:

«Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. Y ¿habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo; no mereceis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho; porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. ¡Vive Dios, que si os huelen, que os mando mala ventura! ¡Oxte, puto! allá darás, rayo. No, sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno; y más, que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena ó al Bachiller en Salamanca; el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro nó.»

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: «Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y áun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: «dime con quién andas; decirte he quién eres»; y el otro de: «no con quién naces, sino con quién paces». Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco,

como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios, y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea: y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador, de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño [2].»

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso, hácia donde él estaba, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas (que el autor no lo declara), aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones.

Como Don Quijote le vió, le dijo: «¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó Don Quijote, ¿buenas nuevas traes?

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante, y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo Don Quijote.

Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir á la Princesa, nuestra ama, vestida y adornada... en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo, respondió Don Quijote; y en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—Á las crias me atengo, respondió Sancho; porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.»

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso; y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad.

«¿Cómo fuera de la ciudad? respondió. ¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodia?

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.



É HINCANDO AMBAS RODILLAS EN EL SUELO, DIJO: «REINA DE LA HERMOSURA.....»

—Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; y ¿es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; á lo ménos, á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca»; y diciendo esto, se adelantó á recebir á las tres aldeanas; y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro á la jumenta de una de las tres labradoras; y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: «Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura.*»

A esta sazon ya se habia puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: «Apártense, nora en tal, del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.»

Á lo que respondió Sancho: «¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería?»

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo: «Mas jo, que te estrego, burra de

mi suegro: mirad ¡con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon, que te adora, ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué... mi agüelo! respondió la aldeana; ¡amiguita soy yo de oir resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.»

Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo; porque, haciéndose algun tanto atras, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligera que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre; y entónces dijo Sancho: «¡Vive Roque, que es la

señora nuestra ama más ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano! El arzon trasero de la silla pasó de un salto; y, sin espuelas, hace correr la hacanea como una cebra; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento»; y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de más de media legua.

Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dijo: «Sancho, ¿qué te parece? ¡cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! gritó á esta sazon Sancho, ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados! y ¿quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha? Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho más haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza... aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—A ese lunar, dijo Don Quijote... segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote; porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa ó sillon?

—No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, segun es de rica.

—Y ¡que no viese yo todo eso, Sancho! dijo Don Quijote; ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.»

Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, para tomar el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante [3].





CAPÍTULO XI

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso
Don Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la Muerte

PENSATIVO además iba Don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que, sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban.

De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuesa merced se reporte y vuelva en sí, y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto! ¿Qué descaecimiento es este! ¿Estamos aquí ó en Francia?

Más que se lleve Satanas á cuantas Dulcineas hay en el mundo; pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra.

—Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz ronca y desmayada; calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora; que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza [1].

—Así lo digo yo, respondió Sancho; quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazon que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura; que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza; contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto, he caido, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, ántes son de besugo que de dama; y, á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas á los dientes; que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.

—Todo puede ser, respondió Sancho; porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios; que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería [2]. De una cosa me pesa, señor mio, más que de otra, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algun gigante ú otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea; ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso, hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre.

—Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se extenderá el encanta-

mento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envie, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

—Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese arbitrio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á sólo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero, como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas; que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.»

Responder queria Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta, que salió al traves del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas, y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta, á cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma Muerte, con rostro humano; junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador, con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los piés de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia tambien un caballero, armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero, lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: «Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caron que carreta de las que se usan.»

Á lo cual, mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: «Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar, que está detras de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de *Las Córtes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de reina; el otro, de soldado; aquel, de emperador; y yo, de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo; que yo le sabré responder con toda puntualidad; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como ví este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.»

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moharracho, llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo, de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería

Sancho para acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el Rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su Rucio y la caida de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno.

Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba Don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera; y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: «Señor, el Diablo se ha llevado al Rucio.

—¿Qué Diablo? preguntó Don Quijote.

—El de las vejigas, respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho; que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del Rucio.

—No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho: vuesa merced temple su cólera; que, segun me parece, ya el Diablo ha dejado el Rucio, y vuelve á la querencia.»

Y así era la verdad, porque habiendo caido el Diablo con el Rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el Diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo.

«Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador.

—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos

los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

—Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.» Y diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: «Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada; que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes.»

Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Angel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recebir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote, que los vió, puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona.

En esto que se detuvo, llegó Sancho; y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: «Asaz de locura seria intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes ó emperadores, no hay ningun caballero andante.

—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado

caballero; á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto más, que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida.

—Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sin pero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas.»

Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su Rucio, la Muerte y todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte; gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra, con un enamorado y andante caballero, de no ménos suspension que la pasada.





CAPÍTULO XII

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos

La noche que siguió al dia del rencuentro de la Muerte la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, á persuasion de Sancho, comido Don Quijote de lo que venia en el repuesto del Rucio; y entre la cena dijo Sancho á su señor: «Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas! En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos, por lo ménos, la corona de oro del Emperador y las pintadas alas de Cupido; que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ú hoja de lata.

—Así es verdad, replicó Don Quijote; porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia [1], y, por el mismo consiguiente, á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto, respondió Sancho.

—Pues lo mesmo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura [2].

—¡Brava comparacion! dijo Sancho; aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez: que miéntras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

—Cada dia, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo ménos simple y más discreto.

—Sí; que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas, vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra

de mi seco ingenio ha caido; la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto, espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales, que no desdigan ni se deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio.»

Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera, que le admiraba; puesto que todas ó las más veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia [3].

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir; y desaliñando al Rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante. Antigua usanza, establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¡quitar la silla al caballo! ¡guarda! Y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al Rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama, por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della [4]; mas que, por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella; puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara; y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, ó á lo ménos todo el tiempo que los dejaban, ó no les compelia la hambre á buscar sustento.

Digo que dicen que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurídalo, y Pílades y Oréstes; y si esto es así, se podia echar de ver, para universal admiracion, cuán firme debió ser la amistad destos pacíficos animales, para confusion de los hombres [5], que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo;
Las cañas se vuelven lanzas;

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres; que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo.

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas; y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

«Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos; que, á mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos [6].»

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venia armado; manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debia de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

«Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena, respondió Sancho. Y ¿adónde está, señor mio, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer, le crujieron las armas [7].

—Pues ¿en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, á lo que parece, templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—Á buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote; y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos [8], si es que canta; que de la abundancia del corazon habla la lengua.»

Replicar queria Sancho á su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fué este

Soneto

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
Á prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallad ó imprimid lo que os dé gusto;
Que de guardarlo eternamente juro [9].

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco, con voz doliente y lastimada dijo:

«¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¡Cómo! ¿que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en contínuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos éste tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente, todos los caballeros de la Mancha [10]?

—Eso no, dijo á esta sazon Don Quijote; que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora [11]; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho que desvaria. Pero escuchemos; quizá se declarará más.

—Sí hará, replicó Sancho; que término lleva de quejarse un mes arreo.»

Pero no fué así, porque habiendo entreoido el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida:

«¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó de los afligidos?

—De los afligidos, respondió Don Quijote.

—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma.»

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él [12], y Sancho ni más ni ménos.

El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo: «Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.»

Á lo que respondió Don Quijote:

«Caballero soy de la profesion que decis; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por esto se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes.»

Ya, cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas.

«¿Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, sois enamorado?

—Por desventura lo soy, respondió Don Quijote; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.

—No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca [13].

—¿Es vuestro escudero éste? preguntó el del Bosque.

—Sí es, respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor; á lo ménos, ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y áun... [14] Quédese aquí; que es peor meneallo.»

El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: «Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores amos nuestros, que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado.

—Sea en buena hora, dijo Sancho; y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.»

Con esto, se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.





CAPÍTULO XIII

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos

DIVIDIDOS estaban caballeros y escuderos: éstos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así, dice que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: «Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, los que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.

—Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos; porque, ¿quién más calor y más frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y áun ménos mal, si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la

esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos, á pocos lances, se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula ó con un condado de buen parecer.

—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo[1], y ¡qué tal[2]!

—Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á su buen escudero; pero el mio es meramente lego; aunque yo me acuerdo cuándo le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas[3], que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador; y yo estaba entónces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?

—Á mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. ¡Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima! Á burla tendrá vuesa

merced el valor de mi Rucio; que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habian de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo; y más, que entónces es la caza más gustosa, cuando se hace á costa ajena.

—Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros, y retirarme á mi aldea y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre.

—Y ¿qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más á ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan.

—Partes son esas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!»

Á lo que respondió Sancho, algo mohino: «Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere; y háblese más comedidamente; que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¡Cómo! y ¿no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: «¡Oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho!» Y aquello que parece vituperio, en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes.

—Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razon

podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas; y para volverlos á ver, ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien escudos que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena; y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar de locos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo; porque es de aquellos por quien dicen: «cuidados ajenos matan el asno»; pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si, despues de hallado, le ha de salir á los hocicos.

—Y ¿es enamorado por dicha?

—Sí, dijo el del Bosque; de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea sólo del pié de la crudeza; que otros mayores embustes le bullen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas[4].

—No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas. Más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio.

—Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mio, respondió Sancho; digo que no tiene nada de

bellaco; ántes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle, por más disparates que haga[5].

—Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias: que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.»

Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: «Paréceme que, de lo que hemos hablado, se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno.»

Y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocarla, entendió ser de algun cabron, no que de cabrito; lo cual visto por Sancho, dijo: «Y ¿esto trae vuesa merced consigo, señor?

—Pues ¿qué se pensaba? respondió el otro. ¿Soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo, cuando va de camino, un general.»

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: «Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos; y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante; á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos, ni á raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por sí ó por no; y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos»; y diciendo esto, se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola, puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

—¡Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el *hideputa* de Sancho, cómo habeis alabado este vino, llamándole hideputa!

—Digo, respondió Sancho, que confieso y conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo mojon! respondió el del Bosque; en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡Á mí con eso! dijo Sancho: ¡no tomeis ménos, sino que se me fuera á á mí por alto dar alcance á su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré: Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro; el segundo dijo que más sabia á cordoban; el dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por

donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordoban; porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas y volvámonos á nuestras chozas; que allí nos hallará Dios, si él quiere.

—Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré; que despues, todos nos entenderemos.»

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed; que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.





CAPÍTULO XIV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: «Finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia; llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin

mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (¡peligro inaudito y temeroso!), y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima y saque á luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo; porque el tal Quijote que digo, los ha vencido á todos; y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona,

Y tanto el vencedor es más honrado,
Cuanto más el vencido es reputado;

así que, ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.»

Admirado quedó Don Quijote de oir al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente le dijo: «De que vuesa merced, señor

caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y áun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda; podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? replicó el del Bosque. Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza, oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito á la mesma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese Don Quijote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que dél me habeis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo; si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais que los tales encantadores sus contrarios, no há más de diez horas que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquiera suerte que os agradare.»

Y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada, esperando qué resolucion tomaria el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo:

«Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el dia, para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condicion y convenencia», respondió Don Quijote; y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando los salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque, en saliendo el sol, habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos á buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el Rucio se habian olido, y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho:

«Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos, mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante

caballería; cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos; que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes; hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomareis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora, respondió Sancho; porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros, limpios y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y desta manera, nos podremos atalegar, sin hacernos mal ni daño.

—Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, ¡qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear; peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando arbitrios para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras.

—Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, respondió Sancho; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna, por mínima que sea; cuanto más, que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas?

—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que

ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis piés; con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un liron.

—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie: y cada uno mire por el virote... aunque lo más acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado, se vuelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, replicó el del Bosque; amanecerá Dios y medraremos.»

En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar: los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apénas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á



—SI LA MUCHA GANA DE PELEAR NO OS GASTA LA CORTESÍA....

herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote; y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: «Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion.

—Ó vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel Don Quijote, que dijistes haber vencido.

—Á eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, segun vos decis que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contendido ó no.

—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos;

que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensais.»

Con esto, acortando razones, subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante, para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: «Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor.

—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende», respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algun monstruo ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo.

Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando, del golpe ó del miedo, tendido en el suelo; y fuese tras su amo, asido á una acion de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

«Suplico á vuesa merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de

aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que, á no ser yo quien soy, tambien me asombraran; y así, ven, ayudarte he á subir donde dices.»

En lo que se detuvo Don Quijote á que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho Don Quijote, sin esperar són de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante; y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba, hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apénas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren?

¡Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sanson Carrasco! Y así como la vió, en altas voces dijo: «Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer; aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores.»

Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote: «Soy de parecer, señor mio, que, por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sanson Carrasco; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los ménos»; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: «Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene á los piés es el Bachiller Sanson Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.» Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo: «¿Y las narices?»

Á lo que él respondió: «Aquí las tengo en la faldriquera»; y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas; y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo: «¡Santa María, y valme! Éste ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—Y ¡cómo si lo soy! respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus piés tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado Bachiller Sanson Carrasco, nuestro compatrioto.»

En esto volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo: «Muerto

sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demas de esto, habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia, de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme (que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere), y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que, conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

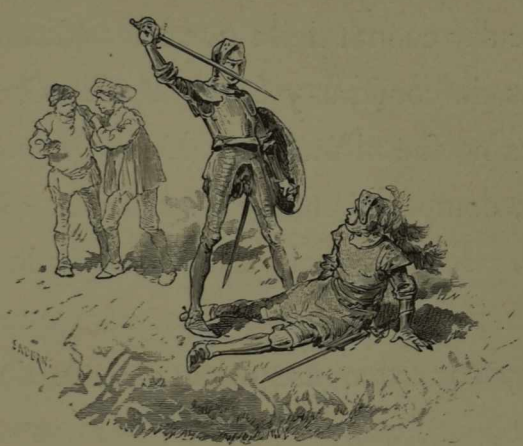
—Confieso, dijo el caido Caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis.

—Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que, en su figura, aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene.»

Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial, ó su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habian mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don

Quijote y Sancho, con intencion aquél de buscar algun lugar donde bizmarse y entablarse las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.





CAPÍTULO XV

Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero, como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante; pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto comun de todos y

parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil; y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así, vencido Don Quijote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa; lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería; y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio.

Aprestóse Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la Muerte; y finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

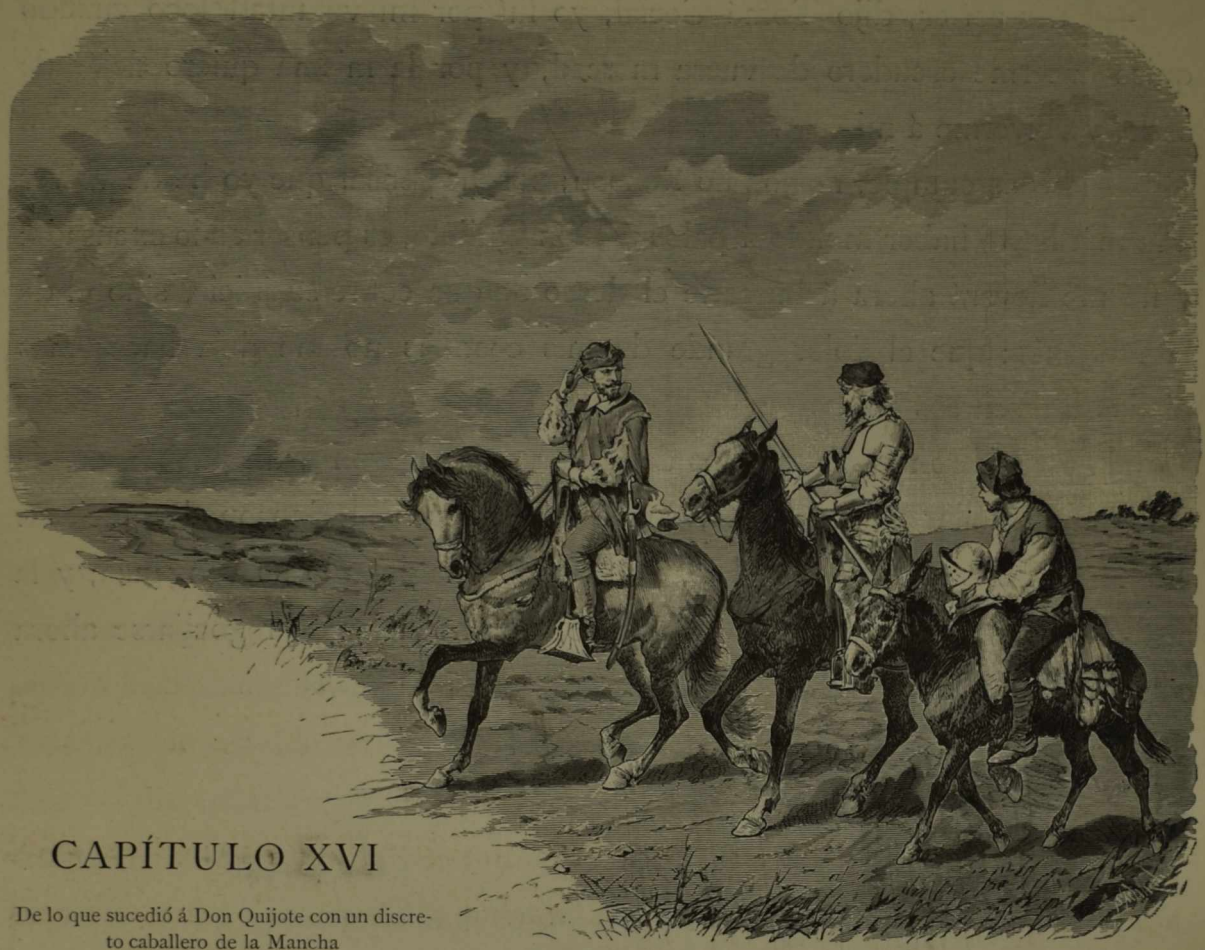
Tomé Cecial, que vió cuán mal habian logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al Bachiller: «Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad?» Á lo que respondió Sanson: «La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme á mi casa.

—Eso os cumple, respondió Sanson; porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos [1].»

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.





CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante más valiente que tenia en aquella edad el mundo. Daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenia en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; finalmente, decia entre sí que si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no invidiaria á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos.

En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: «¿No

es bueno, señor, que áun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial?

—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre?

—No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos, no me las podria dar otro que él mesmo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, y, pared en medio, en mi misma casa; y el tono de la habla era todo uno.

—Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quijote. Ven acá: ¿en qué consideracion puede caber que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado?

—Pues ¿qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran?

—Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese ante los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual, ya sabes ¡oh Sancho! por experiencia, que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso; pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea, en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con

lagañas en los ojos y con mal olor en la boca; así que, el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo», respondió Sancho; que, como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de leonado y verde; traia un alfanje morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de puro oro.

Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando á la yegua, se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: «Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos.

—En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo.

—Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla, la lastamos mi señor y yo con las setenas. Digo otra vez que puede vuesa merced detenerse, si quisiere; que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre.»

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada; que la llevaba Sancho, como maleta, en el arzon delantero de la albarda del Rucio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas; admiróle la longura de su cabello, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro [1], sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: «Esta figura, que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo, cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería; y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares de veces, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el Caballero de la Triste*

Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni este escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrán admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago.»

Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: «Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto; que puesto que, como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así; ántes agora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. ¡Cómo! y ¿es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos; y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo, que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias!

—Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.

—Pues ¿hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias?

—Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí; que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.»

Desta última razon de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo

confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gaban: «Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar, donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mi hijo y con mis amigos. Mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin; de historia algunos, y de devocion otros; los de caballerías áun no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez cómo con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos. Ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros. Oigo misa cada dia; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios, Nuestro Señor.»

Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del Rucio y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces.

Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: «¿Qué haceis, hermano? ¿Qué besos son estos?

—Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los dias de mi vida.

—No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos, sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.»

Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á don Diego. Preguntóle Don Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos.

«Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni la reina de todas, la Teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender en una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio; en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.»

Á todo lo cual respondió Don Quijote: «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean

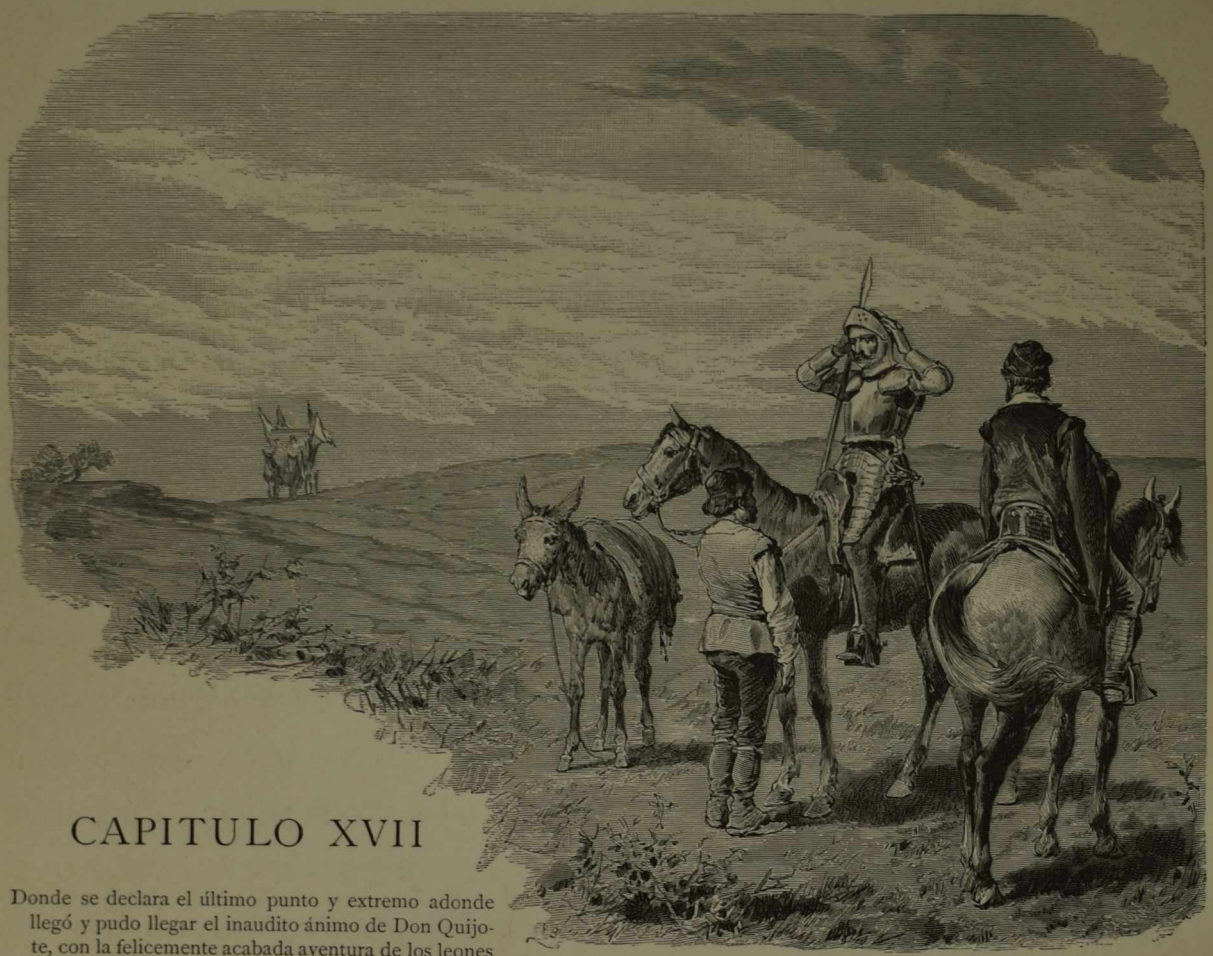
báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es ésta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego; y Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe

en su lengua, ni el castellano, ni áun el vizcaíno, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y áun en esto puede haber yerro; porque, segun es opinion verdadera, el poeta nace; quiere decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hacen verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. Tambien digo que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte, quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala; así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea, pues, la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama; que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras á los obispos ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas; y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que, á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las costas del Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos. La pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y áun los coronan con las hojas del

árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes.»

Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores, que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quijote, cuando alzando Don Quijote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venia un carro adornado de banderas reales, y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada; el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó los pastores, y á toda priesa picó al Rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.





CAPITULO XVII

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones

LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y áun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así, prosiguiendo su historia, dice que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos; y por no perderlos (que ya los tenia pagados),

acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria; el cual, en llegando, le dijo: «Dame, amigo, esa celada; que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas.»

El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer hacienda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: «Hombre apercebido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer;» y volviéndose á Sancho, le pidió la celada; al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con qué me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos.»

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: «¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!»

Á lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: «Si son

requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¡Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habeis el atrevido! Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago; que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada[1].

—Todo puede ser,» dijo Don Quijote. Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, despues de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo: «Ahora venga lo que viniere; que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona.»

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose Don Quijote delante y dijo: «¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas?»

Á lo que respondió el carretero: «El carro es mio; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia á la Corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.»

Á lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco: «¿Leoncitos á mí[2]? ¿Á mí leoncitos, y á tales horas? Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian.

—Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos.»

Llegóse en esto á él Sancho y díjole: «Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea,» replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: «Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridicion de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido[3], y deje á cada uno hacer su oficio; éste es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones;» y volviéndose al leonero, le dijo: «¡Voto á tal, don bellaco, que si no abris, luego, las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!»

El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: «¡Señor mio, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones;

porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fe! respondió Don Quijote; apéate y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.»

Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: «Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra; que yo seguro estòy que no me han de hacer daño.»

Otra vez le propuso el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió Don Quijote que él sabia lo que hacia.

Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendia que se engañaba.

«Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que, á su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo.»

Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente, todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. «Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo ménos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea... y no te digo más.»

Á estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no

habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco; que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo á dar priesa al leonero y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor; que, aquella vez, sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no, por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio, para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado; el cual respondió que lo oia, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos; que todo seria de poco fruto... y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si seria bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo; y en fin, se determinó de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea.

Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice: «¡Oh fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso, Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras; con un escudo, no de muy luciente

y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.»

Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venia echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas: vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura. Pero el generoso leon, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

«Eso no haré yo, respondió el leonero; porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta; en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada. Ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no



EL LEONERO ABRIÓ DE PAR EN PAR LA PRIMERA JAULA, DONDE ESTABA, COMO SE HA DICHO, EL LEON.....

acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad, respondió Don Quijote; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, cómo tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.»

Hízolo así el leonero, y Don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: «Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama.»

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero: «Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?»

Entónces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el leon acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, habia permitido que la puerta se cerrase.

«¿Qué te parece desto, Sancho? dijo Don Quijote: ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible[4].»

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viese.

«Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, direisle, que el Caballero de los Leones; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura;* y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento.»

Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aún llegado á su noticia la primera parte de su historia; que si la hubiera leido, cesara la admiracion en que le ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero, como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco; porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia, disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: «¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?»

Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quijote, diciéndole: «¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? Y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero, á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplande-

cientes armas, pasear la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la Corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la juridicion de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es más fácil quedar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don

Diego, que ántes se ha de perder por carta de más que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: «el tal caballero es temerario y atrevido,» que no: «el tal caballero es tímido y cobarde[5].»

—Digo, señor Don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo; que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor don Diego,» respondió Don Quijote; y picando más de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien Don Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gaban.*





CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes

HALLÓ Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda hecha como de aldea: las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y sospirando y sin mirar lo que decia ni delante de quién estaba, dijo:

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda, causa de mi mayor amargura!»

Oyóle decir eso el estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha

cortesía á pedirles las manos para besárselas, y don Diego dijo: «Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.»

La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que, en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones.

Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas; el cuello era valona, á lo estudiantil, sin almidon y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos (que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones); cubrióse un herreruelo de buen paño pardo... pero ántes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro; y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donaire y gallardía, salió Don Quijote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped, queria la señora doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen.

En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: «¿Quién

diremos, señor, que es este caballero, que vuesa merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.

—No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe; y pues eres discreto, juzga de su discrecion ó tontería lo que más puesto en razon estuviere; aunque, para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo.»

Con esto se fué don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho; y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á don Lorenzo:

«El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser, respondió don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote; porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepcion, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense [1].

—Pocos, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero

á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.»

—Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante, y díjole: «Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas. ¿Qué ciencias ha oido?

—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y áun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.

—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene. Ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolas ó Nicolao; ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla[2]. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante; porque vea vuestra merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que

aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.

—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.

—Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes, y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote; que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es, rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí don Lorenzo; pero con todo eso, él es loco bizarro, y yo seria mentecato no flojo si así no lo creyese.»

Aquí dieron fin á su plática, porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. Á lo que él respondió: «No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos.»

Fuéronse á comer, y la comida fué tal como don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos.

Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió: «Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho.

—Un amigo mio discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba; y más, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice, ni quiere decir, en eso del deslizarme.

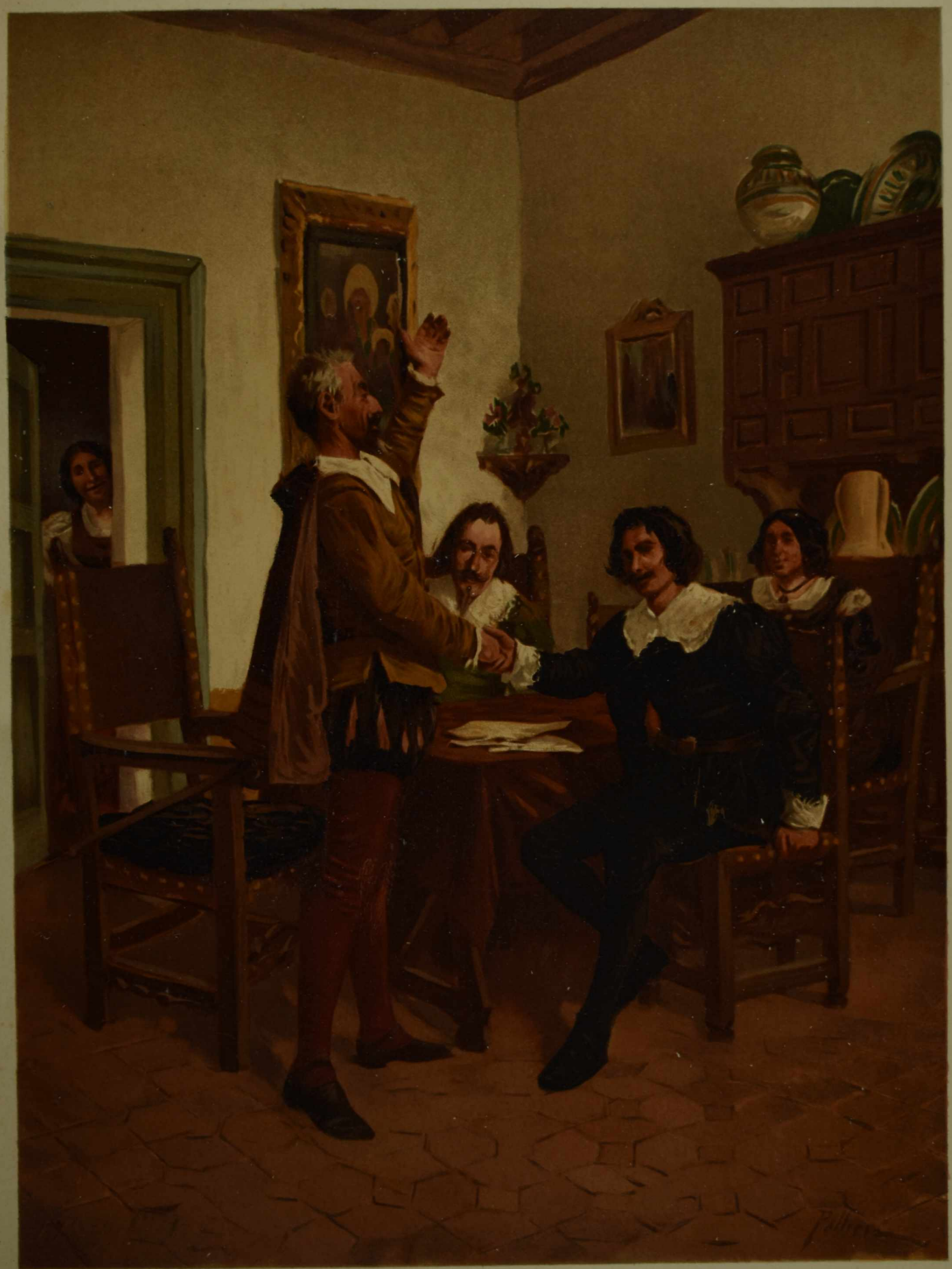
—Yo me daré á entender [3], respondió don Lorenzo; y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

¡Si mi fué *tornase á* es,
Sin esperar más será,
Ó viniese el tiempo ya
De lo que será despues!...

GLOSA

Al fin, como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me le volvió,
Ni abundante, ni con tasa.

Siglos há ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus piés:
Vuélveme á ser venturoso;
Que será mi ser dichoso,
Si mi fué *tornase á* es.



ASIENDO CON SU MANO LA DERECHA DE DON LORENZO, DIJO...

No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego;
Y más si este bien es luego,
Sin esperar más será.
Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha sido...
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Ligero, y no volverá;
Y erraria el que pidiese
Ó que el tiempo ya se fuese,
Ó viniese el tiempo ya
Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
Á mí me fuera interes
Acabar... mas no lo es;
Pues, con discurso mejor,
Me da la vida el temor
De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pié Don Quijote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo: «¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Aténas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca! ¡Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero... Febo los asaetee, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas! Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores; que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio.»

¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenia por loco? ¡Oh fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo; pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el Amor de Chipre, y va derecho
Á ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí; que amor suele de hecho
Facilitar la más difícil cosa.

Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved ¡qué historia!
Que á entrambos en un punto ¡oh extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

«¡Bendito sea Dios, dijo Don Quijote, habiendo oido el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto!»

Cuatro dias estuvo Don Quijote regaladísimo en casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recebido; pero que, por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que de grado le viniese; que le servirian con la voluntad posible; que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya.

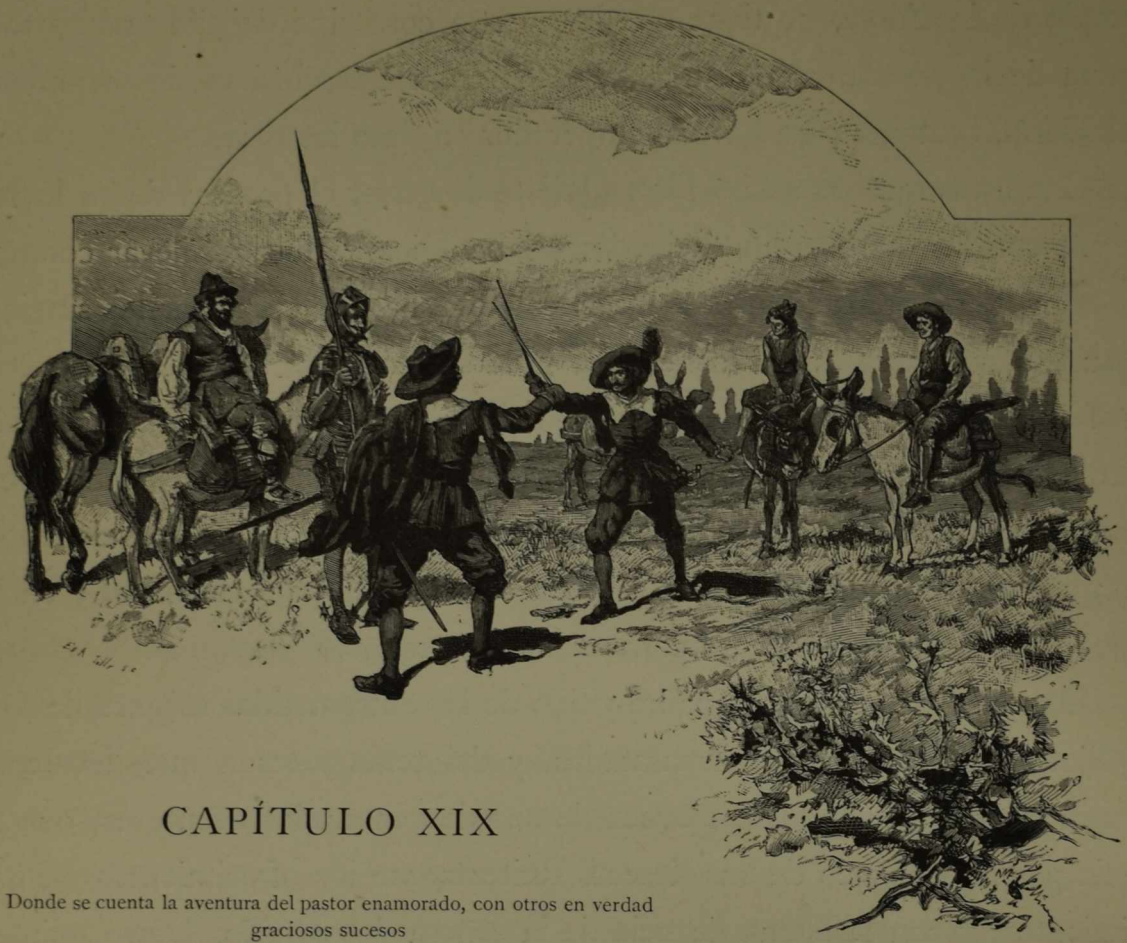
Llegóse, en fin, el dia de su partida, tan alegre para Don Quijote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas; con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció. Y al despedirse, dijo Don Quijote á don Lorenzo: «No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir: que cuando vuesa merced quisiera ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del

templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas.»

Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió, diciendo: «Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sumisos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced, que, siendo poeta, podrá ser famoso, si se guia más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.»

De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas, ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el Rucio, se partieron [4].





CAPÍTULO XIX

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos

Poco trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel, tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les

pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba, de nombre propio, Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones*.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de celebro de Don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: «Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda.»

Preguntóle Don Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba.

«No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo; porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman *Quiteria la Hermosa*, y el desposado se llama *Camacho el Rico;* ella de edad de diez y ocho años, y él de veintidos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino

que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal, vecino del mesmo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el Amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo, los amores de los dos niños, Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia, y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla á los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y sobre todo, juega una espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia, dijo á esta sazon Don Quijote, merecia ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—Á mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: «cada oveja con su pareja.» Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con esa señora Quiteria; que ¡buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reves) los que estorben que se casen los que bien se quieren!

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elecion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar

por la calle, á su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin; que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que, una vez comprada, se vuelve ó se trueca ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un lazo, que, si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio.»

Á lo que respondió el estudiante, bachiller, ó licenciado, como le llamó Don Quijote: «De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca más le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor, dijo Sancho; que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aquí á mañana muchas horas hay, y en una, y áun en un momento, se cae la casa; y yo he visto llover y

hacer sol, todo á un mesmo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la mujer, no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria. Denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.

—¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito? dijo Don Quijote; que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede entender sino el mesmo Júdas, que te lleve. Dime, animal: ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y áun de mis hechos.

—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que ¡válgame Dios! no hay para qué obligar al sayagués á que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

—Así es, dijo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes.

—Si no os picárades más de saber menear las negras que llevais que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola.

—Mirad, Bachiller Corchuelo, respondió el Licenciado: vos estais en la más errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.

—Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os la muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay; yo pulsos y fuerzas tengo, que, acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia; que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía, con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.

—En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro; porque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá,» respondió Corchuelo; y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo.

«No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote; que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion;» y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compas de piés, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos.

Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia.

Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, más espesos que hígado y más menudos que

granizo. Arremetia como un leon irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por la empuñadura y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, y fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentóse, cansado, Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo: «Mia fe, señor Bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos á quien llaman diestros, he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan léjos estaba.»

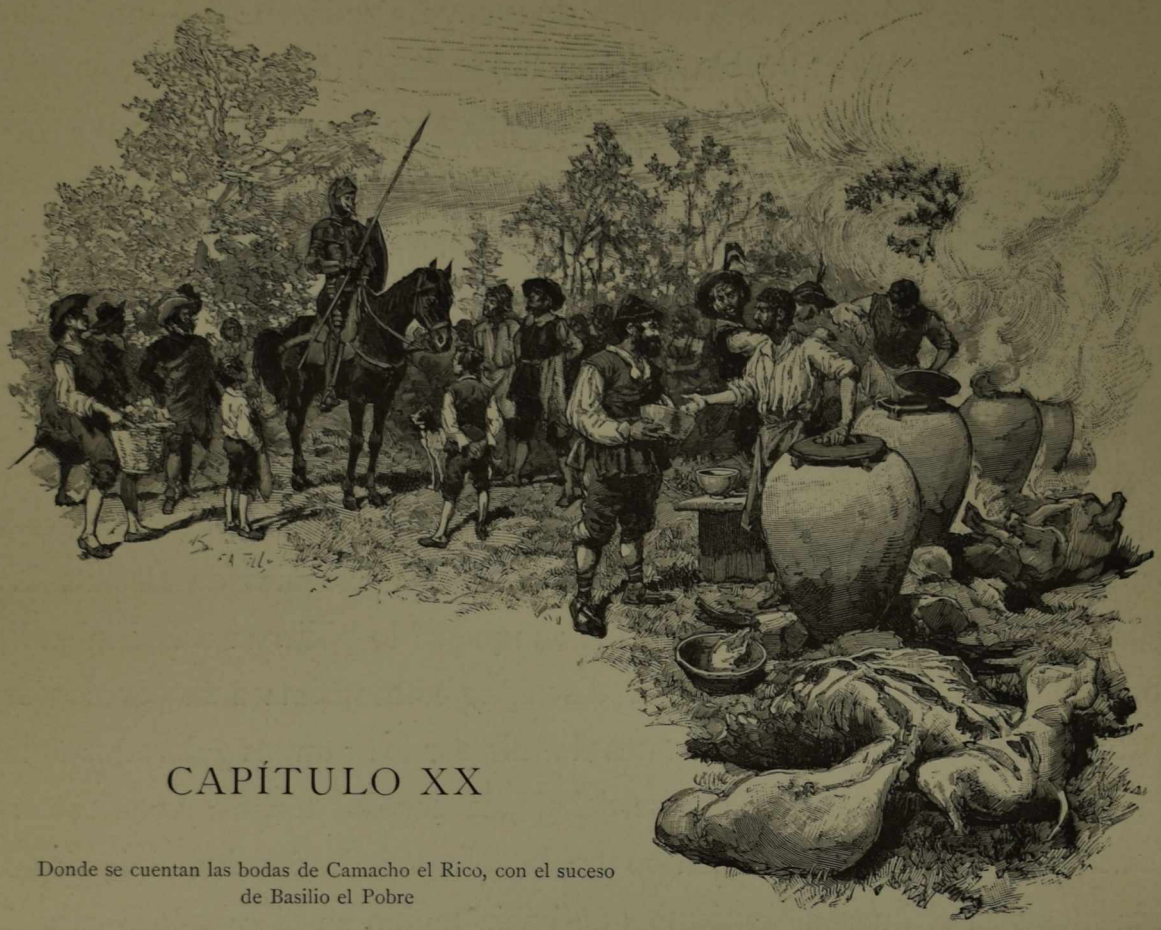
Y levantándose, abrazó al Licenciado y quedaron más amigos que de ántes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho; y así, determinaron seguir, por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido; pero ántes que llegasen, les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando

llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplaba sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de don Diego.





CAPÍTULO XX

Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre

Apénas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que áun todavía roncaba; lo cual, visto por Don Quijote, ántes que le despertase le dijo: «¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamentos! Duerme, digo una vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento; que el de tu persona sobre

mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.»

Á todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: «De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor, harto más de torreznos asados que de juncia y tomillos; bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, gloton, dijo Don Quijote; ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? Á la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, allá que las tenga el Conde Dírlos; pues cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero,

—Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que concluyas con tu arenga; que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir; que todo le gastarias en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta agora, me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas; que ya los instrumentos que anoche oimos, vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.»

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al Rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques, de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos; así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos en tejares, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima, servian

de darle sabor y enternecerle; las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas.

Á lo que el cocinero respondió: «Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno, respondió Sancho.

—Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debeis de ser!» Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: «Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.

—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo; que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple[1].»

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta; los cuales, en concertado tropel, corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita, diciendo: «¡Vivan Camacho

y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!»

Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: «Bien parece que éstos no han visto á mi Dulcinea del Toboso; que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria[2].»

De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas, de hasta veinticuatro zagales, de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. «Por ahora ¡bendito sea Dios! no se ha herido nadie: todos vamos sanos;» y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella.

Tambien le pareció bien otra que entró, de doncellas hermosísimas, tan mozas, que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el són una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad, y en los piés á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interes; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian, traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda, *Discrecion;* el de la tercera, *Buen linaje;* el de la cuarta, *Valentía.* Del modo

mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad*, el título de la primera; *Dádiva*, el de la segunda; *Tesoro*, el de la tercera; y el de la cuarta, *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de hiedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito: *Castillo del Buen Recato*. Hacíanles el són cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

«Yo soy el dios poderoso
En el aire y en la tierra,
Y en el ancho mar undoso,
Y en cuanto el abismo encierra
En su báratro espantoso.
»Nunca conocí qué es miedo;
Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.»

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

«Soy quien puede más que Amor,
Y es amor el que me guia;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo en la tierra cria,
Más conocida y mayor.
»Soy el Interes, con quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamas, amén.»

Retiróse el Interes, y hízose adelante la Poesía, la cual, despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

«En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesía,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envia,
Envuelta entre mil sonetos.
»Si acaso no te importuna
Mi porfía, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.»

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dijo:

«Llaman liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia y floja voluntad.
»Mas yo, por te engrandecer,
De hoy más pródiga he de ser;
Que aunque es vicio, es vicio honrado
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.»

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada una hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria Don Quijote (que la tenia grande) los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano[3], que parecia estar lleno de dineros; y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla; lo cual, visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela; y todas las demostraciones que hacian eran al són de los tamborinos, bailando

y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales, con mucha presteza, volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él de nuevo, y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó Don Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones.

«Yo apostaré, dijo Don Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas; ¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!»

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: «El rey es mi gallo; á Camacho me atengo.

—En fin, dijo Don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: «¡viva quien vence!»

—No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es ésta que he sacado de las de Camacho;» y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: «¡Á la barba de las habilidades de Basilio! que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener; aunque ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor Don Quijote, ántes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo Don Quijote.

—Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias.

—¡Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quijote, que yo te vea mudo ántes que me muera!

—Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que vuesa merced se muera, estaré yo mascando barro; y entónces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos, hasta el dia del juicio.

—Aunque eso así suceda ¡oh Sancho! respondió Don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más, que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y así, jamas pienso verte mudo, ni áun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—Á buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias, hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas; que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beberse sola las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria.

—No más, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; tente en buenas, y no te dejes caer; que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

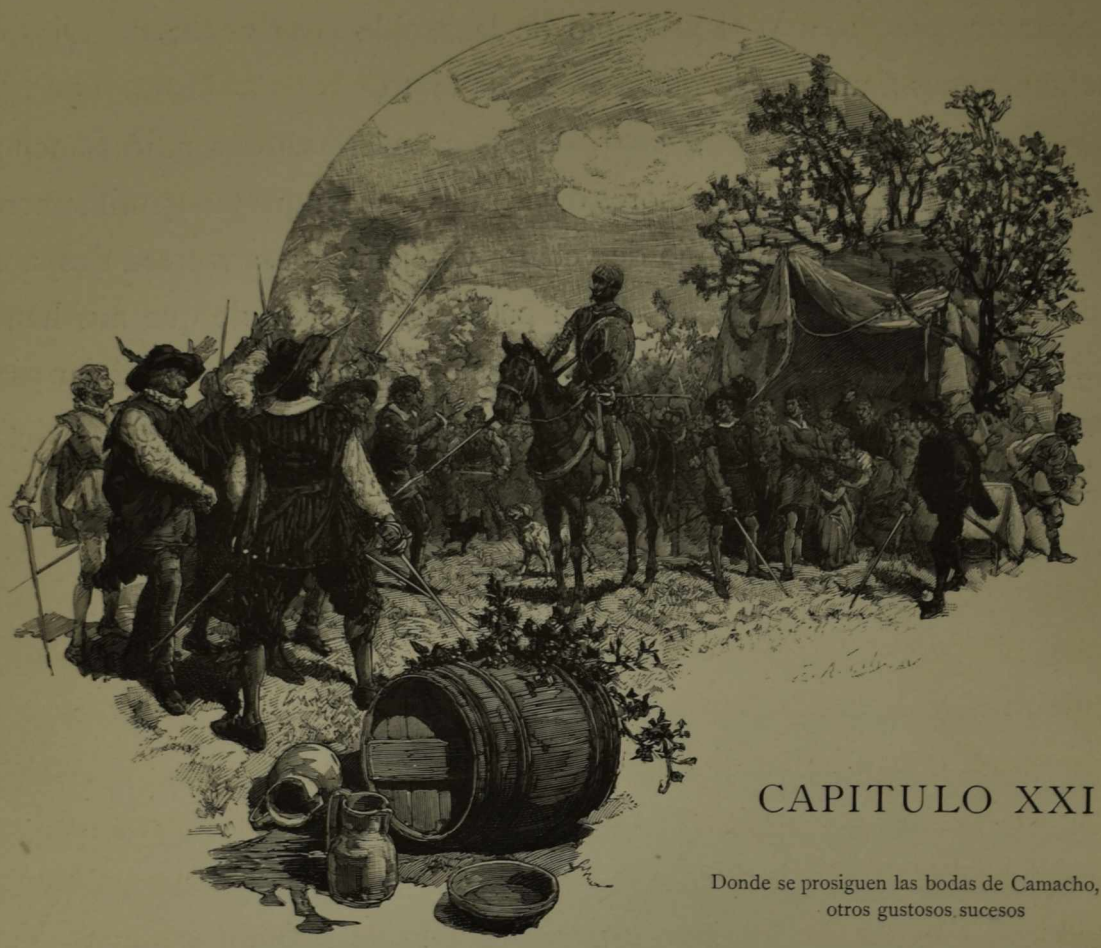
—Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías [4].

—Ni las has menester, dijo Don Quijote; pero yo no acabo de entender

ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas; que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma; que lo demas todas son palabras ociosas[5], de que nos han de pedir cuenta en la otra vida;» y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.





CAPITULO XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos

CUANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian, acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: «Á buena fe, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que, segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco! Voto á mí que es de raso. Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro; y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe

de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos! que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida. ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la compareis á una palma, que se mueve, cargada de racimos de dátiles! que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes[1].»

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza, y parecióle que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no habia visto mujer más hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Íbanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia: «Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.» Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro, jironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres; en las manos traia un baston grande. En llegando más cerca, fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras; temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante.

Llegó en fin, cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: «Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas

le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente, que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!» Y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque, que en él se ocultaba; y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su mísera y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á sostenerle y le tomó en sus brazos, y halló que áun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo.

Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: «Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, áun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.»

El Cura, oyendo lo tal, le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera;

y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. «Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efeto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.»

Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y áun forzaron, á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estátua, mostraba que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones.

Entónces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano.

Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras.

Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo: «¡Oh Quiteria! ¡que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es ¡oh fatal estrella mia! que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza á tu voluntad, me la

entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.» Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: «Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma; que, á mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes.»

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura, tierno y lloroso, les echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado... el cual, así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: «¡Milagro, milagro²!» Pero Basilio replicó: «No milagro, milagro, sino industria, industria.»

El Cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho, con todos los más

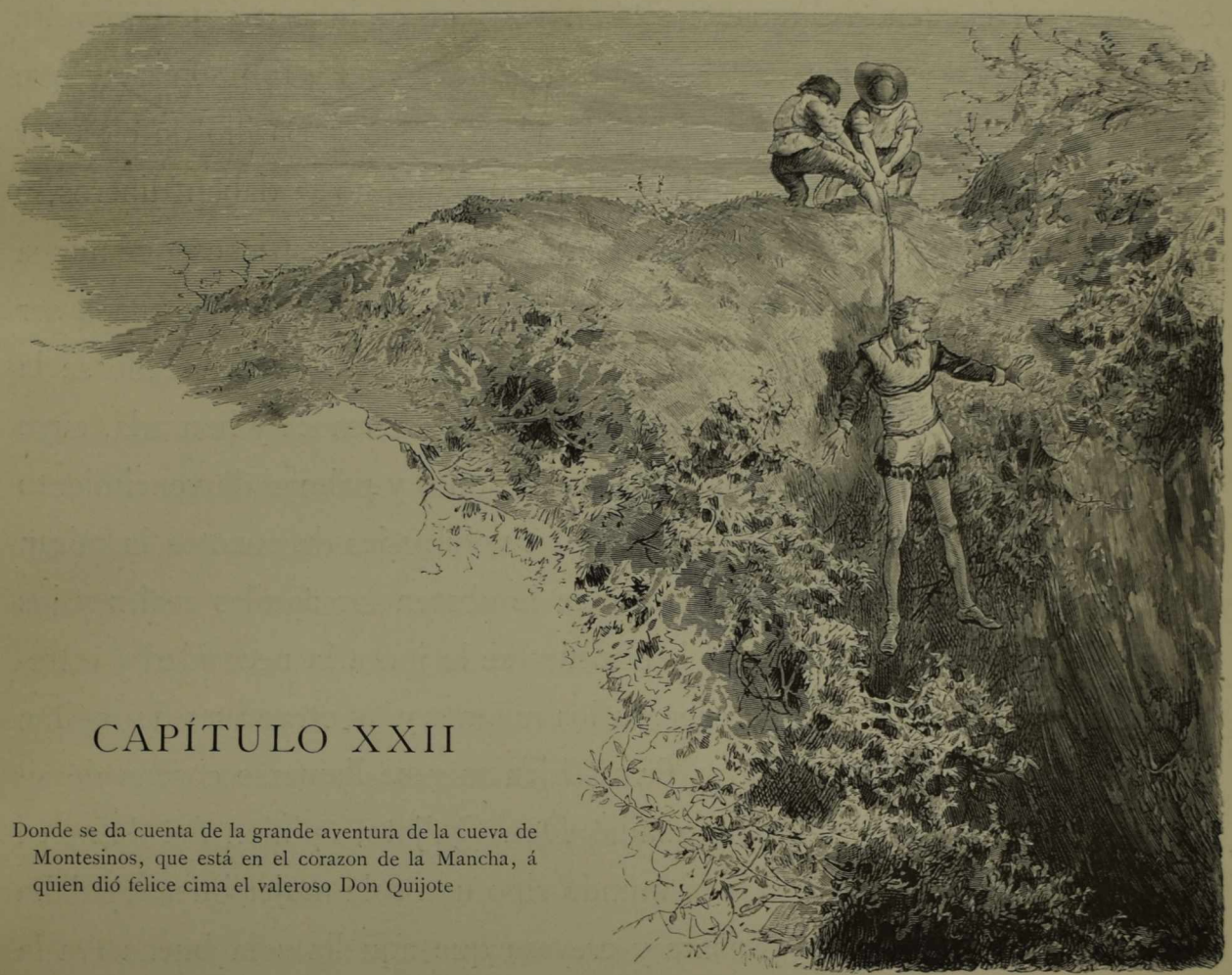
circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; ántes, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos; y desenvainando muchas espadas, arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera á caballo Don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas, donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que habia de ser tenido en respeto.

Don Quijote á grandes voces decia: «Teneos, señores, teneos; que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea; que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza;» y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian. Y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así, tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que

si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces; y así, se fueron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho[3]. Á solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.





CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote

GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa; y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto; bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño.

«No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines;» y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y

contento, y más cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. «El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote; opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena; y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo; y con todo esto, me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla, y áun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso[1].»

Oia todo esto Sancho, y dijo entre sí: «Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo

dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánimo que sólo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique, y deje de meter su cucharada.»

Murmuraba esto algo recio Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: «¿Qué murmuras, Sancho?»

—No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho, ántes que me casara; que quizá dijera yo ahora: «el buey suelto bien se lame.»

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.

—No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena; á lo ménos no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer; que, en efecto, es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, respondió Sancho; que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa; que entónces súfrala el mesmo Satanas.»

Finalmente, tres dias estuvieron con los novios; donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro Licenciado le diese una guia que le encaminase á la cueva de Montesínos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y áun en toda España; y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera.

Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesínos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. Á lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba *El de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones; «porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos* ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla[2] y el Ángel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse de morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con más de veinticinco autores; porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo.»

Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo:

«Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, ¿sabríame decir (que sí sabrá, pues todo lo sabe) quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan.

—Sí seria, respondió el primo; porque Adan, no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos y manos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria.

—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie: yo lo estudiaré, en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos; que no ha de ser ésta la postrera.

—Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto; que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Teneis razon, amigo,» dijo el primo. Y dijo Don Quijote: «Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir.

—Calle, señor, replicó Sancho; que, á buena fe, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que, despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.»

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesínos no habia más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, habia de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de

soga, y otro dia, á las dos de la tarde, llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren.

En viéndola, se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian, le dijo Sancho: «Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace; no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo. Sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla, respondió Don Quijote; que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.»

Y entónces dijo la guia: «Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro; quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones.

—En manos está el pandero, que le sabrán bien tañer,» respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo Don Quijote: «Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios, que me guie.» Y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: «¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu aventurero amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que, si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe;» y en diciendo esto, se acercó á la sima. Vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada, si no era á



PONIENDO MANO A LA ESPADA COMENZÓ A DERRIBAR Y CORTAR DE AQUELLAS MADERAS...

fuerza de brazos ó á cuchilladas; y así, poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos ó grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó; y viendo que no salian más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos (que asimismo entre los cuervos salieron), dándole soga el primo y Sancho, se dejó calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: «Dios te guie y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce. Dios te guie otra vez y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida, que dejas, por enterrarte en esa escuridad, que buscas.» Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quijote dando voces, que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podian dar más cuerda; con todo eso, se detuvieron como una hora, al cabo del cual espacio, volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priesa, por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: «Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio; que ya pensábamos que se quedaba allá para casta;» pero no respondia palabra Don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido.

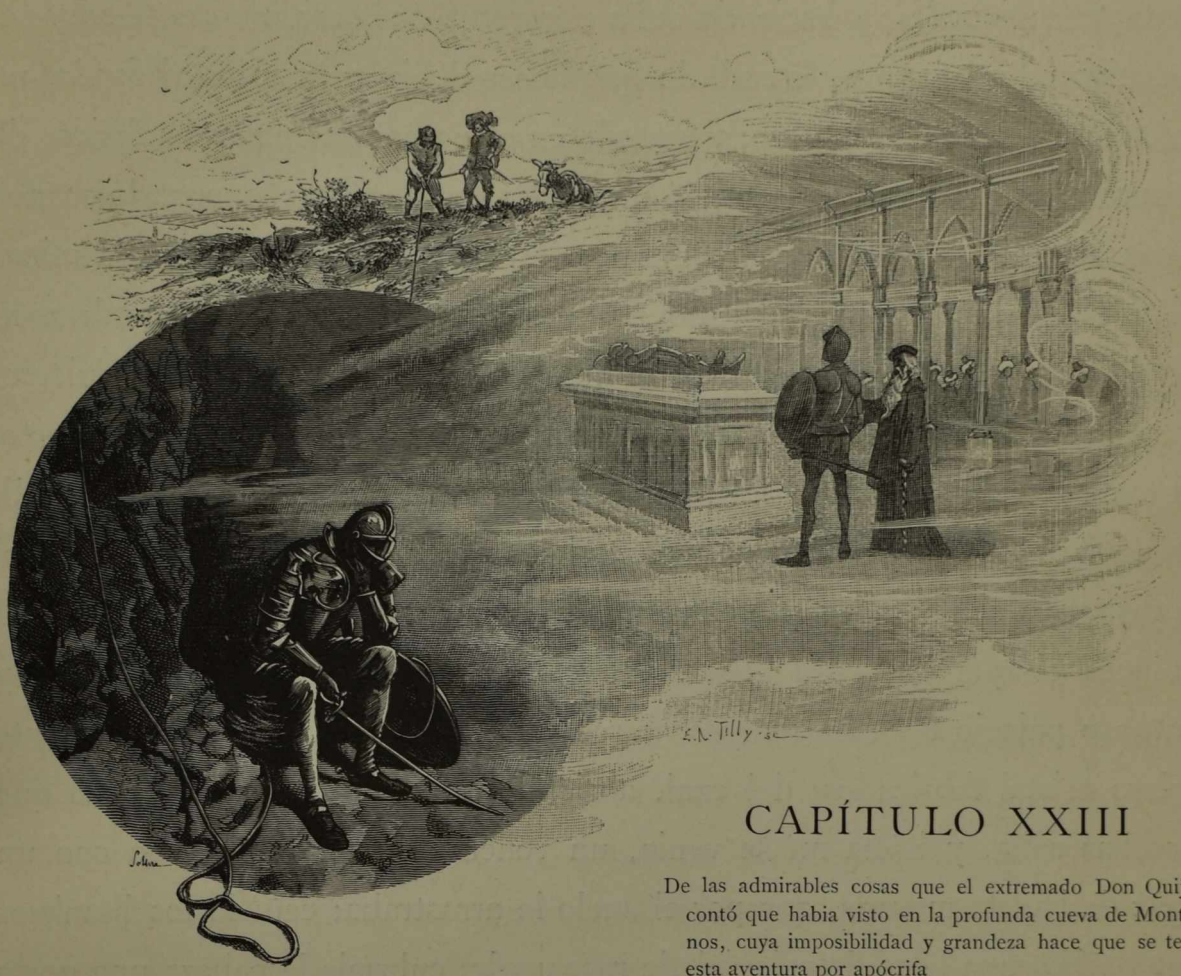
Tendiéronle en el suelo y desliáronle; y con todo esto, no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de

un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algun grave y profundo sueño despertara; y mirando á una y otra parte como espantado, dijo: «Dios os lo perdone, amigos; que me habeis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesínos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras, sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas la que lloraron vuestros hermosos ojos!...»

Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto.

«¿Infierno le llamais? dijo Don Quijote; pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego vereis.» Pidió que le diesen algo de comer; que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha: «No se levante nadie, y estadme, hijos, los dos atentos.»





CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesínos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos carísimos oyentes lo que en la cueva de Montesínos habia visto, y comenzó en el modo siguiente:

«Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la

soga que enviábades; y haciendo della una rosca ó rimero, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salia, y hácia mí se venia, un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura. No traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron.

»Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente y luego decirme: «Luengos tiempos há, valeroso Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesínos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesínos, de quien la cueva toma nombre.»

»Apénas me dijo que era Montesínos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba: que él habia sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.

—Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano.

—No sé, prosiguió Don Quijote... pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor Don Quijote; que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote; y así, digo que el venerable Montesínos me metió en el cristalino palacio, donde, en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol, con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon; y ántes que preguntase nada á Montesínos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: «Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado (como me tiene á mí y á otros muchos y muchas) Merlin, aquel famoso encantador que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que,

despues de muerto, le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debia de pesar dos libras, porque, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando como si estuviese vivo?» Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh mi primo Montesínos!
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.»

»Oyendo lo cual el venerable Montesínos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de vuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlin, há muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete hijas son de los reyes de España,

y las dos sobrinas de los caballeros de una Órden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se le llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por donde quiera que va, muestra su tristeza y melancolía; y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo ¡oh primo mio! os lo he dicho muchas veces; y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y vereislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin; aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.»

»Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja; cuando así no sea ¡oh primo! digo, paciencia y barajar;» y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan

tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesínos cómo toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro dias en la semana, hacian aquella procesion, y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; «y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses, y áun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y áun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entónces, señor don Montesínos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así, no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido... y quédese aquí.»

»Á lo que él me respondió: «Señor Don Quijote, perdóneme vuesa merced; que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo

cielo.» Con esta satisfacion que me dió el gran Montesínos, se quietó mi corazon del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y áun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote; no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.»

Á esta sazon dijo el primo: «Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced, en tan poco espacio de tiempo como há que entró allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto há que bajé? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer otras dos veces; de modo que, á mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho; que, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres dias con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni áun he tenido hambre, ni por pensamiento.

—Y los encantados ¿comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote; á lo ménos, en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de «dime con quién andas, decirte he quién eres:» ándase vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma miéntras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios (que iba á decir el diablo) si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? dijo el primo. Pues ¿habia de mentir el señor Don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras?

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesínos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras; y apénas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesínos si las conocia; respondióme que no, pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y

presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona, la que escanciaba el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.»

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio, ó morirse de risa; que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: «En mala coyuntura y en peor sazon y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesínos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

—Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mesmos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzaria una jara. Quise seguirla; y lo hiciera, si no me aconsejara Montesínos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimesmo que, andando el tiempo, se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban. Pero lo que más pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesínos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas,

con turbada y baja voz me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traigo, de cotonía, nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.» Suspendióme y admiróme el tal recado; y volviéndome al señor Montesínos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesínos, que los encantados principales padecen necesidad?»

»Á lo que él me respondió: «Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y áun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena (segun parece), no hay sino dárselos; que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto.

»—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales,» los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: «Decid, amiga mia, á vuesa señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Direisle tambien que, cuando ménos se lo piense, oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua, de vengar á su sobrino Baldovínos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. «Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora,» me respondió la doncella; y tomando

los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz, Sancho, ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor! por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido.

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.»





CAPÍTULO XXIV

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia

DICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesínos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso »Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo »queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas »han sido contingibles y verisímiles; pero á esta de la cueva no le hallo »entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos »razonables[1]. Pues pensar yo que Don Quijote mintiese, siendo el más »verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; »que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que

»él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo »fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta »aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa »ó verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te »pareciere; que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que »al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la habia »inventado, por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras »que habia leido en sus historias[2].»

Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos; porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: «Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas: la primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad; la segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesínos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos; la tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del emperador Cárlo-Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesínos, él despertó diciendo: *paciencia y barajar*. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Cárlo-Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades;* y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es

el señor Durandarte; la cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes[3].

—Vuesa merced tiene razon, dijo Don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo), á quién piensa dirigirlos.

—Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo.

—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo[4], que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.

—No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote; porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma y comian raíces de la tierra. Y no se entienda que, por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dejan de ser todos buenos. A lo ménos, yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita, que se finge bueno, que el público pecador[5].»

Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó, y pasó de largo. Don

Quijote le dijo: «Buen hombre, deteneos; que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas, que veis que aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así, me es forzoso el no detenerme; y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta, que está más arriba de la ermita, pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez;» y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, á la cual llegaron un poco ántes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á ella á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio á la ermita, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa; que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana.

«Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos!»

Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo y alguna camisa; porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, á uso de Corte; la edad

llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

Á la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole: «Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galan; y ¿adónde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo.»

Á lo que el mozo respondió: «El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es á la guerra.

—¿Cómo la pobreza? preguntó Don Quijote; que por el calor bien puede ser.

—Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido á algun grande de España ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara; que eso tiene el servir á los buenos; que del tinelo suele salir uno á ser alférez ó capitan, ó con algun buen entretenimiento; pero yo ¡desventurado! serví siempre á catariberas y á gente advenediza, de racion y quitacion tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della; y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que, en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea?

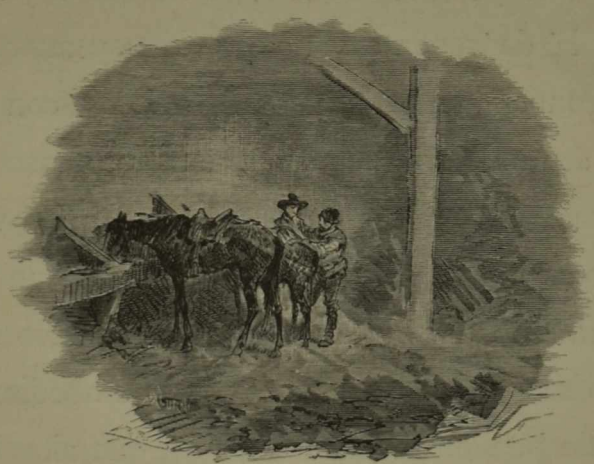
—Dos me han dado, respondió el paje; pero así como al que se sale de alguna religion ántes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos; que acabados los negocios á que venian á la Corte, se volvian á sus casas y recogian las libreas, que por sola ostentacion habian dado.

—¡Notable espilorchería! como dice el italiano, dijo Don Quijote; pero con todo eso, tenga á felice ventura el haber salido de la Corte con tan buena intencion como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riquezas, á lo ménos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir; que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden. Y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os

podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza; cuanto más, que ya se va dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir; que echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir más, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen[6].»

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta; y á esta sazon, dicen que dijo Sancho entre sí: «¡Válate Dios por señor! y ¿es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesínos? Ahora bien, ello dirá;» y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia.

No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho; lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.





CAPÍTULO XXV

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino

No se le cocia el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre, condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues, acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: «Más despacio, y no en pié, se ha de tomar el cuento de mis maravillas; déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia; que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso, respondió Don Quijote; que yo os ayudaré á todo;» y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre; humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera:

«Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha, criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido.

»—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.

»—En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa; que luego vuelvo.

»—Mucho placer me hareis, dijo el del jumento; y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.»

»Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores, á pié y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron.

»Viendo, pues, que no parecia, dijo el regidor que le habia visto al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que... yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido.

»—¿Algun tanto decís, compadre? dijo el otro; por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni áun á los mesmos asnos.

»—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo

que le rodeemos y andemos todo; y, de trecho en trecho, rebuznareis vos y rebuznaré yo; y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.»

»Á lo que respondió el dueño del jumento:

«Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio;» y dividiéndose los dos, segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y, cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron los dos á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?

»—No fué, sino yo, respondió el otro.

»—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa más propia.

»—Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.

»—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis.

»—Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.

»—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y áun en éste, plega á Dios que nos sean de provecho.»

»Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada

paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni áun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

»—En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.» Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formado escuadron, han salido contra los burladores los burlados á darse batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar; y si

no os lo han parecido, no sé otras;» y con esto dió fin á su plática el buen hombre[1].

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre, todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: «Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Cuerpo de tal! dijo el ventero: ¿que aquí está el señor Maese Pedro? Buena noche se nos apareja.» (Olvidábaseme de decir como el tal Maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo.) Y el ventero prosiguió diciendo; «Sea bien venido vuesa merced, señor Maese Pedro; ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.

—Al mismo Duque de Alba se la quitara, para dársela al señor Maese Pedro, respondió el ventero; llegue el mono y el retablo; que gente hay esta noche en la venta, que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora, respondió el del parche; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo;» y luego se volvió á salir de la venta.

Preguntó luego Don Quijote al ventero qué Maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia.

Á lo que respondió el ventero: «Este es un famoso titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiféros, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto. Trae consigo asimismo un mono, de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido, le dice la respuesta de lo que

le preguntan, y Maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él, despues de haberle hablado al oido; y así, se cree que el tal Maese Pedro está riquísimo; y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo.»

En esto volvió el Maese Pedro, y en una carreta venia el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apénas le vió Don Quijote, cuando le preguntó: «Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué pexe pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales;» y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

«Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto.

—¡Voto á Rus! dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado; porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene?»

No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo: «No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios;» y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oido, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fué Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo: «Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no

jamas como se debe alabado caballero, Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados!»

Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: «Y tú ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo! alégrate; que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino; y por más señas, tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que, segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

—Ahora digo, dijo á esta sazon Don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho y ve mucho, sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mesmo Don Quijote de la Mancha, que este buen animal ha dicho (puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas); pero, como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno.

—Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo.»

Á lo que respondió Maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de Don Quijote): «Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros; que por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora (porque se lo debo, y por darle gusto) quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna.» Oyendo lo

cual el ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dijo: «Mira, Sancho; yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto, tácito ó expreso, con el demonio.

—Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal Maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho, no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más; que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que á sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir; que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el espíritu del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. Á lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la

figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos: el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué, que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores.

—Con todo eso, querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á Maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesínos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas.

—Todo podria ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas; puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.»

Estando en esto, llegó Maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo; que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesínos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. Á lo que Maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho, dijo: «Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva, llamada de Montesínos, si fueron falsas ó verdaderas;» y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole, al parecer, en el oido, dijo luego Maese Pedro: «El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verdaderas; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare; que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene.

—¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni áun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen Maese Pedro; que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna? respondió Maese Pedro; sesenta mil encierra en sí este mi retablo; dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite et non verbis;* y manos á la labor; que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.»

Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenia una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá ó verá el que leyere ú oyere el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas

CALLARON TODOS, TIRIOS Y TROYANOS; quiero decir, pendientes estaban, todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: «Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entónces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas don Gaiféros, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiféros;
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Cárlo-Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones; y áun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes tambien cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado á don Gaiféros; el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan, su primo, pide prestada su espada Durindana; y cómo don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra á armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcon parece, vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le

mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detras; y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, áun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa; porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

—Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazon Don Quijote, seguid vuestra historia, línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales; que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas.»

Tambien dijo Maese Pedro desde dentro: «Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—Yo lo haré así,» respondió el muchacho; y prosiguió diciendo: «Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante puesta á los miradores de la torre, sin conocerle ha visto, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiféros preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora, que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas, como hombre,

y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ¡oh par sin par de verdaderos amantes! llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.»

Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro y dijo: «Llaneza, muchacho: no te encumbres; que toda afectacion es mala.»

No respondió nada el intérprete; ántes prosiguió diciendo: «No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y ¡miren con qué priesa! que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazon Don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.»

Lo cual oido por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: «No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad,» replicó Don Quijote.

Y el muchacho dijo: «Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes! ¡cuántas trompetas que



—DETENEOS, MAL NACIDA CANALLA; NO LE SIGAIS NI PERSIGAIS.....

suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban! Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo.»

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian; y levantándose en pié, en voz alta dijo: «No consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiféros. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigais ni persigais; si no, conmigo sois en batalla;» y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan.

Daba voces Maese Pedro, diciendo: «Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.»

Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Cárlo-Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: «Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del

buen don Gaiféros y de la hermosa Melisendra! A buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
. . . . . .
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

No há media hora, ni áun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo, sin mi mono; que á fe que primero que le vuelva á mi poder, me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa: ¡que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias.»

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole: «No llores, Maese Pedro, ni te lamentes; que me quiebras el corazon; porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no? respondió Maese Pedro. Y estas reliquias que están por

este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cuyos eran sus cuerpos, sino mios? Y ¿con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creido: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiféros, don Gaiféros; Marsilio, Marsilio; y Cárlo-Magno, Cárlo-Magno; por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huian; y con este buen propósito hice lo que habeis visto. Si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas; vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.»

Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: «No esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras.»

El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: «Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su sér primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Cárlo-Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero; médiese la partida, y señálense cinco reales.

—Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote; que no está en un cuartillo más ó ménos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura, dijo Maese Pedro, que está sin narices y con un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—¡Áun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo ménos en la raya de Francia! porque el caballo en que iban, á mí me pareció que ántes volaba que corria; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana... y prosiga.»

Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo: «Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.»

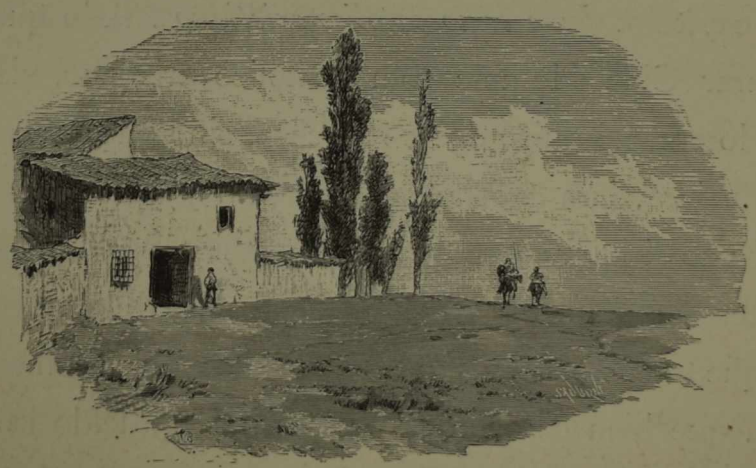
Desta manera fué poniendo precios á otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, y llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

«Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiféros estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podria decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro;

pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche; y amanecerá Dios y verémonos.»

En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Ántes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido, se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni dirétes con Don Quijote, á quien él conocia muy bien; y así, madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote... tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.





CAPITULO XXVII

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...* Á lo que su traductor dice que en jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leido la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena; beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien Don Quijote llamó don Ginesillo de

Paropillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolucion, Gines le hurtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y despues le cobró Sancho, como se ha contado.

Este Gines, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venian de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adevinaba su mono, á todos hacia mamonas, y llenaba sus

esqueros. Así como entró en la venta, conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quijote y á Sancho Panza y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quijote bajara un poco más la mano, cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono[1]; y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo que despues de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos, ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza; pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion, siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos, picó á Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vió al pié della, á su parecer, más de docientos hombres, armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas estacas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una, que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua defuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito.

Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia

errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque, segun los versos del estandarte, no habian sido sino alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: «Señor, en eso no hay que reparar; que bien puede ser que los regidores, que entónces rebuznaron, viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más, que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.» Finalmente, conocieron ó supusieron, como era cierto, que el pueblo corrido salia á pelear con otro, que le corria más de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad.

Fuese llegando á ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas; los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo: «Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagais, pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza á mi lengua.»

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese; que de buena gana le escucharian. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo: «Yo, señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion, la de favorecer á los necesitados de favor y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados; porque

ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que sólo Vellido Dólfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque tambien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y áun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija.

»Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más á ménos! ¡Bueno seria, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita ó quiera; los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. Á estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero ¡tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más, que el tomar

venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

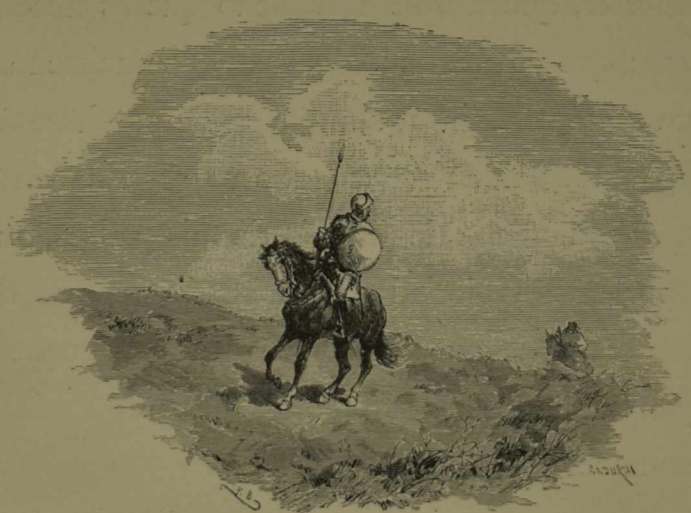
—El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, á fe que lo parece como un huevo á otro.»

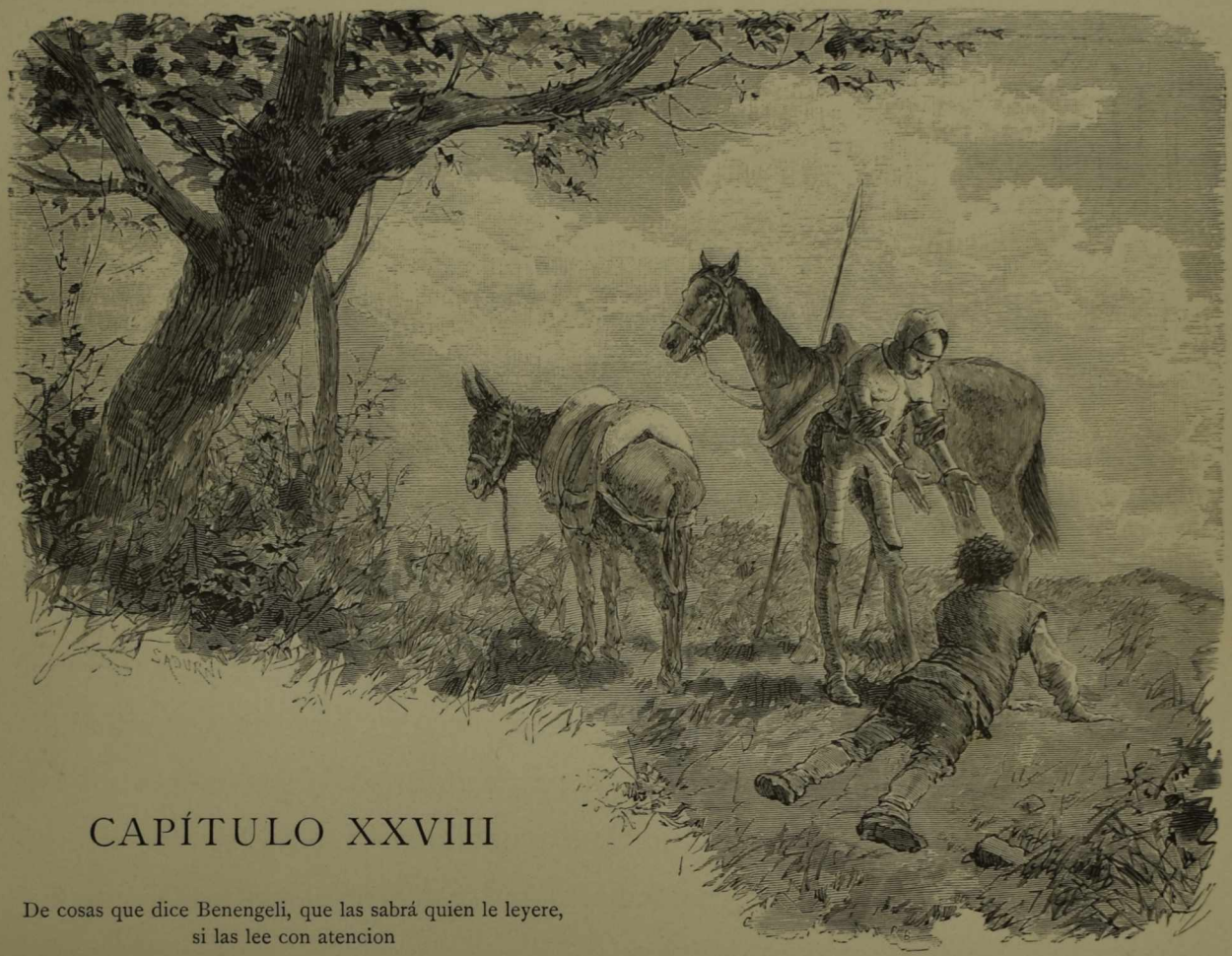
Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él, diciendo: «Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó *el Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama *el Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo errare; cuanto más, que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oir un rebuzno; que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo; y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen; que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.»

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente,

que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa, dió consigo Sancho Panza en el suelo.

Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le habia dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ántes, viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas, y que algunos cargaban los arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y á cada punto recogia el aliento, por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir, sin tirarle. Á Sancho le pusieron sobre su jumento, apénas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el Rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle, viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.





CAPÍTULO XXVIII

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion

CUANDO el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado.

Apeóse Don Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: «Bien en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho: ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? Á música de rebuznos, ¿qué contrapunto se habia de

llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.

—No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas; subamos, y apartémonos de aquí; que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobra la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora [1].»

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un cuarto de legua de allí se parecia.

De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera, que le sacaba de sentido.

«La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo, con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y si más te cogiera, más te doliera [2].

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, áun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. Á la fe, señor nuestro amo, el

mal ajeno de pelo cuelga; y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque, si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de márras, y á otras muchas averías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida); harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme; y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante; que ¡quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! De los presentes no digo nada; que por ser vuesa merced uno dellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando, sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca; que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida. Dineros teneis mios: mirad cuánto há que esta segunda vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida; con vuesa merced, no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante

que el que sirve á un labrador; que en resolucion, los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que esta vez sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo agua, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, es la verdad; ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—Á mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes, me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta.

—Está muy bien, replicó Don Quijote; y conforme al salario que vos os habeis señalado, ved cuantos dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta; porque, en lo de la promesa de la ínsula, se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.

—Pues ¿qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo Don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres dias más á ménos.»

Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: «Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso

de nuestras salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en tanto más cuanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo (que todo lo pareces); éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro. Vuelve las riendas ó el cabestro al Rucio, y vuélvete á tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre, que tienes más de bestia que de persona! Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, ¿te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y dés en la cuenta de que eres bestia.»

Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: «Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono, con que te enmiendes y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita.»

Sancho respondió que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles, y otros sus semejantes, siempre tienen piés, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.





Y AL SALIR DEL ALBA SIGUIERON SU CAMINO BUSCANDO LAS RIBERAS DEL EBRO



CAPITULO XXIX

De la famosa aventura del barco encantado

Por sus pasos contados y por contar, cuatro dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesínos; que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia más á las verdaderas que á las mentirosas; bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á

entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: «Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que éntre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero (puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas, y áun más), ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se éntre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires ó por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda; así que ¡oh Sancho! este barco está puesto aquí para el mesmo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y ántes que éste se pase, ata juntos al Rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios, que nos guie; que no dejaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: «haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa;» pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.»

Esto decia, miéntras ataba las bestias, Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima.

Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos.

«No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida.

—Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas; que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote, santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.»

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al Rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: «El Rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia.»

Y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo: «¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazon de mantequillas? ¿Quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de raton casero? O ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha, ¿vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido, y caminado, por lo ménos, setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto, por la línea equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo,

que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona! puto y gafo, con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé cómo.»

Rióse Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: «Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo, haré lo que vuesa merced me manda; aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas diez varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, ¡voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga!

—Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíaco, eclíptica, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente ¡qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando ahora! Y tórnote á decir que te tientes y pesques; que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.»

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: «Ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¡qué! preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?

—Y áun algos,» respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesen alguna inteligencia secreta ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entónces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas, que en la mitad del rio estaban; y apénas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: «¿Vés? Allí ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho. ¿No echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.»

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista.

Daban voces grandes, diciendo: «Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venis desesperados, que quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira ¡qué de malandrines y follones me salen al encuentro! Mira ¡cuántos vestiglos se me oponen! Mira ¡cuántas feas cataduras nos hacen cocos! Pues ahora lo vereis, bellacos;» y puesto en pié en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar

á los molineros, diciéndoles: «Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquier suerte ó calidad que sea; que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado *el Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado, por órden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura;» y diciendo esto, echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á Don Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habria sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos elevados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

«¿Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas?

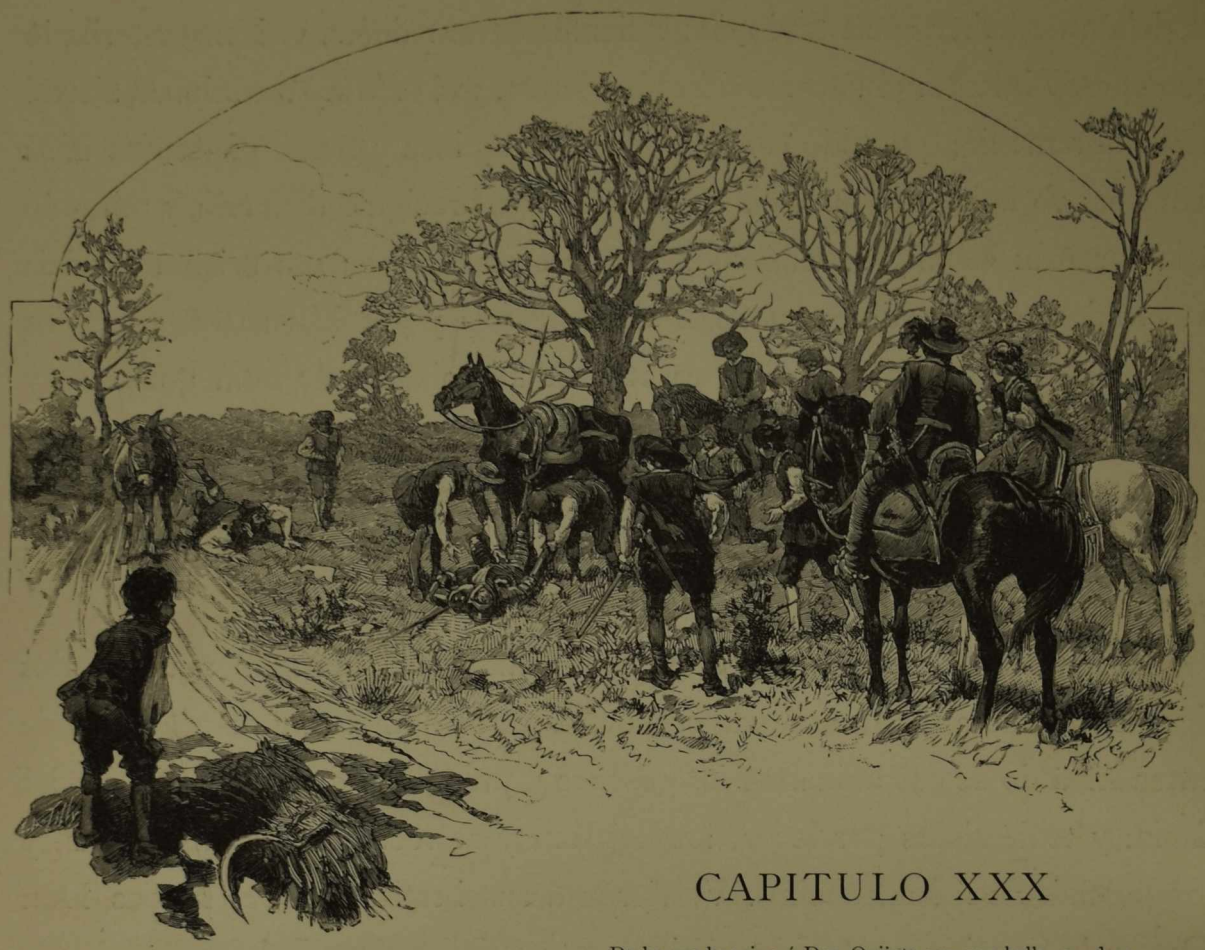
—Basta, dijo entre sí Don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura

se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo más.» Y alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando á las aceñas: «Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.»

En diciendo esto, se concertó con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «Á dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo.»

Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras, tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia; y teniéndolos por locos, los dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.





CAPITULO XXX

De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora

Harto melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio: Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle; porque, magüera tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates; y buscaba ocasion de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él pensado tenia.

Sucedió, pues, que otro dia, al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y

llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: «Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor[1], que yo, el *Caballero de los Leones*, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habeis el encajador! respondió Sancho. ¡A mí con eso! Sí, que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada; que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie.»

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: «Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado *el Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal *Caballero de los Leones*, que no há mucho que se llamaba *el de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su permiso y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y

yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo; que escudero de tan gran caballero como es *el de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.»

Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor, *el Caballero de la Triste Figura*, y que si no le habia llamado *el de los Leones* debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la Duquesa (cuyo título[2] áun no se sabe): «Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?

—El mesmo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo, que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.»

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, acicateó á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar

las manos á la Duquesa, la cual, haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habian leido, y áun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera; y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del Rucio, se le asió un pié en una soga del albarda, de tal modo, que no fué posible desenredarle; ántes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchada, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado Sancho, que áun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote, maltrecho de la caida; y, renqueando y como pudo, fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera; ántes apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: «Á mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero, como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro

y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía[3].

—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras.»

Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo; y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese, dijo: «No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde ménos se piensa se levanta la liebre; que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama, la señora Dulcinea del Toboso.»

Volvióse Don Quijote á la Duquesa, y dijo: «Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.»

Á lo que respondió la Duquesa: «El que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador, añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*...

—*De los Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho; que ya no hay triste figura ni figuron.

—Sea el *de los Leones*, prosiguió el Duque; digo que venga el señor *Caballero de los Leones* á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.»

Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él Don Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.





CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, á su parecer, en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así, tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote; el cual, como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo... al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta los piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oido ni visto, le dijeron: «Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa.»

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre



Y LE ECHARON SOBRE LOS HOMBROS UN MANTON DE ESCARLATA

el caso; pero, en efecto, venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: «¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!;» y todos ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques; de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al Rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña, que con otras á recebir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: «Señora Gonzalez, ó cómo es su gracia de vuesa merced...

—Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano?»

Á lo que respondió Sancho: «Querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio; vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza; porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento; que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.

—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido yo decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de

Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino;* y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para adonde lo parezcan y se os paguen; que de mí no podreis llevar sino una higa.

—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto ménos.

—Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera; si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos;» y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia.

«Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino; y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, más que cuantas pudieran decirme;» y hablando con Sancho, le dijo: «Advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquesas tocas, más las trae por autoridad y por la usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodriguez.»

Don Quijote, que todo lo oia, le dijo: «¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?

—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél; y si en en la caballeriza se me acordara, allí hablara.»

Á lo que dijo el Duque:

«Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al Rucio

se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su mesma persona.»

Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó Don Quijote, despues de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza; seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía.

Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: «Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó ¿señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira ¡pecador de tí! que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo; huye, huye destos inconvenientes; que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspié cae y da en truhan

desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.»

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal; que nunca por él se descubriria quién ellos eran.

Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle agua á manos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala, para llevarle á comer; que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables[1]. Destos tales, digo, que debia de ser el grave religioso que con los Duques salió á recebir á Don Quijote.

Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente, cogiendo á Don Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados.

Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y

ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: «Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos.»

Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad.

Miróle Sancho y entendióle, y dijo: «No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres; que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

—Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mi ingenio tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este. Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venia de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar (que, á lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella), de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso.

—Hasta ahora, dijo el Eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante, no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias.

—No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer; ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias; que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado...

—Adelante, hermano, dijo á esta sazon el Religioso; que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—Á ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así, digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador... que buen poso haya su ánima, que ya es muerto; y por más señas, dicen que hizo una muerte de un ángel; que yo no me hallé presente; que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque...

—Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer más exequias, acabeis vuestro cuento.

—Es pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa... que parece que ahora los veo más que nunca...»

Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso, de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento; y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

«Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole

ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas; que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera;» y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito [2].»

Púsose Don Quijote de mil colores, que, sobre lo moreno, le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos.

Á lo que Don Quijote respondió: «Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¡adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede!

—No sé, dijo Sancho Panza; á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo ménos, en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador. Á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.

—¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque.

—Y ¡cómo si la he visto! respondió Sancho; pues ¿quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre.»

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo habia reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: «Vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia

quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.» Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo: «Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que venceis gigantes y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde ¡nora tal! habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?»

Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon[3], y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pié y dijo... Pero esta respuesta, capítulo por sí merece.





CAPITULO XXXII

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos

LEVANTADO, pues, en pié Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: «El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debian esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones sanas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha

pasado todos los límites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino, á troche moche, entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería y á juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, ¿es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno; si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—¡Bien, por Dios! dijo Sancho: no diga más vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más

que persuadir en el mundo; y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—¿Por ventura, dijo el Eclesiástico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy, respondió Sancho; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera; soy quien «júntate á los buenos, y serás uno dellos;» y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces;» y de los «quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.» Yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él [1], Dios queriendo; y viva él y viva yo; que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el Duque; que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los piés á su excelencia, por la merced que te ha hecho.»

Hízolo así Sancho; lo cual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa, mohino ademas, diciendo: «Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese vuestra excelencia con ellos; que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar;» y sin decir más ni comer más, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado.

Acabó de reir, y dijo á Don Quijote: «Vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse. Este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mesmo confirmará otro ejemplo. Está uno vuelto de espaldas; llega otro, y dale de palos, y en dándoselos, huye y no espera; y el otro le sigue, y no le alcanza. Este, que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurtacordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo; y así, segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque los niños no pueden ni las mujeres suelen herir, ni tienen para qué esperar (y lo mesmo los constituidos en la sacra religion), porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie. Y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, agora digo que nó en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho. Sólo quisiera que esperara algun poco, para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced.

—Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le

abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: ¡bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reináldos de Montalban hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara más en tres años. ¡No, sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos!»

Perecia de risa la Duquesa oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer.

Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas; y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran ménos blancas las jabonaduras), no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella; que el señor Don Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir, que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenian los ojos bajos, sin

osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, si á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: «Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua.»

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote; y dándose prisa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias, se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado.

Estuvo atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: «¡Válame Dios! ¿Si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros? porque, en Dios y en mi ánima, que lo he bien menester, y áun si me las rapasen á navaja lo tendria á más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió él, que en las Cortes de los otros príncipes, siempre he oido decir, que, en levantando los manteles, dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar; puesto que pasar por un lavatorio de estos, ántes es gusto que trabajo.

—No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa; que yo haré que mis doncellas os laven, y áun os metan en colada, si fuere menester.

—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos; que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra.»

El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que, segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la más bella criatura del orbe, y áun de toda la Mancha.

Sospiró Don Quijote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: «Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

—¿Qué quiere decir *demostina*, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida.

—Retórica *demostina*, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de *Demóstenes*, como *ciceroniana* de *Ciceron*, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es, dijo el Duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta.

—Pero con todo eso, nos daria gran gusto el señor Don Quijote, si nos la pintase; que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan invidia las más hermosas.

—Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera

borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora; de hermosa, en fea; de ángel, en diablo; de olorosa, en pestífera; de bien hablada, en rústica; de reposada, en brincadora; de luz, en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién? respondió Don Quijote; ¿quién puede ser sino algun maligno encantador, de los muchos invidiosos que me persiguen, esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos[2]? Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren, donde ven que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote, de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote. Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfecion que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.

—Á eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y áun al Duque, mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo,

y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por más señas, dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.»

Á lo que respondió Don Quijote: «Señora mia, sabrá la vuestra grandeza que todas ó las más cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen; ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso. Y como es cosa ya averiguada que de todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteo, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra; quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna desgracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme, si no fuera á fuerzas de encantamentos; pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca. Y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas

orientales; y para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes cómo viniendo poco há por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia, habiéndola visto Sancho, mi escudero, en su mesma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas, hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea; que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. Á buen seguro que no le cabe poca suerte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad; y así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced; aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldria con cualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas; y más, que ya, por muchas experiencias, sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador; pues hay por ahí ciento que apénas saben leer, y gobiernan como unos jirifaltes; el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo; que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han

de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.»

Á este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, y por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

«¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa; ¿qué es esto? ¿Qué quereis hacer á ese buen hombre? ¡Cómo! y ¿no considerais que está electo gobernador?»

Á lo que respondió el pícaro barbero: «No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque, mi señor, y el señor, su amo.

—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querria que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y al que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes.»

Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así,

haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: «¡Hola, señores caballeros! vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros; tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas.»

Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: «¡No, sino lléguense á hacer burla del mostrenco! que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces.»

Á esta sazon, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: «Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, en traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros.»

Creyeron los apicarados ministros, y áun el maestresala, que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: «De grandes señoras grandes mercedes se esperan: ésta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con ménos, si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de la vida en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ó cirimonias, como vos decis. ¡Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo; que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque, mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.»

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que, si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandato; y fuése.

El Duque dió nuevas órdenes cómo se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.





CAPITULO XXXIII

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note

CUENTA, pues, la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino encontinente á ver á la Duquesa; la cual, con el gusto que tenia de oirle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja; aunque Sancho, de puro bien criado, no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: «Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria

yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea (digo á la señora Dulcinea del Toboso), ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?»

Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles; y luego, esto hecho, se volvió á sentar, y dijo: «Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y áun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues, como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá diez y seis ó diez y ocho dias, que áun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda.»

Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron las oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la Duquesa: «De lo que el buen Sancho me ha contado, me andaba brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos, que me dice: «Pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y con todo eso, le sirve y le sigue, y va atenido á las

vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros?

—Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced, y hable claro ó como quisiere; que yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiéreme bien, es generoso, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadon. Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios; y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que magüera tonto, se me entiende aquel refran de «por su mal le nacieron alas á la hormiga;» y áun podria ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero; y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia; y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero; y no ocupa más piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo, todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches; y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oido decir que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce [1], y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Vamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas

sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

—Y ¡cómo que no mienten! dijo á esta sazon doña Rodriguez, la dueña, que era una de las escuchantes; que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo, vivo, vivo, en una tumba, llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado habia.

Y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir que quiere más ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas.»

No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: «Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero; y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula, á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo; que, cuando ménos lo piense, se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche; lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza; y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso; soy perro viejo, y entiendo todo tus, tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato; dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobernador me anduviesen las manos tan bien en el oficio, que supiese más dél que de la labor del campo, en que me he criado.

—Vos teneis razon, Sancho, dijo la Duquesa; que nadie nace enseñado,

y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábamos, del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo, pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando ménos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza; y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesínos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por sólo mi gusto; y todo debió de ser al reves, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que, con tan flaca y magra persuasion como la mia, creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores. Yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al reves, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

—Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesínos que gustaria saberlo.»

Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa, dijo: «Deste suceso se puede inferir que, pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la mesma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente bellacos.

—Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, es claro que yo no la pude encantar, sino los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos; verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello ¡morena! No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, «Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió;» como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que, por lo ménos, es persona bachillerada por Salamanca; y los tales no pueden mentir, si no es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento; así que, no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y que segun oí decir á mi señor: «más vale el buen nombre que las muchas riquezas,» encájenme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos, sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, que *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed, bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo y me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un bríndis de un amigo, ¿qué corazon ha de haber tan de mármol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las ensucio; cuanto más, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados,

montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo.

—Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora, váyase Sancho á reposar; que despues hablaremos más largo, y daremos órden cómo vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.»

De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

«¿Qué Rucio es ese? preguntó la Duquesa.

—Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar *el Rucio;* y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar!

—Seria algun villano, dijo doña Rodriguez la dueña; que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

—Agora bien, dijo la Duquesa, no haya más; calle doña Rodriguez y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del Rucio; que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho; que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de más que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término.

—Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y áun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho; que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva.»

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento; y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen [2].





CAPÍTULO XXXIV

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro

GRANDE era el gusto que recebian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de lo que Sancho ya les habia contado de la cueva de Montesínos para hacerle una que fuese famosa; porque de lo que más la Duquesa se admiraba era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y así, habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias los llevaron á caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de

finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese.

Llegado, pues, el esperado dia, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su Rucio (que nó le quiso dejar, aunque le daban un caballo) se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros como por el són de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque, y tambien Don Quijote, y pusiéronse á sus lados; Sancho se puso detras de todos, sin apearse del Rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman; y apénas habian sentado el pié y puéstose en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recebirle Don Quijote; lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara.

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al Rucio y dió á correr cuanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes, estando ya á la mitad della, asido de una rama, pugnando por subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se

le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho (que ya por ellos le habia conocido) vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al Rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al Rucio, ni al Rucio sin ver á Sancho; tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó Don Quijote y descolgó á Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma; que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

Sancho, mostrando á la Duquesa las llagas de su roto vestido, dijo: «Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida; yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado.

—Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería, le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho; que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto, que parece que no lo habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque; porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es sólo para reyes y grandes señores. Así que ¡oh Sancho! mudad de opinion, y cuando seais gobernador, ocupaos en la caza, y vereis cómo os vale un pan por ciento.

—Eso no, respondió Sancho; el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle, fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así, enhoramala andaria el gobierno! Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado, las pascuas, y á los bolos, los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia.

—Plega á Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere, replicó Sancho; que al buen pagador no le duelen prendas; y más le vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un jerifalte. ¡No, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito! dijo Don Quijote; y ¿cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada? Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no sólo



YO SOY EL DIABLO, VOY A BUSCAR A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traidos tan á sazon y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los quisiera escuchar.

—Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son ménos de estimar por la verdad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con más sazon acomodados.»

Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho la intencion de los Duques; y así como comenzó á anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego y el són de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y áun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contínuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza; y finalmente, áun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron.

Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedia.

«Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?»

Á lo que respondió el correo con voz horrísona y desentonada: «Yo soy el diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí

viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso; encantada viene, con el gallardo frances Montesínos, á dar órden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero, Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante.

—En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba.

—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, á no serlo, no jurara «en Dios y en mi conciencia.» Ahora yo tengo para mí que áun en el mismo infierno debe de haber buena gente.»

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo: «Á tí, *el Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo), me envia el desgraciado, pero valiente caballero Montesínos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores;» y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho, de ver que, á despecho de la verdad, querian que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesínos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: «¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—Pues ¿no? respondió él; aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flándes,» dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací; que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra.

Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz, dijo: «Yo soy el sabio Lingardeo;» y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras este, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo: «Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida;» y pasó adelante.

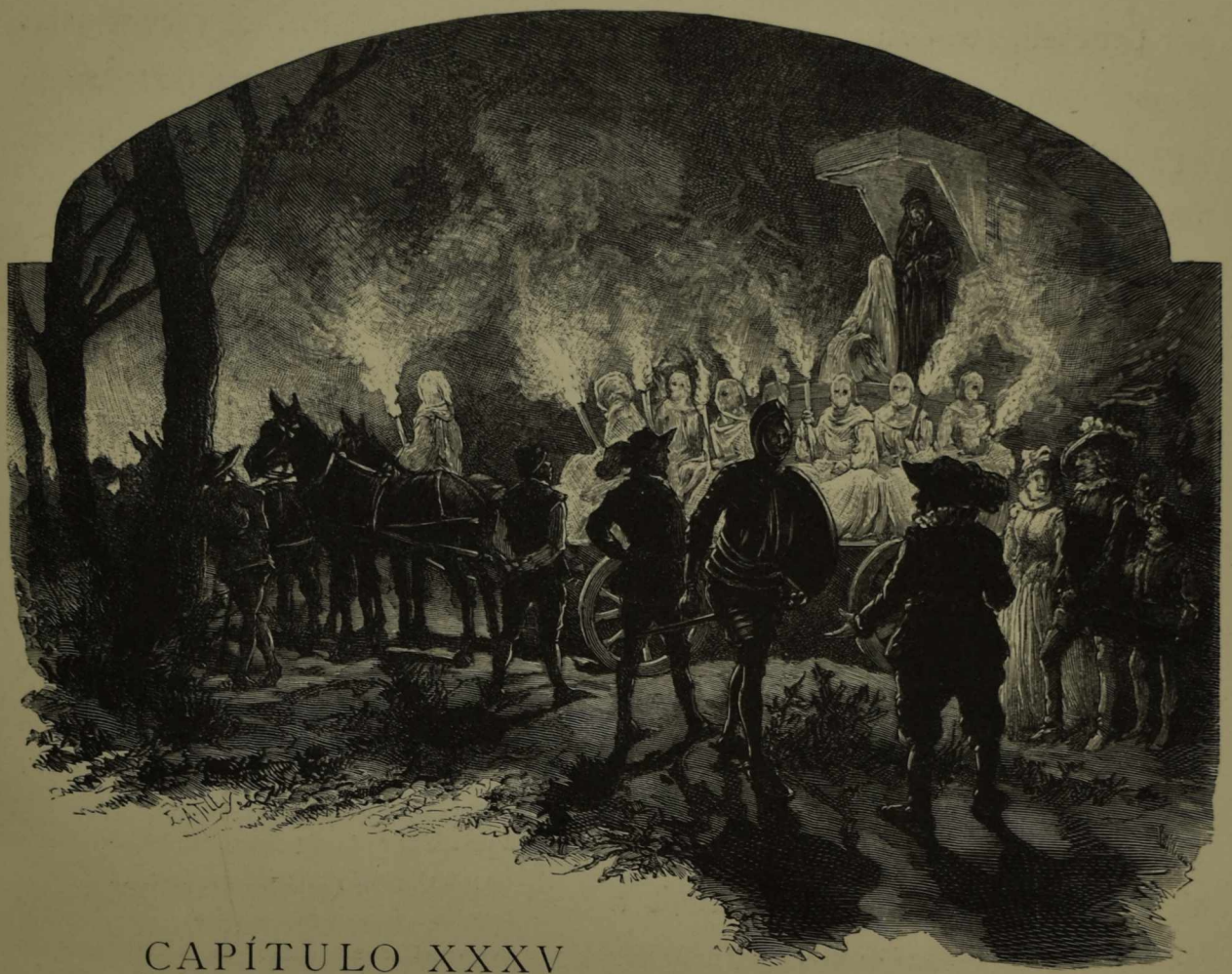
Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pié, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: «Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela;» y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un són de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal; y así, dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: «Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad,» respondió la Duquesa.

Á lo que replicó Sancho: «Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá,» dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos

Al compas de la agradable música, vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas, empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y áun tres, mayor que los pasados, y los lados y frente dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida; traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos,

por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte ni bajaban de diez y siete; junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la Muerte, descarnada y fea; de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

«Yo soy Merlin (aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Emulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
Á quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos, contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa,
Y amiga de hacer bien á todas gentes.
»En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su transformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme;
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
Á tamaño dolor, á mal tamaño.
»¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
Á usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas!
Á tí digo ¡oh varon, como se debe,
Por jamas alabado, á tí, valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella!
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.

—¡Voto á tal! dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de

desencantar! Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios, que si el señor Merlin no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

—Tomaros he yo, dijo Don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió; y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma.»

Oyendo lo cual Merlin, dijo:

«No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho; á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso «mi vida, mi alma,» sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio.»

Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció más que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: «¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! Si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de

tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y áun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon ¡oh miserable y endurecido animal! pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron, y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia (que áun se está todavía en el *diez y* de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte) se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, sólo porque te enternezca mi belleza; que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brío, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz; y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero, que á tu lado tienes; por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.»

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque:

«Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad; que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho; que de los azotes, abernuncio.

—Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque.

—Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho; que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más á ménos; porque me tienen tan turbado

estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora, mi señora doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene; viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura, ¿son mis carnes de bronce? ó ¿vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge, ¡me amarrará desnudo á un árbol, y me doblará la parada de los azotes! Y habian de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice: «bebe con guindas.» Aprendan, aprendan, mucho de enhoramala, á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de tan buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y ¡vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajeno dello como yo de volverme cacique!

—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais más que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. ¡Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado por vos, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador.

—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor?

—No, en ninguna manera, dijo Merlin; aquí, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio. Ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesínos y á su rústico estado de labradora, ó ya, en el sér que está, será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo, y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino; que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis.»

Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó:

«Dígame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesínos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase: y, hasta agora, ¿hemos visto á Montesínos ni á sus semejas?

Á lo cual respondió Merlin:

«El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesínos, sino mio; porque Montesínos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando, su desencanto, que áun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes; y por agora, acabad de dar el sí desta disciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo, hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero, pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo

que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso; pues, segun parece, al revés de lo que yo pensaba [1], en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea; y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y áun premios por la buena obra. Así que, no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—Ea, pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura... digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.»

Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas.

La Duquesa y el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho...

Y ya en esto se venia á más andar el alba, alegre y risueña; las florecillas de los campos descollaban y se erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios, que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales

que el dia, que al Aurora venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas; que para ellos no habia veras que más gusto les diesen.





CAPITULO XXXVI

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza

TENIA un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano.

«Eso, replicó la Duquesa, más es darse de palmadas que de azotes; yo

tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio.»

Á lo que respondió Sancho: «Déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora, respondió la Duquesa; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias.»

Á lo que dijo Sancho: «Sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador; digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

—Y ¿quién la notó? preguntó la Duquesa.

—¿Quién la habia de notar sino yo ¡pecador de mí! respondió Sancho.

—Y ¿escribístesla vos? dijo la Duquesa.

—Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.

—Veámosla, dijo la duquesa; que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.»

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA, SU MUJER

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno

»me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, »por ahora; otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado »que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es »andar á gatas. Mujer de un gobernador eres; mira si te roerá nadie los »zancajos. Ahí te envio un vestido verde de cazador, que me dió mi señora »la Duquesa; acomódale de modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. »Don Quijote, mi amo, segun he oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo »y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la »cueva de Montesínos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el »desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. »Con tres mil y trecientos azotes, ménos cinco, que me he de dar, quedará »desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, »porque, pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que »es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno, adonde voy con »grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los »gobernadores nuevos van con este mesmo deseo; tomaréle el pulso, y »avisaréte si has de venir á estar conmigo, ó no. El Rucio está bueno y se »te encomienda mucho, y no le pienso dejar, aunque me llevaran á ser gran »turco. La Duquesa, mi señora, te besa mil veces las manos; vuélvele el »retorno con dos mil; que no hay cosa que ménos cueste ni valga más barata, »segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido »de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de márras; pero »no te dé pena, Teresa mia; que en salvo está el que repica, y todo saldrá en »la colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dicen que si »una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él; y si así fuese, »no me costaria muy barato; aunque los estropeados y mancos ya se tienen »su calongía en la limosna que piden; así que, por una via ó por otra, tú has »de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y á mí me »guarde para servirte. Deste castillo, á 20 de Julio de 1614.

»Tu marido, el Gobernador,

»*Sancho Panza.*»

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo á Sancho:

«En dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador: la una, en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él (que no lo puede negar) que cuando el Duque, mi señor, se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es que se muestra en ella muy codicioso; y no querria que orégano fuese; porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva; y podria ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre.

—No, no, replicó la Duquesa; buena está ésta, y quiero que el Duque la vea.»

Con esto se fueron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el són tristísimo de un pífaro y el de unos roncos y destemplados tambores. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabia en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo; éstos venian tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. Á su lado venia el pífaro, negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí, tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un

trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba, blanca como la nieve. Movia el paso al són de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida, á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié, con los demas que allí estaban, le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié, alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora; y poniendo los ojos en el Duque, dijo:

«Altísimo y poderoso señor: á mí me llaman Trifaldin, el de la barba blanca; soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es, que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado; y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado; cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.»

Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué:

«Ya, buen escudero, Trifaldin de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podeis, estupendo

escudero, decirle que éntre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podreis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.»

Oyendo lo cual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quijote, le dijo:

«En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apénas há seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo; tocara, por lo ménos con la mano, que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las

doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere; que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.»





CAPITULO XXXVII

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: «No querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno; porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que, donde interviniesen dueñas, no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que, pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres-faldas ó Tres-colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.

—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote; que pues esta señora dueña, de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número; cuanto más, que ésta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, y en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas.»

Á esto respondió doña Rodriguez, que se halló presente: «Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes. Y nadie diga mal de las dueñas antiguas, y ménos de las doncellas; que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotras trasquiló... las tijeras le quedaron en la mano.

—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi boticario, que lo mejor será no menear el arroz, aunque se pegue.

—Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros; que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. Á fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razon, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.»

Á lo que Sancho respondió: «Despues que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo.»

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y

los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si seria bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal.

«Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho, ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.

—¿Quién, señor? respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de ménos; y al buen entendedor pocas palabras.

—Así es como Sancho dice, dijo el Duque; veremos el talle de la Condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.»

En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí, á este breve capítulo, dió fin el autor, y comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.





CAPÍTULO XXXVIII

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida

DETRÁS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrian. Tras ella venia la Condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos; la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debia llamar la *Condesa Trifaldi*, como si dijésemos la *Condesa de las Tres Faldas;* y así

dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llamó *La Condesa Lobuna*, á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran la *Condesa Zorruna*, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucia. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual, el Duque, la Duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recebirla.

Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: «Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado... digo á esta su criada... porque, segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde; y debe de ser muy léjos, pues cuanto más le busco, ménos le hallo.

—Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor; el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias;» y levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: «Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que

ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso; porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

—El Panza, ántes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo; y así podreis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos.»

En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: «Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino, á la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oidos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.»

Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los piés de Don Quijote, y áun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: «Ante estos piés y piernas me arrojo ¡oh caballero invicto! por ser los que son basas y colunas de la andante caballería. Estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises!»

Y dejando á Don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo: «¡Oh tú, el más leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldin, mi acompañador, que está presente! bien puedes

preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa.»

Á lo que respondió Sancho: «De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer; que todos nos entenderemos.»

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual, volviéndose á sentar, dijo: «Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfecion de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues ¡digamos agora que la discrecion era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los hados invidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un

caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y más, que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso, el malandrin y desalmado vagamundo, granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere,
Y por más tormento, quiere
Que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar; y despues acá (digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos) he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. Pues ¿qué, cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de todos los sentidos. Y así, digo, señores mios, que los tales trovadores, con justo título los debian de desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: «vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome,» con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya los aromas? Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir.

»Pero ¿dónde me divierto? ¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias! ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad; mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo (que este es el nombre del referido caballero); y así, siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la, por mí y no por él, engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo; que, aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no; el matrimonio ha de ir adelante en cualquiera negocio destos que por mí se tratare.

»Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba

descubriendo á más andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que ántes que se saliese á luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el Vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de Corte muy honrado...»

A esta sazon dijo Sancho: «¿Tambien en Candaya hay alguaciles de Corte, poetas y seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino que todo el mundo es uno. Pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi; que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.

—Sí haré,» respondió la Condesa.





CAPÍTULO XXXIX

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia

De cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote; y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: «En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa; de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.

—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.

—Claro está, respondió Trifaldin; que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado,

creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que, aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros (y más si son andantes) los reyes y los emperadores.

—Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote; porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida; que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo! respondió la Condesa; ¡y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas! Muerta, pues, la Reina, y no desmayada, la enterramos; y apénas la cubrimos con la tierra, y apénas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando temperet a lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que, junto con ser cruel, era encantador; el cual, con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura: á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos está un padron, asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el »valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla; que

»para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.» Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje; y asiéndome á mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero, con todo, me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes; y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y contínua; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora vereis.»

Y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas y cuales albarrazadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: «Desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas; que ¡pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre! porque, si entramos en cuenta, señores mios... y esto que voy á decir agora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas; y así, lo diré sin lágrimas. Digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién le dará ayuda? Pues áun cuando tiene la tez

lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron!» Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.





CAPITULO XL

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia

REAL y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciònes, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, vivais siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: «Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su

pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. ¡Válgate mil Satanases, por no maldecirte por encantador y gigante Malambruno! y ¿no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? ¿Cómo? y ¿no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio abajo, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape.

—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así, hemos tomado, algunas de nosotras, por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras, las dueñas de mi señora, por jamas quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.

—Yo me pelaria las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.»

Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: «El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo dél vuelva, y cobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable: vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer; que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas á ménos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel

mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en el cuello, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Piérres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí; y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.»

Á esto dijo Sancho: «Para andar reposado y llano, mi Rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.»

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: «Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo, donde fuese con comodidad y presteza.

—Y ¿cuántos caben en ese caballo?» preguntó Sancho.

La Dolorida respondió: «Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

—Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni ménos Bayarte, que fué el de Reináldos de Montalban; ni Frontino, como el de Rugero; ni Etonte ni Piroente [1], como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado.

—Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Ligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en el cuello, y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna?

—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija; que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apénas puedo tenerme en mi Rucio y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie. Cada cual se rape como más le viniere á cuento; que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuánto más, que yo no debo de ser al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del Rey! dijo Sancho: ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Áun si dijesen los historiadores: «el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de Fulano, su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla;» pero ¡que escriban á secas: «don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos,» sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga; que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa, mi señora; y podria ser que cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.

—Con todo eso, le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras; que, cierto, seria mal caso.

—¡Aquí del Rey otra vez! replicó Sancho. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¿que lo sufra por quitar las barbas á dueñas? ¡Mal año! Mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la ménos melindrosa hasta la más repulgada.

—Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa; mucho os vais tras la opinion del boticario toledano. Pues á fe que no teneis razon; que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa.

—Mas que la diga vuestra excelencia, dijo la Rodriguez; que Dios sabe la verdad de todo; y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas, que seamos las dueñas, tan bien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.

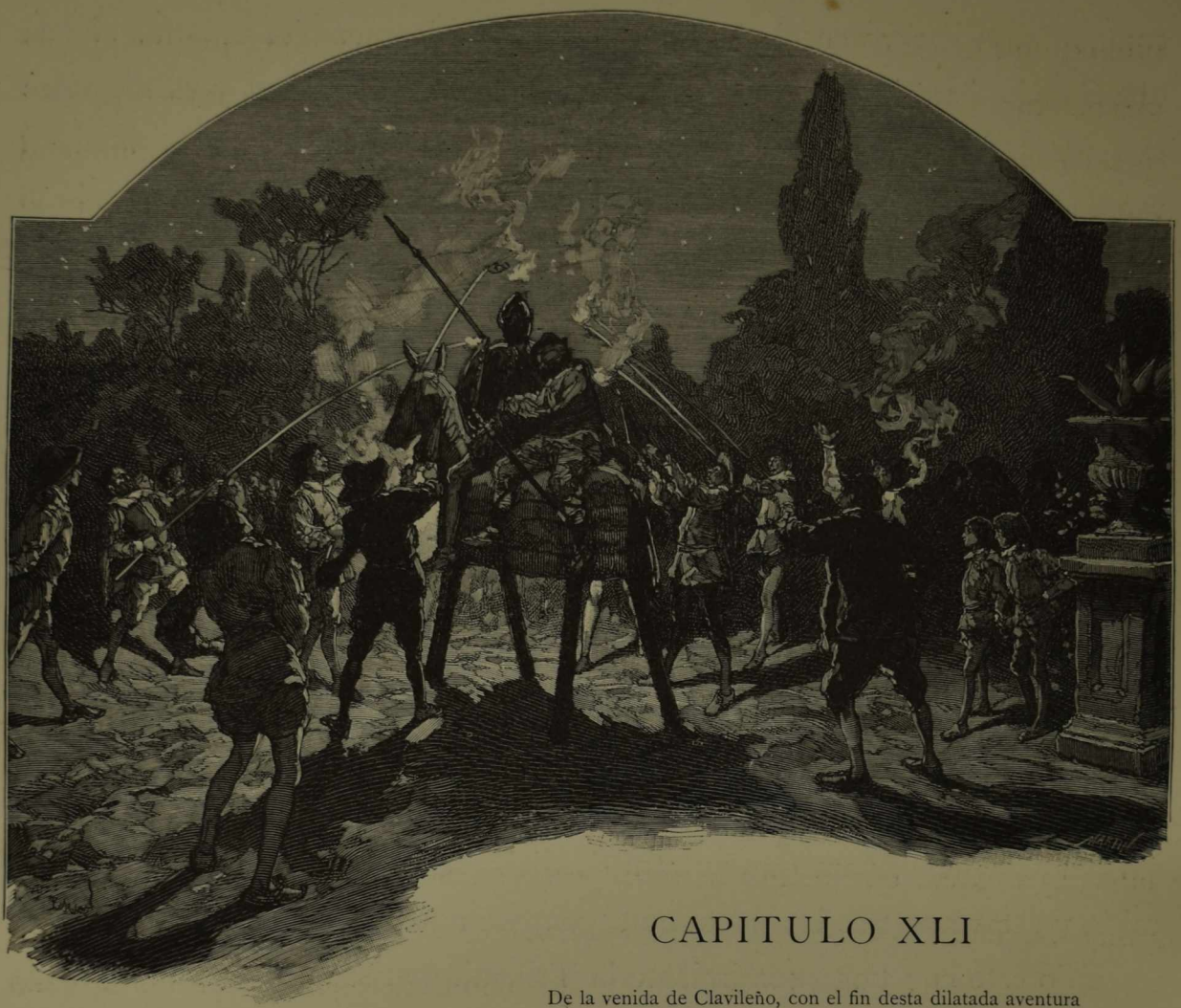
—Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y

compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare. Ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno; que yo sé que no habria navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.

—¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida: con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes; que ¡mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña! ¡Desdichadas de nosotras las dueñas! que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra más el calor, y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!»

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y áun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.





CAPITULO XLI

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes, vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera.

Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: «Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.»

Aquí dijo Sancho: «Yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.»

Y el salvaje prosiguió diciendo: «Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno; que, si no fuere de su espada, de

ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta el caballo; que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero, porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.»

Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido.

La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: «Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas; el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas, rasas y mondas.

—Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros; que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras; que bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.»

Á lo que el Duque dijo: «Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabeis, y sé yo, que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es, que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié, hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho; que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme á Dios, y avísenme si, cuando vamos por esas altanerías, podré encomendarme á nuestro Señor ó invocar los ángeles, que me favorezcan.»

Á lo que respondió la Trifaldi: «Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes; que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que, con licencia destos señores, os quiero hablar dos palabras;» y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos, le dijo: «Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y

espacio que nos darán los negocios; y así, querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos; que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado! Esto es como aquello que dicen: «empreñada me ves, y ¡doncellez me demandas!» Ahora, que tengo de ir sentado en una tabla rasa, ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razon. Vamos ahora á rapar estas dueñas; que á la vuelta, yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente... y no le digo más.»

Y Don Quijote respondió: «Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.»

Y con esto, se volvieron á subir en Clavileño, y al subir, dijo Don Quijote:

«Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; que quien de tan lueñes tierras envia por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor, dijo Sancho; que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero; que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad,» replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo: «Si mal no me acuerdo, yo he

leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué, dijo la Dolorida; que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y ¡á mi daño, si alguno le sucediere!»

Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía; y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tejida, en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que, si fuese posible, le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo más parecian de mármol que de leño.

Á esto dijo la Trifaldi que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño; que lo que podia hacer era, ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo *á Dios*, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados, se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.

Á lo que dijo Don Quijote: «Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora

oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo ménos en presencia mia.

—Tápenme, respondió Sancho; y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna legion de diablos, que den con nosotros en Peralvillo?»

Cubriéronle, y sintiendo Don Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: «¡Dios te guie, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas; mira no cayas; que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre.»

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñéndole con los brazos, le dijo: «Señor, ¿cómo dicen éstos, que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que, en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad, respondió Sancho; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando;» y así era ello, que con unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote, dijo: «Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran

en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego; y no sé yo cómo templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos.»

En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse y apagarse, pendientes de una caña, les calentaban desde léjos los rostros.

Sancho, que sintió el calor, dijo:

«Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire, le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla, por más que se remonte; y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, créeme, que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es, respondió Sancho Panza; sólo sé decir que si la señora Magallánes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes.»

Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recebian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de



VOLÓ POR LOS AIRES CON EXTRAÑO RUIDO

cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió ántes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas y la Trifaldi y todo, y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos; y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mesmo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la »aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña »Dolorida y compañía, con sólo intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las »barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y »Antonomasia en su prístino estado; y cuando se cumpliere el escuderil »vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos jirifaltes que la »persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que así está ordenado por »el sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.»

Habiendo, pues, Don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa áun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo: «Ea, gran señor, buen ánimo, buen ánimo; que todo es nada; la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto.»

El Duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que fácilmente

podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas, con la Trifaldi, habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje.

Á lo cual Sancho respondió: «Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices, aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas; porque se vea ¡cuán altos debíamos de ir entónces!»

Á esto dijo la Duquesa: «Sancho amigo, mirad lo que decís; que, á lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre sólo habia de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda.

—Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que

los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas. Y sucedió que íbamos por la parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente, me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenia el señor Don Quijote?»

Á lo que Don Quijote respondió: «Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice; de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y áun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer; pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño, respondió Sancho; si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.

—Dígalas, pues, Sancho, dijo la Duquesa.

—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores... digo, cabras de tales colores.

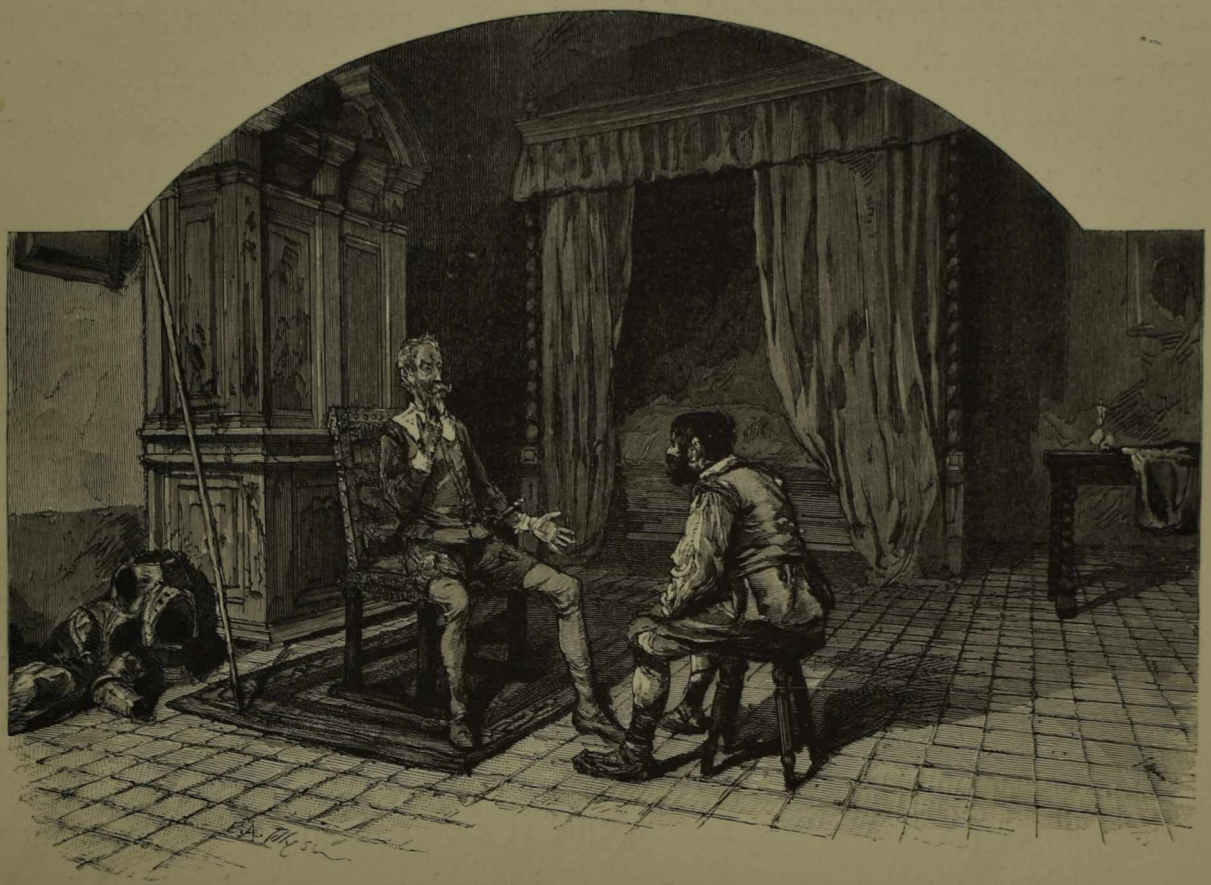
—Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.

—Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron?

—No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.»

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, éste fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo: «Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesínos, y no os digo más [1].»





CAPITULO XLII

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo.

Sancho se le humilló y le dijo: «Despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el

gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que, á mi parecer, no habia más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña; que á sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde, si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador (que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero que sereis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana, en ese mesmo dia, habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.

—Vístanme, dijo Sancho, como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

—Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no seria bien que un jurisperito se

vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido, parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque áun no sé el A, B, C; pero bástame tener á *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.

—Con tan buena memoria, replicó el Duque, no podrá Sancho errar en nada.»

En esto llegó Don Quijote; y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque, le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia, con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo: «Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que, ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo ¡oh Sancho! para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazon á creer lo que te he dicho, está ¡oh hijo! atento á este tu Caton, que

quiere aconsejarte y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso, donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

»Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

»Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho; pero fué cuando muchacho; porque despues, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme á mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

»Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

»Mira, Sancho: si tomas por mira á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; ántes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfarás al cielo, que gusta que

nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

»Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

»Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y á tu *no quiero*, de capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

»Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

»Hallen en tí más compasion las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

»Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

»No te ciegue la pasion propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y áun de tu hacienda.

»Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo

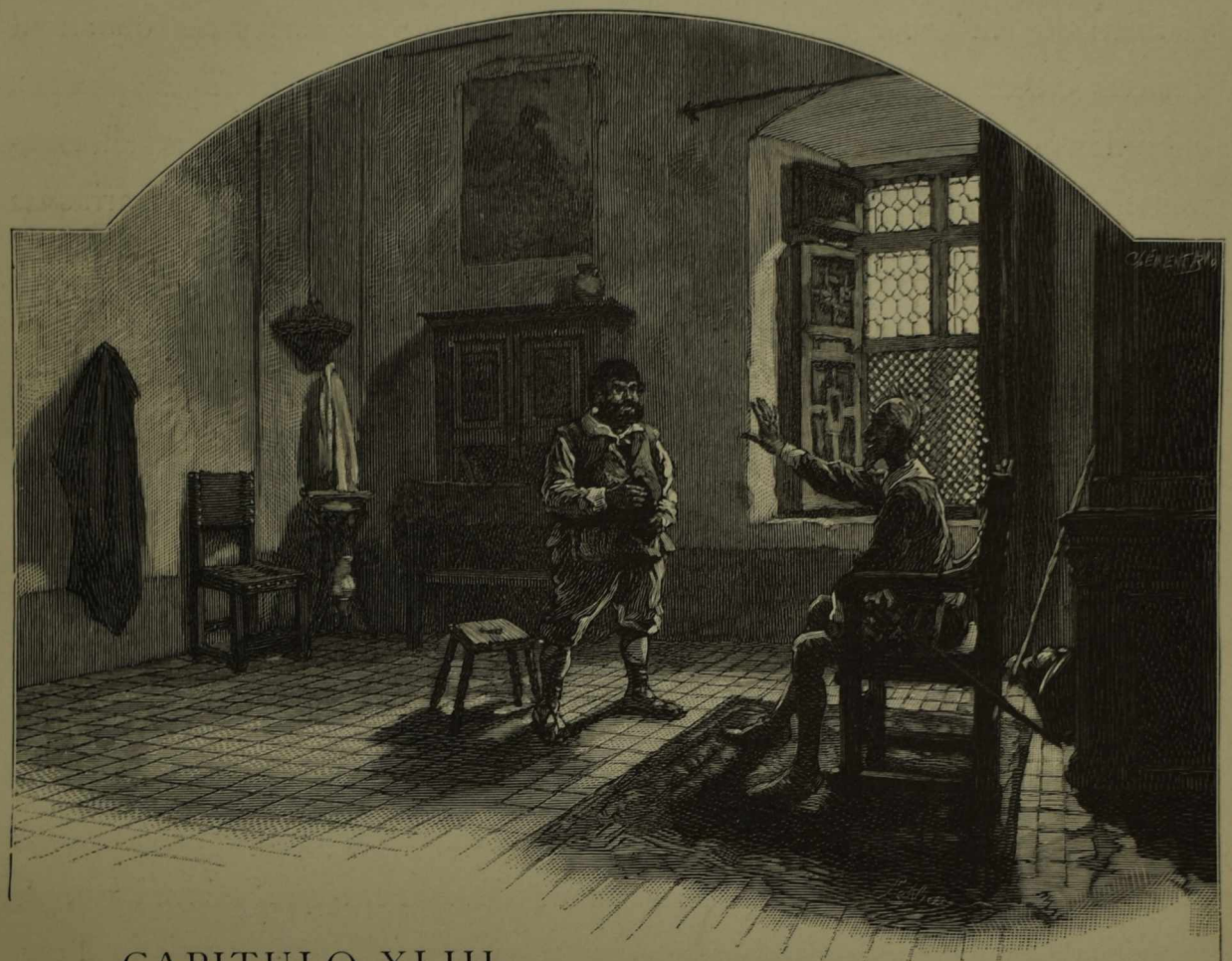
que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

»Al culpado que cayere debajo de tu juridicion, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, á nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.

»Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible: casarás tus hijos como quisieres; títulos tendrán ellos y tus nietos; vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto, que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.»





CAPITULO XLIII

De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza

QUIÉN oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento; de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esto de los primeros y segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y cordura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote y dijo: «En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo

primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excedente y añadidura, que se dejan de cortar, fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

»Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería; anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo; que toda afectacion es mala.

»Come poco, y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

»Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo,» dijo Sancho.

Y Don Quijote le dijo: «Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones; y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote.

—Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

—Tambien, Sancho... no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso, Dios lo puede remediar, respondió Sancho; porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; por eso la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo; que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! dijo Don Quijote; encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va á la mano: castígame mi madre, y yo trompógelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baja.

»Cuando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas, y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el Rucio; que el andar á caballo, á unos hace caballeros, á otros caballerías.

»Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del dia; y advierte ¡oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura; la pereza, su contraria, jamas llegó al término que pide un buen deseo.

»Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria; que creo no te será de ménos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamas te pongas á disputar de linajes, á lo ménos comparándolos entre sí; pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres, serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; gregüescos, ni por pienso; que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

»Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y segun las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos... no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño; y así, será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor, para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

—¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote, y ¡qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo; y así, querria que aprendieses á firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar, aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decian mi nombre. Cuanto más, que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio, si no es

para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere. Cuanto más, que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde... llegaos, que la dejan ver. No, sino popen y calóñenme; que vendrán por lana y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la caza le sale; y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, y siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceos miel, y paparos han moscas. Tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon Don Quijote. Sesenta mil Satanases te lleven á tí y á tus refranes: una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca[1]; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Díme: ¿dónde los hallas, ignorante? ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿Á qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda? que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes. Y ahora se me ofrecen tres, que venian aquí pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote; porque, no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso, querria saber qué tres refranes te ocurrian ahora á la memoria, que venian aquí á propósito; que yo ando recorriendo la mia (que la tengo buena), y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores, dijo Sancho, que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares;» y «á idos de mi casa, y ¿qué quereis con mi mujer? no hay responder;» y «si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro,» todos los cuales vienen á pelo? Que nadie se tome con

su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y ¿qué quereis con mi mujer? Pues lo de la piedra en el cántaro, un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: «espantóse la muerta de la degollada;» y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

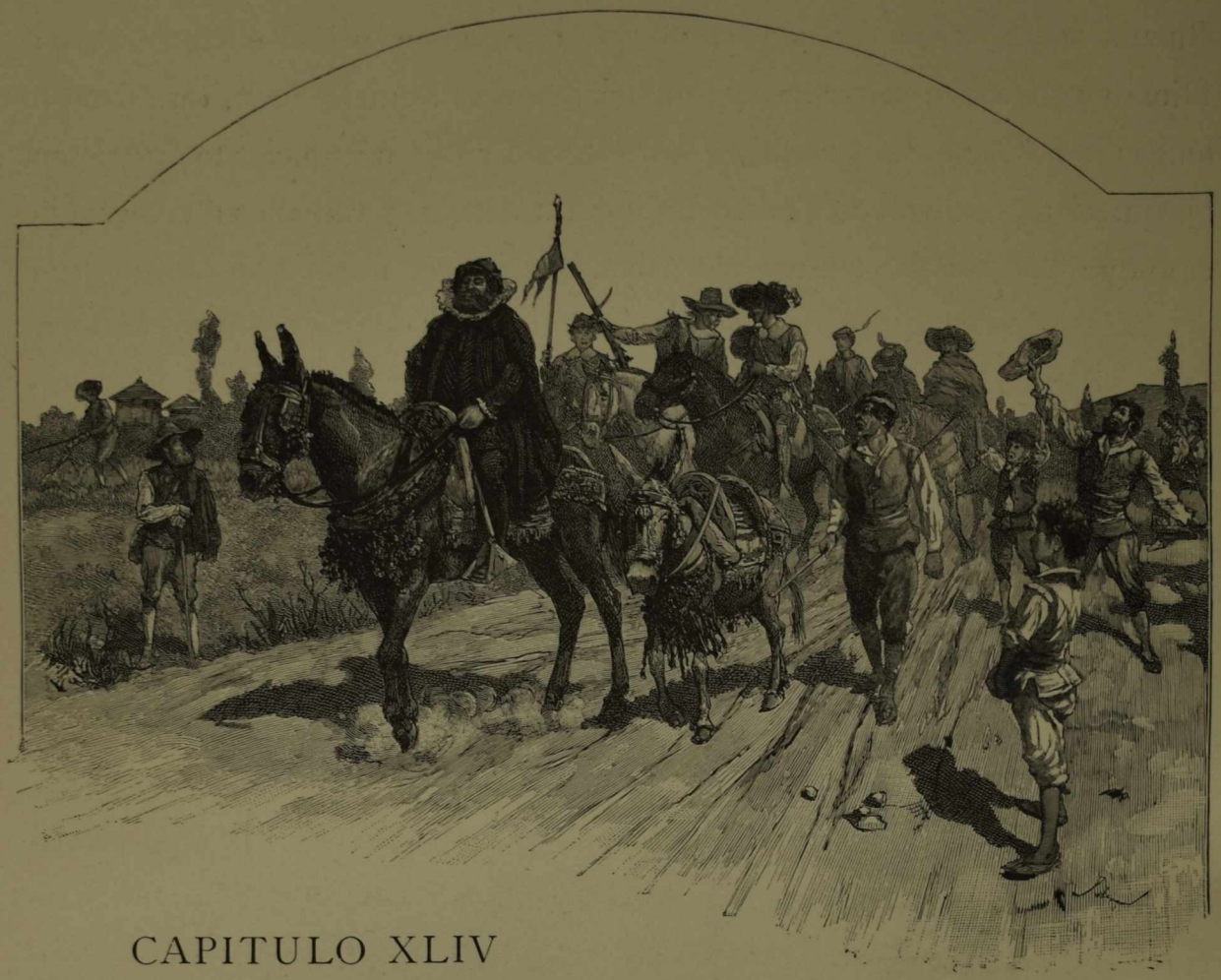
—Eso no, Sancho, respondió Don Quijote; que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio: y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible; con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa. Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré, Sancho á secas, con pan y cebolla, como, gobernador, con perdices y capones; y más, que miéntras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas.

Buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer; que creo que ya estos señores nos aguardan.»





CAPITULO XLIV

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote

DICEN que lo que en el propio original desta historia se lee, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no lo tradujo su intérprete como él lo habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como ésta de Don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma, á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que, por huir deste inconveniente, habia usado en la primera Parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia; puesto que las

demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así, en esta segunda Parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y áun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo que en acabando de comer Don Quijote, el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apénas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, á la otra tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento, al lugar que para él habia de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso (que no puede haber gracia donde no hay discrecion), el cual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi; y volviéndose á su señor, le dijo: «Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida.»

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho: «No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir); que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida; que á serlo, implicaria contradicion muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubro otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.»

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas, leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la jineta; y detrás dél, por órden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de Don Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase, pues, que apénas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera.

Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste; que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfacion de su deseo.

«Verdad es, señora mia, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

—En verdad, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así; que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores.

—Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor Don Quijote, replicó la Duquesa; por mí digo que daré órden que ni áun una mosca éntre en su estancia, no que una doncella. No soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote; que, segun se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere; que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero; y los benignos cielos infundan en el corazon

de Sancho Panza, nuestro gobernador, un vivo deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.»

Á lo cual dijo Don Quijote: «Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar; venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto, que no haya causado algun molimiento.

—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

—Á eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que más le traia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño; que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha.»

De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa; y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le



SINO HASTA DOS DOCENAS DE PUNTOS DE UNA MEDIA

soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo, dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte *dádiva santa desagradecida*. Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviésedes;» y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?» (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos). Y prosiguió: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa què desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!»

Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas... hacia calor, y no podia

dormir. Levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin. Púsose á escuchar atentamente... levantaron la voz los de abajo tanto, que pudo oir estas razones:

«No me porfies ¡oh Emerencia! que cante; pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más, que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí, por todo el tesoro del mundo. Y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto, si duerme y no despierta para oirle, este nuevo Enéas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida.

—No dés en eso, Altisidora amiga, respondieron; que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma; porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al són de tu arpa; y cuando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto ¡oh Emerencia! respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana. Pero venga lo que viniere; que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazon;» y en esto sintióse tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual, quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música; y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de

que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

¡Oh tú, que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;
Caballero el más valiente
Que ha producido la Mancha,
Más honesto y más bendito
Que el oro fino de Arabia!
Oye á una triste doncella,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
Y ajenas desdichas hallas;
Das las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.
Dime, valeroso jóven,
Que Dios prospere tus ánsias,
Si te criaste en la Libia
Ó en las montañas de Jaca;
Si sierpes te dieron leche;
Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
Á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
Desde Henares á Jarama,
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las más gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas.
¡Oh quién se viera en tus brazos,
Ó si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada;
Los piés quisiera traerte;
Que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
Qué de escarpines de plata,
Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que, á no tener compañeras,
Las solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
Mi edad de quince no pasa;
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
Ni tengo nada de manca;
Los cabellos como el oro,
Que, en pié, por el suelo arrastran;
Y aunque es mi boca aguileña
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
Que á la que es más dulce iguala,
Y soy de disposicion
Algo ménos que mediana.
Éstas y otras gracias mias
Son despojos de tu aljaba;
Desta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó á ser mayor el asombro del requerido Don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber

doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Qué la quereis, reinas? ¿Á qué la perseguis, emperatrices? ¿Para qué la acosais, doncellas de catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar. Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra;» y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno [1].





CAPÍTULO XLV

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar

¡Oh perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música; tú, que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones! Á tí digo ¡oh Sol! con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; á tí digo que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza; que sin tí, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la *Insula Barataria*, ó ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, ó ya por el *barato* con que se le habia dado el gobierno. Al llegar

á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios; y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpétuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenian admirada á toda la gente que el busílis del cuento no sabia, y áun á todos los que lo sabian, que eran muchos.

Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: «Es costumbre antigua, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así, ó se alegra ó se entristece con su venida.»

En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban.

Fuéle respondido: «Señor, allí está escrito y notado el dia en que vuestra señoría tomó posesion desta ínsula, y dice el epitafio: «Hoy, dia tantos de »tal mes y de tal año, tomó la posesion desta ínsula el señor don Sancho »Panza, que muchos años la goce.»

—Y ¿á quién llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho.

—Á vuestra señoría, respondió el mayordomo; que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadidura de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno

me dura cuatro dias, yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar, como los mosquitos. Pase adelante con su pleito el señor mayordomo; que yo sentenciaré lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo.»

Á este instante entraron en el juzgado dos hombres ancianos: el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: «Señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos dias sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenia cuando yo se los presté; pero, por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo?» dijo Sancho.

Á lo que dijo el viejo: «Yo, señor, confieso que me los prestó (y baje vuesa merced esa vara), y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré cómo se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.»

Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que, por no caer en ello, se los volvia á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran Gobernador, preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su contrario; y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: «Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana, respondió el viejo. Héle aquí, señor;» y púsosele en la mano.

Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: «Andad con Dios; que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? respondió el viejo: pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí, dijo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino;» y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon.

Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió que, de haberle visto dar, al viejo que juraba, á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que el otro pedia; de donde se podia colegir que á los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más, que él habia oido contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados,

y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo: «¡Justicia, señor Gobernador, justicia! y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que tenia guardado más de veintitres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros; y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.

—Áun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galan,» dijo Sancho; y volviéndose al hombre, le dijo ¿qué decia y respondia á la querella de aquella mujer?

El cual, todo turbado, respondió: «Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar, de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos... que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian. Volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto. Dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago ó pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar meaja.»

Entónces el Gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase, así como estaba, á la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, contenta se salió del

juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos... aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero (que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa): «Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella;» y nó lo dijo ni á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba.

Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito; y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera: ella, la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, segun la mujer la defendia, la cual daba voces, diciendo: «¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, señor Gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

—Y ¿háosla quitado? preguntó el Gobernador.

—¿Cómo quitar? respondió la mujer; ántes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! Otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso. Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni áun garras de leones; ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes.

—Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela;» y dejóla.

Entónces el Gobernador dijo á la mujer: «Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.» Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: «Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades (y áun la mitad ménos) para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes; andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora.»

Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta; y el Gobernador dijo al hombre: «Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero; y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.» El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano; y el sastre dijo: «Señor Gobernador, yo y este honrado labrador venimos ante vuesa merced, en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer (que yo, con perdon de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza?» Yo, tanteando el paño, le respondí que sí. Él debióse de imaginar, á lo que yo imaginé, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas. Yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño.

«¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho.

—Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana,» respondió el sastre; y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperucicas, puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: «Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide; y en Dios y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio.»

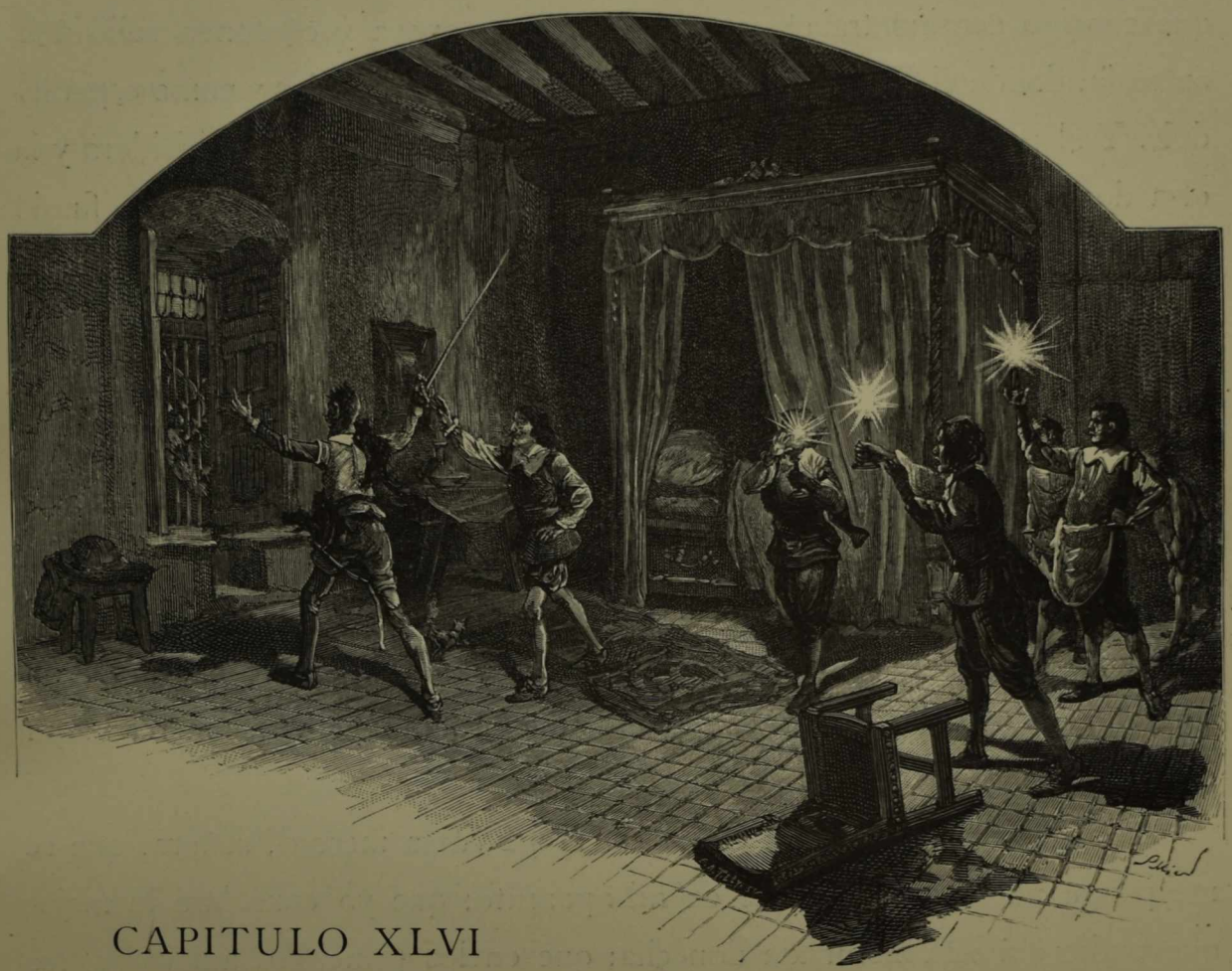
Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito.

Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: «Paréceme que en este

pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon; y así, yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más.»

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, ésta les provocó á risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el Gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando. Y quédese aquí el buen Sancho; que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.





CAPITULO XLVI

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora

DEJAMOS al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que se le soltaron de sus medias; pero, como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana; lo cual, visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso, se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario

que consigo contino traia[1], y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería, estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella, su amiga; y así como Altisidora vió á Don Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho.

Don Quijote, que lo vió, llegándose á ellas, dijo: «Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué, respondió la amiga; porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: ¡que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos! Váyase vuesa merced, señor Don Quijote; que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.»

Á lo que respondió Don Quijote: «Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella; que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados;» y con esto, se fué, porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera:

«Menester será que se le ponga el laud; que sin duda Don Quijote quiere darnos música; y no será mala, siendo suya.»

Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laud que pedia Don Quijote; y ella, alegre sobre modo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa; y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote. Llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor

que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ánsias.
Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas...
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
Y los que en la Corte andan,
Requiébranse con las libres,
Con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.
El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágines no deja
Bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
Es la parte más preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y hasta el cielo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores, atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó; y temeroso Don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pié, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: «¡Afuera, malignos encantadores! ¡afuera, canalla

hechiceresca; que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!;» y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, entraron con luces y vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Viendo la desigual pelea, acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces: «No me le quite nadie; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador; que yo le daré á entender, de mí á él, quién es Don Quijote de la Mancha.» Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñia y apretaba. Mas, en fin, el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador.

Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora, con sus blanquísimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponérselas, con voz baja le dijo:

«Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y ¡plega á Dios que se le olvide á Sancho, tu escudero, el azotarse, porque nunca salga de su encanto esa tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro!»

Á todo esto no respondió Don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar y se fueron, pesarosos del

mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó ocho dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura, más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.





CAPITULO XLVII

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno

CUENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia estudiante, echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacia el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta adelante; pero apénas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando

con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero ántes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral.

Á lo cual respondió el de la vara: «No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algun daño.»

Á lo que el médico respondió: «Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué?» dijo Sancho.

Y el médico respondió: «Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.* Quiere decir: «toda hartaza es mala; pero la de las perdices, malísima.»

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho, y cuál ménos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque, por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida,

aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, ántes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el médico; y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, áun se pudiera probar; pero no hay para qué.»

Y Sancho dijo: «Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida; y por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico; vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas, para los canónigos ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion.»

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde habia estudiado. Á lo que él respondió: «Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.»

Á lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: «Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado

en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula! á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia; que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.»

Alborotóse el doctor, viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: «Correo viene del Duque, mi señor; algun despacho debe de traer de importancia.»

Entró el correo, sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: *Á don Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: «¿Quién es aquí mi secretario?»

Y uno de los que presentes estaban respondió: «Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno.

—Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice.»

Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala; y los demas y el médico se fuéron, y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

«Á mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos »mios y desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé qué noche: conviene »velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé tambien, por »espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas

»para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y »mirad quién llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo »tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo hareis como »se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, á veintiseis de Julio, á las »cuatro de la mañana.—Vuestro amigo, *El Duque.*»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo: «Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio; porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.

—Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas; y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo.

—No lo niego, respondió Sancho; y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas; que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, secretario, responded al Duque, mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza; que en ello recibiré mucha merced; y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podeis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento; y denme á mí de comer; y álcense estos manteles, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.»

En esto entró un paje y dijo: «Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es éste, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como éstas no

son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, ¿no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará, segun se me trasluce), que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que éntre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio.

—No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer, dijo el mayordomo; que aquí estamos todos.

—¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora, que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuesa señoría satisfecho y pagado, dijo el maestresala.

—Dios lo haga,» respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué: «¿Quién es aquí el señor Gobernador?

—¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, á su presencia,» dijo el labrador; y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela.

Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese.

Hízolo así el labrador, y luego dijo: «Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho; decid, hermano; que lo que yo os sé decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy léjos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado, en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y

el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo.

—No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador.

—¡Medrados estamos! replicó Sancho. Adelante, hermano; que es hora de dormir, más que de negociar.

—Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo... y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque, si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto, parece bien por extremo, porque tiene la boca grande; y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero, como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado... y perdóneme el señor Gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que, al fin, al fin, ha de ser mi hija; que la quiero bien, no me parece mal.

—Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho; que yo me voy recreando en

la pintura; y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca; y con todo eso, se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

—Está bien, dijo Sancho; y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza; porque, para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que, tres ó cuatro veces, no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito.

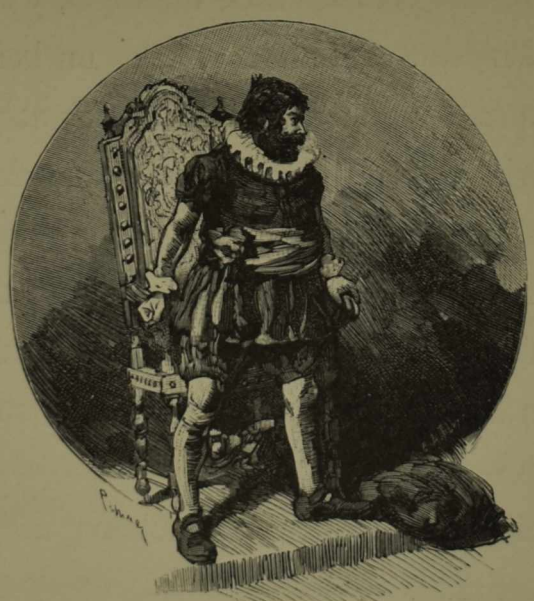
—¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.

—Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo. Pero vaya; que en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller... digo, para ayuda de poner su casa (porque en fin han de vivir por sí), sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.

—Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No por cierto,» respondió el labrador; y apénas dijo esto, cuando levantándose en pié el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: «¡Voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio! y ¡á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados! ¿Y dónde los tengo yo, hediondo? Y ¿por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? Y ¿qué se me da á mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo; si no, por vida del Duque, mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado: áun no há medio dia que tengo el gobierno, y ¡ya quieres que tenga seiscientos ducados!»

Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el Gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote; que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.





CAPITULO XLVIII

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna

Ademas estaba mohino y melancólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato, desdichas anejas á la andante caballería. Ocho dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento; y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso.

«No (dijo, creyendo á su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser

oida); no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesínos donde ellos quisieren; que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.»

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados: el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen; en el cual traje parecia la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra, porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos: venia pisando quedito, y movia los piés blandamente.

Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision; y cuando llegó á la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque así como le vió, tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: «¡Jesus! ¿qué es lo que veo?» y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo, tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida.

Don Quijote, temeroso, comenzó á decir: «Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres.



DIÓ UNA GRAN VOZ DICIENDO: «¡JESUS! ¿QUÉ ES LO QUE VEO?»

Si eres alma en pena, dímelo; que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo; que para esto tomé la Órden de la caballería andante, que profeso, cuyo ejercicio áun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende.»

La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: «Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote), yo no soy fantasma ni vision ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

—Dígame, señora doña Rodriguez, dijo Don Quijote; por ventura ¿viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que me mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo mensaje.

—¡Yo recado de nadie, señor mio! respondió la dueña; mal me conoce vuesa merced. Sí, que áun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías. Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco; saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo;» y sin esperar respuesta, se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo, esperándola. Pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecióle ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: «¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas,

marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma que aguileña; y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertarán mis deseos, que duermen, y harán que, al cabo de mis años, venga á caer donde nunca he tropezado? Y, en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna, pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. Por ventura ¿hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? Por ventura ¿hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo. ¡Oh cuán bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto, con sus antojos y almohadillas, al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!»

Y diciendo esto, se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca; y cuando ella vió á Don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos, dijo: «¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

—Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote; y así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién ó á quién pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña.

—Á vos y de vos la pido, replicó Don Quijote; porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y áun un poco más, segun imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano; que yo no quiero

otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas;» y diciendo esto, besó su derecha mano y la asió de la suya, que ella le dió con la mesma ceremonia. (Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que, por Mahoma, que diera, por ver ir á los dos así, asidos y trabados, desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenia.) Entróse, en fin, Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni soltando la vela.

Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote, diciendo: «Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas; que será de mí escuchada con castos oidos y socorrida con piadosas obras.

—Así lo creo yo, respondió la dueña; que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña, aniquilada y asendereada, soy natural de las Astúrias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron ántes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde, por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos.

»Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suelen dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa,

hombre ya entrado en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era montañes. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cual, por excusar dimes y dirétes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia; no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto encuentro que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara;» y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: «Perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote; que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas.

»¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos. Esto, á lo ménos, no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de Corte, con dos alguaciles delante; y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: «¿Qué haceis, desventurado? ¿no veis que voy aquí?» El Alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y díjole: «Seguid, señor, vuestro camino; que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda,» que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al Alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon, del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara... digo, la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte

las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles; y por esto, y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió; de cuyo pesar, sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte.

»Quedé yo viuda y desamparada, y con mi hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque, mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni más ni ménos, adonde, yendo dias y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno más á ménos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque, mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque, mi señor, lo sabe (porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija), hace orejas de mercader y apénas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo.

»Querria, pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues, segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables. Y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene; que, en Dios y en mi conciencia, que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato, y

que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presuncion que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida; ademas que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y áun mi señora la Duquesa... Quiero callar; que se suele decir que las paredes tienen oidos.

—¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó Don Quijote.

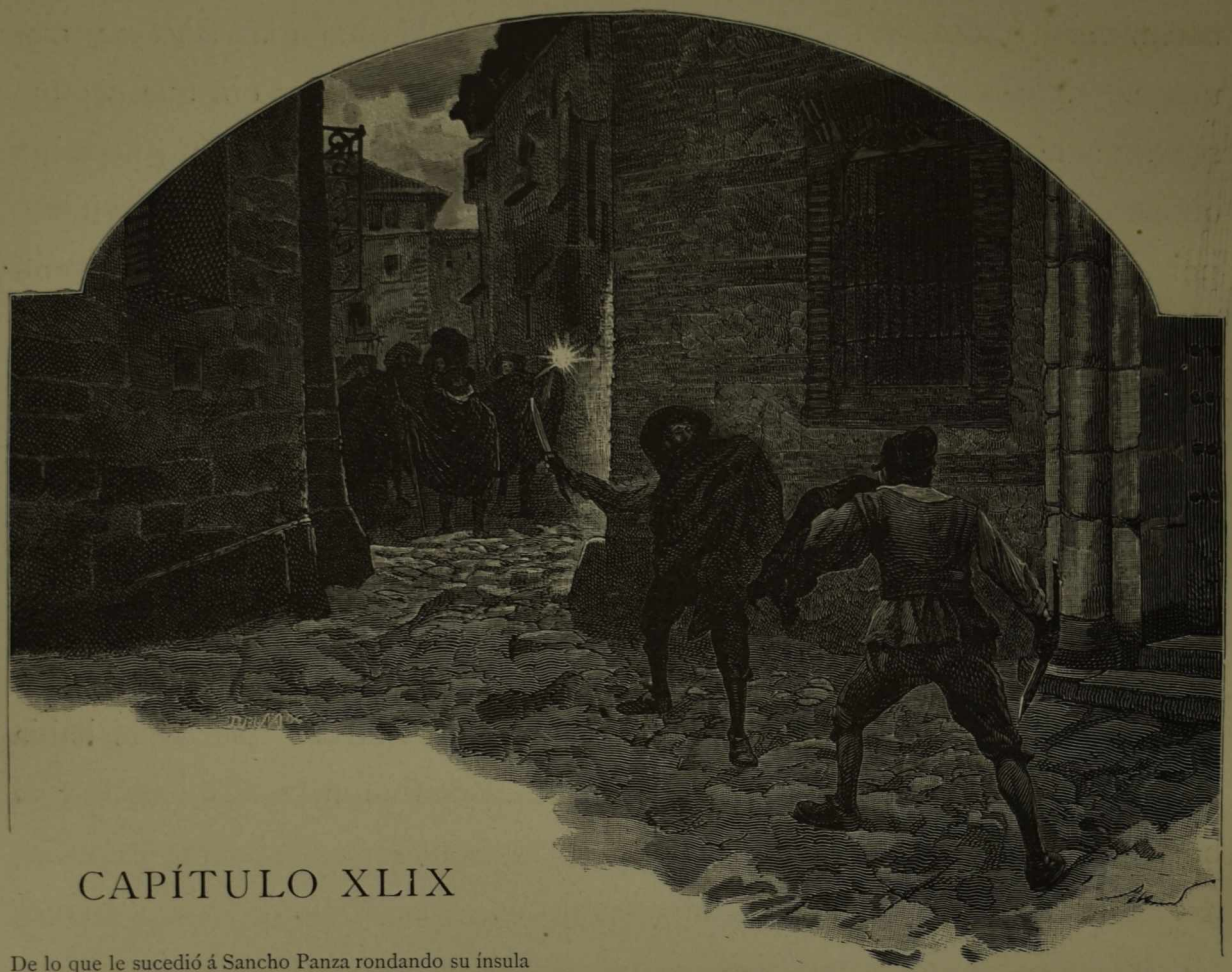
—Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta, con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa? ¿aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y áun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer, primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.

—¡Santa María! dijo Don Quijote; y ¿es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera, si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.»

Apénas acabó Don Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento; y, del sobresalto del golpe, se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra

persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela, le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque Don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y áun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña, la cual no osaba quejarse, los callados verdugos acudieron á Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra á Don Quijote; el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos, deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.





CAPÍTULO XLIX

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula

DEJAMOS al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rústico; y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio (que como se acabó el secreto de la carta del Duque, habia vuelto á entrar en la sala): «Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y áun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures; espera sazon y

coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir; que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida; que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea... digo á la de los malos médicos; que los buenos palmas y lauros merecen.»

Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavía le llegó el por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias.

Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: «Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios; el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es, traerme estas que llaman ollas podridas (que miéntras más podridas son, mejor huelen), y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer; que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos. Vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece, para todos amanece: yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo

traiga el ojo alerta y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion, han de ver maravillas. No, sino haceos miel, y comeros han moscas.

—Por cierto, señor Gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha usado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.

—Yo lo creo, respondió Sancho; y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi Rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora, vamos á rondar; que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza?

—Dice tanto vuesa merced, señor Gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced (que, á lo que creo, no tiene ninguna) diga tales y tantas cosas, llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada dia se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.»

Aquella noche, ya cenado el Gobernador con licencia del señor doctor Recio, aderezáronse de ronda, y salió Sancho con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podian formar un mediano

escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia más que ver; y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas. Acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: «¡Aquí de Dios y del Rey! ¡Cómo! y ¿que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles?

—Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia; que yo soy el gobernador.»

El otro contrario dijo: «Señor Gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontero, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo, por lo ménos, de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es más ladron que Caco y más fullero que Andradilla, no queria darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor Gobernador, ¡qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero á fe, que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana.

—¿Qué decis vos á esto? preguntó Sancho.»

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia; y no habia querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal

que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

«Así es, dijo el mayordomo: vea vuesa merced, señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho. Vos, ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo ménos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique; que le asentaré la mano.»

Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el Gobernador quedó diciendo: «Ahora, yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego; que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

—Esta, á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es, sin comparacion, lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo [1].

—Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso.»

Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: «Señor Gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que

debe de ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas.

—¿Por qué huias, hombre?» preguntó Sancho.

Á lo que el mozo respondió: «Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—Y ¿qué tejes?

—Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced.

—¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picais? Está bien. Y ¿adónde íbades ahora?

—Señor, á tomar el aire.

—Y ¿adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno! respondeis muy á propósito. Discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevalde; que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.

—Par Dios, dijo el mozo, así me hará vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey.

—Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?

—Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no? replicó Sancho. Llevalde luégo, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad; que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.

—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

—Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar?

—Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vûesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante, con todo su poder, para hacerme dormir, si yo no quiero?

—No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion.

—¿De modo, dijo Sancho, que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia?

—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.

—Pues andad con Dios, dijo Sancho; idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño; que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascos.»

Fuése el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: «Señor Gobernador, éste que parece hombre, no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.»

Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza pareció bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron; y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que

más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos; y así, estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito.

Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: «No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladron ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe.»

Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: «Haga, señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho pueda decir lo que quisiere.»

Mandólo así el Gobernador; apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, el maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo: «Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre...

—Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora; porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra; y más, que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

—Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho.

—Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer.

—Ya eso lleva camino, respondió el mayordomo; que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó, no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija; que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea; y con todo esto, la fama dice que es en extremo hermosa.

—Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo. Si la fama

miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto;» y en esto comenzó á llorar tiernamente.

Viendo lo cual el secretario, se llegó al oido del maestresala y le dijo muy paso:

«Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

—No hay dudar en eso, respondió el maestresala; y más, que esa sospecha la confirman sus lágrimas.»

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido; que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles.

«Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años, que son los mismos que á mi madre come la tierra. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche; ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni áun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez, el arrendador, que, por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada. Quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mesmas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano... que ¡nunca tal pidiera ni tal rogara!...;» y tornó á renovar el llanto.

El mayordomo le dijo: «Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de

decirnos lo que le ha sucedido; que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas.

—Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar; porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.»

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y áun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el Gobernador de la tardanza que tenia la moza en relatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos; que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo.

Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo: «No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo; y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más ó ménos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y cuando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo:

«Hermana, ésta debe de ser la ronda; aligera los piés y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan; que nos será mal contado;» y diciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar. Yo, á ménos de seis pasos, caí, con el sobresalto, y entónces llegó el ministro de la justicia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde, por mala y antojadiza, me veo avergonzada ante tanta gente[2].

—En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman

alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo; que no se extendia á más que á ver las calles de este lugar;» y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el Gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venia en aquel traje; y él, con no ménos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el Gobernador les dijo: «Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería; y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir: somos Fulano y Fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento; y no gemidicos y lloramicos, y darle.

—Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia.

—No se ha perdido nada, respondió Sancho. Vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado ménos. Y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo; que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo más.»

El mancebo agradeció al Gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa; y así, se encaminaron hácia ella, que no estaba muy léjos de allí. Llegaron, pues; y tirando el hermano una china á una reja, al

momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados, así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala, traspasado su corazon, y propuso de, luego, otro dia, pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y áun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á unos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.





CAPITULO L

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la Dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza

DICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormia la sintió; y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento le fué á poner en pico á su señora la Duquesa de cómo doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con Don Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse

junto á la puerta del aposento, y tan cerca, que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni ménos Altisidora; y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á Don Quijote y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo, aquel dia, real y verdaderamente, despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza, con la ocupacion de su gobierno), á Teresa Panza, su mujer, con la carta y con el lio de ropa de su marido, y con otra suya y con una gran sarta de corales ricos, presentados.

Dice, pues, la historia que el paje era muy discreto y agudo; y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y ántes de entrar en él, vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha.

Á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo:

«Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

—Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre; porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio,» respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más á ménos; y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse (que estaba en piernas y desgreñada), saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo:

«Venga vuesa merced; que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre.

—Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas.»

Finalmente, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa, dijo á voces desde la puerta: «Salga, madre Teresa, salga, salga; que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre.»

Á cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda (que parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar), con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada; la cual, viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo:

«¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es este?

—Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza,» respondió el paje; y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:

«Déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa; que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno.

—Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo; y para prueba desta verdad, reciba vuesa merced esta carta y este presente;» y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: «Esta carta es del señor Gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envia.»

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni ménos, y la muchacha dijo: «Que me maten, si no anda por aquí nuestro señor amo, Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido.

—Así es la verdad, respondió el paje; que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho Gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentil hombre, dijo Teresa; porque, aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí; que yo iré á llamar quién la lea, ora sea el Cura mesmo, ó el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie; que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré;» y así, se la leyó toda, que, por quedar ya referida, no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

«Amiga Teresa: Las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro »marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le »diese el gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que »gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque, »mi señor, por el consiguiente; por lo que doy muchas gracias al cielo de no »haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero »que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador »en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le »envio, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro: yo me »holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te »querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuni- »quemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica, su hija, y »dígale de mi parte que se apareje; que la tengo de casar altamente, cuando »ménos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas: envíeme »hasta dos docenas; que las estimaré en mucho, por ser de su mano; y »escríbame largo, avisándome de su salud y de su bienestar; y si hubiere

»menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear; que su boca »será medida; y Dios me la guarde. Deste lugar:

»Su amiga, que bien la quiere,

»*La Duquesa.*»

«¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y ¡qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas; que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual; que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las puedan venir á ver á la mira y á la maravilla. Y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor: pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe; que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene, lo merecen todo; y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura y á Maese Nicolás, el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta; que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se la habia de enviar á ella toda.

—Toda es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello; que verdaderamente parece que me alegra el corazon.

—Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el Gobernador sólo un dia llevó á caza; el cual todo le envia para la señora Sanchica.

—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni ménos, y áun dos mil si fuera necesidad.»

Salióse en esto Teresa fuera de casa, con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir: «Á fe, que agora que no hay pariente pobre. Gobiernito tenemos. No sino tómese conmigo la más pintada hidalga; que yo la pondré como nueva.

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas y qué papeles son ésos?

—No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos las avemarías, y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

—De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis.

—Ahí lo podrán ver ellos,» respondió Teresa, y dióles las cartas.

Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco, y Sanson y el Cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido, y preguntó el Bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia más de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: «Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas.

—Aderézame esas medidas, dijo entónces Carrasco. Agora bien, vamos á ver el portador deste pliego; que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.»

Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le pidió Sanson les dijese nuevas, así de Don Quijote como de

Sancho Panza; que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas, ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su Majestad.

Á lo que el paje respondió: «De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos. Y en cuanto á lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no digo yo el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontece enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes.»

Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con un halda de huevos, y preguntó al paje: «Dígame, señor: mi señor padre ¿trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador?

—No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer.

—¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y ¡qué será de ver á mi padre con pedorreras! ¿No es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas?

—Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno.»

Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido); y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más, cuando Teresa dijo: «Señor Cura, eche cata por ahí si hay álguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere; y aún, que si me

enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche como todas; que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y ¡cómo, madre! dijo Sanchica; ¡pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana! aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y ¡cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa!» Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los piés del suelo. ¡Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo! y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia?

—Y ¡cómo que dices bien, hija! respondió Teresa; y todas estas aventuras, y áun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme condesa; que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo, lo es de los refranes): «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla;» cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale, y cuando te hicieren tus tus, con alguna buena dádiva, envásala. No sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—Y ¿qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: «vióse el perro en bragas de cerro,» y lo demas?»

Oyendo lo cual el Cura, dijo: «Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.

—¿Que todavía afirma vuesa merced, señor mio, dijo el Bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba? Porque nosotros, aunque tocamos los presentes

y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que ésta es una de las cosas de Don Quijote, nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así, estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced, por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos; que yo no sé otra cosa, para el juramento que hago, que es por vida de mis padres; que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así, replicó el Bachiller; pero *dubitat Augustinus.*

—Dude quien dudare, respondió el paje; la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis.* Véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verá con los ojos lo que no cree por los oidos.

—Esa ida á mí toca, dijo Sanchica. Lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin; que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes.

—Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: ¡hallado la habeis la melindrosa!

—Calla, mochacha, dijo Teresa; que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto; que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha; y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde [1].»

Á lo que dijo el Cura: «Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo; que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped.»

Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el

Curà le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas [2]. El Bachiller se ofreció de escribir á Teresa las cartas de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas; que le tenia por algo burlon; y así, dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.





CAPITULO LI

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos

AMANECIÓ el dia que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el coronista ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor Gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que

aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago; haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno, y áun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia y otros, y uno dellos lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué: «Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío... Y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban por la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello, ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna.» Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, que luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo, que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: «Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre.» Pídese á vuesa merced, señor Gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre? que áun hasta agora están dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.»

Á lo que respondió Sancho: «Por cierto que esos señores jueces, que á mí os envian, lo pudieran haber excusado; porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda; quizá podria ser que diese en el hito.» Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: «Á mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, si es así: el tal hombre jura que va á morir en la horca; y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor Gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora, replicó Sancho, que deste hombre, aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y desta manera se cumplirá al pié de la letra la condicion del pasaje.

—Pues, señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir; y así, no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera mejor firmar; y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quijote, ántes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.



«VÍSTETE BIEN, QUE UN PALO COMPUESTO NO PARECE PALO»

—Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden cómo el señor Gobernador coma muy á su gusto.

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí; que yo las despabilaré en el aire.»

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y más, que pensaba concluir con él una de aquellas noches, haciéndole la burla última que traia en comision de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el Gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta.

Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: «Bien se puede leer en voz alta; que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho »amigo, las oí de tus discreciones, de que dí, pasmado, gracias particulares »al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer »discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres »hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas; y »quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, »por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon; porque el buen »adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme »á lo que ellos piden, y no á la medida de á lo que su humilde condicion »le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo

»que traigas dijes ni galas, ni que, siendo juez, te vistas como soldado, sino »que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio »y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre »otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos (aunque »esto ya otra vez te lo he dicho), y la otra, procurar la abundancia de los »mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazon de los pobres »que la hambre y la carestía.

»No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean »buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que »no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; ántes dan á entender que »el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor »para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, »vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y »con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las »virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre »blando, y escoge el medio entre estos dos extremos; que en esto está el »punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que »la presencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia: »consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, sé coco á los »carniceros, que por entónces igualan los pesos, y sé espantajo á las placeras »por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo »no creo) codicioso, mujeriego ni gloton; porque en sabiendo el pueblo y los »que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería hasta »derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los »consejos y documentos que te dí por escrito ántes que de aquí partieses á »tu gobierno, y verás cómo hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de »costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á los »gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores y muéstrateles agradecido; »que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se »saben; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio »que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente »á tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta. Yo he estado »un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió, no muy á »cuento de mis narices; pero no fué nada; que si hay encantadores que me »maltraten, tambien los hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo »que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú »sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan »corto el camino; cuanto más, que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en »que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo »que me ha de poner en desgracia destos señores; pero, aunque se me da »mucho, no se me da nada; pues, en fin, en fin, tengo de cumplir ántes con »mi profesion que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *amicus »Plato, sed magis amica veritas.* Dígote este latin, porque me doy á entender »que despues que eres gobernador, lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual »te guarde de que ninguno te tenga lástima.

»Tu amigo,

»*Don Quijote de la Mancha.*»

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor Don Quijote; y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

«La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para »rascarme la cabeza, ni áun para cortarme las uñas; y así, las traigo tan »crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque »vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó

»mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando »andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

»Escribióme el Duque, mi señor, el otro dia, dándome aviso que habian »entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme; y hasta agora yo no he »descubierto otra que un cierto doctor, que está en este lugar, asalariado »para matar á cuantos gobernadores aquí vinieren; llámase el doctor Pedro »Recio, y es natural de Tirteafuera; porque vea vuesa merced ¡qué nombre, »para no temer que he de morir á sus manos! Este tal doctor dice él mismo »de sí mismo que él no cura las enfermedades, cuando las hay, sino que las »previene para que no vengan; y las medecinas que usa son dieta y más »dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor »mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, »y yo me voy muriendo de despecho; pues cuando pensé venir á este »gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sábanas »de Holanda, sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como »si fuera ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que, al cabo, »al cabo, me ha de llevar el diablo.

»Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo »pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho que los gobernadores »que á esta ínsula suelen venir, ántes de entrar en ella, ó les han dado, ó les »han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza »en los demas que van á gobiernos, no solamente en este.

»La primera noche que anduve de ronda, topé una muy hermosa doncella »en traje de varon, y un hermano suyo en hábito de mujer; de la moza se »enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginacion para su mujer, »segun él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pondre- »mos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es »un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

»Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé »una tendera que vendia avellanas nuevas, y averigüéle que habia mezclado »con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas:

»apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrán bien distinguir, »y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza: hanme dicho que »lo hice valerosamente. Lo que sé decir á vuesa merced es, que es fama en »este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son »desvergonzadas, desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo, por las que he »visto en otros pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, »y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y »procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo; bésele vuesa merced las »manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, »como lo verá por la obra. No querria que vuesa merced tuviese trabacuentas »de disgusto con esos mis señores; porque si vuesa merced se enoja con »ellos, claro está que ha de redundar en mi daño; y no será bien que pues »se me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea »con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo le trata en su »castillo.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna »de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encanta- »dores: yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced »alguna cosa; pero no sé qué envie, si no es algunos cañutos de jeringas, »que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque, si me »dura el oficio, yo buscaré qué enviar de haldas ó de mangas. Si me escribiere »mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta; »que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y »de mis hijos. Y con esto, Dios libre á vuesa merced de mal intencionados »encantadores, y á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, »porque le pienso dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio.

»Criado de vuesa merced,

»*Sancho Panza, el gobernador.*»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo; y juntándose los

burladores de Sancho, dieron órden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de dónde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la venta por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interes; puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia; ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*





CAPITULO LII

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez

CUENTA Cide Hamete que estando ya Don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la Órden de caballería que profesaba; y así, determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los piés á la cabeza; y la una dellas, llegándose á Don Quijote, se le echó á los piés, tendida de largo á largo, la boca cosida con los piés de Don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á

todos los que la oian y miraban; y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hacer á Don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que Don Quijote, compasivo, la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodriguez, la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y más los Duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras.

Finalmente, doña Rodriguez, volviéndose á los señores, les dijo: «Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano.»

El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor Don Quijote cuanto le viniese en deseo.

Ella, enderezando la voz y el rostro á Don Quijote, dijo: «Dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho; y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas aventuras que Dios os depare; y así, querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, ántes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque, mi señor, me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto, nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare.»

Á cuyas razones respondió Don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: «Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir,

enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros; que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte, son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque, mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes y castigar á los soberbios; quiero decir, acorrer á los miserables y destruir á los rigurosos.

—No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle; que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos.

—Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó Don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto, en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es; y que le ha de cumplir la palabra que le dió, de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda.»

Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo y arnes tranzado, con todas las demas piezas, sin engaño, superchería ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del

campo. «Pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quijote; que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafío.

—Yo sí pongo, respondió la dueña.

—Y yo tambien,» añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fuéron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su malandante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza; de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras; que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos, las puso en manos de la Duquesa. La una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa Tal, de no sé dónde;* y la otra: *Á mi marido Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere más años que á mí.*

No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leida para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA

«Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me

»escribió; que en verdad que la tenia bien deseada. La sarta de corales es »muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que »vuesa señoría haya hecho gobernador á Sancho, mi consorte, ha recebido »mucho gusto todo este lugar; puesto que no hay quien lo crea, principal- »mente el Cura y Maese Nicolas, el barbero, y Sanson Carrasco, el bachiller; »pero á mí no se me da nada; que, como ello sea así, como lo es, diga cada »uno lo que quisiere; aunque, si va á decir verdad, á no venir los corales y »el vestido, tampoco yo le creyera; porque en este pueblo todos tienen á mi »marido por un porro, y que, sacado de gobernar un hato de cabras, no »pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga y le »encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, »estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen dia »en mi casa, yéndome á la Corte á tenderme en un coche, para quebrar los »ojos á mil envidiosos que ya tengo; y así, suplico á vuesa excelencia mande »á mi marido me envie algun dinerillo, y que sea algo qué, porque en la »Corte son los gastos grandes; que el pan vale á real, y la carne la libra á »treinta maravedís, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo »avise con tiempo, porque me están bullendo los piés por ponerme en camino; »que me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas »y pomposas en la Corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí más que »yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: «¿Quién son estas señoras »deste coche?» y un criado mio responder: «La mujer y la hija de Sancho »Panza, gobernador de la Insula Barataria;» y desta manera será conocido »Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo.

»Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas »en este pueblo; con todo eso, envio á vuesa Alteza hasta medio celemin, »que una á una las fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé más »mayores: yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

»No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme; que yo tendré »cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que »avisar deste lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra

»grandeza, y á mí no olvide. Sancha, mi hija, y mi hijo, besan á vuesa merced »las manos.

»La que tiene más deseo de ver á vuesa señoría que de escribirla,

»Su criada,

»*Teresa Panza.*»

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer á Don Quijote, si seria bien abrir la carta que venia para el Gobernador; que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA, SU MARIDO

«Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro, como »católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. »Mira, hermano: cuando yo llegué á oir que eres gobernador, me pensé allí »caer muerta, de puro gozo; que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría »súbita como el dolor grande. Á Sanchica, tu hija, se le fuéron las aguas sin »sentirlo, de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los »corales que me envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las »manos, y el portador dellas allí presente; y con todo eso, creia y pensaba »que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; porque ¿quién podia pensar »que un pastor de cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya »sabes tú, amigo, que decia mi madre que era menester vivir mucho para »ver mucho: dígolo porque pienso ver más, si vivo más; porque no pienso »parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que, aunque lleva »el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin, siempre tienen y manejan »dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la Corte: »mírate en ello, y avísame de tu gusto; que yo procuraré honrarte en ella, »andando en coche.

»El Cura, el Barbero, el Bachiller y áun el sacristan, no pueden creer »que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, »como son todas las de Don Quijote, tu amo; y dice Sanson que ha de ir á »buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de »los cascos; yo no hago sino reirme y mirar mi sarta, y dar traza del vestido »que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envio á mi señora »la Duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de »perlas, si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste lugar son, que la Berrueca »casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar »lo que saliese. Mandóle el Concejo pintar las armas de su Majestad sobre »las puertas del Ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos adelantados, »trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba »á pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso, se casó á título de »buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va »al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado »de grados y corona, con intencion de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la »nieta de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra »de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado en cinta dél; pero »él lo niega á piés juntillas. Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota »de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados; »lleváronse de camino tres mozas deste pueblo: no te quiero decir quién son; »quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas, »buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas; gana cada dia ocho »maravedis horros, que los va echando en una alcancía para ayuda á su ajuar; »pero ahora, que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo »trabaje. La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me »las den todas. Espero respuesta desta y la resolucion de mi ida á la Corte; »y con esto, Dios te me guarde más años que á mí, ó tantos, porque no »querria dejarte sin mí en este mundo.

»Tu mujer,

»*Teresa Panza.*»

Las cartas fueron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo que traia la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiróse la Duquesa, para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese; dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió, por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon. Recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.





CAPITULO LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza

PENSAR que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; ántes parece que en ella anda todo en redondo, digo, á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera; y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera más que el viento, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahométicо; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la décimaséptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino,

sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas; cuando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia.

Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero, no sólo no lo supo, sino que, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pié, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar ni cosa que se le pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces:

«¡Arma, arma, señor Gobernador! ¡Arma! ¡que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!»

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oia y veia; y cuando llegaron á él, uno le dijo:

«¡Ármese luégo vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

—¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas será mejor dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo ¡pecador fuí á Dios! no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor Gobernador! dijo otro, ¿qué relente es ese? Ármese vuesa merced; que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan; pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Ármenme norabuena,» replicó Sancho; y al momento le trujeron dos paveses (que venian proveidos dellos), y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas

concavidades que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos; que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios.

«¿Cómo tengo de caminar ¡desventurado yo! respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo; que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo.

—Ande, señor Gobernador, dijo otro; que más el miedo que las tablas le impide el paso: acabe y menéese; que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga.» Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena; y no por verle caido aquella gente burladora, le tuvieron compasion alguna; ántes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Gobernador, el cual, en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios, que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decia:

«¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se

tranqueen! ¡Vengan alcancías de pez y resina, y calderas de aceite ardiendo; trinchéense las calles con colchones!»

En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: «¡Oh si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia!»

Oyó el cielo su peticion; y cuando ménos lo esperaba, oyó voces que decian:

«¡Vitoria, vitoria! Los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo.

—Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho.»

Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo:

«El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.»

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio; y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia.

Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y llegándose al Rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo:

«Venid vos acá, compañero mio y amigo mio y conllevador de mis

trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.»

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el Rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor y á otros muchos, que allí presentes estaban, dijo:

«Abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre, y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al reves de cómo suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir, que me voy á bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor Gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le

daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—Tarde piache, respondió Sancho; así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde.»

Á lo que el mayordomo dijo:

«Señor Gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearlo; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez y siete dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.

—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, si no es quien ordenare el Duque, mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde; cuanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

—Par Dios, que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle.»

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad

de su viaje. Sancho dijo que no queria más de un poco de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta [1].





CAPÍTULO LIV

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna

Resolviéronse el Duque y la Duquesa en que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosílos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á Don Quijote cómo desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y áun por toda la barba entera, si se afirmaba en que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el coso, y tuvo á

gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo, á la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que, entre alegre y triste, venia caminando sobre el Rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando; los cuales, en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra, que claramente pronunciaba *limosna*, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedian; y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas el medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióles dello, diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles.

Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: *Geld, geld.*

—No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente.»

Entónces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia ostugo de moneda; y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: «¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino, Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.»

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar

del extranjero peregrino; y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspension, el peregrino le dijo:

«¿Cómo? y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?»

Entónces Sancho le miró con más atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto; y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo:

«¿Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote? y ¿cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?

—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy; que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente, y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste.»

Hízolo así Sancho; y hablando Ricote á los demas peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cebollas, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que, si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados; pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas;

pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino; que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se habia transformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes, por cumplir con el refran, que él muy bien sabia, de «cuando á Roma fueres, haz como vieres,» pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado.

De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decia: «Español y tudesqui tuto uno bon compaño;» y Sancho respondia: «Bon compaño, jur á Dí;» y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entónces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido más y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones.

«Bien sabes ¡oh Sancho Panza! vecino y amigo mio, cómo el pregon y

bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nacion puso terror y espanto en todos nosotros; á lo ménos en mí le puso de suerte, que me pareció que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir á buscar dónde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no porque todos fuésemos culpados; que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podia dar.

»Do quiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, en donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos (y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo.

»Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España, muchos dellos, cada año á visitar los santuarios della; que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado (que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro), y escribir, ó pasar desde Valencia, á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza cómo traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota, mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija ántes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana.»

Á lo que respondió Sancho:

«Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi entierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades; que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso; que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe, que no hallen otra como ella á tres tirones.

—Y ¿dónde está esa ínsula? preguntó Ricote.

—¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho, dijo Ricote; que las ínsulas están allá dentro de la mar; que no hay ínsulas en la tierra firme.

—¿Cómo no? replicó Sancho. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote.

—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y áun el sustento; porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases?

¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro), y te daré con qué vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho yo, Ricote, replicó Sancho, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buen hora tu camino, y déjame seguir el mio; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.

—No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

—Sí hallé, respondió Sancho; y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora, y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y á fe, que muchos tuvieron deseo de salir á quitársela en el camino á su madre, y esconderla; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo. Principalmente se mostró más apasionado don Gaspar Gregorio, aquel mancebo, mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada.

—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que, á lo que yo creo, atendia á ser más cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo.

—Dios lo haga, replicó Sancho; que á entrambos les estaria mal; y

déjame partir de aquí, Ricote amigo; que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano; que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino.»

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron [1].





CAPITULO LV

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque; puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo escura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba. Y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque, á poco más de tres estados, dió fondo el Rucio, y él se halló encima dél, sin haber recebido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba

sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero, y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios, nuestro Señor, de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho ni se lamentaba de vicio; que á la verdad no estaba muy bien parado.

«¡Ay! dijo entónces Sancho Panza, y ¡cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado, gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso; á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesínos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa; que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo ménos de los que tuvieren noticias que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que

estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados.»

Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle; y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apénas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: «Todos los duelos con pan son ménos.»

En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo; y púdolo ver porque, por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

«¡Válame Dios Todopoderoso! decia entre sí: esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algun florido

prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los piés, de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo.»

Desta manera, y con estos pensamientos, le pareció que habria caminado poco ménos de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que parecia ya que por alguna parte baja entraba, y daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida [1].

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percebir y entender que el que las daba decia: «¡Ah de arriba! ¿Hay algun cristiano que me escuche, ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador?»

Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: «¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la Ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha?»

Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiracion y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto,

y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion, dijo: «Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí; que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo será para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera, respondieron, vuesa merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y áun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

—Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque, si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—¡Voto á tal! respondieron; y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas, que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, el Rucio testigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.»

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

«¡Famoso testigo! dijo Don Quijote; el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio. Espérame: iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben haber puesto.

—Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios;

que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.»

Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron; aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemorables estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, llevaron, como dicen, *sogas y gente*, y á costa de mucha y de mucho trabajo, sacaron al Rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol.

Vióle un estudiante, y dijo: «Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo.»

Oyólo Sancho, y dijo: «Diez y seis ó diez y siete dias há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone; y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren: es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—Á buen seguro, respondió Sancho, que, por esta vez, ántes me han de tener por tonto que por ladron.»

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde, en unos corredores, estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver

al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo: «Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche; y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, ántes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habian de guardar; que es lo mesmo entónces hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil; que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez y siete dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen: «salta tú, y dámela tú,» doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote; que en fin en él, aunque cómo el pan con

sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.»

Con esto dió fin á su amarga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal traido y peor parado.





CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosílos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más, que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto, cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosílos cómo se habia de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas; y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra (puesto que iba contra el

decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos), y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido; que él le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y áun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosílos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo; de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque, su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha; advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia; llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza; y junto con Tosílos, habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caia



Y A TODO EL CORRER QUE PERMITIA ROCINANTE, PARTIÓ CONTRA SU ENEMIGO

sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna.

Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos, cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el són de las trompetas; temblaba debajo de los piés la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros, el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios, nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose á él bonitamente, sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad; y así, no atendió al són de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apénas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: «¡Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte!»

Y aunque Tosílos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un

paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, al cual, venido á ver lo que queria, le dijo: «Señor, esta batalla ¿no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora?

—Así es, le fué respondido.

—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así, digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora.»

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosílos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia.

El Duque no sabia la ocasion por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosílos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo.

En tanto que esto pasaba, Tosílos se llegó adonde doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: «Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.»

Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo: «Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios, nuestro Señor, se la dió, san Pedro se la bendiga.»

El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosílos, le dijo: «¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os quereis casar con esta doncella?

—Sí, señor, respondió Tosílos.

—Él hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.»

Íbase Tosílos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo.

Viendo lo cual doña Rodriguez y su hija, dando grandes voces, dijeron: «Éste es engaño, engaño es éste. Á Tosílos, el lacayo del Duque, mi señor, nos han puesto en lugar del verdadero esposo. ¡Justicia de Dios y del Rey, y de tanta malicia, por no decir bellaquería!

—No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de éste, que decis que es lacayo del Duque. Tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él; que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo.»

El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: «Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince dias siquiera, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura; que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar de unas en otras las cosas que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida.»

Á lo que dijo la hija de doña Rodriguez: «Séase quien fuere éste que me pide por esposa; que yo se lo agradezco; que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero; puesto que el que á mí me burló no lo es.»

En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosílos se

recogiese hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosílos, quedaron doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosílos no esperaba ménos.





CAPITULO LVII

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa

YA le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como á caballero andante, aquellos señores le hacian; y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: «¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras

de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa; que, á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho; porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél; y así, podré decir con segura conciencia (que no es poco): «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su Rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto áun no lo sabia Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero dijo:

«Escucha, mal caballero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
»Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy léjos de oveja.
»Tú has burlado, monstruo horrendo,
La más hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»Tú llevas ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada, tierna.
»Llévaste tres tocadores
Y unas ligas (de unas piernas
Que al mármol puro se igualan,
En lisas) blancas y negras.
»Llévaste dos mil suspiros,
Que, á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»De ese Sancho, tu escudero,
Las entrañas sean tan tercas
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
»De la culpa que tú tienes,
Lleve la triste la pena;
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.

»Tus más finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

»Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Lóndres á Ingalaterra.

»Si jugares al reinado,
Los cientos ó la primera,
Los reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.

»Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.»

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote; y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: «Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad. Dime: ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?»

Á lo que Sancho respondió: «Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.»

Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que, aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiracion.

El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: «No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo más las ligas de mi doncella. Indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho con el de Tosílos, mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido. Los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas

he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así, no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías; y andad con Dios; que miéntras más os deteneis, más aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mia yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches ¡oh valeroso Don Quijote! dijo entónces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas; porque, en Dios y en mi ánima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba.

—¿No lo dije yo? dijo Sancho. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno.»

Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.





CAPITULO LVIII

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras

CUANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dijo: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara, si fueran mios; que las obligaciones de las recompensas de los

beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!

—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que, como pítima y confortativo, la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.»

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas.

Llegó Don Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrian.

Uno dellos le respondió: «Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren.

—Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaria de verlas; pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y ¡cómo si lo son! dijo otro; si no, dígalo lo que cuestan; que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos;» y levantándose, dejó de comer y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de san Jorge, puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los piés y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una ascua de oro, como suele decirse.

Viéndola Don Quijote, dijo: «Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse Don San Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra.»

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martin, puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apénas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo: «Este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad: y sin duda debia de ser entónces invierno; que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo.

—No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester.»

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del Patron de las Españas, á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo Don Quijote: «Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.»

Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de san Pablo, del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse.

Cuando le vió tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondia, «Éste, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios, nuestro Señor, en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas; caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase, el mismo Jesucristo.»

No habia más imágines; y así, mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que

hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza; y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo,» dijo Sancho á esta ocasion.

Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: «En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sin sobresalto alguno; ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: ¡bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de una misma suerte; y estos que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la Órden del bienaventurado san Francisco; y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento

como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos.» Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines, ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; y querria que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa por que dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: «Santiago y cierra España?» ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla? Ó ¿qué ceremonia es ésta?

—Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote. . . . .

. . . . . .

y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan.»

Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: «Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa. ¡Bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas! He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

—Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes

chozas de los pastores; y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima.

—¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razon amorosa suya. ¡Hideputa! y ¡qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con vehemencia. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.»

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: «Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten, si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino,

como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido. Pues mándoles yo que, aunque estas redes, así como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, y más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodon.»

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado... digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios, podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas; la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué ésta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote; y reparando en él las pastoras, la sorpresa tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: «Detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas; y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado. Ayer fué el primero dia que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que,

ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortesmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.»

Calló, y no dijo más; á lo que respondió Don Quijote: «Por cierto, hermosísima señora, que no debió quedar más suspenso ni admirado Acteon cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representan; y si como estas redes deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete, por lo ménos, Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre.

—¡Ay amiga de mi alma! dijo entónces la otra zagala, y ¡qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza, su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se les igualen.

—Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha, historiado y referido.

—¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

—Con razon se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo.»

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y gala que á las de las zagalas correspondia. Contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia; ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo.

Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que, engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á Don Quijote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo,

pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos dias naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras, zagalas contrahechas, que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.»

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: «¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»

Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: «¿Es posible ¡oh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, á Rocinante. Vamos á poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razon que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla;» y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto, salió Don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que

no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: «¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes! sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.»

Dos veces repitió estas mismas razones, aquel dia y otro, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que el segundo dia se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podia suceder algun peligro; sólo Don Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venia más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: «Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros.

—Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.»

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los

mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin, se levantaron todos; y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: «Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.»

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.





CAPITULO LIX

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote

Al polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al Rucio y á Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio; enjuagóse la boca y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comia Don Quijote, de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia.

«Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote; sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales indómitos y feroces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

—Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: «muera Marta, y muera harta:» yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla más aliviado.»

Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole: «Si tú ¡oh Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que miéntras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho; durmamos por ahora



—COME, SANCHO AMIGO, DIJO DON QUIJOTE, SUSTENTA LA VIDA.....

entrambos; y despues, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Tenga paciencia mi señora Dulcinea; que cuando ménos se cate, me verá hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que áun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.»

Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío, y sin órden alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron, pues, á ella; preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar.

Á lo que el huésped respondió que su boca seria medida; y así, que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta.

«No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía.»

Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados.

«Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla, que sea tierna.

—¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad, en verdad, que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

—Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.

—En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—¡Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¡quiere que tenga huevos! Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos ¡cuerpo de mí! dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «cómeme, cómeme.»

—Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho; y nadie las toque; que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto; y no se me daria nada que fuesen manos, como ni que fuesen uñas.

—Nadie las tocará, dijo el ventero; porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.»

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su

estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: «Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro capítulo de la segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha.*»

Apénas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y con oido alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: «¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.

—Lo que á mí en éste más me desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.»

Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: «Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha? que hará bueno cuanto ha dicho, y áun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas.»

Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros (que tales lo parecian); y uno dellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: «Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra

presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.»

Y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutierrez; y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demas de la historia.»

Á esto dijo Sancho: «¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutierrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre [1].

—Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo don Jerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

—Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.

—Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma.»

Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos; que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla

con mero mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no ménos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso: si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote.

Á lo que él respondió: «Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada;» y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesínos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura.

Acabó de cenar Sancho; y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando, dijo: «Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo querria que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho.

—Sí llama, dijo don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

—Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo, dijo don Juan; y si fuera posible, se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no

fuese Cide Hamete, su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle, sino Apéles.

—Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande.»

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discordaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

«Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

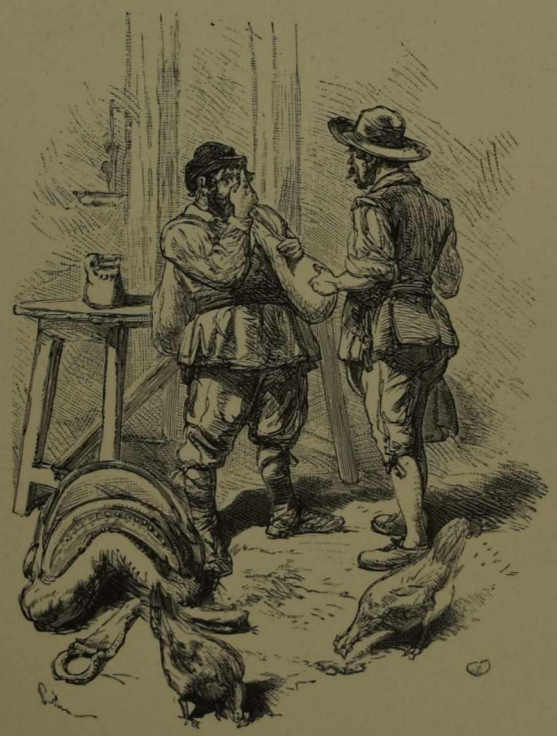
—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

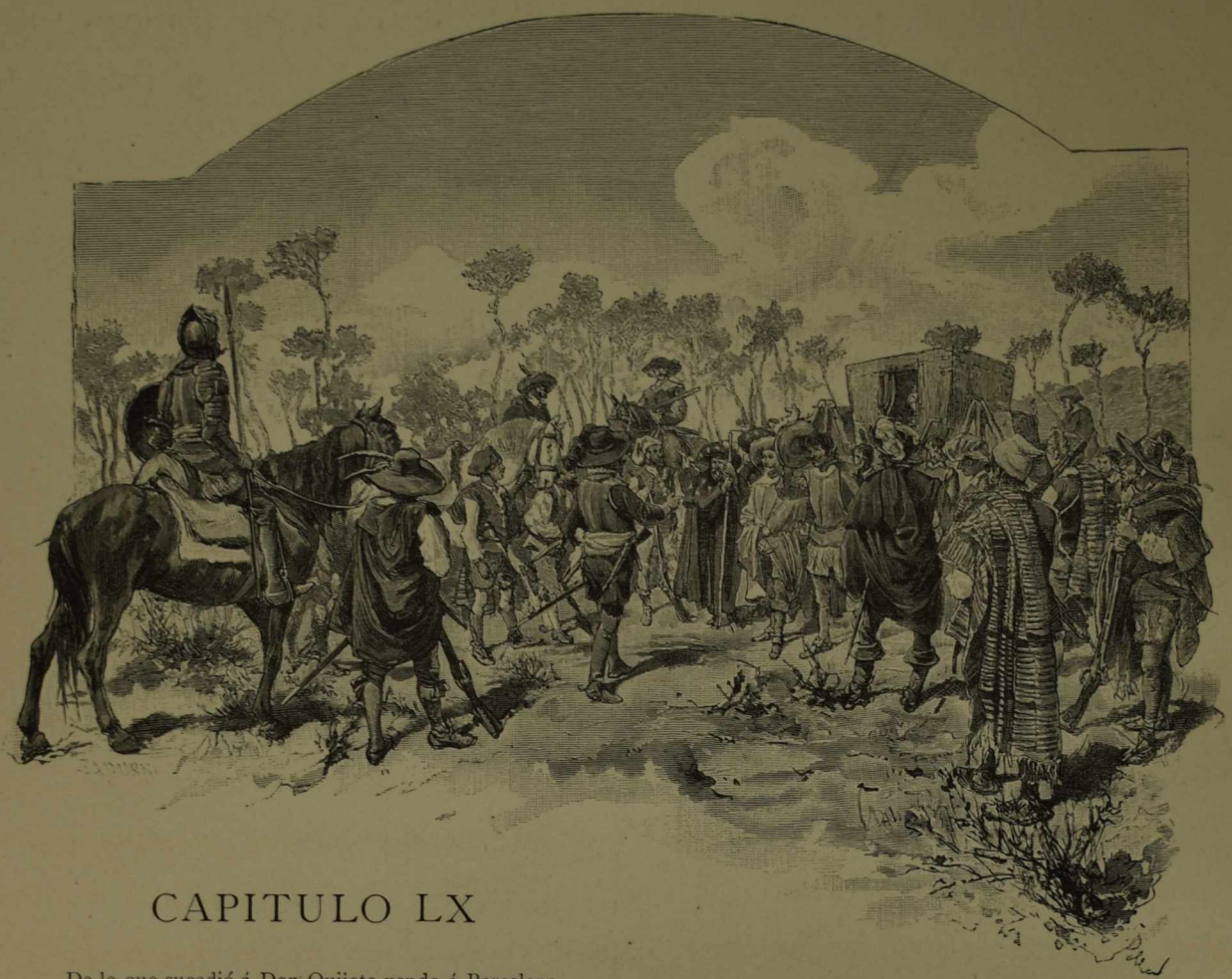
—Y á mí tambien, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo.» Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando



—NO ES MI TRISTEZA POR HABER CAIDO EN TU PODER, ¡OH VALEROSO ROQUE!

á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habian hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia el autor aragones. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese más proveida [2].





CAPITULO LX

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo; y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado bien aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podia pegar los ojos; ántes iba y venia con el pensamiento por mil sucesos y lugares. Ya le parecia

hallarse en la cueva de Montesínos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho, su escudero; pues, á lo que creia, solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: «Si el nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: «tanto monta cortar como desatar,» y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro? pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.»

Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodádolas en modo que pudiese azotarle con ellas. Comenzóle á quitar las cintas (que es opinion que no tenia más que la delantera) en que se sustentaban los gregüescos; pero apénas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: «¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos; véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad; que la mia es de darte en esta soledad, por lo ménos, dos mil azotes.

—Eso no, dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos. Los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres

duro de corazon, y, aunque villano, blando de carnes;» y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar.

Don Quijote le decia: «¿Cómo, traidor? ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Con quien te da su pan te atreves!

—Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.»

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió á otro árbol, y sucedióle lo mesmo; dió voces, llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hízolo así Don Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas.

Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: «No tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas, que tientas y no ves, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona;» y así era la verdad, como él lo habia imaginado.

Al primer albor alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles,

que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia; y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitan.

Hallóse Don Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á expulgar al Rucio y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia; y avínole bien á Sancho, que en una ventrera, que tenia ceñida, venian los escudos del Duque y los que habian sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena.

Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole: «No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Busíris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, por haber caido en tu poder ¡oh valeroso Roque! cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Órden de la andante caballería, que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber ¡oh gran Roque! que si me hallaran

sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno el orbe.»

Luégo Roque Guinart conoció que la confianza de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de léjos dél habia oido; y así, le dijo: «Valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna ésta en que os hallais; que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres.»

Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos; y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados.

Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando á él, dijo: «En tu busca venia ¡oh valeroso Roque! para hallar en tí, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy. Yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo ménos se llamaba no há dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados

deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves; y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí; y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y, á lo que creo, le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre, porque los deudos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza.»

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: «Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo; que despues veremos lo que más te importare.»

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: «No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora; que lo tomo yo á mi cargo. Denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí; que yo iré á buscar á ese caballero, y, muerto ó vivo, le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.

—Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.»

Roque, que atendia más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia que á las razones de amo y mozo, no las entendió; y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del Rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian

estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos; que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados, á quien, con cansada y debilitada voz, rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que más adelante pasase.

Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él; temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y asiéndole de la mano, le dijo: «Si tú me dieras ésta conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso.»

Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo: «Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamas quise ni supe ofenderte.

—Luego ¿no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro?

—No, por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, celosa, me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres; que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio que piensas que de mí has recebido.»

Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla,

con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida.

Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. «¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decia, con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del tálamo á la sepultura!»

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más seguro acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos; y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¿qué mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente

rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del Rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades.

—¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes; que yo los tengo, y no valen tres reales.

—Así es, dijo Don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió.»

Mandóselos volver al punto Roque Guinart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva.

Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote:

«Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podria vivir con ellos.»

Á lo que dijo Sancho:

«Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use áun entre los mesmos ladrones.»

Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y éste dijo: «Señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente.»

Á lo que respondió Roque: «¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos?

—No, sino de los que buscamos, respondió el escudero.

—Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.»

Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á Don Quijote: «Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que, no sólo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.»

Admirado quedó Don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: «Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo (ó Dios, por mejor decir), que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo; que yo le enseñaré á ser caballero andante,

donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.»

Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho; que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno dellos le respondió: «Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras que, dicen, están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia; llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que, á nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.»

Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes; fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de á caballo dijo: «Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.»

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: «¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran!»

Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz; y volviéndose á los capitanes, dijo: «Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intencion de agraviar á soldados ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.»

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; ántes le pidió perdon del agravio que le hacia, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y volviéndose á los suyos, les dijo: «Destos escudos, dos tocan á cada uno y sobran veinte; los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura;» y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayorales de sus escuadras; y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladron conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: «Este nuestro capitan, más es para frade que para bandolero; si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.»

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oirlo Roque, el cual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: «Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos.»

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso cómo tenia consigo al famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de la Degollacion de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dió á quien iba.





CAPITULO LXI

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto

TRES dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque casi todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con otros seis

escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de la Degollacion de San Juan, en la noche; y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos (que hasta entónces no se los habia dado), los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el dia, así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el són de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, «trapa, trapa, aparta aparta» de corredores, que, al parecer, de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el cerco de una rodela, por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando.

Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dèllos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa, con espantoso estruendo, rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que reian, infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian.

En esto llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los de las libreas

adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: «¡Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!»

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: «Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y áun la del aragones, recien impresa.»

Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: «Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros; que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.»

Á lo que Don Quijote respondió: «Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de la del gran Roque: llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la quereis ocupar en vuestro servicio.»

Con palabras no ménos comedidas que éstas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo... dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué

posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.





CAPITULO LXII

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero [1]. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban.

Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto; y Sancho estaba

contentísimo, por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian.

Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho:

«Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia.

—No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las uvas, y áun los granos de la granada.

—¡Cómo! dijo don Antonio: ¿gobernador ha sido Sancho?

—Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez y siete dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.»

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce.

Paseóse don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: «Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro, respondió Don Quijote, y áun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar; así que, con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que verá y oirá, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.»

Suspenso estaba Don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la pasó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: «Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y

virtud de responder á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfecion que veremos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que quiera preguntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.»

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero, por ver cuán poco tiempo habia que aguardar para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Éste es Don Quijote de la Mancha.*

En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: «Éste es Don Quijote de la Mancha,» admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: «Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser

conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.»

Acaeció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: «¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¡Cómo! ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco; y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman.

—Par diez, vuesa merced tiene razon, respondió el castellano; que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalen, diere consejo á nadie, aunque me lo pida [2].»

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa: hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas

habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honradas, eran algo descompuestas: por dar lugar á que las burlas alegrasen sin enfado á los convidados, éstas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima.

Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero, viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite, partes adversæ;* dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan;» y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole: «Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado. ¿Pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, ántes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.»

Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto, y áun, si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos

cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: «Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora?»

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon: «Yo no juzgo de pensamientos.»

Oyendo lo cual, todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa, no habia persona humana que responder pudiese.

«¿Cuántos estamos aquí?» tornó á preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido, por el propio tenor, paso: «Estais tú y tu mujer con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.»

¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo; aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos, de puro espanto!

Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo: «Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sábia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere.»

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: «Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?»

Y fuéle respondido: «Sé muy honesta.

—No te pregunto más,» dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo: «Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no.»

Y respondiéronle: «Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.»

Apartóse la casada, diciendo: «Esta respuesta no tenia necesidad de

pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.»

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle: «¿Quién soy yo?»

Y fuéle respondido: «Tú lo sabes.

—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí conozco, le respondieron; que eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender ¡oh cabeza! que lo sabes todo.»

Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle: «Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo, el mayorazgo?

—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es, dijo el caballero, «lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo,» y no pregunto más.»

Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo: «Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido.»

Y respondiéronle: «Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.»

Llegóse luego Don Quijote, y dijo: «Dime, tú, el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesínos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho, mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—Á lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir; de todo tiene. Los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion.

—No quiero saber más, dijo Don Quijote; que, como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear [3].»

El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: «¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré á ver á mi mujer y á mis hijos?»

Á lo que le respondieron: «Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno par Dios! dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.»

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni ménos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la

boca con el mesmo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual, estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demas respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente.

Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia; temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacion de Don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante.

Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los mochachos; y así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros;* de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquella, y finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia; dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante.

Llegó, entre otros, á uno, y preguntóle qué era lo que hacia.

El oficial le respondió: «Señor, este caballero que aquí está (y enseñó á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa.

—¿Qué título tiene el libro?» preguntó Don Quijote.

Á lo que el autor respondió: «Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle.*

—Y ¿qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.

—*Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos *los juguetes;* y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

—Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en ese su libro alguna vez nombrada la *pignata?*

—Sí, muchas veces, respondió el autor.

—Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla?*

—¡Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place;* y adonde diga *piu*, dice *más;* y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo.*

—Sí declaro, por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que

el traducir de una lengua en otra, como sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves; que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos, que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducion ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados, por lo ménos, con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á diez reales cada uno en daca las pajas.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! respondió Don Quijote. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—Pues ¡qué! dijo el autor, ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y áun piense que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero; que sin él no vale un cuatrin la buena fama.

—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote;» y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma;* y en viéndole, dijo: «Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.» Pasó adelante, y vió que asimismo estaban

corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *La Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal... vecino de Tordesillas.

«Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su san Martin se le llegará como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas;» y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta; y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al Cuatralvo de las galeras cómo aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped, el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el Cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.





CAPITULO LXIII

Del mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca

GRANDES eran los discursos que Don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fueron á las galeras.

El Cuatralvo estaba alegrísimo de su buena ventura, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho. Apénas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife

al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo que puso los piés en él Don Quijote, disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: «Hu, hu, hu,» tres veces.

Dióle la mano el General (que con este nombre le llamaremos), que era un principal caballero valenciano, y abrazó á Don Quijote, diciéndole: «Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha, tipo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.»

Con otras no ménos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado; y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma, puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué alzando y volteando de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuesen, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si

alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada. Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar.

Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí: «Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? Y ¿cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que éste es el infierno, ó por lo ménos el purgatorio.»

Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: «¡Ah Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar.»

Preguntar queria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: «Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente.»

Esto oido, saltó el General en la crujía y dijo: «Ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser éste que la atalaya nos señala.»

Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no incitar á enojo al capitan que nuestras galeras regia. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.

Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos. Hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar, luego luego, al arráez y á los demas que en el bajel habia cogido, que serian hasta diez y seis personas, todos gallardos, moros los más, y los escopeteros turcos.

Preguntó el General quién era el arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español): «Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arráez;» y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años.

Preguntóle el General: «Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.»

Responder queria el arráez; pero no pudo el General por entónces oir la respuesta, por acudir á recebir al Virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

«¡Buena ha estado la caza, señor General! dijo el Virey.

—Y tan buena, respondió el General, cual la verá vuestra excelencia agora, colgada de esta entena.

—¿Cómo ansí? replicó el Virey.

—Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arráez del bergantin;» y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte.

Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: «Dime, arráez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado?»

Á lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: «Ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres? replicó el Virey.

—Mujer cristiana, respondió el mancebo.

—¡Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos! Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspended, dijo el mozo, ¡oh señores! la ejecucion de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida.»

¿Quién fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, á lo ménos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dijo que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa.

Con esta licencia, el mozo comenzó á decir desta manera: «De aquella nacion, más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla; ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido; y así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni ménos; mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas, jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio.

»Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia

muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de los dos tios mios, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno.

»Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que le cegase mi hermosura, y no su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que don Gregorio corria; porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso, que una mujer, por bellísima que sea. Mandó luego el Rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian.

»Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buen hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre; vestíle de mora,

y aquella mesma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero), se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren.

»Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español (señalando al que habia hablado primero), del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver á Berbería; la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron correr esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen.

»Anoche descubrimos esta playa, y hoy, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Éste es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido causante de la culpa en que los de mi nacion han caido;» y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban.

El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó á ella, y le

quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la moza ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el Virey; y apénas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo: «¡Oh Ana Félix, desdichada hija mia! yo soy tu padre, Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma.»

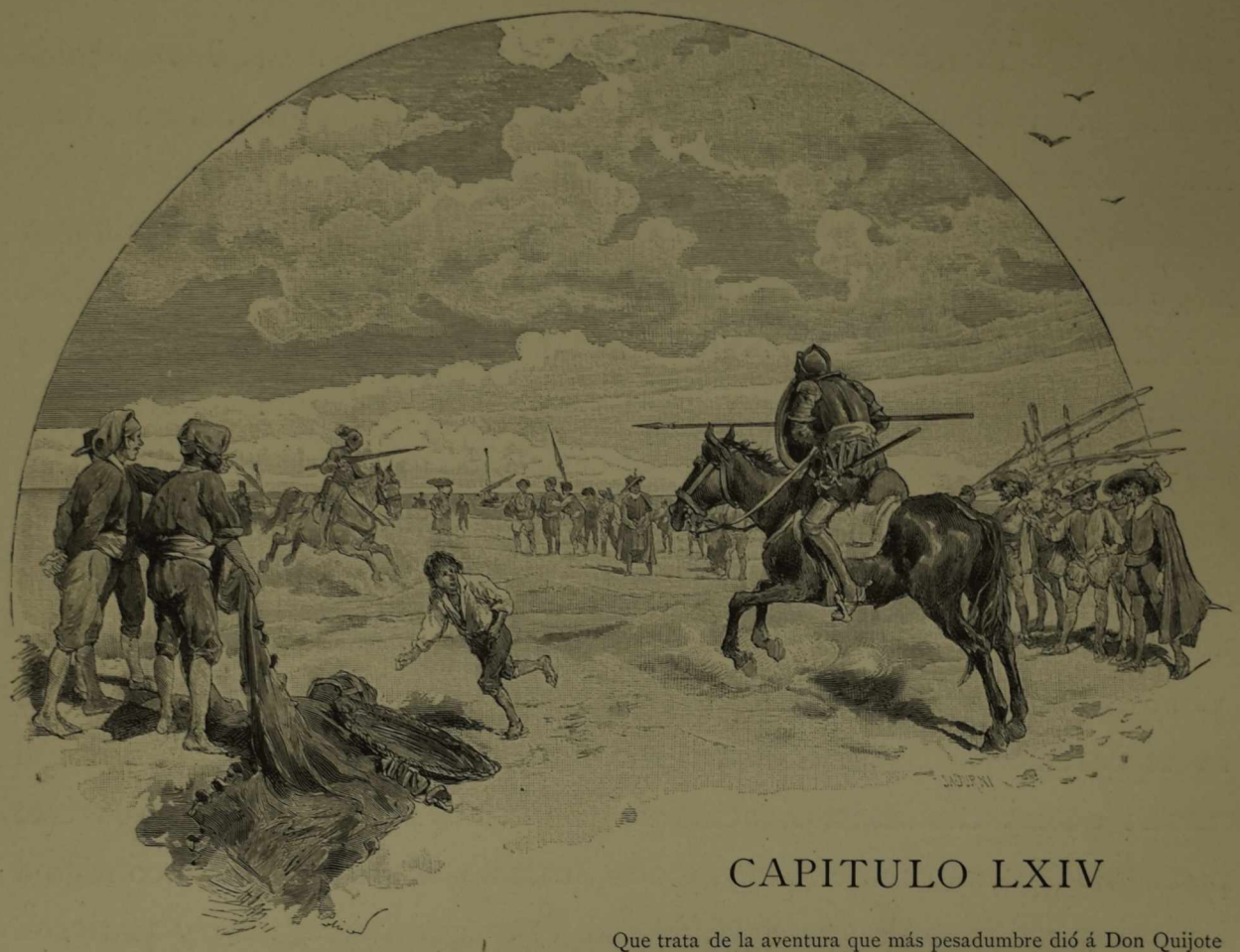
Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo; y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al General y al Virey: «Ésta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre: Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quién nos albergase y recogiese; y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de unos alemanes, á buscar mi hija y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y agora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados.»

Entónces dijo Sancho: «Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto.»

Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo: «Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron;» y

mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía habia sido la suya: hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del Renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.





CAPITULO LXIV

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discrecion; porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla.

Dijo Don Quijote á don Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia más de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gaiféros con su esposa Melisendra.

«Advierta vuesa merced, dijo Sancho, oyendo esto, que el señor don Gaiféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, si no es para la muerte, respondió Don Quijote; pues llegando un barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho, pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.»

Don Antonio dijo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería.

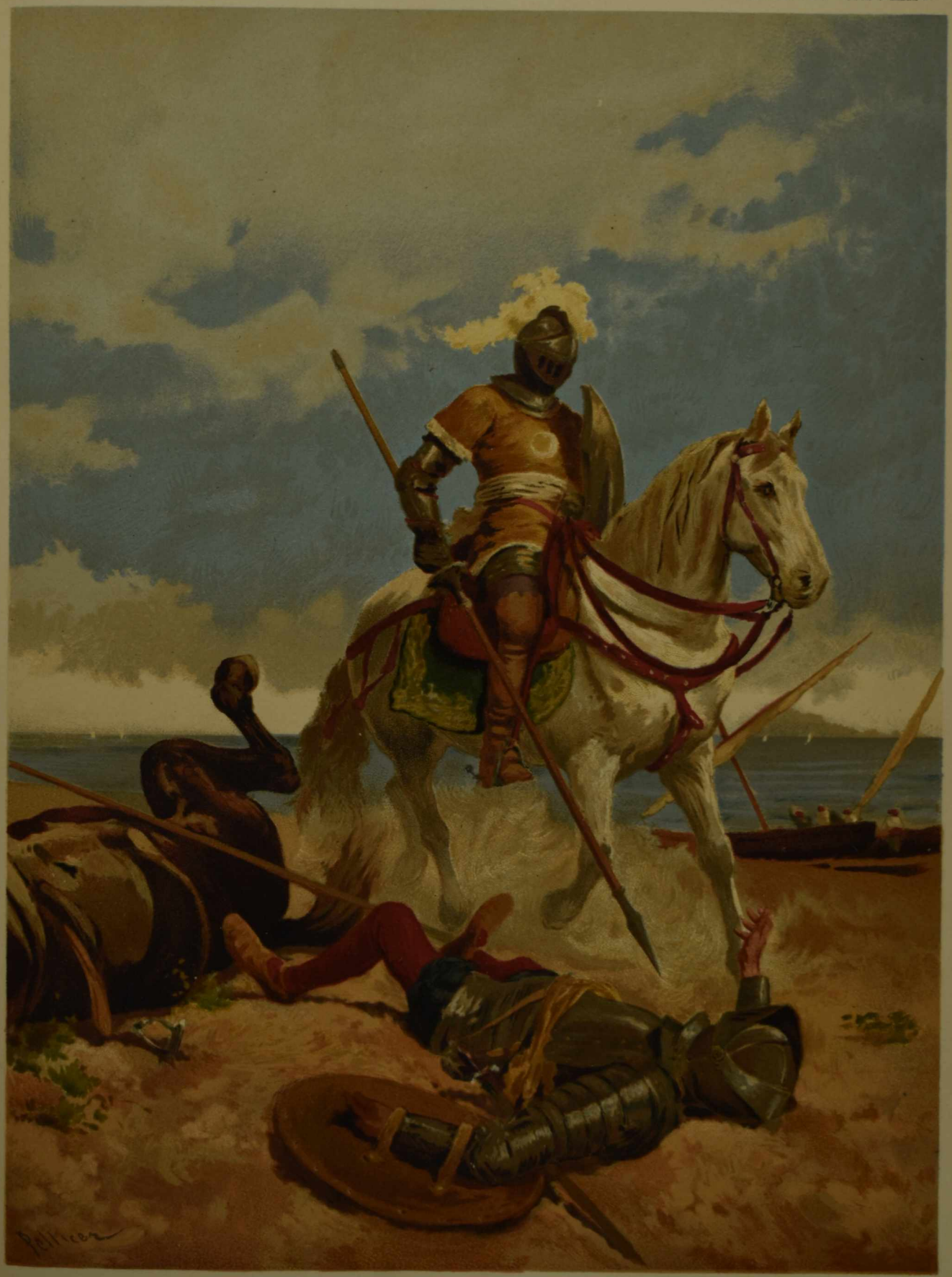
De allí á dos dias partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedia; y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: «Insigne caballero, y jamas como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria; vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma; y si tú me vencieres,

quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio.»

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: «Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido, aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.»

Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al Visorey, y que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban y Sancho, al tiempo cuando Don Quijote volvia las riendas á Rocinante, para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si



¡VENCIDO SOIS, CABALLERO!

era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: «Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense.»

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo tiempo las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo con una peligrosa caida.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero, y áun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.»

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra[1].

—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla.»

Todo esto oyeron el Visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas proezas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.





CAPITULO LXV

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos

SIGUIÓ don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien, y áun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recebirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio; que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese.

Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: «Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la

Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre de los que más se la han tenido, uno he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño; poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor. Y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido), era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido, y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

—¡Oh señor! dijo don Antonio; Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.»

El cual respondió que ya, una por una, estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndole ofrecido á don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél; y hechas liar sus armas sobre un macho luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis dias estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento.

Consolábale Sancho, y entre otras razones, le dijo: «Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más malparado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algun condado que darte.

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo; que siempre he oido decir que más vale buena esperanza que ruin posesion.»

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: «Albricias, señor Don Quijote; que don Gregorio, y

el Renegado que fué por él, está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento.»

Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo: «En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería [1]. Pero ¡qué digo, miserable! ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por tí, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora, para recebir á don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.»

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el Renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el Renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que sacó consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el Renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres

con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al Renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y reconcilióse el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

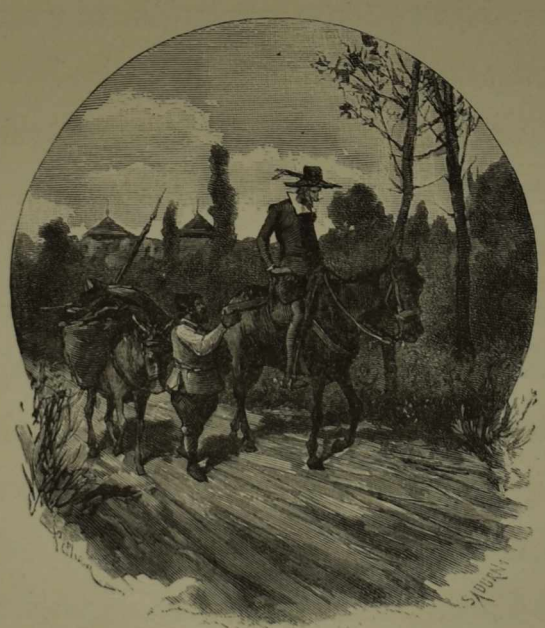
De allí á dos dias trató el Visorey con don Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

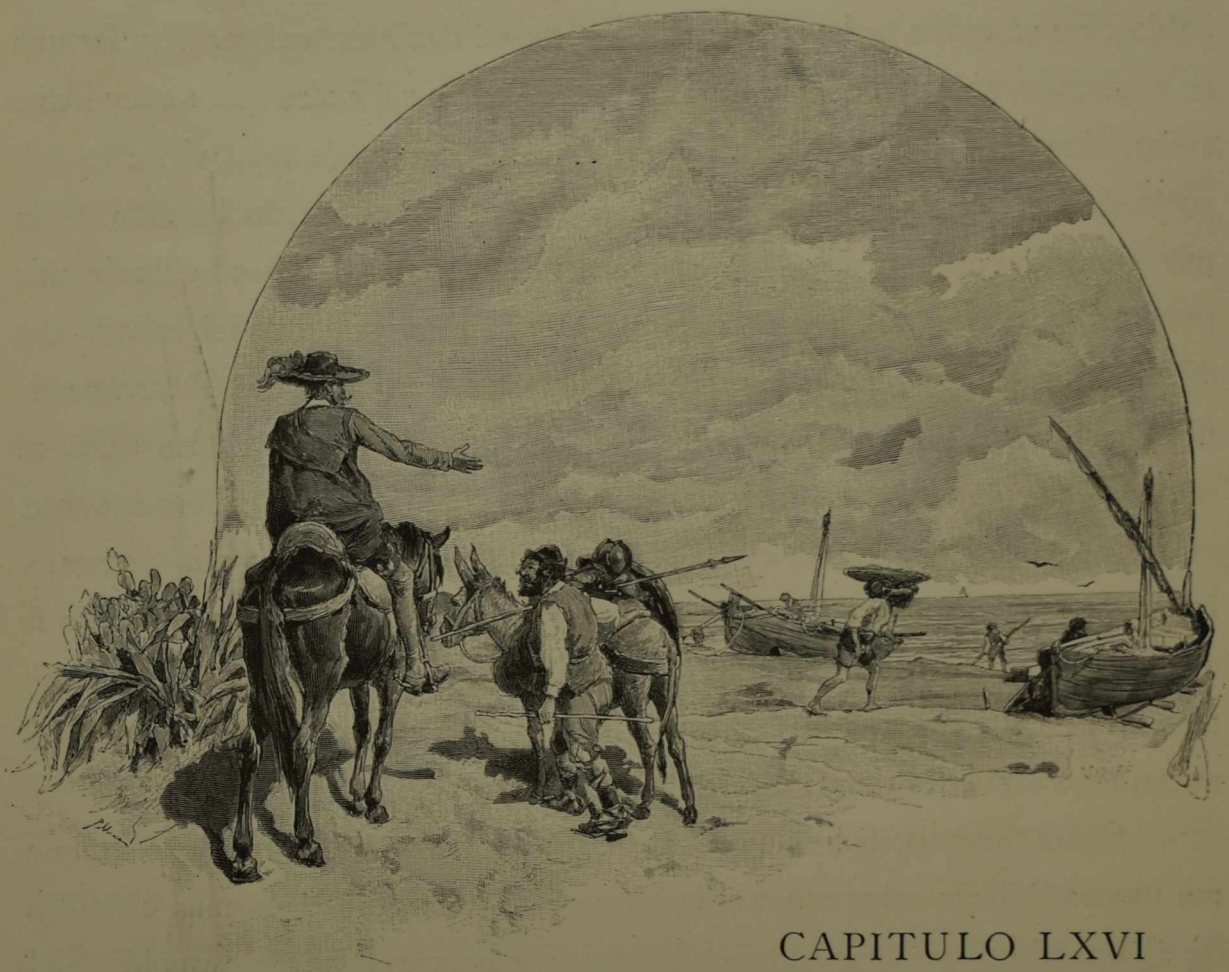
«No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática; no hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Majestad el cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Árgos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raíz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heroica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

—Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo don Antonio. Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana

Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio; y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.»

El Visorey consintió en todo lo propuesto; don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á Ana Félix; pero, teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de don Antonio y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caida no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos, si los queria, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino; Sancho á pié, por ir el Rucio cargado con las armas.





CAPITULO LXVI

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: «Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamas levantarse.»

Oyendo lo cual Sancho, dijo: «Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora, que soy escudero de á pié, no estoy triste; porque he oido decir que ésta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto

hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme; y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi retirada. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas [1].

—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar á pié y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

...Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

—Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado.

—Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardon.

—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho; porque, segun opinion

de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen más de lo justo.»

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y áun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto dia, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando.

Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo: «Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Sí diré, por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

—Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazon Sancho, ántes que Don Quijote respondiese; y á mí, que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio.»

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores (que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya): «Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque, si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas,

no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—¡Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo! Pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes, y caminar más que de paso.»

Y así, dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados el haber visto y notado, así su extraña figura como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dijo: «Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe de ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando ménos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano ó con una mitra en la cabeza.»

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié; el cual, como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho (que no alcanzaba á más), le dijo con muestras de mucha

alegría: «¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo! que todavía se está en él con mi señora la Duquesa.

—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosílos, el lacayo del Duque, mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez.

—¡Válame Dios! dijo Don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno, replicó el cartero; que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosílos entré en la estacada, como Tosílos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento; pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque, mi señor, me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosílos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosílos contrahecho: quédate con él, y hártate; que yo me iré adelante poco á poco, esperando á que vengas.»

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando

un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olia á queso.

Dijo Tosílos á Sancho: «Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¡Cómo, debe! respondió Sancho: no debe nada á nadie; que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora, que va rematado, porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.»

Rogóle Tosílos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello; y levantándose, despues de haberse sacudido del sayo y las barbas las migajas, antecogió al Rucio, diciendo «á Dios,» dejó á Tosílos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.





CAPITULO LXVII

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote ántes de ser derribado, muchos más le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel, le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosílos.

«¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que

me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste á ese Tosílos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora? ¿si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí, señor! ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente, señales todas de que me adoraba; que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos; y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, empero, de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes (que vea yo comidas de lobos), que quieren guardarse ántes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados; que es como si dijésemos: «Si os duele la cabeza, untaos las rodillas.» Á lo ménos, yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

—Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio.»

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho: «Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y áun esquinado tal género de vida; y más, que no la ha de haber áun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y áun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote; y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon; el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso; al Cura, no sé qué nombre le pongamos, si no es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes... como entre peras, podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué

cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas y qué de rabeles! Pues ¿qué, si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.

—¿Qué son albogues? preguntó Sancho; que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida.

—Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hacen un són, si no muy agradable ni armónico, que no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*, á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos más, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí; alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues; y hanos de ayudar mucho á poner en perfecion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collar de poeta, y que las tenga tambien Maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los más de su oficio son guitarristas y copleros. Yo me quejaré

de ausencia, tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon, de desdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que él más puede servirse; y así andará la cosa, que no haya más que desear.»

Á lo que respondió Sancho: «Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica, mi hija, nos llevará la comida al hato... Pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples; y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazon que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y, castígame mi madre, y yo trómpogelas.

—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: «Dijo la sarten á la caldera: quítate allá, ojinegra.» Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto; y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.»

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia ni siempre de noche; y así, pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.





CAPITULO LXVIII

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados.

Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho y le dijo: «Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y

desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo de azotarme; que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas, las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año; que yo *post tenebras spero lucem* [1].

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente, moneda general, con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto! Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente

como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: «no con quien naces, sino con quien paces.»

—¡Ah, pesia tal! replicó Sancho: señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes; que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.»

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos; á lo ménos al uno, que al otro... ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando, no sólo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al Rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos soeces y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran.

Don Quijote le dijo: «Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que, un caballero andante vencido, le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.

—Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los

escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir; que yo nací para velar: en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

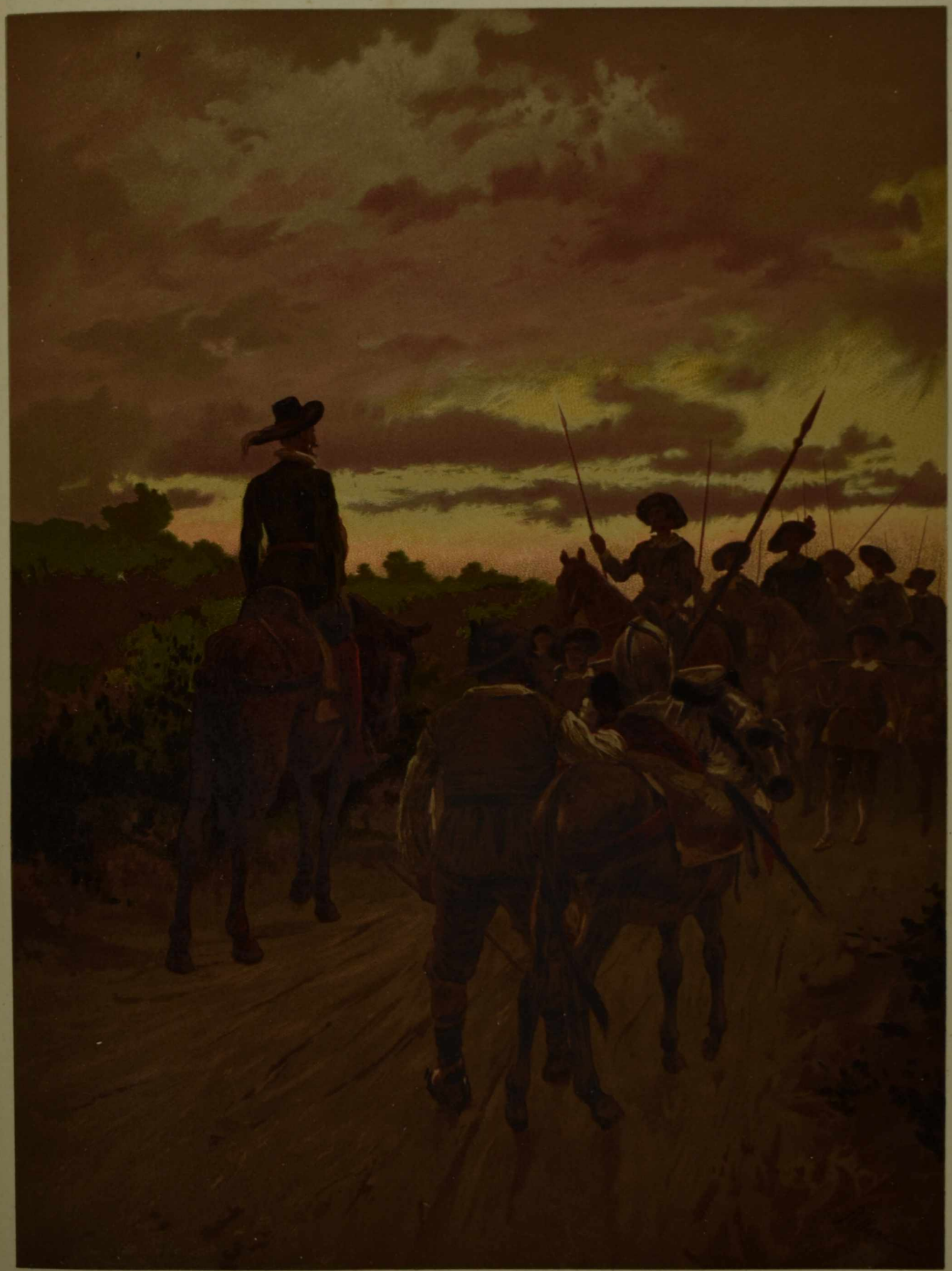
—Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere; que yo dormiré cuanto pudiere;» y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase.

Don Quijote, arrimado á un tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Y la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon gemia, traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros,



VIERON QUE HACIA ELLOS VENIAN HASTA DIEZ HOMBRES DE A CABALLO....

miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y áun más adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde, vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de Don Quijote y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra.

Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: «Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos.»

Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callasen, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban ó qué querian; pero apénas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apénas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al Rucio ni más ni ménos, como si hablar quisiera.

Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: «Caminad, troglo-ditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros;» y otros nombres semejantes á éstos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo.

Sancho iba diciendo entre sí: ¡Nosotros tortolitas! ¡nosotros bárbaros ni estropajos! ¡nosotros perritas, á quien dicen *cita, cita!* No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!»

Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar, con cuantos discursos hacia, á qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. «¡Válame Dios! dijo, así como conoció la estancia; y ¿qué será esto? Sí; que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos, el bien se vuelve en mal, y el mal en peor.»

Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.





CAPITULO LXIX

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote

APEÁRONSE los de á caballo, y, junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que, á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte.

Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda, de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el

pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trujeron los presos, sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el Duque y la Duquesa, sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¡Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto, que estaba sobre el túmulo, era el de la hermosa Altisidora!

Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio; y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero, como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: «Áun bien que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan.» Mirábale tambien Don Quijote; y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un són sumiso y agradable de flautas, que, por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo viento guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso.

Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al parecer, cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al són de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

«En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

»Y áun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

—No más, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes; no más, cantor divino; que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite! pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.»

Apénas hubo dicho esto Mínos, juez compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto, dijo: «Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas, y con doce pellizcos y seis alfilerazos sus brazos y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora.»

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: «¡Voto á tal! así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion

desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hala de resucitar hacerme á mí veinticuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus.

—Morirás, dijo en alta voz Radamanto. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio; y sufre y calla, pues no te piden imposibles; y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis.»

Parecieron en esto (que por el patio venian) hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa.

No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: «Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego; que yo lo llevaré en paciencia, y serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo.»

Rompió tambien el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho: «Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.»

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.

«Ménos cortesía y ménos muda, señora dueña, dijo Sancho; que por Dios, que traeis las manos oliendo á vinagrillo.»

Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohino; y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: «¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!»

En esto Altisidora, que debia de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: «Viva es Altisidora, Altisidora vive.» Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba.

Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: «Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo, donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera.»

Á lo que respondió Sancho: «Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. ¡Bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes! No tienen más que hacer, sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda.»

Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: «Viva Altisidora, Altisidora viva.»

Levantáronse los Duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos, con Don Quijote y Sancho, fueron á recebir á Altisidora y á bajarla del túmulo, la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los reyes; y mirando de traves á Don Quijote, le dijo: «Dios te lo perdone,

desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, más de mil años; y á tí ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, que si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias.»

Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra; que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarian; que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á la que ellos ya se sabian [1].





CAPITULO LXX

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua; y viniérale más á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado.

Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apénas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: «¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, cuando por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos

mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.

—Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho; y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas.

—Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe.»

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco cuándo el Caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó, pues, al castillo del Duque, que le informó del camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole

asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, le dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la Duquesa, su mujer, habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase (que le venciese ó no), se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvia á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el cual tiempo podia ser, dijo el Bachiller, que sanase de su locura; que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote; y haciendo tomar los caminos (cerca y léjos del castillo, por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote) con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, y dieron aviso al Duque, el cual, ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia. Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos

desatados, les tomó el dia, y no la gana de levantarse; aunque las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á Don Quijote.

Altisidora, en la opinion de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna.

Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: «Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas: apretada, vencida y enamorada, pero con todo esto, sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi sentimiento, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno; que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

—La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara una por una, no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y

en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenian unas palas de fuego. Y lo que más me admiró fué, que les servian, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian.

—Eso no es maravilla, respondió Sancho; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

—Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entónces), y fué, que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez; y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: «Mirad qué libro es ese.»

»Y el diablo le respondió: «Esta es la *Segunda Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas.

»—Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno; no le vean más mis ojos.

»—¿Tan malo es? respondió el otro.

»—Tan malo, replicó el primero, que si, de propósito, yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara.»

»Prosiguieron su juego, peloteando otros libros; y yo, por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.

—Vision debió de ser verdadera sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo; y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando, como cuerpo fantástico, por las tinieblas del abismo, ni por

la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.»

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: «Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios, ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.»

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: «¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensais, por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejante camello habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

—Eso creo yo muy bien, dijo Sancho; que esto del morirse los enamorados es cosa de risa. Bien lo pueden ellos decir, pero ¡hacer! créalo Judas.»

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo: «Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.»

Don Quijote le respondió: «Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos.»

El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche ántes.

«Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque, ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?

—No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico; que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética.»

Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verlos, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora.

Él le respondió: «Señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágines de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer, y éste es mi consejo.

—Y el mio, añadió Sancho; pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas... más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo; pues miéntras estoy cavando, no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos.

—Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca; que la sabe hacer por extremo.

—No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio; pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y, con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver

delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar.»

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento.

«Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara.»

Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.





CAPITULO LXXI

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea

IBA el vencido y asendereado Don Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora; aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo un dia á su amo: «En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físico que, con matar al enfermo que cura, quiere ser pagado de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos

y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias; que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.

—Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios.»

Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo:

«Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.

—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos azotes; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren en la cuenta estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno (que no llevaré ménos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trecientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta

medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinticinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y ¡cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina; que porque la abrevies, te añado cien reales.

—¡Cuándo! replicó Sancho: esta noche sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto; que yo me abriré mis carnes.»

Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ánsia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado y que el dia se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan con el tiempo la cuenta de sus deseos.

Finalmente, se entraron entre unos lozanos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas.

Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo: «Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho: yo pienso

darme de manera, que sin matarme me duela; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.»

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes.

Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della; y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

«Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote; que yo doblo la parada del precio.

—Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes.» Pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma.

Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: «Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo; que no se ganó Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora; que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor, respondió Sancho. No se ha de decir por mí: «á dineros pagados, brazos quebrados.» Apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y áun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate; que yo me aparto.»

Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: «Aquí morirá Sanson y cuantos con él son.»

Acudió Don Quijote luego al són de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo:

«No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos. Espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora; y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas; que estoy sudando, y no querria resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro.»

Hízolo así Don Quijote; y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba.

Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que despues que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la robó á Melenao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas: ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata ó bergantin, se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos.

Viendo lo cual Don Quijote, dijo: «Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya. Encontrara á aquestos señores yo, y ni fuera

abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con sólo que matara á Páris, se excusaran tantas desgracias.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

—Tienes razon, Sancho, dijo Don Quijote; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: «Lo que saliere;» y si por ventura pintaba un gallo, escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor (ó escritor, que todo es uno), que sacó á luz la historia deste nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió á lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: *Dé donde diere*. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto.

—Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querria que fuese entre árboles; que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que, para que tomes fuerza, lo hemos de guardar para nuestra aldea; que, á lo más tarde, llegaremos allá despues de mañana.»

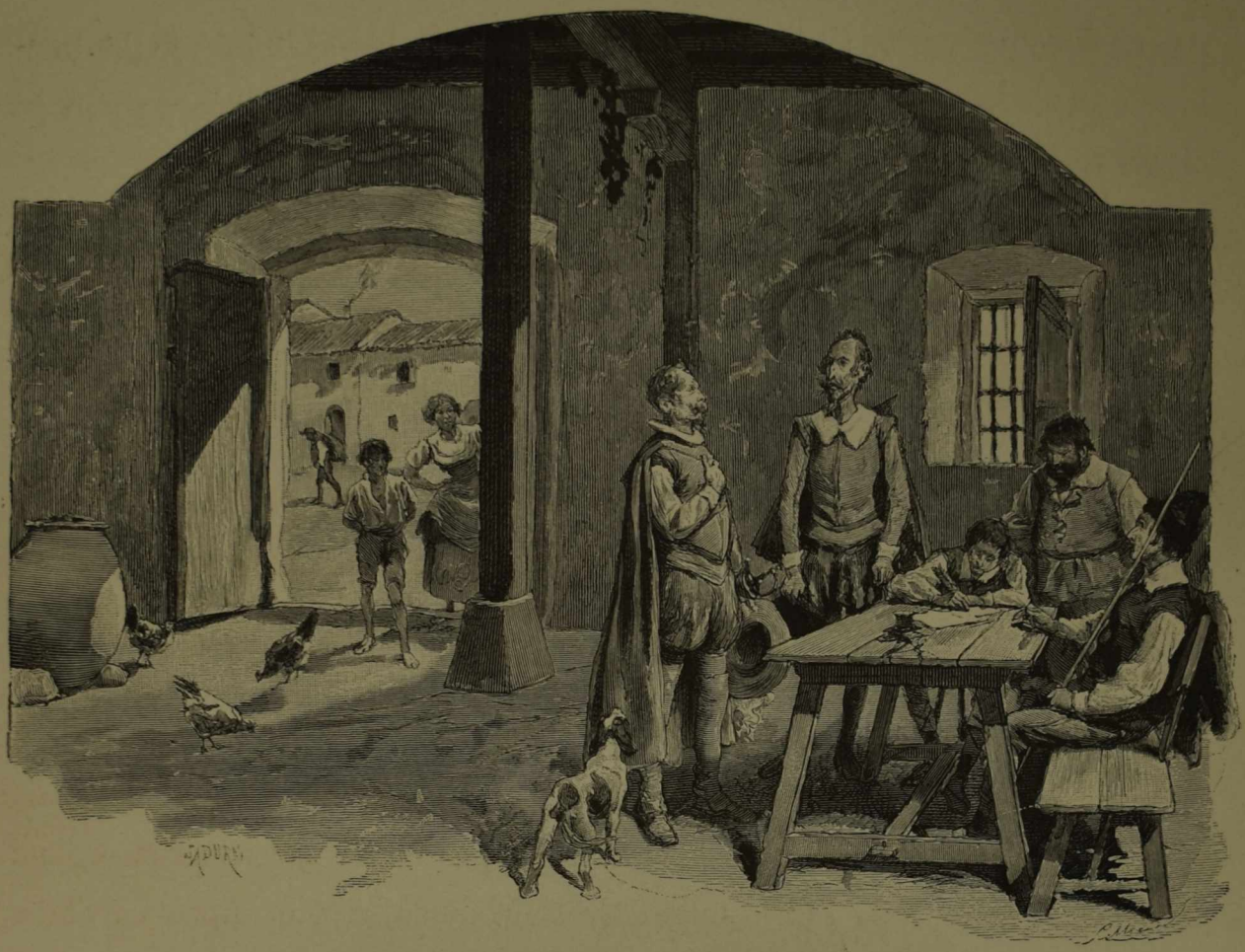
Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

«No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote; que

parece que te vuelves al *sicut erat:* habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es ésta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré, si pudiere;» y con esto, cesó por entónces su plática.





CAPITULO LXXII

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea

CASI todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo, con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: «Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.»

Oyendo esto Don Quijote, le dijo á Sancho: «Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda Parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser, respondió Sancho: dejémosle apear; que despues se lo preguntaremos.»

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de Don Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano; y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: «¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre?»

Y Don Quijote le respondió: «Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced ¿dónde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe,» respondió el huésped.

Á lo que replicó Don Quijote: «Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero; y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traia, respondió don Álvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir

gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan. Y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios, que lo creo, respondió don Álvaro; porque más gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas: más tenia de comilon que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mio.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo, para prueba de lo cual, quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes, por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se habia hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de largo á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los

llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda Parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Álvaro; puesto que cause admiracion ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y ¡pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno!

—No entiendo eso de azotes, dijo don Álvaro;» y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mismo camino.

Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos Don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia de que don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocia á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por* un tal *de Avellaneda, natural de Tordesillas.* Finalmente, el Alcalde proveyó jurídicamente; la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debia hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no

mostraran claro la diferencia de los dos Don Quijotes y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que habia de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á don Álvaro, el cual, abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas; que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo; y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea, su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: «Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien



DESCUBRIERON SU ALDEA, LA CUAL, VISTA DE SANCHO, SE HINCÓ DE RODILLAS

á tu hijo Don Quijote; que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate desas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.»

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron á su pueblo.





CAPITULO LXXIII

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia

A la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: «No te canses, Periquillo; que no la has de ver en todos los dias de tu vida.»

Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho: «¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, «no la has de ver en todos los dias de tu vida?»

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote: ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?»

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores,

la cual, temerosa, se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del Rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum;* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí[1]?»

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho «no la verás más en toda tu vida» que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida.

Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote, diciendo: «Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos (segun que yo imagino, aunque tonto) que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y áun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.»

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo Don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al Cura y al Bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el Rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la más nueva transformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo[2]. Fueron luego conocidos

los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente, y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento y acudieron á verle, y decian unos á otros: «Venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza más galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer dia.» Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del Cura y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al Ama y á la Sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni ménos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica, su hija, acudió á ver á su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: «¡Cómo venis así, marido mio! que me parece que venis á pié y despeado, y más traeis semejanza de desgobernado que de gobernador.

—Calla, Teresa, respondió Sancho; que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa; que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí; que como quiera que los hayais ganado, no habreis hecho usanza nueva en el mundo.»

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo; que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya, en poder de su Sobrina y de su Ama y en compañía del Cura y del Bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y Órden

de la andante caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros; que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores; y que les hacia saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde.

Díjole el Cura que los dijese.

Respondió Don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz; y el Bachiller, el pastor Carrascon; y el Cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero, porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva invencion y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio. «Y más, dijo Sanson Carrasco, que (como ya todo el mundo sabe) yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no se retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde, respondió Don Quijote; puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad, dijo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen.»

Á lo que añadió Sanson Carrasco: «Y cuando faltaren, darémosles los

nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarílis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucía, Lucinda; que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina.»

Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto, se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud y con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la Sobrina le dijo:

«¡Qué es esto, señor tio! Ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas? Pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas.»

Á lo que añadió el Ama:

«Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aire, la lluvia y los lodos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: áun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cuarenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima, si mal le fuere.

—Callad, hijas, les respondió Don Quijote; que yo sé bien lo que me

cumple. Llevadme al lecho; que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra.» Y las buenas hijas (que lo eran sin duda), Ama y Sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.





CAPITULO LXXIV

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles

procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que ¡mal año para cuantas Sanázaro habia compuesto! y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su Ama, su Sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, más de seis horas, tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se habia de quedar en el sueño.

Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.»

Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tio, y pareciéronle más concertadas que él solia decirlas, á lo ménos en aquella enfermedad, y preguntóle: «¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, respondió Don Quijote, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga aficion y continua leyenda, los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que

dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento.» Pero de este trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apénas los vió Don Quijote, cuando dijo: «Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puse con haberlas leido; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.»

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: «Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso? Y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déjense burlas aparte, y óiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.»

Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él



«A QUIEN EN MI LOCURA HICE MI ESCUDERO...»

y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas.

Acabóse la confesion, y salió el Cura, diciendo: «Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.»

Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de Ama y Sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hicieron reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato; y por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian.

Entró el escribano con los demas; y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: «Item, es mi voluntad que... de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene... que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y tomares... quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobraren algunos, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga. Y si como, estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece.» Y volviéndose á Sancho, le dijo: «Perdóname, amigo, la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin

que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más, que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

—Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano.

»Item, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi Ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido.

»Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes.

»Item, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

»Item, suplico á los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte

les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que, sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»

Cerró con esto el testamento; y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres dias, que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comia la Sobrina, brindaba el Ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto.

En fin, llegó el último de Don Quijote, despues de recebidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías.

Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu... quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de Don Quijote, y los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso éste:

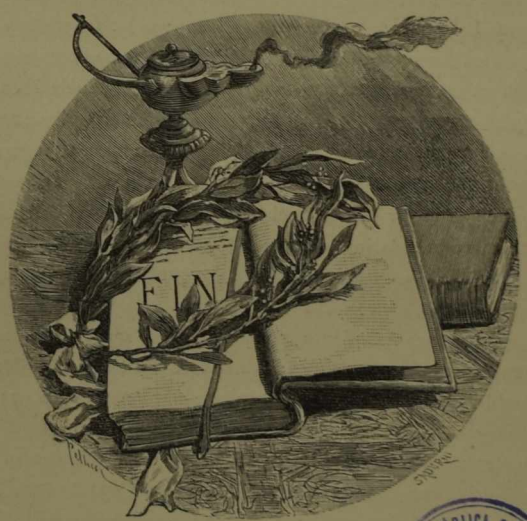
Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero ántes que á tí lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero; porque no es carga de sus hombros ni asúnto de su resfriado ingenio: á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera Parte y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en éstos

como en los extraños reinos; y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere.» Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna [1]. *Vale.*



BIBLIOTECA PÚBLICA PROVINCIAL
LA PLATA

NOTAS DEL SEGUNDO TOMO DEL QUIJOTE

DEDICATORIA.—1.—*De vuestra excelencia.*—Notables son todos los prólogos de Cervantes, pero no es ménos singular que haya escrito dos dedicatorias, que una por lo patética, y otra por lo jocosa, pueden pasar por acabados modelos. Es cierto que este ilustrado magnate favoreció á nuestro autor; pero rodeado de escritores celosos de su mérito, probable es que alguna vez se olvidaria de su patrocinado. En esta dedicatoria se ve el arte y delicadeza con que Cervantes se recuerda á su memoria, y el modo ingenioso con que claramente le pinta su situacion y lo acreedor que es por sus obras á mejor paga y correspondencia de los Mecenas españoles. Lo de la rectoría del colegio español en China, es una indirecta de las que llamamos del Padre Cobos.

PRÓLOGO.—1.—*La ocupacion continua y virtuosa.*—Envidia de Lope de Vega no podia tener Cervantes, sino más bien despecho de que el público y la corte le honrasen más valiendo ménos. A no ser que el encubierto autor creyese que Lope estaba fuera de la jurisdiccion de la crítica, cuando él mismo se habia censurado, no se ve qué persecucion revela contra el afortunado poeta la primera parte del QUIJOTE.

2.—*Más duros que las peñas.*—Este cuento tiene dos significaciones ó moralejas; por donde se echa de ver, que si una relacion tan breve y sencilla tiene dos sentidos, no es gran cosa que un poema de tan elaborado artificio como el QUIJOTE, tenga ó encierre más del que literalmente aparece. El alma y la gracia del cuento no es que el loco dejase de soltar la piedra pareciéndole todos los perros *podencos*, cosa muy natural, despues que habia sido molido á palos. La gracia y la verdadera médula consiste en la ocurrencia del bonetero dueño del perro, en dar por razon de su cólera y enojo que el tal perro fuese *podenco*, cual si la casta y no las costillas del animal fuese la cuestion en este caso. Se concibe perfectamente que le echase en cara su crueldad sin motivo, la nobleza del bruto, la injuria hecha indirectamente al dueño, lastimando lo que era propiedad suya y otras razones semejantes; ¡pero sólo el ser podenco! Esto equivale á suponer, que si en vez de podenco hubiese sido gozque ó alano, le habria dejado maltratar impunemente.

Este y sólo este es el sentido principal, mejor dicho, es el verdadero argumento del cuento, pues lo demás, es como una consecuencia de él. Y así considerado, se ve bien la intencion que lleva, dirigida á mostrar á sus contrarios, que si el canto ó la losa de su sátira cogia debajo á cierta clase de la sociedad, no habia razon para levantarse contra él, sin más razon que el *privilegio de casta*.

3.—*Favorecida.*—Este tema y las frecuentes reflexiones que á él consagra son como la tónica en las notas características de la filosofía moral de Cervantes. Ya vimos casi las mismas frases puestas en boca de Don Quijote y del cura y en otras novelas insiste con marcada predileccion sobre este punto, en el cual nadie dirá que el autor tenia que consultar ó copiar de nadie, sino hablar de su propia experiencia.

4.—*Discretas locuras.*—Esta frase es una de las que más deben llamar la atencion en el QUIJOTE, para dilucidar, ó por lo ménos, contribuir en gran manera á aclarar la cuestion del génesis de la figura ó tipo de Don Quijote en la mente de Cervantes. Varias razones he presentado yo en anteriores trabajos críticos referentes á época, carácter, valor, inclinaciones, sucesos, desventuras y paciencia en los trabajos que hacen moralmente idénticos á Cervantes y el héroe que nos retrata; pero al leer esta frase, no sólo parece que se confirman estas razones de semejanza, sino hasta justifican el pensar, que el verdadero modelo y original único que Cervantes tuvo áun en la parte material ó patológica de su hidalgo, pudiera haber sido el autor mismo. En efecto, no hay para qué ir á buscar en Argamasilla á un Rodrigo Pacheco que habia estado loco, porque en primer lugar no se dice que su locura fuera de esta especie que es lo principal en la cuestion, toda vez que el hecho simple de perder el juicio es cosa muy comun. Que el autor hiciese á Don Quijote natural de Argamasilla por humillar ó vengarse de los de este pueblo ó de Don Rodrigo, porque persiguieron á nuestro autor, es puro vagar por los aires. La frase «de cuyo nombre no quiero acordarme,» pierde mucho de su significado desde el punto en que he mostrado que es tomada de un libro de caballería; y, sobre todo, no es por cierto buen modo de venganza dar honor á Argamasilla como lo dice el autor, que habian de disputarse los pueblos la gloria de ser su patria; ni una figura moral como la de Don Quijote es para avergonzar sino enorgullecer á cualquier poblacion que hubiese sido cuna de tal hidalgo, ni finalmente cuadraria entónces el calificar formalmente de *discretas* las locuras que relata.

Miéntras más nos acerquemos y estudiemos la vida y las obras de Cervantes, más seguros estamos en toda clase de cuestiones de esta especie. Es tan perfecta la pintura de la monomanía, que, ó hay que suponer revelacion ó gracia particular del cielo, teoría de que no soy partidario; ó el estudio asíduo por largo tiempo de un individuo atacado de locura semejante, para lo cual no creo que Cervantes tuviera espacio ni comodidad, ni tiempo ni inclinacion, ó adoptar mi teoría que es, que tal fenómeno, en grado

ménos violento, se verificó en Cervantes mismo, y al hacerle argumento del poema, no tuvo que hacer más que exagerarlo. Hay, más que presunciones, datos, de que Cervantes, ya por hablar de sus proezas de Lepanto y temeridades en Argel, ya porque la profesion de la milicia fué su sueño dorado y las grandes é increibles hazañas el flaco de su noble ambicion y deseo, aunque no lo fuese realmente, fué tenido por loco entre sus amigos, y nada extraño seria, que el QUIJOTE, en gran parte, fuese la historia psicológica de una personalidad eminente como la de Cervantes. El llamar aquí *discretas* á las locuras que pinta, es una robusta prueba de que nuestro autor tuvo valor para ser su vivisector moral y dar á la posteridad tan brillante anatomía del cerebro humano enamorado de un fin noble. Por eso dice que Avellaneda al tratar de Don Quijote, *le maltrata*, y se opone á que nadie ose escribir de este asunto como cosa *propia suya*, oposicion muy natural, pues ya no un autor mediano, sino el más superior seria siempre inferior á Cervantes en este tema en que á sí mismo se estudiaba y se tomaba por modelo.

Más adelante habrá ocasiones de volver sobre este asunto que quedará completamente esclarecido con nuevas pruebas y documentos sacados del texto mismo del QUIJOTE.

CAPÍTULO PRIMERO.—1.—*Su mala ventura.*—Ocasion tenia Cervantes en su época de haber observado cómo la mayor parte de las alucinaciones provenian de falta de alimentacion conveniente. Los ayunos continuos que exigia la práctica de lo que se llamaba vida espiritual para alcanzar el cielo, fueron la máquina ó cámara oscura para el cerebro donde se reflejaban apariciones y visiones con un relieve tal, que los febriles pacientes las tomaban por realidades. Con la reforma religiosa en Inglaterra vino al fin á formarse una secta ó partido, que bien podria llamarse de la higiene de la religion, el cual es opuesto á la demacracion y debilidad del cuerpo, negando que Dios pueda gloriarse en tener hijos flacos y amarillos, y que racionalmente pensando, debe desear tener siervos rollizos y de buen color. Esta secta se denomina de la *Cristiandad muscular*, y uno de sus especiales caractéres es que los afiliados desconocen esa série de fenómenos ó vahidos bajo cuya accion menudeaban los éxtasis, arrobamientos y visitas recíprocas de los devotos á la corte celestial y de la Sagrada Familia á sus celdas ó dormitorios.

2.— *Y no digo más.*—Fuera de la belleza y de la discretísima manera con que se comienza esta segunda parte, de la propiedad y naturalidad con que se pintan los pasos y proceso de una monomanía y del arte maravilloso con que está planteada esta primera escena y diálogo, no puede ménos de verse algo en el carácter especial de la plática de Don Quijote, que tiende á recordar un hecho notabilísimo en la vida de Cervantes, y es el temor y peligro en que se vió el Rey de Argel Azanaga, de perder su reino por sólo el valor é industria del que llamaba *el estropeado español*. Entre burla y formalidad bien podia Cervantes aludir á una empresa verdaderamente increible, si no estuviese relatada por el historiador Haedo. Así, pues, cuando dice Don Quijote, que tal caballero español podia venir, que solo bastase á destruir la potestad del Gran Turco, no hace cambio alguno en el fondo de un hecho que estuvo para realizarse, con la diferencia única de ser un zuzerano del Sultan y no el mismo Gran Turco, y la corte Argel, en vez de ser Constantinopla. Por eso concluye diciendo Don Quijote: *Dios me entiende y no digo más.*

3.— *Yo me lo sé.*—Entre la estudiada mezcla de locura y discrecion que encierra esta respuesta al Barbero, bien puede distinguirse, que real y sinceramente se queja Cervantes por los labios de Don Quijote de la degeneracion de los caballeros de su tiempo, de la mengua del valor y las ocupaciones generosas y altas, así como de la afeminacion y pereza con que vivian en las cortes. En este pasaje se ve bien lo distantes que se han hallado de la verdad los que creyeron que Cervantes se mofaba del heroismo, la hidalguía y la poesía. La caballería es aquí un término de excelencia ó tipo puesto para graduar la decadencia bien visible ya entónces de la aristocracia española donde se debian encontrar, no en la forma ó exterioridad de la órden, sino en su espíritu los verdaderos caballeros andantes. Si Cervantes en la ficcion de Don Quijote resucitándola, quiso señalarse como ese tipo de esta manera indirecta, bien puede perdonársele esa vanagloria, porque en realidad su temple pugnaba con la ociosidad, el vicio y la cortesana vida de los nobles. Sabido es que Cárlos V y Felipe II tuvieron por principio de su política inutilizar á la nobleza, no confiándole cargos de importancia propios de esta clase ó jerarquía, por temor de ver en los nobles rivales suyos; sino preferir á advenedizos de cierta habilidad y trastienda, dejando que los aristócratas se pudriesen con los vicios de la holganza y la pereza. Esto explica el empleo de tantos oficiales, secretarios y embajadores sacados del estado llano y comun, que caracteriza especialmente el reinado de Felipe II. No veo la razon de no creer á Cervantes sincero cuando habla sinceramente, pues es fácil distinguir entre esa estudiada mezcla de discrecion y locura, sensatez y disparates, cuándo es y cuándo se hace el loco Don Quijote. Y áun en la misma mezcla de la locura, se deja ver su intento, pues nota entre los caballeros andantes todas esas calidades de corazon y de alma que echa de ménos en la caballería ó aristocracia de su tiempo, que es una manera de sátira no poco ingeniosa.

El Barbero lleva la intencion con su cuento de poner en ridículo lo que fué en Cervantes una manía, pero acaso y sin acaso la más provechosa, noble y excusable, á saber: su delirio por la perfeccion y la realizacion de los más bellos ideales, y bien se advierte que el dialogante rapista es entendido por Don Quijote, y que el buen hidalgo, dejando su papel de loco, le sabe encontrar y pararlo en su terreno.

4.— *Y bien criado.*—No podia faltar esta faz indispensable en la delineacion magistral del proceso interno de las monomanías. Este fenómeno de las alucinaciones está ampliamente ilustrado en nuestra historia sagrada y en su literatura. La fe tiene sus ojos especiales, que ni pertenecen á la esfera de los sentidos ni á la de la razon: ojos de tan larga vista que ven al través de las montañas y á la distancia de siglos. Despues de todo, y con toda su fe en la andante caballería, se muestra muy comedido y tímido Don Quijote en no asegurar y afirmar terminantemente que vió con sus propios ojos á Amadis, Orlando y Reinaldos, contentándose con la expresion de *estoy por decir*. Miles de escritores y autores aseguraron sin rodeos ni ambages haber visto lo que no existió ni pudo existir más que en sus imaginaciones calenturientas y creadoras, y sin embargo, eran creidos y tenidos por discretos, sabios

y santos y sólo al cabo de siglos se les califica de visionarios. Esto prueba que hay locuras de moda, ó al uso, ó generales, que no se advierten ni conocen hasta que pasa aquel estado patológico general del espíritu en una sociedad cualquiera. Claro es que si la inmensa mayoría está contaminada de una locura, los verdaderamente cuerdos son los socialmente locos, y los realmente locos, son los cuerdos ante la opinion.

Bajo el aspecto en que ya otras veces hemos considerado estas verdaderas bellezas orgánicas, no puede dejar de apreciarse lo mucho que vale este ingenioso pasaje para ir formando la idea de lo abstracto, universal y eterno del tipo más concreto, particular y representante de una época en una nacion determinada que jamás produjo el ingenio humano. La diccion empleada por Cervantes no induce á suponer que Amadis se apareciera á Don Quijote, sino que este más bien retrotrajo su existencia á la época de Amadis, espíritu que domina asimismo en otro pasaje de la primera parte en que dice que su abuela debió conocer á la dueña Quintañona.

Cuando se ve esta que parece irregularidad en la cronología de la accion y de las aserciones de Don Quijote, indudablemente hecha exprofeso, puesto que nada habria sido más fácil para el autor que llevar bien la cuenta de los dias en el un caso, y suprimir estos dislates en el otro, se nota lo inútil, por no decir pueril, del trabajo que muchos críticos se tomaron en hacer un plan cronológico de las entradas y salidas del hidalgo, hasta señalarnos que le rompieron las quijadas tal dia de tal año, y áun á veces hasta la hora. Nada más léjos de la intencion de Cervantes que este servilismo, puesto que su ánimo fué crear un tipo lo ménos determinado posible por espacio, tiempo, nacionalidad, creencias ni costumbres, y que se acercase á un tipo humano, universal y de todos tiempos; y tan es así, que ni la circunstancia de pasar las escenas en la Mancha le hace manchego, ni el haber nacido en España español; sino que todas las naciones le reconocen como cosa propia suya, y los incidentes y detalles indispensables de localidad y tiempo desaparecen para dejarnos la impresion de un carácter humano y una figura eterna.

Capítulo II.—1.— *Valian un ardite.*—Parece que debió escribirse *valdrian.* Este pasaje demuestra que era deliberado propósito en la mente de Cervantes pintar las locuras y flaquezas del materialismo al par que las del idealismo, ó en otros términos: que tanto se ponen de manifiesto en el Quijote los desvaríos de la especie humana apegada al interés como los que produce una grande abnegacion. Si bien se examina, apénas hay una aventura ó escena en que no estén contrabalanceados los fenómenos que en el amo engendra una idea sublime y una divina locura, con los producidos en el escudero por una incomprensible avaricia y una loca presuncion de poder llegar al goce de riquezas, gobierno, títulos y demás atractivos para un materialista. Y si esto es constante en el discurso del poema, ¿cómo puede decirse que Cervantes no pensó en pintar tal oposicion del espíritu y la materia?

Y ahora, con respecto al propósito de ridiculizar los libros de caballerías, puede preguntarse: ¿qué hicieron los inocentes escuderos de los andantes para ser ridiculizados en igual medida y grado que sus señores? Por citar un ejemplo, en el *Palmerin*, ni se nombra, ni habla, ni aparece, ni se sabe quiénes eran los escuderos, y en todo lo que sabemos de Gandalin, nada hay que merezca sátira ni burla.

2.—*De escucharlo.*—Por no llamar demasiado frecuentemente la atencion del lector, hemos dejado de observar muchos pasajes como el presente, en que el autor extiende el horizonte de la accion y el interés de la fábula. Es seguro que las dos buenas mujeres escucharian la plática de Don Quijote con Sancho, cediendo á su natural inclinacion curiosa, y que obedeciendo á la no ménos corriente en su sexo de no consentir secreto que les escarabajease en la conciencia, desembucharian todo lo que oyeron en el seno de sus vecinos.

3.—*No ménos mentecato.*—Otra nueva prueba del error en que están los que piensan que en el Quijote sólo se ridiculiza lo más noble, ideal y poético de la naturaleza humana. En este y en los subsiguientes diálogos, Don Quijote deja de ser el loco que el vulgo cree, y una fina ironía y sagacidad discretísima preside en todas sus palabras, como que casi en totalidad puede leerse esta parte del poema bajo la suposicion de que Don Quijote es el mismo Cervantes.

Capítulo III.—1.—*Dulcinea del Toboso.*—La introduccion del personaje Carrasco en esta segunda parte en donde tanta y tan importante tiene en el curso, desarrollo y término de la accion, exige que dediquemos algun mayor espacio que el acostumbrado en los cortos límites de estas notas. Si es cierto que el ejercicio hace maestro, y que los libros se escriben no con las canas sino con el entendimiento que suele mejorarse con los años, segun dice nuestro autor en el prólogo de esta segunda parte, bien podremos creer que, á su juicio, esta continuacion de las hazañas, ó mejor dicho, *discretas locuras de un hombre honrado*, era muy superior á la primera, pues además de haberse madurado y desarrollado extensamente el plan en su entendimiento, tenia la experiencia de la recepcion que habia merecido del público, y sabia con más certeza ó seguridad que en su primer ensayo, sobre qué puntos y en qué formas podia cargar la mano y proseguir adelante en su originalísimo y grandioso intento. Y, en efecto, en esta tercera salida del hidalgo á *volar la ribera*, se muestra Cervantes más osado en su artificio simbólico, visto que sus primeras tentativas le habian salido bien, y que los discretos sin duda le estimularian á seguir adelante en el empleo de su nunca vista máquina de sátira contra personas, instituciones y política del Estado y de la Iglesia.

Al publicar yo, en 1861, *La Estafeta de Urganda*, y en ella una muestra de comentario relativa á auto biografía de Cervantes, por ser el asunto que más podia comprenderse á primera vista en un breve opúsculo, se supuso equivocadamente por algunos, y así lo manifestaron repetidas veces en inútiles críticas en la prensa, que yo reducia el valor del Quijote, encontrando en las aventuras sólo negocios particulares ó asuntos personales de Cervantes con alguno ó algunos de sus enemigos. Creo que á estas horas se habrán convencido de su error, y que mi comentario ha elevado á Cervantes á más altura como genio y artista, y al Quijote á mayor grado de importancia por el fondo y grandeza de miras que contiene.

Que el Alonso Lopez de Alcobendas, introducido en la primera parte, es el Doctor Blanco de Paz, enemigo de Cervantes y causador original de muchas de sus desventuras, no tanto por su accion personal como por la representacion que asumia del Santo Oficio, llamándose Comisario de este tribunal, es cosa ya fuera de toda posible controversia. Pero este personaje siniestro era como un fantasma ó una figura muy secundaria en la primera parte del poema, y necesitando Cervantes, segun se ve en la segunda, un tipo de más participacion en la accion, representante de aquel diabólico sistema, á quien poder oponer contra las caballerías y dama Dulcinea de nuestro hidalgo, en vez de idear un personaje completamente abstracto y bautizado caprichosamente en el reino de su fantasía, escogió el mismo Blanco de Paz para hacer el papel del Bachiller Sanson Carrasco, en lo que conseguia: primero, contraponer en la parte auto-biográfica en que vemos á Cervantes transfigurado en Don Quijote, á su enemigo Blanco de Paz, transfigurado en Sanson: segundo, contraponer la órden religiosa á la órden de la caballería: tercero, mostrar en competencia á la intolerancia religiosa, que asumia el derecho de dirigir los pensamientos, conciencia y voluntad de los hombres, en ese gratuito curandero ó médico del espíritu de Don Quijote, que sale solapadamente á vencerle, cortarle los vuelos de sus aventuras y hacerle senta rel pié en su casa: cuarto, poder simbolizar en él otro caballero con otra dama de carácter y significacion totalmente contraria á Dulcinea, como veremos que es la cruda y asada señora Casildea.

Ahora bien, sin necesidad de que Sanson fuese un retrato ó reminiscencia de Blanco de Paz, podia conseguir Cervantes estos objetos que parece haberse propuesto; pero el hecho de que ese mismo personaje represente á un individuo que por creencias, temperamento, intolerancia, enemistad y persecuciones cortó tambien los vuelos, paralizó el brillante curso y fué como una pesada losa sobre la existencia de Cervantes, no disminuye en un ápice la importancia del fondo que envuelve el simbólico artificio. Al contrario; porque si la lucha entre ideales y creencias era general en la sociedad, claro es que un traslado ó trasunto de esta lucha se verificaba en cada uno de los miembros que la componian, y lo que tenia lugar colectivamente no era más que la suma de lo que particularmente ocurria á cada individuo. El arte de Cervantes consiste, pues, en haber adunado su causa propia con la causa común, y por más acentuada y clara que se vea la transparencia de Cervantes en Don Quijote y de Blanco de Paz en Carrasco, esto no quita que en el QUIJOTE se represente simbólicamente la lucha entre los fueros de la razon y la libertad contra la autoridad y la fe, que ya venia sosteniéndose abiertamente en otras naciones y secretamente en España en la mente de los hombres superiores.

Como este significado del simbolismo ha de aparecer en el curso de nuestro exámen, sólo trataré aquí de demostrar la identidad de este nuevo personaje con la persona de Blanco de Paz, y para mayor abundamiento pueden consultar los lectores *El Correo de Alquife*, donde largamente se trata de este asunto.

Se ha notado la parte activa que tienen el Cura y el Barbero en la accion de la novela, y no obstante, no hay descripcion alguna de sus fisonomías ni de sus edades. Ni el mismo Sancho, que es el segundo personaje de la historia, tiene descripcion personal. Excepto Maritornes por tipo de fealdad, y Ginés de Pasamonte, de bellaquería, sólo Don Quijote y Sanson Carrasco merecieron esta distincion, y el bachiller, si bien se mira, se halla más minuciosamente descrito que Quijano el Bueno. No tenemos razon alguna para no creer que este retrato de su persona y condicion sea el de la persona y condicion de Blanco de Paz, pues realmente para la parte que toma en la historia Sanson, poco nos importa á los lectores que tuviese color macilento, nariz chata y boca grande. Cervantes, que como artista es la discrecion suma y el modelo de sobriedad, no habia de ponerse á perder el tiempo en estos detalles innecesarios, si no llevase alguna idea especial en ello.

Puede hacérseme una sola objecion admisible y es, que esas señas las pone Cervantes por la razon que él mismo da, á saber: para denotar su condicion maliciosa é inclinacion natural á las burlas y donaires; pero ¿y la estatura? ¿y la edad? Más amigo de donaires que el Cura y el Barbero no es por cierto el bachiller, y á todos deja atrás el Duque, cuyos donaires y burlas causaron daños verdaderos en las personas de Don Quijote y Sancho, y con todo eso, carecemos de sus señas particulares.

Aun podria decirse que, aceptando mi teoría de que este personaje es el polo opuesto á Don Quijote, la descripcion física y moral no obedece á otra idea que á la de presentar el contraste hasta los últimos extremos. Así, por ejemplo, si Don Quijote es alto, Sanson no es muy grande de cuerpo: si el hidalgo es enjuto de rostro, el bachiller es cari-redondo; si de nariz aguileña el uno, el otro de nariz chata, y si Quijano por su condicion es grave y bondadoso, Sanson por la suya es malicioso y socarron.

Pero aceptando este modo de ver, tendríamos una repeticion ó superabundancia de caractéres, porque ¿quién más opuesto á Don Quijote que el mismo Sancho, espiritual y corporalmente? ¿Quién más socarron y malicioso que el escudero, por otra parte pequeño tambien de cuerpo, rechoncho y de abultados mofletes?

Aún hay más: ¿qué razon justifica esa poco lisonjera pintura del carácter moral de un hombre, cuyo único objeto aparente, segun el sentido literal del poema, es conferir un beneficio á Don Quijote? A cualquier mediano entendimiento se ocurre, que los personajes han de ser apropiados al papel que representan. El de Sanson en la historia de Don Quijote no puede ser más benévolo, simpático y cristiano. Es un hombre por cuya intervencion cesan las locuras de Don Quijote, fin vanamente esperado en todas las estratagemas puestas en juego por el cura. Es un personaje, que, por hacer tan gran bien á su vecino, se expone, como luégo veremos, á perder la vida: en suma, un prójimo lleno de caridad tan sin igual, que se desvive por la salud de Don Quijote, y en efecto, la consigue, por un medio tan ingenioso como expuesto. Entre todos los que se compadecen del hidalgo, ninguno hay más sinceramente caritativo que aquel que reduce á práctica sus sentimientos, y no sólo los reduce, sino que con gran trabajo y peligro de su persona consigue el fin propuesto. ¿Qué necesidad habia, pues, de rebajar, empañar y desprestigiar tan noble figura, pintándole socarron y malicioso, y sobre todo esto último, que por bien que quiera interpretarse, es demasiado fuerte y ofensivo? Lo único, si no hubiese una segunda historia velada por las aventuras quijotescas, seria decir, no que tenia buen entendimiento, sino

buen corazon, pues para el plan que el bachiller lleva á cabo se necesita corazon y sobra el entendimiento. Claro es, pues, que aquí se vislumbra una personalidad no enteramente ficticia, y que la sujecion á la verdad hace á Cervantes incurrir en estas contradicciones.

Y ¿quién era esta personalidad? Nosotros ignoramos las señas personales de su enemigo en Argel, pero sabemos de su filiacion moral, y que cuadra perfectamente el adjetivo de malicioso al Judas de los cautivos cristianos, perseguidor y envidioso declarado de las empresas *caballerescas* é increibles del manco de Lepanto, á juzgar por los testimonios de la llamada «Informacion de Argel.» Sabemos asimismo, por esta informacion, que el Doctor Blanco, religioso dominico, se llamaba Doctor y pretendia tener las órdenes mayores y ser Comisario del Santo Oficio, todo lo cual era pura suplantacion de estado.

Ahora bien; nótese que en la aventura de los clérigos que llevaban el cuerpo muerto, Alonso Lopez se da al principio el título de Licenciado que habia recibido las primeras órdenes, y luégo dice: «Aunque denantes dije que yo era *Licenciado*, no soy sino *bachiller*.» En la novela *El Licenciado Vidriera*, vuelve á presentarse otro Licenciado supuesto que no es más que bachiller, y la alusion al falsario doctor la lleva Cervantes hasta el punto de amenazarle con los padres Redentores de la Merced, que es sabido trataron de averiguar el estado y categoría verdaderos del supuesto Doctor. En el entremés *La Guarda Cuidadosa*, vuelve á aparecer Blanco de Paz, con la simple alteracion, pero clara alusion del nombre del bachiller *Pasillas*. En la novela de *El Coloquio de los Perros*, sale á la escena el Doctor Blanco, en el conjuro del titerero, sin olvidarse de que se firmaba Licenciado, no siendo sino bachiller, y tambien lleva el nombre de *Pasillas*.

Al ver, pues, otro bachiller en juego y con parte tan principal en la segunda del QUIJOTE, como que él es quien con falsas palabras é intencion torcida anima á Don Quijote á que salga nuevamente para vencerle despues y acabar con su ideal y sus ensueños: al leer, asimismo, que este bachiller, sin que nadie le pida cuenta, y á las primeras palabras que pronuncia, saca la divisa, permítase la frase, que distingue las personificaciones del Doctor Blanco en las obras de Cervantes, diciendo: «por el hábito de San Pedro que visto, *aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras*,» debe naturalmente llamarnos la atencion este tipo de bachiller tan marcado y conocido por sus pretensiones y áun por su malicia.

Veamos ahora si estas presunciones ó conjeturas tienen otro fundamento que no radique en la esfera de la interpretacion racional, sino que sea una prueba de hecho irrecusable. Cervantes ha significado anteriormente al malévolo enemigo suyo el Doctor Blanco de Paz en el anagrama envuelto en las palabras Lopez de Alcobendas. Aquí está su apellido completo, que es una razon incontrastable para que esto fuese casual. En otras ocasiones el segundo apellido *Paz* está convertido en Pasillas ó Pazillas. En el pasaje que nos ocupa se halla el apellido Blanco, distribuidas sus letras en igual proporcion en las tres palabras de Bachiller, Sanson, Carrasco. ¿Cómo es posible que sea coincidencia ó casualidad el hallarse embebidas las seis letras de *Blanco*, de dos en dos en esos tres títulos ó nombres? Para el fin á que viene este personaje en la historia del QUIJOTE, lo mismo importaba que fuese Licenciado, que fuese simple estudiante, hombre eclesiástico ó seglar. Como se llama Sanson Carrasco, podia llamarse de otra manera; mas cuando se reflexiona que el espíritu ó el fondo de la narracion concierta con las cualidades que conocemos del Doctor Blanco de Paz, y vemos despues el hecho singularísimo de que Bachiller, Sanson, Carrasco, embeben el nombre de Blanco, y no así como quiera, sino con una elaboracion que no puede ser hija del acaso por la proporcion y método en que el nombre va envuelto, es preciso cerrar los ojos para no admitir la evidencia de una interpretacion juiciosa del espíritu y un hecho innegable de la letra, que nos dice, por varios modos y señales, que en ese bachiller quiso representar á su enemigo en la vida real y al enemigo de las empresas de un hidalgo que las representa en la esfera de la ficcion y de la fábula. ¿Qué vale la objecion de que estos sean negocios particulares de un escritor y un fraile dominico? ¿De qué siven el genio y el arte si no son capaces de personificar las grandes luchas de una sociedad, de una época y de la humanidad entera, y tomarse por modelos para esa personificacion? Si la sociedad no se compone sino de individuos y la humanidad de hombres, ¿qué pierden los grandes problemas ó las grandes pasiones y los grandes vicios, porque se estudien en la vida de un genio, ni qué genio no es capaz de revestir de interés y dar carácter de universalidad á sus propios conflictos, batallas, empresas, amores, aventuras y desventuras?

Así es, que aunque encontremos á menudo la figura de Cervantes y reminiscencias de su vida y hechos en este admirable poema, en nada disminuye la importancia, universalidad y profundidad que caracterizan su argumento. Lo que esto probaria, y en efecto prueba, es que Cervantes individualmente *vivió más la vida humana*, tuvo más mezcla, intervencion y parte en los grandes sentimientos ideas, hechos y movimientos que abriga ó piensa ó realiza la sociedad, y que pintando á esta hace su pintura, ó retratándose retrata á la colectividad.

Presupuesto que el Bachiller Sanson es representante del dominico Blanco de Paz, y por ende, puesto que al buen entendedor con media palabra basta, que representa no una personalidad, sino toda una institucion con la que estaba ligado todo un sistema y una política, se comprende, se disfruta, se percibe la inimitable ironía y obra maestra de artificio que preside al diálogo que aquí comienza, y sin cuya clave los personajes principales como Don Quijote y Sancho, están siempre fuera de su centro, y el espíritu se pierde entre la seductora magia de la letra. Admiremos cuanto queramos estos grandes modelos del arte de un colosal genio; pero más crece nuestra admiracion cuando al par de la belleza de la forma gustamos de la belleza del fondo. Tenga presente el lector, que desde que se hinca el Bachiller ante Don Quijote comienza un diálogo entre el fraile dominico envidioso, y el valeroso y caballeresco Cervantes, y se verá que casi todo el contexto del capítulo viene tan apropiado en lo literal al bachiller y á Don Quijote como á Blanco de Paz y Cervantes, en el concepto de que al escribir el ingenioso hidalgo, quiso historiar sus discretas locuras y temerarias hazañas, poniéndose aparentemente en ridículo; pero salvando con exquisito arte su vanagloria de hombre

honrado y famoso, de ánimo esforzado y bondadoso corazon, por más que como historiador fiel tenga que narrar las desventuras, calumnias y golpes que sufrió de la envidia y de la fortuna. Mirado bajo este punto de vista, leyendo en este capítulo la interesante leyenda regleteada ó narrada inter-líneas, se ve el extremo de ingenio, de agudeza y de maestría á que llegó el arte de la ficcion poética en ese prodigio de la naturaleza que tiene por nombre Cervantes.

El ir marcando las alusiones y el tiroteo de dardos finísimos con que Don Quijote, en su dignidad, se defiende y anonada á su antiguo enemigo, requeriria más espacio del que ofrecen estas notas; y como esto corresponde más bien á la obra propiamente llamada «Comentarios filosóficos del QUIJOTE,» me limitaré á los pasajes notables por su relacion con otros asuntos y cuestiones.

2.—*Los sordos.*—Habrá notado el lector, que desde el principio de esta segunda parte, cuando Don Quijote y Sancho no están en *activo servicio caballeresco*, sino como si dijésemos, en vacaciones y viviendo como simples vecinos, hay una variacion considerable en sus caractéres. Las locuras de Don Quijote disminuyen naturalmente en su quietud y retiro, y las de Sancho aumentan en proporcion. Aunque el asunto de las pláticas es referente á la caballería, exceptuando el consejo que deseaba dar á Su Majestad el Rey sobre los movimientos del Gran Turco, Don Quijote se muestra asaz discreto, y tanto, que en medio de su posicion crítica como loco, puede decirse que lleva la ventaja en las discusiones. Sancho, por el contrario, de ignorante y boto y sin sal en la mollera como le vemos en su primera salida, se convierte en un hombre al parecer ilustrado, vivo de entendimiento y hasta ingenioso, epigramático y agudo en el extenso diapason de las materias y asuntos que en el aposento de Don Quijote se tratan, Pero lo más notable aún es que el fervor caballeresco sube en él á mayor grado de intensidad que en el mismo Don Quijote. Sabe, á costa de sus costillas lo que es andar á buscar aventuras, lo difícil de hallar ínsulas y subir á elevadas alturas como no sea por un manteamiento; dice al ama y á la sobrina que su señor le sacó de su casa con *engañifas* de promesas de una ínsula que nunca viene, y sin embargo, no se halla en su pueblo satisfecho, y no hace más que ir y venir á la casa de Don Quijote, creer más que nunca en la posibilidad de *toparse* con algun gobierno, y acelerar la ocasion de una nueva jornada por esos mundos.

Esto prueba que ni el hidalgo ni el escudero son caractéres en la significacion rigorosa de esta palabra, sino tipos, y por mejor decir, arque-tipos de las dos maneras de ser de la naturaleza humana, segun se inclina á seguir y cultivar la parte más noble, el espíritu, ó á obedecer y contentar la parte más inferior, la materia. Si Don Quijote fuera un carácter rigorosamente poético y espiritual, Cervantes no le habria pintado quejándose del dolor de la oreja, cenando con los cabreros apénas acababa de tener una comida, aunque pobre, del repuesto de Sancho, ni erizándosele el cabello á la vista de la procesion de los enlutados, ni durmiendo en la venta, miéntras los demás escuchaban la lectura de la novela, ni sintiendo hasta rabiar el lazo corredizo que á la muñeca le echó Maritornes, ni dejando al ventero indefenso miéntras dos huéspedes le aporreaban, ni haciendo, en fin, otra porcion de actos que no cuadran con un sér completamente extraño ó enajenado de la materia y sus flaquezas y necesidades. A lo ménos, pudiera haberlas resistido más en algunos casos y vencerlas en otros como en los del dolor físico, cual se nos pinta en muchos anacoretas dedicados enteramente á la vida del alma.

Por otra parte, Sancho tampoco representa rigorosamente un carácter en el sentido opuesto de servidor ó esclavo de la materia, pues á más de sus calidades buenas, tiene con frecuencia arranques de abnegacion y es capaz de despreciar no sólo una ínsula, sino todos los reinos del mundo, y en el encuentro con Andrés, él es el único que se desprende de lo que tanta falta podia hacerle, añadiendo Cervantes, que se fué el muchacho, viendo *que nadie le daba otra cosa.*

Verdaderamente que si fuesen caractéres rigorosamente pintados, la historia seria tan monótona como lo es la segunda parte del QUIJOTE, escrita por Avellaneda, en que el pensamiento y los actos de amo y mozo están encaminados como por una vía férrea, sin atajos ni sendas laterales. Esto se puede hacer en el teatro cuando se elige un argumento solo, y se expone, desarrolla y concluye en breve tiempo y con una sola mira; pero en un poema como el QUIJOTE, la direccion constante de las dos figuras principales á un fin único, exclusivo y determinado en tanta variedad de materias, asuntos, escenas, posiciones y situaciones seria el colmo del cansancio y la monotonía. ¿Qué pintaria el autor, despues de todo? Sólo una figura colectiva. Retrataria á un individuo con cierta monomanía en Don Quijote, y á otro con cierta aberracion en Sancho; pero no nos daria la perspectiva completa de las dos maneras de ser de la humanidad en sus respectivas direcciones hácia el espiritualismo ó hácia el materialismo, dos hemisferios en el mundo moral, que, aunque opuestos y diversos, no tienen límites ó barreras intraspasables, porque nuestra condicion está reñida con lo absoluto, y lo que en la vida de la humanidad se ve, es como en el reino material, que no hay saltos ni soluciones de continuidad, sino gradacion y mezcla, y los extremos del espiritualismo por una parte llegan á un completo olvido y sacrificio de la materia y por otro entran, se compenetran y confunden con los del materialismo y vice-versa.

Así se nota aquí en Don Quijote, que cual si fuese un malhechor llama á Sancho temiendo que en su conversacion con el ama tocase en puntos «que no le estarian bien á su crédito,» lo cual prueba que tiene una gran dósis de sentido comun y que es una especie de fiscal ó censor frio y desapasionado de su propia conducta y acciones, y por otro lado vemos á Sancho loco de contento por verse en letras de molde, y que hablan de él en un libro y que cobrará fama por el mundo y en la posteridad, como si esta fama fuese de algun valor para un verdadero Panza ó materialista.

En el curso de esta segunda parte tendremos frecuentes motivos de notar estas incursiones y compenetraciones de amo y mozo en sus respectivas esferas de locura y sentido comun, de materialismo y espiritualismo, principalmente en Sancho, que de una madera tosca y una tela basta cual aparece al principio, va puliéndose é ilustrándose al contacto con su señor. No ha faltado quien haya pretendido aplicar á la política moderna y á la democracia en especial, lo que pasa entre Don Quijote y Sancho en lo

respectivo á sacarle de su categoría, retiro y azada prometiéndole ínsulas y gobiernos. Los absolutistas y neo católicos suelen comparar á los reformadores y republicanos ó demagogos que seducen al pueblo con mil promesas de bienestar, derechos y riquezas, con Don Quijote sonsacando á Sancho con engañifas ó promesas de cosas imposibles. En este caso no se dirá que soy yo el que bajo mi punto de vista liberal y desde la época y con las ideas de los tiempos que atravesamos pretendo juzgar á un autor que escribió hace cerca de trescientos años. Conste esta declaracion que es importantísima en la cuestion del comentario filosófico. Pero la verdad es, que en libros, en conversaciones, y con especialidad en los periódicos, estamos oyendo á cada paso comparar á los tribunos del pueblo, llámense socialistas, comunistas, republicanos ó anarquistas, con el hidalgo Manchego y al inocente pueblo con el crédulo Sancho. Como á Sancho se le dice á las masas que cambiarán de suerte, que tendrán participacion en la riqueza, en una palabra, *que serán gobierno*. Y esto se dice en mala parte, ó lo que es lo mismo, en tono de zumba y comparando la mala ventura de Sancho en su ínsula con las desventuras y palos que recibe el pueblo imbuido en ser gobernador.

La semejanza entre la conducta de Don Quijote y la de los que llaman revolucionarios, y la suerte que cupo á Sancho por escuchar sus quimeras con la de los pueblos es tanta y tan completa, que si hoy quisiera escribirse una novela ó poema con este argumento, no podria decir ningun autor más de lo que ha dicho Cervantes, y en efecto, muchos lo han intentado y sus tentativas han quedado muy por bajo del QUIJOTE en este aspecto. Pero aunque veo esa semejanza, no estoy conforme con la consocuencia errónea que sacan de ella, si es que pretenden ser esta pintura una sátira ó burla de los agitadores ó reformadores políticos y de la candidez ó credulidad del ignorante pueblo. Realmente, si hay error en las premisas, y esto es incuestionable, porque no se habia interpretado el espíritu del QUIJOTE con arreglo á una sana y discreta crítica, la consecuencia que se saca en lo tocante á esta cuestion, tiene que participar de los errores que hemos visto en todas las demás cuestiones. Cuando el hidalgo dice, por ejemplo, «miéntras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está agora,» expresa una opinion que la estamos oyendo repetir en todas las naciones y especialmente en España por hombres que se consideran sabios, graves y sesudos, que quieren de buena fe la emancipacion del pueblo y que se gobierne por sí mismo; pero tienen al propio tiempo cierto temor de que aún el pueblo *no está preparado* (frase sacramental) para la república.

En cambio, dice Sancho, «la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen.» Esta respuesta, *mutatis mutandis*, es la que por otro lado oimos á personas igualmente graves, sábias y discretas, y no sé yo porqué haya de suponerse que esto esté dicho en son de sátira ni de burlas.

Pero de este asunto hemos de tener nuevas ocasiones de volver á hablar, concluyendo con decir por ahora, que en esta prodigiosa pre-vision de lo futuro es en lo que yo concedo la inconsciencia del genio.

3.—*Berzas con repollos.*—El texto comun dice «berzas con capachos.» El Sr. Hartzenbusch corrigió introduciendo la palabra *repollos* con no tanta fortuna como su segunda correccion en las notas, que hace el cambio en la palabra *berzas*, sustituyéndola con *seras*. Mezclar «seras con capachos» es lo que probablemente diria el manuscrito, aunque tal como está el texto antiguo, no me hace sospechar errata alguna de imprenta. En efecto, seras con capachos y berzas con repollos se pueden confundir (que este es el sentido del verbo mezclar) por cualquiera persona; pero berzas con capachos no, y en esto consiste, á mi parecer, la gracia, y en esto está el toque de la intencion de Sancho, en decir que el autor era tan ignorante que habia confundido lo que no admite confusion. Despues de decir Sanson que la novela *El Curioso impertinente* no tiene que ver nada con la historia de Don Quijote, y remachar éste el clavo á continuacion, diciendo que su autor ha escrito á tiento y sin discurso, fuera una frialdad la interposicion de Sancho poniendo un ejemplo de cosas que fácilmente pueden confundirse.

4.—*Allí va Rocinante.*—Uno de los méritos de este incomparable capítulo y que tambien caracteriza al siguiente, es la atmósfera ó sub corriente de ironía finísima, diplomacia y socarronería que reina en los tres dialogantes, y en cuyo choque y á pesar de lo bachillerado del Bachiller, Don Quijote y Sancho le ganan por la mano con su aparente sencillez y sinceridad. Dadas las circunstancias y la leyenda interlineada que se indicó en la nota ante penúltima, estos dos capítulos muestran la prodigiosa habilidad de Cervantes en el manejo de estos cuadros de dos perspectivas, y de ese estilo que no tiene otro nombre sino el colmo de la socarronería. El mismo, en *El Viaje del Parnaso*, dice hablando de sí:

« *Yo socarron*, yo poeton ya viejo. »

Y en efecto, ¿qué no podia esperarse de un hombre, que sobre ser artista y poeta hasta la médula de los huesos, habia sido hombre de mundo y experiencia, soldado desde jóven, y peregrino así en jornadas como desventuras? Hay tantas fases en este diálogo, tantas indirectas, tanto finísimo epigrama, tanta esgrima de sutileza, por decirlo así, que lo que en el sentido literal parece indiferente, es un dardo á veces envenenado en el sentido alegórico. Por ejemplo, despues de la primera pregunta que hace Don Quijote á Sanson, en que inquiere si fué *moro* y sabio el autor de su historia, que indudablemente es una indirecta á que una historia de hazañas increibles y valerosas de Cervantes, no podia ser sino escrita por un moro, porque tuvieron lugar en tierra de Argel, dice estas palabras claramente encaminadas como cuchillo agudo contra el doctor Blanco: «Una de las cosas que más debe de dar contento á un hombre *virtuoso y eminente*, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes.» Que esto cuadra con Don Quijote, como personaje ficticio, no hay duda en ello; pero la habilidad de Cervantes consiste en que sabe aplicarlo á su personalidad propia, y de una manera *ingeniosa* (por eso puso el título de *Ingenioso Hidalgo)* se refiere á sus propios hechos. Nótese que, en este pasaje, Don Quijote no está haciendo de veras ni histriónicamente el papel de loco, ántes al contrario, de muy cuerdo; pues se resiste á creer que haya historia suya impresa ya, cuando como loco debió creerlo al momento, y darlo por muy natural en las cosas sobrenaturales de los andantes caballeros.

Y cuenta, que al interpretar yo así este y otros pasajes, en que se ve la hipostasis de Cervantes en el hidalgo, no sólo tengo en mi favor la evidencia interna que puede sacar la verdadera é ilustrada crítica, sino la confirmacion que dan algunos de sus contemporáneos, y especialmente el Doctor Suarez de Figueroa, que terminantemente censuró á nuestro autor, por haber querido llenar el mundo con la historia de sus aventuras personales, disfrazadas bajo las del hidalgo manchego, y esto debieron saber Avellaneda, y el mismo Lope de Vega, cuando decian que les *enfadaba el* Quijote, y seguramente no seria porque Cervantes se propusiese el caritativo fin de acabar con una literatura perniciosa, porque esto no puede enfadar á nadie y ménos á personas ilustradas.

Y el golpe contundente viene en este mismo párrafo, á seguida contra su enemigo Blanco de Paz al decir: «dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.» ¿No se trasluce aquí la alusion al concepto y crédito de traidor que ganó el fraile dominico por la delacion que hizo de los cautivos españoles, y el mal nombre que adquirió entre todos los caballeros por su conducta en general? Pues bien, los que sabian esto, no podian tolerar esta ingeniosa revancha con que Cervantes sacaba al pilori al causador de las más de sus desventuras. En efecto, no eran tan ciegos que dejasen de ver por tela de cedazo y el cedazo casi se quiebra aquí de puro sutil y delgado. Ya en el prólogo, le habia soltado otro terrible disparo con el dístico:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y ¿qué se ve en la respuesta de Sanson? Le hace confesar lo que cuadra á Cervantes quizás más que á Don Quijote, cuando dice: «El moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo *la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas.*» Ahora bien, estas palabras están en la pluma de Cervantes siempre que habló directa y desembozadamente de sí mismo, y todos sus biógrafos las han repetido, como si fueran una divisa especial, como si fueran el resúmen, la síntesis de su carácter y de su vida.

Siendo esto así, como lo es, apénas se comprende que el juicio de los críticos se torciese, hasta el punto de llegar á creer que Cervantes ridiculizó el valor, la gallardía, la hidalguía y todas las nobles prendas del alma. Pero era natural el venir á conclusiones tan descabelladas partiendo de tan falsas premisas, como las de creer que el Quijote, que es la apoteósis, era una sátira contra la caballería. Por ventura, la cuestion tan debatida sobre la palabra honrada de Cervantes, que invocaron y aún invocan ciertos críticos, se resuelve en este diálogo que estamos examinando, por supuesto con el arte, la *ingeniosidad*, y áun añadiré, la socarronería que dominan en este y en el siguiente capítulo.

Comienza por decir Sanson, que una de las tachas puestas por el vulgo á la historia, es que introduce una novela que no tiene que ver con la de Don Quijote. Ya hicimos notar en su lugar correspondiente, la relacion que el argumento del *Curioso* tiene con una de las fases más importantes del gran argumento del poema, y claro es que Cervantes hace mérito de esta objecion, sin dársele un ardite, seguro como estaria de su poca pertinencia y fundamento. Pero esto le sirve para una interrupcion chistosa de Sancho y para que venga Don Quijote á llamar al historiador *ignorante hablador*, y á compararle nada ménos que al pintor Orbaneja, que necesitaba poner con letras gordas en sus cuadros cuál era el asunto que habia querido pintar, pues de otra suerte seria imposible conocerlo.

Y bien, ¿hay gentes tan cándidas que crean que Cervantes habla aquí séria y formalmente? ¿Cómo es posible que el historiador se califique á sí mismo de hablador, ignorante y hombre sin discurso alguno? ¿No es este pasaje eminentemente irónico? Claro es que el autor sentia lo contrario y juzgaba lo opuesto de su obra. Si un crítico no es capaz de distinguir cuándo un autor habla en su obra en serio, cuándo en burla, cuándo formal y cuándo irónica ó socarronamente, y mucho más siendo este autor Cervantes, y esta obra el Quijote, seguramente que usurpa ese título é invade una esfera que no le pertenece.

Al citarse aquí al mal pintor Orbaneja que ponia «Este es gallo» al pié de una pintura pecadora de este animal, alude ingeniosamente á sus declaraciones repetidas de que el Quijote *no era más* que una sátira contra los libros de caballerías, y en efecto, si sólo se quiere ver el sentido literal del poema, Cervantes es el Orbaneja de la pluma, mejorado en tercio y quinto; pues no sólo equivale esa declaracion á los rótulos de este mal artista, sino que Orbaneja se contentaba con poner uno, miéntras que Cervantes lo pone cuatro veces. ¡Tan mal hecha está la sátira que no se conociese como él no pusiese una cuádruple inscripcion!

Veamos ahora el otro lado de la medalla, ó cómo podria Cervantes decir y anotar claramente, que su obra no podia entenderse sin un comentario. Seguro que todos los ingenios del orbe juntos no podrian imaginar un artificio más apropiado y feliz que el escogido por Cervantes: esto es, preparar hábilmente el terreno, echando por tierra al historiador, para que pasase la frase sin peligro de llamar la peligrosa curiosidad del vulgo indiscreto, que, puesto en autos de una manera clara y desembozada, habria empezado á buscar lo que no convenia á Cervantes que encontrase ó temia que no habia de dar en el blanco verdadero. Puede pasar, por ejemplo, que Vicente Espinel, en el prólogo de su *Escudero Marcos de Obregon*, diga paladinamente, que habla en sus páginas de una cosa para que se entienda otra, y que hay debajo de cada línea otro cuento del que se lee, pues ni el público hizo caso de esto ni aunque lo hiciera sacara gran cosa de sustancia de su novela; pero no era esta la posicion de Cervantes ni puede compararse la índole ni las miras del *Escudero* con la obra del *Ingenioso Hidalgo*.

Este notable pasaje, donde no podia ménos de abordarse la cuestion del sentido simbólico, nos ofrece otra prueba más convincente y clara en la respuesta de Sanson, por el procedimiento que llaman los retóricos *reductio ad absurdum*, y el empleo á toda fuerza de vapor del estilo irónico. Tenemos, en efecto, que la claridad de la historia viene á reducirse á que los lectores, apénas han visto un rocin flaco, dicen: «Allí va Rocinante.»

5.—*Plática pasada.*—Este final de capítulo es un raro modelo de diccion rápida y veloz movimiento en la accion, que viene perfectamente despues de la pausa de una plática. Parece un episodio en cinco renglones, por el tacto de indicar que en la mesa se trató de caballerías, y de que le siguió el humor Carrasco.

Capítulo IV.—1.—*Andantes caballeros.*—Cada vez va tomando Sancho más parte, mano é importancia en el artificio del Quijote, ó lo que es lo mismo, cada vez aparece más artificialmente loco, que son dos papeles para los cuales se necesita suma discrecion. Este razonamiento del escudero tiene sus escapatorias, incursiones é indirectas al sentido encubierto de la historia, y una de las más notables es, que se anteponga á Don Quijote en desear una nueva salida en busca de aventuras.

2.—*Caballeros aragoneses.*—Estos capítulos debieron ser escritos no mucho tiempo despues de la publicacion de la primera parte, si hemos de juzgar no sólo por la invencion y variedad que presenta y lo acabado de su ejecucion, sino porque el mismo autor nos dice que las grandes obras se escriben despacio ó usando su expresion, con piés de plomo. Con todo eso, parece que al hablar aquí de la probabilidad de que saliese segunda parte, y del consejo de Sanson de que fuese Don Quijote á Zaragoza á vencer á los caballeros aragoneses, habia llegado ya á oídos de Cervantes, que alguno de sus adversarios intentaba continuar la historia del valeroso Manchego.

3.—*Dulcinea del Toboso.*—Es raro que salga el hidalgo por este registro en una plática con este bachiller. En el sentido literal no llama la atencion, aunque, apurándolo bien, parece que Don Quijote no tenia necesidad de que nadie, y ménos este trástulo, compusiese versos á su dama, pues él lo sabia hacer cuando le venia á cuento. Pero cuando se examina el pasaje en el sentido del espíritu, resulta un humor cómico irresistible en la ocurrencia de Don Quijote al pedir que alabe á Dulcinea, símbolo de la razon y la libertad, nada ménos que un comisario del Santo Oficio, que más adelante escoge por dama al polo opuesto de Dulcinea; que es Casildea de Vandalia, segun veremos en su lugar correspondiente. Esa seriedad y formalidad, sinceridad y sencillez con que habla aquí Don Quijote al bachiller Sanson, encantan cuando sólo se mira la superficie; pero cuando se vislumbra la segunda intencion, á ese encanto se añade un nuevo goce, que es la admiracion hácia la inventiva y arte de Cervantes, y aun añadiré, travesura cómica que rebosaba en su ingenio para decir todo cuanto se le antojaba y atropellar por todas las dificultades é inconvenientes. En efecto, travesura y fuerza cómica es venirse Don Quijote con esa inocente súplica á Carrasco, enemigo mortal del ideal del caballero, que es lo mismo que pedir á un neo-católico, por ejemplo, que si es poeta, haga versos en alabanza de Voltaire, Hegel ó Renan. Cervantes está reconocido universalmente por el escritor más ingenuamente cómico que haya existido en nacion alguna, y esto á pesar de que infinitos ejemplos de la riqueza de esta su vena humorística eran desconocidos por no haberse acertado con el verdadero sentido de su libro, y la prueba de que el verdadero es el que sirve de base á nuestra interpretacion, es que descubre numerosas bellezas ántes ocultas y da realce y valor á infinidad de pasajes, pensamientos y expresiones que ántes no lo tenian en tanto grado.

Capítulo V.—1.—*Mi necesidad.*—Aquí no habla Sancho sinceramente, y es preciso convenir en que Cervantes va agregando nuevas fases á la figura del escudero para que represente lo que se ha dicho en las pasadas notas, á saber, el tipo de la humanidad, tal como en varias épocas de la historia se nos ofrece y comenzaba á ofrecerse ya en tiempos de Cervantes, inclinándose más á los negocios de la vida en este planeta sublunar, que á los negocios de la vida eterna en el otro mundo. Sancho, con su primera salida, sale en efecto de su esfera de labriego y abre los ojos á otra vida y se mueve en otra atmósfera superior que tiende á su mejora espiritual y material. En lo de la espiritual ya se ha visto en su manera de expresarse y de razonar, hasta el punto que el mismo autor temiendo haber ido demasiado adelante, hace salvedades como la que va al principio de este capítulo. La misma Teresa Panza le dice que desde que es miembro de caballero andante habla de tan rodeada manera que no hay quien le entienda. Don Quijote sacando á Sancho de esclavo del terruño y educándole en su peregrinacion, representa fielmente la transformacion de las clases bajas y populares y su paso á una esfera más elevada é ilustrada con el conocimiento de las cosas, y del derecho especialmente, que tanta parte tiene en la caballería y en las empresas de Don Quijote. Lo que ha sucedido y vemos en la sociedad actual no es efecto sino de que muchos escritores y bienhechores han hecho con el pueblo, en general, lo que Don Quijote con Sancho, sacarlo de la condicion abyecta, miserable é ignorante en que estaba sumido, ilustrarle, y despertar en él nuevos deseos, ambiciones y estímulos.

A las masas, en otro tiempo esclavas é ignorantes, se les ha puesto en frente su derecho á la emancipacion, instruccion y gobierno propio, su derecho á tomar parte y á igualarse por el hecho de ser hombre con los más favorecidos por la naturaleza y la fortuna. Los contrarios á la educacion universal, y por lo tanto al progreso, califican de un gran mal este movimiento revolucionario que desde el Renacimiento puede decirse que comienza en Europa; mas el hecho es que el curso de esta revolucion apénas ha tenido interrupciones y el pueblo, como Sancho, llegó á su prometida Insula Barataria.

2.—*Me caeria muerto.*—La engañifa del gobierno se va mirando cada dia por Sancho como una verdad y un hecho práctico y positivo. Al principio, en la batalla del Vizcaino, casi puede conjeturarse que no sabia Sancho ni lo que era una ínsula. Ahora lo conoce y dice que se ha tomado el pulso y se halla capaz de gobernar, no ya una ínsula sino un reino. La Insula es, pues, para el escudero lo que Dulcinea para el caballero, porque ínsula significa para Sancho el bienestar físico y el bienestar moral al propio tiempo, puesto que sabe que no se la dará Don Quijote, si no está bastantemente educado é ilustrado acerca de lo que son deberes y derechos.

Queda por dilucidar si al hacer esta pintura Cervantes, estuvo en su ánimo retratar lo que empezaba á verificarse en la condicion de los pueblos, y si la hizo con intento de ridiculizar esta emancipacion y tendencia hácia el régimen democrático.

Acerca de lo primero, soy de opinion que si bien no en el grado y con el desarrollo que hemos presenciado en los fines del pasado y curso del presente siglo, para la mirada perspicaz de un genio, y de un genio como Cervantes, de varia é inmensa lectura, habia ya en su tiempo signos visibles de esa tendencia, por lo ménos en la esfera intelectual. Hombres privilegiados, como Campanella, Bacon, Harrington y Tomás Moro, componian repúblicas imaginarias, modelaban planes nuevos de organizacion social, dando á entender de una manera indirecta que la existente estaba llena de defectos, injusticias é iniquidades, y todas convenian en un punto, el de mejorar y elevar la condicion de los pueblos. La regeneracion de las clases inferiores pobres é ignorantes fué el sueño de las almas generosas y los entendimientos ilustrados, y no hay razon para negar á Cervantes estas cualidades que en otros reconocemos, mucho más cuando cabalmente este era, en fuerza de gran virtud, su gran flaco.

De todos modos, partiendo de lo que entónces se veia y podia conocerse de este incipiente movimiento, el paso dado y puesto en accion por Cervantes en el QUIJOTE es tan colosal y gigantesco, que, como dije ántes, ningun escritor de nuestra época ha representado la historia de la educacion, de la emancipacion y de las aventuras de los pueblos en pos de su autonomía como se representa en Don Quijote sacando á Sancho del manejo de la azada á la silla de gobernador. Aquí es preciso confesar que interviene lo que se llama revelacion natural, inspiracion, inconsciencia, don profético, *quid divinum*, lo que quiera llamarse á esa vista larga y á ese conocimiento elevado que calificamos con el nombre de genio. Pero esto es admirable sólo en el terreno de las ideas y no en el terreno del arte. Y, en efecto, aquí estamos tratando de Cervantes, no como poeta, no como creador de belleza, sino como filósofo, reformador, político, socialista ó como quiera apellidarse á esa ciencia que trata de la vida colectiva de los hombres y destino ó porvenir de los pueblos.

Con referencia á si hizo esta pintura con objeto de ridiculizar el hecho y las tendencias indicadas, paréceme que la cuestion se resuelve fácilmente. Los personajes en la historia ficticia, como los absolutistas en la historia real humana, se rien de la credulidad de Sancho y de la locura de Don Quijote, de este por prometer y del otro por creer posible el gobierno de una ínsula; pero la verdad es que en la historia ficticia el buen Sancho llega á ser gobernador ficticio y en la historia verdadera el pueblo llega á ser rey verdadero. Don Quijote habla formal y sériamente como hablaron los que injustamente fueron llamados aduladores del pueblo: tiene fe en que Sancho es capaz é idóneo para gobernar, y Sancho en medio de su asombro llega á tener fe asimismo en su capacidad. Dirán algunos que el intento de Cervantes era ridiculizar esta presuncion loca de los pueblos, cuando nos pinta un descalabro y caida como la que terminó el gobierno de Sancho; pero á esto puede responderse que más caidas y descalabros han sufrido los pueblos y al fin lograron asentarse firmes en su Barataria. Pero de esto hemos de tratar en la ocasion oportuna.

3.—*No os olvideis de mí.*—Pincelada magistral entre las muchas que abundan en este capítulo, uno de los más profundos en materia de conocimiento de la naturaleza humana.

4.—*Fortuna está segura.*—Puede asegurarse que desde principios del siglo XVII hasta nuestros dias, y especialmente en la época moderna, se ha glosado este capítulo de manera que podria llenarse una biblioteca con las glosas; y digo esto no porque Cervantes sea el inventor de la situacion en que se hallan colocados Sancho y su mujer, que probablemente ha existido desde que la sociedad existe, sino porque nuestro autor supo pintarla y agotar la materia tan magistralmente, que todo lo que despues se ha dicho no puede ménos de ser repeticion y glosa de estos contrastes y cómica lucha.

Pero si bien en todos tiempos ha habido ambiciones y pretensiones y golpes favorables de la fortuna, en raras ocasiones se habria visto ántes de Cervantes el caso de un rústico labriego tratando formalmente de lo que hará cuando sea gobernador de una Insula con su mujer y con sus hijos. Lo cómico nace y estriba en esta disparidad asombrosa y lo extraño es que esta invencion de Cervantes haya llegado á ser despues una especie de suceso ordinario gracias á causas que no se conocian en su tiempo. Cuando Molière, tomando por modelo este capítulo, compuso su *Bourgeois Gentilhomme*, habia ya más ejemplares de estos cambios inesperados de fortuna y de condicion en la sociedad francesa; pero no así en España, donde amortiguado ya el espíritu aventurero, iban las gentes sentando el pié y comenzando ese período de pura vegetacion que dura hasta nuestra primera revolucion política. El verdadero teatro donde se ven infinidad de escenas pre-retratadas por Cervantes en este capítulo, puede decirse que empieza con el reinado de la especulacion económica y política que tantos cambios favorables (entre infinitos adversos) traen á las familias. Sanchos elevados á gobernadores y Sanchicas á condesas, con ó sin la aprobacion de las Teresas Panzas, hemos visto á millares en nuestra época presente; pues apénas se logra una fortuna, no se piensa sino en dotarla con un título de nobleza. Sin embargo, repito en este lugar lo que en otra nota indiqué, y es que á pesar de lo que ha dado de sí el transcurso de los años y de la mayor experiencia de estos sucesos que tenemos en los modernos tiempos, no se hallará una pintura en ningun autor nacional ni extranjero que pueda competir con esta de Cervantes en lo cómico y gracioso y en la comprensiva extension de su alcance y de su tratamiento, y nada hay que iguale á la profundamente humorística idea con que concluye Sancho la plática diciendo, «que ya que la habia de ver condesa, la haria *todo lo más tarde* que ser pudiese.»

CAPÍTULO VI.—1.—*Distintos en las acciones.*—Bien notará el lector que en este diálogo de Don Quijote con sus buenas ama y sobrina, al par que hace la censura directa de la nobleza y de los caballeros de salones, hace la alabanza indirecta del autor, ó mejor dicho, que Cervantes defiende aquí su propia causa y personalidad. Es de creer que este tema fué muy á menudo objeto de la consideracion de nuestro autor, porque habiendo sido aventurero, medido con sus piés gran parte de la España y de la Europa, sufrido inclemencias y asistido á combates en la guerra por espacio de cerca de veinte años, debia serle sensible ver en otros, «sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la corte, conociendo el mundo por un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frio, tuviesen más consideracion y favores del soberano.»

2.—*Agobiado.*—La sobrina no está aquí en lo cierto, si hemos de dar más crédito al historiador Cide Hamete. Don Quijote no está enfermo en el sentido que da á entender Antonia Quijano, ántes bien parece increible que su fuerza física sea tanta que le mantenga en pié despues de tantos insomnios y ayunos como ha pasado en su peregrinacion. En cuanto á estar agobiado por la edad, tambien va descaminada la sobrina, pues si alguna idea tienen los lectores del talle de Don Quijote es de que era más derecho que un huso de Guadarrama. Sin embargo, la sobrina habla de esto á su mismo tio, y parece que no debia equivocarse teniéndolo delante de sus ojos, y el mentir en esta ocasion seria asaz de atrevimiento, y es de creer que Don Quijote no hubiera dejado pasar tamaño desliz sin correctivo. Pero hiciera ó no la rectificacion debida, el hecho es que hasta este pasaje no tiene noticia el lector de que Don Quijote estuviese físicamente enfermo, ni que fuese cargado de espaldas. Estas afirmaciones nos cogen de nuevo y nos sorprenden y mucho más la segunda sobre la giba ó corcova del viejo hidalgo, que sólo aparece aquí y luégo desaparece, y en todas partes nos lo describe el autor gallardo y recto á pesar de sus cincuenta años; pero sólo es explicable esta contradiccion flagrante, recordando que detrás de la figura de Don Quijote está siempre la de Cervantes y que algunas veces ya por olvido, ó ya á propósito desaparece por completo el caballero andante manchego y aparece el caballero andante castellano. Cervantes, á la sazon que esto escribia, se hallaba viejo, pues contaba ya sus sesenta años, estaba enfermo de hidropesía, y era cargado de espaldas segun nos dice en el prólogo de sus novelas.

3.—*Lo divino con lo humano.*—Si se pára la atencion en esta frase, no hay duda que asaltarán conjeturas de cierto género, de que no pretendo ocuparme. Solo diré, que Cervantes tiene la habilidad de dar á entender sus pensamientos áun cuando expresamente los oculta, y por eso dice en una parte de su historia, que se deben dar las gracias á su autor, áun por lo que calla.

4.—*Que no tendrá fin.*—Bien ciego debe ser quien no vea la clara trasparencia de Cervantes bajo la figura del hidalgo Don Quijote en todo este diálogo. Aquí, por otra parte, no se descubren ni semejas de que intente ridiculizar á los caballeros andantes. Al contrario, los ridiculizados, censurados y puestos á mala luz son los caballeros de gabinete ó los *estantes á pié quedo* en contraposicion á los andantes. Uno de los pasajes que hace años me sugirieron la idea de que existia en el QUIJOTE un gran reflejo de la vida del autor, fué el diálogo con el bachiller Alonso Lopez, en que Sancho llama á su señor el caballero de la *Triste Figura*, ingeniosa manera de aludir al papel á que habia quedado reducido en España un leal servidor de Felipe II, militante en las banderas nacionales casi un tercio de su vida, y lo mejor de ella, que era su juventud. Y no vine á esta conclusion solamente por esta extraña y sospechosa ocurrencia de Sancho, sino porque se trataba de un interlocutor que realmente representa al dominico y comisario del Santo Oficio en Argel, su enemigo el Doctor Blanco de Paz, quien informó al tribunal y tal vez á la corte tan malamente de Cervantes, que vinieron á tierra todas las recomendaciones de Don Juan de Austria y el Duque de Sesa, y toda la brillante hoja de sus méritos y servicios como soldado, y de sus temerarias empresas, como cautivo. Pero la negligencia de la corte no quitaba el valor del candidato á altos favores y distinciones, y por eso Cervantes tuvo que ser su propio panegirista y sustanciar su propia causa en todas las ocasiones que se le presentaron. ¿Cómo no habia de aprovechar la de su pintura de un hidalgo, pobre, pero bien nacido; valiente, pero desgraciado en sus aventuras?

Así es, que en esta plática no sólo vemos la condicion y estado social de Cervantes, hidalgo pobre, sino su ambicion constante desde jóven de distinguirse y llegar á la perfeccion de caballero por medio de las armas. En el discurso acerca de las armas y las letras, como en el pasaje que estamos examinando, como en sus prólogos y en sus novelas y comedias, siempre descubre su idolatría por la profesion de la milicia, y siendo un genio de gran talla y un artista sin rival, se enorgullece ménos de sus triunfos como poeta que de sus triunfos como soldado. La razon es muy sencilla. Él sabia que, como escritor, la posteridad es la que premia; miéntras que como soldado, si no subia á los primeros grados y tenia empleos en que acreditar su valor y su pericia, esta pérdida dolorosa jamás podian compensarla las generaciones venideras. No se extrañe, pues, que tanto insista sobre calidades que él creia malogradas por su adversa suerte. Bien claramente expone en este pasaje su situacion y sus ideas sobre un punto que parece el eje en que se movió su inteligencia y su voluntad con más calor y entusiasmo durante todo el curso de su vida, y que realmente dice de sí mismo, «que estos pensamientos caballerescos le llevaron tras sí todos los sentidos.» Fué en él una verdadera monomanía el figurarse que nació bajo el influjo de Marte, más que de Minerva ó de Apolo, y en verdad que no estaba destituida de fundamento si consideramos lo que hizo en las jornadas en que se halló presente. ¿Quién sabe si equitativa y justamente premiado en la carrera de las armas, hubiera llegado á ser un general tan famoso en la guerra como es príncipe en la república de las letras?

CAPÍTULO VII.—1.—*De venir conmigo.*—Parece que á pesar de la socarronería de Sanson y de la comedia que está representando, no le va en zaga Don Quijote en su respuesta.

2.—*Pasados y presentes tiempos.*—Este cambio de proceder en Sancho, es una nueva prueba de que Cervantes corregia y enmendaba no sólo la forma sino el plan de su obra, y que en el discurso de ella se iba fijando más en su mente la idea de una contraposicion absoluta entre los intereses puramente morales, espirituales y poéticos que movian á Don Quijote y los materiales y prosaicos de su antagonista Sancho. Digo que enmendaba y corregia el plan, porque en la introduccion de Sancho en la escena, en la primera parte del poema, no habia realmente oposicion marcada entre Don Quijote y Sancho, sino en ser el uno hidalgo y el otro plebeyo, el uno ilustrado, el otro ignorante, el uno espiritual y el otro carnal en su apariencia. Pero el hecho de abandonar Sancho su mujer y sus hijos fiado en la promesa, hecha sólo de palabra, de una ínsula, colocaba á este en la línea y esfera de los cándidos, inocentes, visionarios, crédulos é ilusos. En una palabra, Sancho era otro Don Quijote con un ideal ménos elevado; pero con la misma buena fe, sencillez y abandono que Quijano el Bueno, pues nadie negará que entre los mismos que se dedican á la vida activa y sólo tratan de intereses materiales hay sus QUIJOTES, ó permítaseme la frase, *poetas del prosaismo.* Esto se ve más á

menudo y más palmariamente en el comercio, por ejemplo, donde hay caractéres míseros que llegan á hacer una fortuna con pequeñas ganancias en negocios seguros y una estricta economía en los gastos, y otros que acometen y se lanzan á grandes y arriesgadas especulaciones.

Sancho era, pues, uno de estos prosaicos con sus puntas de poeta y de Quijote al lanzarse á una nueva vida que no conocia y llevado de una creencia asentada en el aire, sin seguridad ni garantía de que se cumpliese, y verdaderamente, como él dice, si no hubiera sido por el afortunado hallazgo de los cien escudos de oro, que vino á colorar de rosa el horizonte de su primera campaña, habria sido la más negra imaginable. Nada habria estorbado á la historia que al principio hubiese tomado Sancho aquellas precauciones y exigido aquellas seguridades, que parece debian ocurrirse á un hombre de buen sentido, y por añadidura padre de familia, al determinarse á una peregrinacion peligrosa de aventuras por vericuetos y despoblados. Pero sin duda Cervantes pensó bien al pensar al principio que cuál más, cuál ménos, los españoles tienen en general, su grano de soñadores y visionarios, y como ya en otro lugar he dicho, sólo podia imaginarse en España y por un español la historia de Don Quijote, así como sólo en Inglaterra y por un inglés la historia de Robinson Crusoe.

Quedaba, pues, este flaco de poesía y quijotismo en Sancho Panza, y como sin duda la idea de la oposicion de lo ideal y lo prosaico tomaba formas cada vez más determinadas en la imaginacion de Cervantes, ideó llevar el tipo de Sancho á sus últimos extremos en la ocasion y bajo circunstancias en que la desconfianza y la codicia habian de parecer más repugnantes.

Que en su primera salida hubiera exigido Sancho salario y puéstose en cuentas de tanto más cuanto, estaria muy en su lugar, pues no tenia motivos para conocer el temple generoso y el ánimo longanísimo de su señor en hacer mercedes, y la verdad es, que los cien escudos de oro por el tiempo que le habia servido eran más que la paga del príncipe más liberal del mundo.

Es evidente que Sancho no creeria cosa fácil el encontrar otra mina por el estilo, aunque no desesperaba tanto de esto como de la Insula, segun se ve más adelante en su coloquio con Tomé Cecial, donde dice que traia siempre entre los ojos un talego lleno de doblones, y viendo que el gobierno se iba trocando en sueño y humo, le pareció bien asegurar sus ganancias como criado y no estar á mercedes como escudero. Pero esto mismo rebaja su carácter, quitándole la parte que ántes tenia de poético, soñador y confiado. Y prueba de que él mismo sentia que le rebajaba, son los rodeos y preámbulos de que se vale para proponer á Don Quijote su interesado pensamiento.

Por el contrario, esto mismo que rebaja á Sancho enaltece á Don Quijote, que á las primeras palabras adivina su intencion, y por no consentir que se dude de su liberalidad se desprende de un escudero á quien tanto cariño profesaba. Gracias que algo redime á Sancho el confesar que cedia á instigaciones de su mujer, y á su resolucion de ser hombre en su casa.

Capítulo VIII.—1.—*Camino del Toboso.*—Se ha indicado en una de las notas anteriores de esta segunda parte, que Cervantes debió saber algo de que se intentaba en los conciliábulos de sus enemigos escribir una continuacion de las hazañas del ingenioso hidalgo, y del espíritu que habia de dominar en ella. Esta direccion de Don Quijote hácia el Toboso, á ver y recibir la bendicion y licencia de la sin par Dulcinea, es un dato y evidencia de que así era la verdad, y explican el porqué Cervantes en esta tercera jornada consagra casi toda su atencion al sentido anagógico ó principal en el simbolismo que introduce.

No debiendo adelantar comentarios que han de tener su respectivo lugar y cabida en la ocasion oportuna, me limitaré á observar, en general, que la historia de Avellaneda empieza pintando á Don Quijote enteramente olvidado y desamorado de Dulcinea, y enamorado en cambio de la Vírgen del Rosario y de las cosas y devociones de la Iglesia. Teniendo esto presente, verá el lector un cúmulo de accidentes y pasajes alusivos á esta contraposicion del ideal de ambos caballeros, y algo de la clave para explicar el encantamiento de Dulcinea.

2.—*La continuacion.*—No cuadra bien esta palabra. Quizás escribiria el autor relacion ó narracion.

3.—*Rancores y rabias.*—Este pasaje tiene todo el aire de alusion al Quijote espúreo, en donde el autor anónimo muestra esos disgustos, rencor y rabia hijos de la envidia, y el sentido viene bien con lo que en otro lugar dice, que *trate* de él (de Cervantes) enhorabuena; pero que no le *maltrate.*

4.—*Mal de ningun encantador.*—Toda esta respuesta de Sancho parece como resúmen, de un modo indirecto, de causas por las cuales se fomentaba la inquinia contra Cervantes en el contrario bando de enemigos.

5.—*Por ese mundo de mano en mano.*—Puede ser esta vanagloria reaccion y transformacion en el carácter de Sancho, desde que recibe el influjo de las ideas de Don Quijote, ó expresion de orgullo de Cervantes puesta en los labios del escudero. Innumerables pasajes del poema son susceptibles de doble interpretacion, áun independientemente de los dos argumentos literal y simbólico.

6.—*En los jigantes á la soberbia.*—Aquí declara bien distintamente el autor, que estaba al tanto y al cabo del simbolismo de todas las figuras y elementos poéticos de la caballeresca literatura, y áun es mucho que ponga estas palabras en boca de Don Quijote. Pero como se habrá observado, desde el principio de esta segunda parte, ya no es el hidalgo el loco calenturiento y febril de la primera jornada, sino el hombre razonado y discreto que discute sobre esas mismas locuras y procura que entiendan á dónde van á parar. No sé que nadie pueda encontrar en los capítulos anteriores, ni en esta elevada exposicion de lo que el hidalgo entiende por caballería nada que sea sátira contra ella, ni señales de que Don Quijote tenga rematado el juicio.

7.—*Nombre de caballeros.*—En esta plática, que debia seguir á la definicion y explicacion que tan intencionadamente hace Don Quijote de lo que entendia por caballería andante, hay material para un comentario mucho más extenso que el que puede consignarse en estas notas. La importancia y lo sutil del designio que revela se reconocen á primera vista, sin necesidad de recordar y asociar á su exámen otros hechos y otros pensamientos de Cervantes en diversos pasajes del Quijote y demás obras que

salieron de su pluma. El pensamiento evidente que en este lugar lleva nuestro autor no es precisamente oponer la forma de la caballería andante, ó sus signos externos, ordenanzas, trajes, etiquetas y combates materiales contra las órdenes religiosas, sino espíritu contra espíritu, y en este sentido es este uno de los capítulos más profundos é intencionados que hay en el poema. Se infiere por la informacion de Argel y las opiniones de Cervantes acerca de ciertas materias, que éste miraba con desden lo que en su tiempo habia quedado de la religion cristiana: esto es, pura forma y supersticion, y poco ó nada de su verdadero espíritu, ó como él se expresa en otro lugar: un cuerpo muerto ó sea la fe sin obras. Pues bien, Cervantes llama aquí *religion* á la caballería, precisamente porque es todo lo contrario; pura accion y accion de continuo encaminada al bien.

No se necesita anteojo de larga vista para entender cómo Sancho, que en la primera parte temblaba de miedo de que á su señor le diese por ser cosa de la Iglesia, pronuncie la expresion de «que nos demos á ser santos.» Quizás sea demasiada presuncion en Cervantes el pretender que el amar á Dulcinea, símbolo de la razon y la libertad, amar á sus semejantes, exponer la vida por hacerles un bien, tener corazon sano y libre de envidias, odios y rencores, y enseñar con el ejemplo y la doctrina, valia más que rezar el Rosario tres veces al dia, acudir á misa, vísperas y maitines y al propio tiempo, codiciar las riquezas, ser intolerantes, lascivos, y en una palabra, verdaderos hipócritas.

Aun suponiendo que no se trate de hipócritas como eran y son siempre la mayoría, sino de sinceros devotos y religiosos, que escogen para ganar el cielo la vida de la contemplacion y las mortificaciones, ¿quién no echa de ver el tono con que habla Sancho de los dos frailecitos descalzos que canonizaron, y su expresion de que más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas? Y esto, sobre todo, despues de haberle dicho Don Quijote «hemos de matar en los jigantes á la soberbia; á la avaricia y la envidia en la generosidad y buen pecho; á la ira con el reposo continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan famosos caballeros.»

Tomada la caballería en el sentido en que aquí la explica el mismo Don Quijote y que es la faz bajo la cual existe en el hidalgo la hipóstasis de Cervantes, no hay la menor duda que era una religion práctica más pura y beneficiosa á la sociedad y al mundo que la vana exterioridad á que habia quedado reducido el espíritu del cristianismo en las naciones llamadas como España católicas por excelencia. En el clero habia penetrado la soberbia, la ira y la avaricia como se veia por el tribunal de la Inquisicion suspicaz é intolerante y la corte de Roma codiciosa y lasciva. ¿No es el colmo de la ironía sutil el aconsejar Sancho á Don Quijote que deje la práctica de hechos para los que se requieren valor, generosidad, abnegacion y virtudes prácticas y se hagan humildes frailecitos para que luégo besen los reyes los pedazos de sus huesos y se vayan sus almas derechas á la eterna gloria?

Pero baste por ahora, que este asunto es el tema casi exclusivo de la segunda parte del QUIJOTE y hemos de tener ocasiones frecuentes de tornar á él.

CAPÍTULO IX.—1.—*Callejuela sin salida.*—Los lectores del QUIJOTE han admirado siempre la inagotable vena de humor cómico que rebosa en los diálogos de amo y mozo siempre que se trata de Dulcinea, y la causa de este general efecto radica simplemente en el hecho de la disparidad y desproporcion que existe entre lo que es Dulcinea á los ojos de Sancho y lo que es á los ojos de Don Quijote. No puede ménos de engendrar una situacion fundamentalmente cómica la creencia del uno en que Dulcinea es una simple aldeana y la creencia del otro en que es una princesa, porque desarrollando esta contraposicion se sigue que para uno ha de vivir en una casa pequeña ó callejuela sin salida y para el otro en un espléndido palacio: segun Sancho ha de ser pobre, segun Don Quijote poseedora de mil tesoros; segun el mozo debe ocuparse en aechar trigo, y segun el amo en ensartar perlas preciosas, y así por este órden, toda legítima consecuencia en cada recíproca posicion ha de ser opuesta, incongruente y por lo tanto esencialmente cómica.

Pero Cervantes es prodigioso en inventiva y nunca se repite ni da dos pinceladas con los mismos colores. Este asunto de Dulcinea va cada vez tomando más colorido, y á ser, como ya he dicho, casi el asunto principal de esta segunda parte. En la primera vimos un diálogo entre el caballero y el escudero tocante á Dulcinea, donde por primera vez dió Cervantes muestra de cuán bien sabia aprovecharse de la índole cómica que habia dado á tan sustancial elemento como la dama en la literatura caballeresca. Confieso, de pasada, que esto, en lo literal, es realmente parodia burlesca de los libros de caballerías, pues en ellos, al ménos en los más famosos, las damas son generalmente hijas de emperadores y reyes. Nada puede ir más léjos en ese género de imitacion burlesca, que poner á Lorenzo Corchuelo al nivel de un emperador como era el padre de la infanta Polinarda, señora de los pensamientos de Palmerin, y del rey Lisuarte, padre de la Oriana de Amadis de Gaula; y al Toboso, lugar pequeño de la Mancha, en parangon con la corte de Lóndres y la de Vindilisora *(Windsor)*, donde residieron esas dos infantas. Pero digo nuevamente que parodiar no es satirizar ó tendríamos que convenir en que Eusebio Blasco, Halevy y otros escritores humorísticos han satirizado á Homero, Fenelon y otros muchos autores clásicos, idea que seguramente no ha pasado por sus imaginaciones. Sátira habria en realidad si Cervantes siguiese constantemente el propósito de exagerar ó siquiera igualar los disparates y monstruosidades que eran los defectos de esa literatura. Si Don Quijote hubiese vencido sólo á todos los yangüeses juntos partiéndolos por la cintura de un solo golpe, en vez de ser apaleado; si hubiese hecho lo mismo con los galeotes, los enlutados y los encamisados ó disciplinantes, ó Sancho al llevar el mensaje en Sierra Morena hubiese ido por los aires ó Don Quijote vencido á un gigante cuyos brazos tuviesen diez leguas, ó partido por el medio en una batalla le hubiese untado Sancho con el bálsamo de Fierabras restituyéndole la vida, y cosas por el estilo, diríamos que verdaderamente se burlaba y satirizaba el género caballeresco. Digo más, aunque todo esto y

más se describiese en el QUIJOTE, dejaria de ser sátira desde el momento en que pinta loco al protagonista, porque lo monstruoso de estas pinturas en los libros de caballerías consiste en que todos los que intervienen en ellos están en su sano juicio y el autor es el que más pretende estarlo, y como tales imposibles no puede admitirlos la razon, de aquí que sean defectos capitales. Si los hechos y pensamientos de un loco pudieran ser sátira de los pensamientos y hechos de los cuerdos, los manicomios serian nuestros continuos verdugos y atormentadores.

Todavía es preciso considerar que esos mismos disparates, monstruosidades é inverosimilitudes de los libros de caballerías, no lo son tales en rigor, porque todos los caballeros están *fatados*, esto es, ligados á un encanto favorable ó adverso por genios, sabios ó hadas amigos ó enemigos. ¿Podrá desconocer esto Cervantes? ¿Qué diferencia hay entre Roldan, que no podia ser muerto sino hiriéndole en la planta del pié y Aquiles que sólo el pié tenia vulnerable? ¿Qué importa para la cuestion de inverosimilitud que el milagro se haga por un Júpiter ó una Juno en la mitología griega, por un Arcalaus, Merlin ó Urganda en la caballeresca, por un diablo, ángel ó Vírgen en la católica cristiana? El resultado es el mismo. Si en esto hay sátira en el QUIJOTE, lo admito; pero aquí viene bien el cuento del escribano: «ó se tira para todos ó para ninguno.»

Nadie más que yo descubre aquí una sátira y sátira trascendental en el QUIJOTE; pero niego que sea contra los libros de caballerías sola y exclusivamente como siempre se ha venido repitiendo. Cuando llueve todos nos mojamos y el azote que se descarga por ocasion de un pecado alcanza á los pecadores. ¿Qué privilegio tienen los que usaron de la máquina poética del clasicismo sobre los escritores de *ergas* ó fazañas caballerescas, ni sobre estos los que emplearon la demonología católica? ¿Qué distincion hay en su esencia? ¿Por qué se ha de admitir como corriente en Homero y Virgilio la operacion é intervencion de Minerva ó Juno y en San Jerónimo, Voragine ó Rivadeneyra la de San José, la Vírgen y los diablos, y rechazar la de Alquife, Morgana y Merlin en los autores de libros de caballerías?

No tengo reparo, pues, en afirmar, que Cervantes hizo deliberadamente esta sátira que comprende á todos, pero la hizo de un modo originalísimo, á que alude cuando dice en uno de sus versos:

«¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.»

Rechazó el empleo directo de máquinas poéticas de ninguna especie, y vino á lograr un resultado asombroso buscando los elementos de lo maravilloso en la misma naturaleza humana, en el propio cerebro é imaginacion del héroe que es donde tienen lugar las transformaciones, los milagros y las inverosimilitudes, quedando la historia hecha un retrato de la verdad de nuestro sér y de los fenómenos de la fantasía y del espíritu, y alcanzando con esta verdad suspender é interesar más á los lectores de todos los tiempos y países que todos los autores de ficcion poética con sus mentiras.

Pero volviendo á nuestro asunto especial de Dulcinea, es evidente que si mueve á contento y á risa esa disparidad é incongruencia entre el extremo de realismo que ve Sancho y el extremo de idealismo que forja la imaginacion de Don Quijote, queda aún otro resorte para la admiracion de los lectores cuando se leen estos pasajes bajo el entendimiento de lo que significa esa aldeana-princesa en el artificio simbólico. Y digo extremo de realismo en la óptica de Sancho, porque áun en la misma condicion de aldeana é hija de un labrador del Toboso, podria Aldonza aparecer como una de tantas hijas de labradores que no necesitan aechar trigo con sus propias manos, despedir olor á hombruno ni otras lindezas que inventa Sancho, contra la verdad de los hechos y tan fabricadas por él para rebajarla como las que fabrica Don Quijote para realzarla.

Esta conducta de Sancho para con su amo es verdaderamente inexplicable, y áun podriamos añadir malvada, si no tuviese por objeto demostrar Cervantes, que conoce bien la humana naturaleza, que los mismos extravíos produce el sórdido interés que el amor puro y elevado. Desde el momento en que Sancho llegó á enterarse que la representacion carnal y viva de la dama de los pensamientos de su señor era una aldeana, todo su empeño es herirle y martirizarle y pintársela con los más feos colores, levantando calumnias gratuitamente con el santo fin de ver si puede lograr que su señor se enamore de una verdadera princesa cual la Micomicona, y de su casamiento pueda venirle como llovida una Insula ó condado. Resulta, pues, que el fanatismo poético, el idealismo exagerado por una parte, y el prosaismo y el egoismo más vil por otra se apartan del justo medio de la verdad, y cada cual con sus exageraciones forman ese choque y conflicto cómico que vemos en el diálogo de la primera parte y en este que nos ocupa.

Pero Cervantes dice: que los sucesos de Don Quijote han de celebrarse con admiracion ó con risa. Hemos visto en esta plática llena de gracias y donaires lo que mueve á la risa. Veamos, ahora, si hay algo que mueva á la admiracion.

Ya vimos que esta peregrinacion al Toboso á buscar á Dulcinea, como primera aventura de la segunda parte, no está puesta sin misterio, y parece como decir Cervantes á sus enemigos, que léjos de olvidar á Dulcinea ni perder la fe en la idea que representa, le falta tiempo para poner á Don Quijote camino del Toboso para que, nótense bien estas palabras: «cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á sus ojos alumbre su entendimiento y fortalezca su corazon, de modo que quedé único y sin igual en la discrecion y en la valentía.»

Ya comenzada esta peregrinacion, se aborda durante el camino la importante cuestion de si es más conveniente seguir la religion y la vida contemplativa en un convento de frailes ó seguir el ejercicio de la andante caballería. Vióse cómo la resuelve Don Quijote y cómo la resuelve Sancho. El escudero, inferior en ilustracion á su señor, toma por argumento la experiencia de lo que ha visto, ó lo que es lo mismo la resuelve segun la habia resuelto la nacion española, pensando como Sancho, que dos docenas de

disciplinas y unos rezos y devociones durante el dia, y la quietud del claustro y el pensar en la otra vida, era el camino más mañero, fácil y directo para alcanzar la gloria en lo futuro y la fama en esta vida.

Sucedió lo que no podia ménos de suceder de tomar tan erróneo principio de conducta. España se llenó de conventos y de frailes. Cada dia se canonizaba á uno cuyos méritos habian consistido en vivir para sí, en la mayoría de los casos. Del rey abajo no se pensaba más que en las novenas, en los milagros, en los sermones y profesiones de monjas y de frailes. Esto quitaba brazos al comercio y á la industria, miéntras que los ricos, atemorizados con los castigos del infierno y la táctica del clero, dejaban sus haciendas y bienes á los conventos y monasterios. La Inquisicion, por otra parte, coartaba el ejercicio de la razon y suprimia la inteligencia, innecesaria ante el patron ya cortado de la fe. Con este dominante espíritu comenzó la degeneracion y decadencia de España á pasos tan agigantados, que en el reinado de Cárlos II, la poblacion, que en otros tiempos excedió de cincuenta millones de habitantes, apénas contaba nueve, y de estos la mayor parte frailes ó idiotas.

El hidalgo, por el contrario, sostiene que el ejercicio de la caballería, ó entiéndase la vida activa consagrada al bien de sus semejantes, á la reforma de los abusos y castigo de los malos, era más meritoria y digna de la ocupacion de hombres ilustrados, generosos y valientes: era, en una palabra, una verdadera religion que consistia en obras, llevando por estímulo de los actos el amor y devocion á sus damas.

Sabido lo que representa Dulcinea en el poema, fácilmente se advierte que Cervantes era opuesto á esa religion del ocio y las devociones infecundas, de los odios y la intolerancia que traian consigo la postracion y ruina de las sociedades; pues claro es que si todos siguieran su ideal que es el retiro y el ganarse cada uno la gloria en la vida futura, teniendo en poco ó despreciando lo presente, pronto concluiria cualquier sociedad por numerosa que fuese. En cambio, tomando el ideal de Don Quijote, persiguiendo el mal y buscando el bien con la divisa y el estímulo de la luz, la verdad y la razon que era el significado del culto á su dama Dulcinea, miéntras más prosélitos y sectarios tuviese más adelantaria la sociedad en el camino del bien, de la verdad y del progreso.

Esto es lo que se desprende, sin necesidad de aguzar el ingenio los comentadores, de la plática intencionada que introduce Cervantes cuando va el hidalgo camino del Toboso en busca de la dama que simboliza ese ideal.

Veamos ahora el ingenioso y sutil artificio con que completa y presenta Cervantes su idea de una manera gráfica, inequívoca y concluyente.

Don Quijote, buscando la luz de su inteligencia en Dulcinea, puede representar y de hecho representa, como ahora veremos, la nacion española, ¿y por qué no decir la especie humana? en busca de la luz, de la verdad y del progreso. Ve un bulto que le parece, en las sombras de la noche, ser el palacio de su dama. Se acerca y da de rostro con la iglesia. Entonces dice estas monumentales palabras, realzadas por la solemne contestacion de su escudero:

Don Quijote: —«Con la Iglesia hemos dado, Sancho.

Sancho: —Ya lo veo, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura.»

La alegoría está en este pasaje tan al descubierto, pero al mismo tiempo con tal artificio preparada, que no temió Cervantes ir contra el consejo de Urganda y su amenaza de que *le diesen en caperuza por gracejar*. Tanta era la confianza que en su ingenio tenia este único y solo monarca de la sátira, que osaba decir cuanto queria sin temor á la tiranía entónces reinante.

2.—*La mentira de la respuesta.*—El encanto de Dulcinea y el remedio para su desencanto es el argumento culminante en esta segunda parte del QUIJOTE, y puede suponerse desde luégo cuánta suma de sutileza y travesura empleó Cervantes para resaltar la profunda alegoría de que la verdad y la luz de la razon se oscurecen y la hermosura de ellas se trueca en fealdad entre los hombres, por la malicia de los que tienen interés en llevar adelante el error y la mentira. Cervantes acostumbra á poner señales y dar indicaciones previas de la intencion de su artificio y en este las encontramos con abundancia, pues como Sancho va á ser el *factotum* y encantador en todo este negocio ó argumento, le hace decir poco ántes: «Bien es verdad que soy algo *malicioso* y que tengo mis ciertos asomos de *bellaco.*»

Aparte de la enseñanza y propósito que iremos viendo oportunamente en el desarrollo de este admirable artificio del encanto de Dulcinea, notaremos algunas bellezas parciales. Una es otro ejemplo de la prodigiosa sobriedad del artista en el uso de materiales ó elementos poéticos en la fábula, pues se ve que el mensaje de Don Quijote á Dulcinea es una verdadera mina de situaciones, accidentes, pláticas, donaires é invenciones, todas á cual más originales é interesantes. Este arte de sacar tanto partido de cosas tan sencillas y que parece que estaban ya agotadas, y sin embargo, vuelven á aparecer bajo fases nuevas y nuevo interés, es una de las bellezas que más deben maravillarnos, mucho más cuando lo general en los autores es estropear y hacer infecundos los mejores y más complicados argumentos.

Muestra tambien aquí Cervantes, lo que despues ha repetido Schiller, y es que al fin y al cabo sabe más el hombre sencillo que todos los malvados juntos. Decir una mentira es cosa fácil, pero el sostenerla es fabricar un laberinto sin más salida que la puerta de entrada, y una red en que al fin se ve envuelto el mismo fabricador.

CAPÍTULO X.—1.—*Cuenta la historia.*—No puedo convenir con las razones que da el Sr. Hartzenbusch al trasladar el principio de este capítulo al capítulo XVII como quien cambia de sombrero. Desde luégo se hace duro de creer que existiese tal confusion en el manuscrito de Cervantes, ó en las oficinas tipográficas de Juan de la Cuesta, que se pusiese la cabeza de un capítulo en el cuerpo de otro; pero si vamos á examinar los motivos ó razones que da el corrector para hacer este *mutatio capitis*, las hallamos tan endebles que no resisten un rigoroso análisis.

La argumentacion del Sr. Hartzenbusch se reduce á decir que en el capítulo XVII se trata de locuras de Don Quijote mayores que las que se cuentan en el capítulo X: porque en aquel cree que la masa de los requesones es derretimiento de los sesos por arte de los encantadores, y tiene la temeridad de querer pelear con los leones enjaulados; miéntras que en este no hay más locura, que el creer en el encantamiento de Dulcinea, cosa no nueva, pues él se habia creido encantado nada ménos que tres veces.

El Sr. Hartzenbusch, que sólo mira al sentido literal, tiene razon al exponer esas razones; pero atendiendo al sentido alegórico, el argumento de la locura del encanto de Dulcinea es uno de los más inauditos, sutiles y profundos, en comparacion con el cual no puede ponerse el contenido del capítulo XVII, segun veremos en las siguientes notas.

2.—*Mal y daño.*—Simplemente viene á mostrar aquí el autor lo que es un hecho constante en la historia de la humanidad, esto es, el mecanismo interior ó la manera y resorte con que se alimentan y se explotan las alucinaciones de los hombres por los que tienen interés en explotarlas. Don Quijote es masa dispuesta á creer todo lo que se le diga de maravilloso y absurdo con tal de que pertenezca á la caballería y á sus agentes poderosos é invisibles, y el malicioso Sancho, á sabiendas, le hace juguete de sus caprichos y su voluntad. Dadme una sociedad fanática por una creencia ó religion cualquiera y la veremos como Don Quijote engañado por millares de Sanchos que con el engaño medran. Esto es tan claro que no se necesita insistir más en ello. Los lectores pueden hacer comparaciones.

3.—*Se verá adelante.*—Cervantes no podia presentar en su época el triunfo ó la apoteósis de la razon humana, sino convirtiéndola en Dulcinea y adorándola por el medio de un caballero loco, porque la razon, enemiga y destructora de todas religiones positivas, era la pesadilla del Santo Oficio y de la fe en que descansaba toda la vida de la sociedad de entónces. Es más, la consigna de los teólogos, filósofos y moralistas era desfigurar la razon, empequeñecerla, pintarla con los más feos colores, llamarla sombra en vez de luz y fealdad en vez de hermosura. Léanse todos los tratados de los maestros ó directores del alma, y se verá la guerra declarada que hacen al único atributo que nos hace hombres y nos diferencia de las bestias.

Y bien, ¿qué otra cosa significa este encanto de Dulcinea, de sol y luz del alma, de divina y de hermosa, en una rústica soez y fea? ¿Qué hicieron el clero, la Inquisicion, los escolásticos, los teólogos, los místicos, los fanáticos todos, finalmente, sino encantar á la razon humana, quitándole su belleza, su influjo, sus fueros y sus privilegios, transformando su índole y naturaleza (por sus fines particulares ó por preocupaciones de su espíritu), ni más ni ménos que hace Sancho con Dulcinea respecto á Don Quijote?

Cuando se lee esta segunda historia causa admiracion; pero produce otro efecto aún, que es mayor risa atendiendo al sentido literal, porque tanto más resalta y se gusta de lo ridículo cuanto mejor se conoce el otro extremo de lo sublime, al modo que más se disfruta y mejor se aprecia una parodia cuando se conoce la obra séria parodiada.

Entre las bellezas admirables de este y siguiente capítulos no es la menor la graciosa reversion de óptica que hace Cervantes en los dos personajes. Sancho, gracias á su malicia, hace aquí el papel de Don Quijote embelleciendo la figura de Dulcinea á la manera que suele hacer con todas las cosas la imaginacion poética del hidalgo; de suerte que áun en el caso en que Don Quijote ve la realidad tal como es, no falta el gracioso contraste entre el idealismo y el realismo.

Capítulo XI.—1.—*Su mala andanza.*—Conocido el objeto del plan y la invencion de esta aventura se observan despues varias finísimas alusiones que le confirman. Dice aquí que de la envidia que le tienen los malos ha nacido la mala andanza de Dulcinea, y si esto se aplica al sentido del espíritu, se ve que cuadra con la interpretacion que le vamos dando, porque ¿de qué proviene el odio á la razon, sino de envidia de que los que por ella se guian, alcanzan ciencia, desarrollan su inteligencia y adelantan en el camino de la verdad?

2.—*Embuste y bellaquería.*—Otra indirecta sutil que nace más bien del sentido oculto que del literal, pues bien puede verse que al decir esto habla de cosas más altas que la mutacion de la princesa en labradora.

3.—*Farándula.*—Se ve que ha cambiado casi por completo el plan de Cervantes en esta segunda parte de su poema, pues se echa de ménos el influjo de la locura y su vario espejismo en la mente de Don Quijote. En efecto, sus disparates van escaseando y apareciendo más de relieve la figura de Cervantes en el caballero de la *Triste Figura*. Fije la atencion el lector en que ninguna de las personas que hasta ahora habia encontrado Don Quijote en su peregrinacion, ofrecian tanto campo y motivo como estas de la carreta con sus varios trajes, para que Don Quijote creyese real y verdaderamente que eran materia de aventuras de la caballería andante. Y ¿qué vemos en cambio? Que el hidalgo obra como obraria cualquier caminante discreto y curioso. Pero se confirma mucho más la transparencia de la figura de Cervantes en las palabras que dice el carretero: «desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.» En resolucion, Cervantes va poco á poco desnudando de loco á su héroe y vistiéndole de discrecion, pues si es verdad, que luégo hay su correspondiente tentativa de combate, no es á consecuencia de alucinacion en la mente del caballero, sino por vengar (como en la aventura de los yangüeses un agravio á Rocinante) un mal trato al jumento de Sancho Panza.

Capítulo XII.—1.—*Teniéndola en tu gracia.*—No fué, pues, el miedo á las peladillas con que amenazó Sancho ni la razon que dió de que no iban caballeros andantes en la carreta, pues la verdad es, que si por esta causa hubiera de contenerse Don Quijote, nunca habria esgrimido la espada ó blandido la lanza. Parece como que la compañía de representantes ejerce tal mágico influjo en el autor, que se olvida de su héroe y le sustituye para expresar su aficion decidida al teatro.

2.—*La sepultura.*—Bien se necesitan todas las explicaciones que se dan despues, para persuadirse de que habla aquí Cervantes con propiedad, poniendo tales conceptos y pensamientos en un maja-terrones. Porque, en primer lugar, la comparacion que hace Don Quijote de la vida humana ó teatro social con el teatro, aunque no sea nueva para las personas ilustradas, debia serlo

para Sancho Panza; y en segundo lugar, es demasiado para un porro, nacido en un lugaron, y sin saber leer ni escribir, que sepa lo que es un juego de ajedrez ni ménos que cada pieza tiene su particular oficio. Pero de esto se hablará en la nota siguiente.

3.—*Desta historia.*—En una de las notas anteriores se habló de que muchos críticos, enemigos del progreso y de las ideas modernas, tomaban argumento en el QUIJOTE para ridiculizar á los que desean la ilustracion de las clases bajas y en general para burlarse de los que predican la educacion gratuita y obligatoria, la igualdad de derechos y, en suma, la emancipacion del pueblo por medio de la instruccion. Mal texto escogen para sus fines, pues cualquier mediano entendimiento verá que Cervantes no iba por ese camino. Sólo se explica que Sancho hablase como se observa en las recientes pláticas, por la educacion que recibe en su contacto con un hombre ilustrado y benévolo, que se duele de su ignorancia y se regocija con su adelantamiento é instruccion. Como ya se ha notado varias veces, no sólo existen las pláticas ó diálogos que el autor relata, sino otras muchas que dice en diferentes lugares que pasaron entre ellos, que es la manera de extender y ampliar el horizonte poético ó la accion de la fábula.

4.—*Capítulos della.*—Siempre que el autor se abandona á estas graciosas digresiones en el curso de su narracion, de lo cual hay varios ejemplos, es como el antecedente ó seña de que prepara un ingenioso artificio. Así se observa con especialidad en el principio del capítulo VIII. En este lugar, la digresion ó *escarceo*, que así podríamos llamar á este estilo socarron, irónico, propio sólo de Cervantes, es más extensa que en ningun otro caso y realmente el artificio simbólico que prepara es de lo más admirable que hay en la historia de Don Quijote.

Para su mejor inteligencia es necesario hacer algunas observaciones preliminares y recordar ciertos detalles importantes.

Díjose en su lugar correspondiente al introducirse en escena el personaje de Sanson Carrasco, que por su estado ó profesion de tonsurado y con las cuatro órdenes menores que autorizan á vestir el hábito de San Pedro, el bachiller que por Salamanca personificaba la Iglesia en un sentido ó concepto general, y gracias al arte de Cervantes, personificaba al mismo tiempo á un individuo del clero inquisitorial, que tuvo grande influjo en la menguada suerte de Cervantes, nacido ú originado de la circunstancia de ser el bachiller Blanco de Paz, cautivo en la misma época y prisiones que lo fué nuestro soldado de Lepanto.

Ocúrrese, naturalmente, que en suelo extraño y condicion tan triste como la esclavitud entre los moros, que se sabe fué la peor de todas las servidumbres, los españoles cautivados debieron tender á unirse, á formar un solo cuerpo. Si la desgracia atrae y aduna á los desdichados en libertad, ¿con cuánta más razon en el cautiverio? Debemos, pues, suponer que todos los caballeros españoles que se hallaban en las mazmorras ó Baño de Argel, estaban unidos no sólo por el lazo de patriotismo y paisanaje, sino por el lazo aún más fuerte de la comun desgracia. Se sigue, pues, que nada tiene de aventurado el creer, que Blanco de Paz, como español, como cautivo, como hombre, en fin, que no hay que negar, tenia viveza, inteligencia y travesura, fuese en los principios amigo de Cervantes, y que la envidia de la fama y consideracion que este alcanzaba entre todos por sus temerarias empresas, le hizo tornarse en su enemigo más encarnizado y mortal, hasta el punto que se consigna en el testimonio oficial llamado «Informacion de Argel.»

Como el bachiller Sanson es el que va á entrar ahora nuevamente en escena, y poco ántes escribe Cervantes este trozo, lleno de donaire al par que de profunda melancolía, sobre la infidelidad de los hombres en la amistad y el ejemplo que nos dan los animales, se necesita poco esfuerzo de ingenio para comprender, que es el prólogo que corresponde á quien tan mal correspondió á los deberes de amigo, y que al propio tiempo que estas reflexiones tienen el carácter de generales, no le pierden porque se entienda que alude á un caso particular del autor. Despues de todo, el saber y la experiencia humanos no tiene otro orígen que la observacion de casos particulares, y bien debemos alegrarnos de que el tipo ó modelo sea un genio en vez de un individuo cualquiera de la humanidad.

5.—*Confusion de los hombres.*—Segun la Informacion de Argel, sabemos que el pseudo doctor Blanco envió á la Inquisicion de España, y tambien, sin duda, á la corte, un informe en contra de Cervantes, despues que cometió la felonía de delatar el proyecto de liberacion de tantos cautivos españoles, ideado por el valeroso *estropeado español.* Dícese allí, que envió tal informe, para que cuando volviese Cervantes á España, nadie diese crédito á sus palabras. Ahora bien, la sustancia de este informe se adivina. La Inquisicion no tenia que ver con más asuntos que los de la fe católica, y por consiguiente Blanco de Paz no podia acudir al Santo Oficio con otro motivo ni por otra causa que no se rozase con la religion. Esto supone amistad grande é íntima en un principio entre Paz y Cervantes, pues tales comunicaciones no son propias de un conocimiento general y somero de las personas. Nadie, por incrédulo que sea, y mucho ménos en aquella época, va á grito herido exponiendo sus creencias á la primera ocasion ó primer contacto con sus semejantes. Despréndese, pues, de los hechos que conocemos que hubo un período durante su estancia en Argel, en que una amistad estrecha unió á Cervantes con Blanco de Paz: que en este tiempo y en el seno de ella, Cervantes manifestaria más de una vez sus opiniones sobre ciertos puntos tocantes á la fe, y que el más probable seria la cuestion de la libertad ó tiranía de la conciencia que era y aún es el gran problema en las naciones católicas y especialmente en España. No debe perderse de vista que nuestro jóven cautivo, además de ser liberal por temperamento y por educacion, habia visto Roma y residido en esta capital bastante tiempo para sentir y conocer lo que despues ha venido á ser un proverbio admitido, á saber, que *Roma vedutta fide perdutta*, y por último, que un cerebro que más adelante habia de dar tan pasmosa prueba de superior inteligencia, ni debia, ni podia, ni querria someterse á una política cuyo principio ó eje era suprimir la razon humana, y supeditar la inteligencia.

La envidia de los hechos y conducta de Cervantes hizo trocar al amigo en enemigo encarnizado dispuesto á hacerle todo el mal que podia, y en efecto le hizo, en una ocasion delatándole al Rey Azanaga y en otra á la Inquisicion de España de que se fingió ser Comisario. Esta historia secreta se traduce y desprende de los datos conocidos, y á esta infidelidad y traicion alude en particular Cervantes cuando se queja de la poca confianza que puede ponerse en hombres, y del ejemplo que dan los animales.

6.—*Amorosos pensamientos.*—No creo que sea coincidencia casual que Alonso Lopez y Sanson Carrasco, ambos representantes ó personificaciones de Blanco de Paz, aparezcan en escena entre las sombras de la noche. El autor es harto ingenioso para olvidar este precioso detalle.

Tampoco pierde tiempo para dar á conocer el nervio y fondo de la aventura que prepara, anunciando por esta expresion de amorosos pensamientos, que se trata de una dama. Claro es, que si Dulcinea tiene un significado alegórico, debe esperarse que la dama de este caballero tendrá otro; y así es, como se verá ántes de mucho.

7.—*Las armas.*—Tan léjos debió estar del propósito principal de Cervantes el hacer una sátira ó invectiva contra la caballería y su literatura, que pierde aquí la ocasion más apropiada para burlarse de Don Quijote en calidad de tal caballero. Pero es al contrario y en toda esta aventura, que es la más caballeresca que hay en todo el poema, pues se trata de potencia á potencia y precedencia de hermosura de damas, con su desafío correspondiente, es donde aparece con más dignidad la figura de Don Quijote, y todo el diálogo que traban los contendientes, sus razones y actos nada tienen que tienda á poner en ridículo á libros ni á caballeros. Hay más, se ha visto que Don Quijote disputa infinidad de veces sobre que es cierto que hubo y habia caballeros andantes y que se desesperaba de ver que no se convencian de esta verdad y el mismo Sancho es uno de los que dicen que todo era imaginacion, embeleco y mentira. Pues bien, lo natural era, al aparecerse en el campo un caballero vestido de todas armas, con su lanza y caballo y escudero, que Don Quijote hubiese tomado este encuentro como argumento contra Sancho, mostrándole como era verdad que existian andantes caballeros. Y esto tenia la ventaja de quedar Don Quijote tanto más en ridículo cuanto más lo afirmase, en el momento en que se descubriese que el tal caballero era un vecino suyo, disfrazado de tal para arrancarle de los cascos la caballería.

Parece, pues, que si en una situacion tan caballeresca y oportuna para la burla, el autor pinta á Don Quijote tan sereno, discreto, grave y digno como se verá más adelante, no son señales estas de que el tal propósito sirvió de guía ni fué de gran consideracion en la mente del autor. Pero los elementos de que se vale, la máquina que emplea, la forma que adopta y la accion que se desarrolla en el sentido literal ó puramente cómico del poema, pertenecen á la caballería real y á la pintada en los libros, y era natural que á riesgo de imitar á Orbaneja, poniendo en su cuadro «este es gallo,» pusiese varias veces «esta es sátira contra los libros de caballería,» pues no habia de declarar los más altos objetos y elevadas miras que encierra el sentido principal y envuelto en su simbólico artificio.

8.—*Ovillo de sus pensamientos.*—Discreta indirecta y especie de aviso para que se fije bien la atencion en el soneto que sigue, uno de los más famosos de los *amadores* de damas fingidas, ya sean caballeros ó poetas.

9.—*Eternamente juro.*—En mi concepto, este soneto, y así lo he probado en otra parte, es un verdadero manifiesto de un creyente en que pide auxilio superior porque él de por sí no basta y hace las protestaciones más fuertes de fe, obediencia y sumision á la autoridad de la Iglesia. Por esto, con razon dice Don Quijote: «Escuchemos lo que canta, que por el hilo sacaremos el *ovillo de sus pensamientos.*» Y esto que tan bien concierta segun la interpretacion del espíritu, no es tanto si se considera la letra sola, puesto que tratándose de amor á una mujer, lo natural es que dijese el ovillo de sus *sentimientos* y no de sus pensamientos, pues es propio del corazon el *sentir*, y de la cabeza el *pensar*. Tan atento estaba Cervantes á la historia ó argumento *interlíneas*, que se le escapó esta locucion impropia, ó bien, como yo más creo, esta es una de las muchas señales que siempre da Cervantes para que sirvan como de gracias ó despertadores de la curiosidad.

10.—*Caballeros de la Mancha?*—Entendido que el caballero del Bosque canta y adora y pelea por una dama que simboliza la fe y la autoridad y que Don Quijote adora en Dulcinea la luz divina de la razon y por consiguiente la libertad de la inteligencia, se une un nuevo encanto é interés profundo al diálogo y escenas que siguen, que si en el sentido literal hacen reir, hacen pensar y mueven á admiracion en el alegórico. Sanson Carrasco ó Blanco de Paz ó el partido religioso, ó como quiera llamarse, hace alarde de sus victorías en todas partes y religiones, dando á entender que ha triunfado de todos los disidentes ó anti religiosos ó incrédulos y viene á decir que ya España toda ha confesado la excelencia de la fe y está sometida á la autoridad del clero.

11.—*Belleza de mi señora.*—Vése como corresponden perfectamente los conceptos del sentido literal con el alegórico, en este y en casi todos los pasajes de la aventura.

12.—*Se llegó á él.*—Nunca se desmiente este inmenso amor de Don Quijote á la fraternidad y benevolencia de los hombres y su simpatía con los desgraciados, así como salta como un tigre contra los malandrines y descomedidos.

13.—*Que una manteca.*—Nótese bien la actitud que en esta aventura comienza á tomar Sancho, mucho más hostil al caballero y más intencionado en su lenguaje que Don Quijote, lo cual era inevitable en el plan de Cervantes, porque la aventura parece en todas sus partes un certámen no sólo de damas ó de creencias, sino hasta de carácter moral; pues al paso que Don Quijote parece aquí la sinceridad y la verdad personificadas, el hábil arreglo ó artificio del autor hacen que el caballero del Bosque esté obligado á ser embustero, farsante, disimulado y capcioso de la cruz á la fecha, y que mienta, como suele decirse, por mitad de la barba, á causa de que tiene que representar un papel.

En el discurso de esta aventura, que en el órden simbólico es la más importante del Quijote, y donde más se abandona Cervantes en la expresion de sus ideas, sentimientos y reminiscencias de sucesos personales, fiado en su maravillosa invencion, hemos de notar grandes contradicciones é inverosimilitudes en el sentido literal, que ni creo se hayan notado ántes por ningun crítico, ni ménos espero que las expliquen, á no ser tomando pié en la interpretacion que nos sirve de tan segura guía en esta laberíntica fábula.

La primera contradiccion que se advierte es la de confesar Don Quijote que es desventurado en su amor y afirmar al mismo tiempo que nunca fué desdeñado de su señora. Y como si esto no bastara, acude Sancho á remachar el clavo, diciendo que no podia serlo por ser de suyo mansa como borrega y blanda como una manteca: ó lo que es lo mismo, viene en breves palabras á caracterizar á Dulcinea en términos opuestos al carácter de Casildea, imperiosa, dura y soberbia, lo cual de por sí es ya una descripcion alegórica del modo de imponerse la autoridad tiránica y la razon suave y persuasiva.

Naturalmente se ocurre preguntar: pues si el amor del hidalgo hácia su señora es puro, platónico por excelencia y por añadidura no ha sufrido desdenes, ¿cómo se llama desventurado? El gran modelo de amantes platónicos, Amadis de Gaula, se cree el más dichoso de los mortales por saber simplemente que no es desdeñado de Oriana, y en la vida real vemos, do quiera que se encuentra un amante de este calibre, que como no aspira á otros favores que á los espirituales, el hecho de ser admitido ó tolerado como amante basta para enloquecerlos y constituir su felicidad. Y aún no pára en esto el perfecto amador platónico, sino que, áun desdeñado, se juzga venturoso, porque como no ama por interés alguno, sino por creer lo que ama digno de amor, *por ser quien es*, bástale la satisfaccion y gozo de haber sabido colocar tan bien sus pensamientos.

Esto es el a, b, c, ó digamos la cartilla corriente y conocida de los amores puros y espirituales, y no habia de ser Don Quijote ignorante de aquello de que más se preciaba. Al contrario; vemos en el poema una especie de escuela de estos amores desinteresados y puros, y el mismo hidalgo dice á Sancho que ama á Dulcinea, como se debe amar á Dios, no por esperanza de premios ó temor á los castigos, sino por ser quien es. ¿Cómo, vuelvo á preguntar, se llama aquí desventurado, si no sabe lo que son desdenes de su dama? En el sentido espiritual se cae de su peso la respuesta. Los adoradores de la libertad de la razon ó pensamiento estaban en aquella época expuestos á persecuciones, prisiones, tormentos, y áun á la misma muerte, y cuando nó, eran mirados con prevencion y mala voluntad, y Cervantes tuvo de esto propia y personal experiencia; pero firme amante como es, rectifica luégo diciendo: «aunque los *daños* que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por *gracias* que por desdichas,» ó lo que es lo mismo, que amando la libertad de la conciencia y la inteligencia humanas, cualquier mal ó persecucion por esta causa, debia alegrar más que entristecer á los amadores, y tenerse por gracias ó méritos más bien que por desdichas.

Vese, pues, como una contradiccion tan manifiesta é inexplicable en el sentido literal, no existe en el sentido alegórico, prueba, como ya se ha dicho, de que Cervantes en esta aventura estaba más preocupado por el argumento interno que por el visible.

14.—*De otro tan, y aun...*—La actitud de Sancho en esta aventura no puede ménos de ser inconsecuente y llena de contradicciones, pues casi echa sobre él el autor el *onus probandi* de que el caballero del Bosque personifica á un miembro de la Inquisicion y por añadidura enemigo personal de Don Quijote ó sea Cervantes, que abiertamente aquí le representa. Esa reticencia amenazadora é irrespetuosa y la expresion de «quédese aquí, que es peor meneallo» son demasiado significativas en el sentido espiritual para que escapen á la atencion de los lectores.

Capitulo XIII—1.—*Mandado mi amo.*—Este modo de hablar de Tomé Cecial es inverosímil, dadas las circunstancias del personaje. Que Sancho crea que Don Quijote puede ofrecerle y darle ínsulas y reinos es cosa natural y lógica, porque el hidalgo se cree realmente caballero andante y le ha sacado de su aldea con este cebo y promesa y á cada instante están tratando del asunto de la ínsula. Con Tomé Cecial no sucede nada de esto. El Bachiller se supone que le buscaria para que le acompañase pagándole más ó ménos por este servicio, pero sin necesidad siquiera de revelarle el objeto de su jornada. Es, pues, improbable é inverosímil todo lo que dice aquí Tomé Cecial, sin otro objeto aparente que el de traer la conversacion hácia el estado de eclesiástico de su señor y venir al asunto de la Iglesia.

2.—*Y ¡qué tal!*—En todas las ediciones anteriores estas tres palabras forman el principio de la respuesta de Sancho, en vez del fin de la plática de Tomé Cecial, como aquí lo enmienda el Sr. Hartzenbusch. Ni de una ni de otra manera me suena bien y en este pasaje, como en la aventura del cuerpo muerto, donde tambien se trata de Blanco de Paz y de la Iglesia, debió haber cortes y recortes y quedó la diccion manca.

3.—*Mal intencionada.*—La falta de exactitud que aquí se nota en lo que dice Sancho es otra nueva prueba de lo que preocupaba á Cervantes el artificio alegórico y el predominio que en él tenia el argumento espiritual sobre el literal. En ninguna parte de la historia se ha dicho ni insinuado siquiera que nadie hubiese querido aconsejar á Don Quijote que procurase ser arzobispo, y lo único que á este asunto se refiere, es la plática que tuvieron con él el Barbero y el Cura, donde, confirmando sus necedades, le dijeron que era muy posible viniese Don Quijote á ser emperador, *arzobispo* ú otra dignidad equivalente. Pero en este caso, léjos de intentar aconsejarle como Sancho dice, le prometió el Barbero que rogarian á su amo, le aconsejarian y áun pondrian en caso de conciencia que fuese emperador y no arzobispo. Si se tratase de personajes históricos podria suponerse que aludia Sancho á conversacion ó plática pasada en silencio en la historia; pero aquí no tiene otra explicacion, sino que el autor no pierde baza cuando se trata de cierta clase de personas y profesiones, y sin duda alguna habla Sancho aquí del Cura, al decir «personas discretas.»

4.—*Antes de muchas horas.*—Ya se ha visto que nada puede justificar este modo de hablar de Tomé Cecial ni este conocimiento que muestra de los asuntos y pensamientos íntimos del bachiller Sanson, ni era posible que este le hubiese ensayado en lo que habia de decir, caso que hablase con Sancho, ni áun dado esto es posible que le informase en este sentido. En el literal, pues, todo esto es inverosímil, insostenible é incomprensible; pero tiene un gran valor en el sentido alegórico.

Nótense, en primer lugar, las expresiones de que Casildea es la «más cruda y más asada señora que en todo el orbe puede hallarse.» Yo no veo la razon de emplear tales calificativos para una dama, un escudero que se supone no tener necesidad de saber lo que no tenia existencia real sino en el secreto de la mente del Bachiller. Para pasar por verosímil este lenguaje se necesita suponer

que el bachiller tuvo confidencias con Tomé Cecial, y que á este se le comunicó y enteró del nombre de la dama y de su carácter tiránico y soberbio con otros informes ociosos, inútiles é improbables, porque no habia razon alguna para ello.

Aún es más sorprendente en boca de Tomé el siguiente pasaje, hablando de Casildea: «pero no cojea sólo del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le bullen en las entrañas.» ¿Qué le importan á Sancho estos detalles acerca de la tal dama, ni por dónde sabe Tomé Cecial tanta (que podríamos llamar) teología? Confieso francamente, que ántes de conocer la verdadera historia de que aquí se trata, esta respuesta del escudero fué siempre para mí un logogrifo, y no creo equivocarme al decir, que lo habrá sido para todos los lectores del QUIJOTE; miéntras que es clara, intencionada y satírica sabiendo lo que va escrito entre renglones.

5.—*Disparates que haga.*—Otro notable y claro indicio de que Cervantes sigue en esta aventura más la senda oculta que el camino real, esto es: que le preocupa mucho más el argumento interno que el externo. Pase que el criado califique de tonto á su señor, aunque no se ve la necesidad de ello; ¡pero de bellaco, cuando su propósito está hecho de concierto con el Cura y con el fin benéfico de procurar la salud y la quietud de un convecino suyo! ¿Le va á dar Sancho credencial de algun puesto para que necesite saber que es mal hombre? Hay ciertas cosas que chocan y saltan á la vista ménos perspicaz, y verdaderamente extraña el cómo entre tantas notas impertinentes como se han puesto al QUIJOTE, no se haya puesto la *perteneciente* á este pasaje que se despega y sale de los límites al parecer de lo natural y lo verosímil.

Si Sanson, que es el único personaje al parecer cristiano, caritativo, que realmente se duele de la desgracia de su compatriota y no se contenta con lamentarla en vanas palabras, sino que aspira á curarla con buenas obras y con riesgo de su vida, merece la calificacion de bellaco de parte de su mismo criado que por lo ménos sabe su buen intento: si de esta manera, repito, se nos pinta la figura que hace el papel de genio bueno, ¿qué se reserva para el Duque, que hace el papel contrario y tiene en su casa á Don Quijote con el único objeto de reirse y burlarse de él? ¿Quién no advierte en esto una inconsecuencia monstruosa? ¿Le ha faltado á Cervantes en esta aventura su natural discrecion é instinto? La verdad es, que todo se explica y toda contradiccion desaparece, y toda inconsecuencia es consecuente en el sentido alegórico, y tan intensamente dominaba en la mente del autor el argumento recóndito, que no le importó ni se curó de estos lunares á trueque de ir adelante en su principal designio.

CAPITULO XIV.—1.—*Vientos nortes (pág. 100, lín. 3.ª).*—El pasaje que vamos á examinar es uno de los más ingeniosos é interesantes del QUIJOTE. Al fijar la atencion en las empresas que le ordena acometer al del Bosque su dama Casildea, veremos en primer lugar, que son de un órden tan inferior y, por decirlo así, tan brutal, que su sola enunciacion hace resaltar por extremo las que Don Quijote acomete por agradar á Dulcinea. Nada puede ser más conforme á la razon humana que, loco ó cuerdo, consagrarse el hombre á la extirpacion del mal, reparacion de agravios, amparo de desvalidos y castigo de iniquidades sin olvidar la no ménos importante mision de corregir vicios y abusos. Todo esto se halla de acuerdo con la razon y por consiguiente la entidad ó individualidad del hidalgo á tales fines dedicada debia ser agradable ó ser inspirados por el amor y servicio á una dama que representa ó personifica ese don divino.

Pero áun dentro del sentido literal y sin ir más allá de la superficie, todos los lectores han reconocido y no pueden ménos de reconocer, que el caballero del Bosque se presenta en escena como un sér enteramente antagonista del ingenioso hidalgo, y por ende, que la dama es el polo opuesto á Dulcinea. Sin este entendimiento no se puede decir que haya argumento alguno, ni interés, ni motivo de contienda. Si Don Quijote representa algo, su adversario ha de representar lo opuesto de ese algo. Si Dulcinea es el símbolo de la razon, Casildea ha de ser el polo opuesto, llámese símbolo de la fuerza, de la autoridad, de la fe, ó de la tiranía. Y que esto sea así nos lo manifiesta la índole de las hazañas con que se deleitaba esa señora: hazañas, como el autor dice muy bien, propias de ganapanes, sin ningun resultado moral provechoso, sin ningun objeto noble y elevado, sino pura manifestacion de fuerza bruta.

Esto es lo que se desprende del texto ó leccion literal á primera vista, y no se necesita de comentarios para comprenderlo.

Pero vengamos á un exámen más atento levantando un poco la capa de la letra para vislumbrar algo del espíritu. Tres son las empresas encomendadas por Casildea al valor del brazo del caballero del Bosque. Las tres son ciclopéicas, mitológicas, imposibles y más disparatadas que cuantas pudo imaginar el juicio torcido y disparatado de Don Quijote. Pero de estas tres, una está detallada y referida y consignados sus resultados ó efectos, y las otras dos no merecen más que mencion honorífica. No sabemos, en verdad, qué resultó de tomar en peso á los toros de Guisando, ni qué secretos ó relacion trajo á luz por despeñarse y sumirse en la sima de Cabra. La atencion y el interés del caballero se concentran casi enteramente en la primera empresa ó trabajo hercúleo de desafiar y vencer á la famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda. Y ¿por qué? Porque Cervantes no podia olvidar en una obra de artificio simbólico una estatua que era un símbolo popular en España, y especialmente en Vandalia, que se supone patria de Casildea, y si esa giganta fué y es llamada Giralda, por su movimiento giratorio en la torre de la catedral de Sevilla, el pueblo la ha llamado tambien, *estatua de la fe.*

Valiéndose, pues, de estos antecedentes, la travesura de ingenio propia de nuestro autor, halló el medio de dar á entender en el triunfo del caballero del Bosque, el vencimiento que la Iglesia hizo de la razon, sujetando su vuelo y movimiento.

Así dice el caballero: «Llegué, víla, vencíla y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes.»

En efecto, el triunfo de la Inquisicion á quien el Bachiller propiamente representa, fué rápido é hizo estar la inteligencia tan á raya, que decayó de su alto nivel y quedó á la zaga de las demás naciones. Desde que el Santo Oficio le declaró la guerra y la venció y sujetó á la pauta y término que pide en el soneto el sumiso caballero del Bosque, no soplaron más los vientos calorosos que la movian y elevaban, sino los vientos nortes que la condujeron al marasmo.

Si duda quedase de que este es el significado de tan ingeniosa alegoría, basta considerar y reflexionar sobre la intencion, oportunidad y profundidad de las últimas frases; porque, en efecto, ¿qué hace la fe ó cuál es el fenómeno que invariablemente produce en la inteligencia? Desde el punto en que asume su imperio, de movible y giratoria que es la razon humana, creada para recibir impresiones, luz y movimiento en todas direcciones, único modo de llegar al conocimiento, la inteligencia se estanca y paraliza y recibe impulso y percibe luz por un solo lado. De activa se torna en pasiva y se imprime y entalla en ella, como dice el soneto, á gusto de los que se constituyen en directores del espíritu y la conciencia. Esta pasividad ó falta de movimiento y ejercicio de la razon no puede estar mejor representada y explicada que por la bellísima alegoría de los «vientos nortes», que soplando siempre del mismo cuadrante y en la misma direccion, quitaron todo movimiento á la voltaria giganta.

Capítulo XV.—1.—*Piadosos discursos.*—Ha dejado, á propósito, de poner notas parciales á esta interesantísima aventura, para abrazar su conjunto y ofrecer más completa explicacion de su sentido figurado, y ante todo conviene reproducir lo más importante que sobre este punto contiene *El Correo de Alquife*, añadiendo nuevas observaciones, hijas de más detenido análisis de la estructnra de este artificio maravilloso.

Cada línea de estos interesantes diálogos, decia yo en dicho opúsculo (pág. 58), cada palabra de este sospechoso amante de Casildea, ofrecen un nuevo motivo de curiosidad para la crítica. Por diferentes resquicios rompe y sale á la superficie en la estructura de este episodio ese espíritu que en vano pretenden ocultar el tono serio-cómico y el aparato ó decoracion caballeresca. Esa aparicion del *emboscado* caballero en la oscuridad de la noche: ese canto á la dama tenebrosa, cruel é intolerante: ese pintar su condicion de cruda y asada y otros embustes que le crujen en las entrañas: ese detalle minucioso de una de sus empresas; esa discrecion y calma del hidalgo en todo el discurso de la aventura, y la moderacion extraña que en sus palabras respira tratándose de puntos que tanto lastiman su presuncion de valiente y su orgullo de enamorado: ese trueco de la victoria, saliendo vencido quien verosímilmente debia vencer: ese consejo inesperado y cruel de Sancho que insta á Don Quijote á que mate al caido, por lo mismo que su fisonomía se parece á la del bachiller Sanson, y por último, esa respuesta incomprensible como despues veremos, del caballero derrengado, al volver de su parasismo, todo son despertadores de sospechas, móviles de curiosidad; todo concurre á hacernos vislumbrar una doble hipóstasis en que vamos reconociendo y refigurando en los dos personajes de Sanson y el hidalgo otras dos figuras y asuntos de mucha mayor importancia que la que encierra la historia desnuda. Bien podrán entretener y hacer reir estos diálogos y disfraces; pero los hombres discretos han de *ir con letura*, como dice Cervantes en sus versos de Urganda la Desconocida, y levantar las caretas y alzar las viseras y ver con cuánta razon se envaneció el autor de haber sabido *poner los dedos*.

Antes de proseguir en el exámen que nos ocupa, tomaremos nota de estos verdaderos indicios de la intencion de Cervantes, para que se vea de manifiesto la profusion de datos incontestables que autorizan mi interpretacion.

El primero y más importante es la discrecion, suavidad, mesura y calma que tiene Don Quijote, lo cual debe ponernos como en alarma y en duda de que se traten asuntos puramente caballerescos, pues en este diapason todas las notas deben estar fuera de tono y las cuerdas templadas al acorde de locura. Si se atiende al corte de la embocadura, argumento y personaje de esta aventura, desde luégo extraña, que en vez de subir de punto como debiera, la locura del hidalgo, porque los disfraces y la empresa son realmente de índole y estilo de la caballería andante, reviste Don Quijote un aspecto enteramente contrario á lo que el lector espera, y en vez de disparates, sandeces y locuras, se muestra grave, serio y razonable hasta el extremo. Esto parece ser consecuencia inevitable del predominio del sentido figurado sobre el literal. Siendo la sátira social y política más importante que la literaria y caballeresca, por fuerza ha de romper la discrecion por entre la locura, lo serio por entre lo cómico y las veras por entre las burlas. Buen cuidado tuvo el autor de acreditar á su personaje de loco rematado, ántes de atreverse á alzar la punta del velo de la locura y mostrar al hombre discreto, á ese loco por *razon de Estado*, forzado á fascinar al sombrío despotismo con quijotadas y sandeces, para pasar entre ellas como de contrabando y á solapa, sus pensamientos elevados y atrevidas miras. Así se observa, que las aventuras y escenas más importantes por lo simbólicas, menudean más en la segunda parte que en la primera.

Y no es sólo la discrecion lo que sorprende, sino el excesivo comedimiento que Don Quijote usa con su adversario, comedimiento que desvirtúa y casi trastorna la nocion que tenemos de su carácter; cortesía muy semejante á la que usó nuestro autor en sus prólogos cuando habla de sus poderosos y autorizados enemigos y perseguidores. Lo que caracteriza á Don Quijote es esa irascibilidad, intolerancia y explosion de su indignacion y cólera cuando se le ofendia en lo más mínimo. Don Quijote, repite varias veces Cervantes, era hombre apacible y de buen entendimiento; pero desbarraba y se le alteraba el humor en tratándose de la pizmienta caballería, ó no sabiéndole llevar la corriente. Y no se contenta con repetirlo, sino que lo demuestra con ejemplos innumerables. Pues bien, aquí se trata de caballería, y no así como quiera, sino de negar el valor del caballero y la hermosura de Dulcinea. Y ese loco á quien destempla la risa de las doncellas en la venta; ese loco á quien saca de quicio el solo tocar de los arrieros á sus armas; á quien el labrador Juan Haldudo encoleriza por sólo desmentir á su criado Andrés; á quien vemos que el donaire de un mercader, tratándose de Dulcinea, le pone fuera de los estribos, que las reflexiones de su sobrina le alteran, las palabras de los monjes le agrian, las del vizcaino le enfurecen, el agravio de los yangüeses le indigna, la pregunta del cuadrillero le enoja, las palabras del comisario le exasperan, la resistencia de Pasamonte le encona, el juicio de Cardenio sobre Madasima le irrita, y hasta el mismo Sancho lleva en sus costillas el pago de sus demasías respecto á lo que atañe al amor ó al valor de Don Quijote; ese mismo loco oye con calma decir al caballero del Bosque que Casildea es la dama más hermosa y que le ha vencido en singular batalla, y tiene el *mentís* en la punta de la lengua y no se atreve á pronunciarlo. ¡Extraño comedimiento en un hombre sin juicio y suspicaz hasta la exageracion!

A muchos lectores del QUIJOTE se habrá ocurrido la observacion de que si Cervantes prepara y dispone el personaje de Sanson, mozo y robusto, para el proyecto de pelear con el Manchego, débil y anciano, ¿qué significa ese encuentro en que se vuelven las tornas, se truecan los frenos y sale el médico de la locura para bizmarse las costillas en una venta? Si no fuera, dice Cervantes con cierta sorna, por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote que el bachiller no era el bachiller, quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, «por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.» Al parecer no habia necesidad de este inverosímil vencimiento, ni, á no existir hipóstasis en la persona de Carrasco, cuadraba ese donaire del autor sobre la mala ventura del Sanson desgraciado. «Por cierto, señor Sanson Carrasco, dice Tomé Cecial, que tenemos nuestro merecido.» ¿Por qué razon? ¿Qué mal ha hecho el bueno del bachiller? ¿No le movia un buen pensamiento? ¿No iba á ejecutar una obra de misericordia? ¿No era su objeto la salud de su convecino? ¿Qué justifica en su conducta esa expresion de *tener su merecido* como si su caida fuese expiacion de un crímen? Preciso es confesar que hay aquí mucha inconsecuencia é incongruidad entre los hechos y la opinion del autor, entre la figura de Sanson Carrasco tal como es, y tal como Cervantes la pone á los ojos del lector.

Más aún. ¿Qué quieren decir los adjetivos de el *atrevido y mal aconsejado* bachiller? El autor nos dice en el capítulo XV, «que cuando Sanson aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero, sobre qué medio se podria tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió, por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil: y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así, vencido Don Quijote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa: lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio.»

Transcribo íntegramente este pasaje porque viene á constituir como la defensa y el panegírico de Sanson Carrasco. Supongamos que esta primera aparicion del Bachiller se suprimiese y sólo quedase la segunda, cuando con el nombre de caballero de la Blanca Luna, se presenta en Barcelona y consigue el cumplimiento de sus deseos. ¿Qué se podria decir de este personaje, sino que era el más noble, filántropo, bien intencionado y verdadero amigo de Don Quijote? Y bien, porque una mula de alquiler cansada, un accidente externo, una contingencia imposible de suponer, cambia los frenos, ¿es razon esto para que cambie su carácter moral y su verdadera posicion en la historia? Esto es absurdo, inadmisible.

El Bachiller, segun la trama de la historia en el sentido literal no es *atrevido*, porque en el órden moral le mueve una idea cristiana y bienhechora, y en el órden físico es más jóven y fuerte que Don Quijote y por lo tanto no hay atrevimiento en comprometerse á un combate en que todas las probabilidades de vencer estaban de parte de Sanson. El Bachiller no es tampoco *mal aconsejado*, porque el Cura y el Barbero son buenos amigos de Don Quijote en la apariencia ó segun el sentido literal. Suponer que en ese bureo ó cabildo fuese el Cura á engañar á Sanson y animarle á procurar la salud de Don Quijote para que saliese muerto ó con las costillas rotas, es hacer juicios temerarios. Nada explica ni cohonesta el empleo de esos dos adjetivos aplicados á Carrasco como tal bachiller vecino del lugar de Don Quijote; pero todo se explica y se comprende mirando al sentido figurado.

Pero no se limita á esto lo peregrino del proceder de Cervantes. Para mover á Don Quijote á trabar pelea, que era el objeto de Sanson, bastaba con decirle que su dama era la más hermosa, y que sostendria esta verdad con quien se atreviese á contradecirla. Para Don Quijote, modelo de enamorados y valientes, no habia necesidad de otra provocacion. Así se ve en el segundo encuentro en Barcelona, donde el bachiller dice simplemente y en breves palabras: «Vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte confesar, que mi dama, SEA QUIEN FUERE, es sin comparacion más hermosa que tu Dulcinea del Toboso.»

Esta era la fórmula propia y lo bastante. ¿A qué viene, pues, ese soneto misterioso? ¿A qué darnos cuenta tan prolija de Casildea de Vandalia? ¿A qué decirnos las entrañas crudas y asadas que la caracterizan, ni referirnos al por menor sus empresas de ganapan, ni fingir una victoria anterior, con otras particularidades que hemos notado y aún tendremos ocasion de notar más adelante? Parece, pues, que no faltan sino sobran señales y datos de la intencion del autor en todos estos detalles y artificios concurrentes todos en re-figurar sucesos y luchas de más importancia que los que en la corteza aparecen.

Prosigamos el exámen de esta aventura, y veremos que, áun poniendo aparte todo lo que se ha dicho, salen al paso nuevas é incontestables pruebas de que poseemos el verdadero criterio para explicar de todo en todo la intencion de Cervantes y aclarar pasajes que en el sentido literal mismo son oscuros ó misteriosos.

Lo más notable en este personaje del Bosque es la insistencia que manifiesta en hacer constar una victoria ó vencimiento conseguido sobre un caballero llamado Don Quijote. ¿Qué significa esta mentira? ¿Por qué motivo pudo ocurrírsele á Cervantes introducir esta suposicion extraña é incoherente con el asunto principal? Nadie podrá negarme que sin ella correria bien la accion y llegaria á verificarse el combate, que es todo el deseo del bachiller. Pero hay más: ¿porqué Don Quijote llega á admitir, hasta cierto punto, que un caballero de este nombre fué el vencido y no él? No otra cosa se desprende de las siguientes palabras: «Sosegaos, señor caballero, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, *que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo*, y tanto, que podré decir que LE TENGO EN LUGAR DE MI MISMA PERSONA.

Pues bien, todo esto es simplemente inverosímil, inconsistente, inexplicable en el sentido literal. En ninguna ocasion se ha

indicado ni podria indicarse en el poema, que hubiese otro Don Quijote, y ménos que el hidalgo lo supiese y le conociese con esa intimidad y amistad, y mucho ménos que haya sido vencido, y todavía más imposible aún, que el hidalgo llegase á confesar su vencimiento. Es más, toda esta respuesta se despega del carácter del hidalgo como tal caballero andante, pues no habiendo antecedente en la estructura literal de la fábula de otro ejemplar de Don Quijote ni de que este lo conociese y fuese su mejor amigo, las palabras con que responde parecen denotar cobardía, y segun el concepto que se tiene del personaje, no debió transigir ni admitir tal aseveracion ni tratar de explicar tal victoria, sino rotunda y categóricamente negarla y sustentar su negativa de una cosa que ántes propiamente habia calificado de *desvarío*.

¿Qué misterio hay aquí? ¿Quién es ese otro Don Quijote *tan parecido*, que se confunden en uno y cuya existencia reconoce el mismo ingenioso hidalgo? ¿Podrá negarse que ese otro Don Quijote es Cervantes? ¿Quién otro le semejó, ni en qué otro vemos los lineamentos principales de su carácter moral hasta el punto de que su vida parece una novela y sólo le falta la lanza, el caballo y la armadura para ser el protagonista de otra fábula? Si la descripcion que hace el caballero del Bosque de las señas personales convienen con el Quijote de la ficcion, ese otro Don Quijote que tanto se le parece, sólo en lo moral ha de tener su semejanza. Ahora veremos, en efecto, cómo Cervantes habló de sí, y cómo enlazó su propia causa con la causa de la humanidad cuya lucha por el bien y la libertad viene simbolizando en su alegoría.

Para venir al cuento de su victoria, el caballero del Bosque empieza aludiendo á los triunfos que (como caballero á lo eclesiás tico) habia alcanzado para Casildea en todas las provincias y reinos de España. Bien podia jactarse de esto el representante del clero y de la Inquisicion. Era una verdad histórica. La católica España estaba sometida á su dominio. Casildea reinaba sin rivales en todo el territorio español, en tanto que Dulcinea estaba oscurecida y encantada. La nacion, de grado ó por fuerza, habia confesado á esa señora cruda y asada, y la gran masa del pueblo español podia repetir y repetia con el caballero eclesiástico del Bosque el vasallaje y protesta de sumision envuelto en su soneto. Pero en esta masa no entraban las inteligencias superiores, los hombres de gran genio como Cervantes. Se ha dicho por quienes mal conocen nuestro carácter y nuestra historia, que el fanatismo religioso estaba encarnado en los españoles, y que la intolerancia de los Torquemadas y los Felipes era reflejo del carácter de la nacion. En una palabra que tan del gusto del pueblo era quemar herejes como del trazador de la noche de San Bartolomé. Los que así piensan tengo para mí que no han leido bien la historia ni estudiado el carácter de los españoles. La historia nos dice, que el espíritu de protesta y de reforma religiosa, el espíritu de libre exámen y por consiguiente oposicion á la autoridad de Roma, comenzó á mostrarse en España mucho ántes que en los pueblos que prácticamente llevaron á cabo la emancipacion de la conciencia; y puedo asegurar, sin temor de que nadie me desmienta, que al paso que en Alemania y en Inglaterra influyeron en ese movimiento los odios ó intereses personales de Lutero y de Enrique VIII, en España fué el espíritu de protesta exclusivamente dialéctico y sin mezcla alguna de cuestiones materiales.

Casi todos los escritores verdaderamente ilustrados, protestaron en España contra el sistema inquisitorial y político más ó ménos directa, más ó ménos abiertamente, pues no se podia expresar las ideas sin exponerse á perder la vida ó cuando ménos la posicion y la tranquilidad.

Cervantes fué uno de los más osados, porque se unió en él á su idolatría por la verdad el desprecio á los peligros. Así lo hace constar el amante de Casildea diciendo: que se preciaba y ufanaba más de haber hecho confesar su dama á Don Quijote, que á todos los caballeros de España, dando á entender que era el más refractario y temible, la conquista más dificultosa, el amador más firme y celoso de los fueros de la libertad y la razon simbolizadas en Dulcinea.

Pero el hidalgo con mucha calma le responde: «De que vuestra merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros de España y áun de todo el mundo, *no digo nada;* pero de que haya vencido á Don Quijote, póngolo en duda; podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.»

Bien se ve que el verdadero argumento es aquí el espiritual, y que estas batallas ó vencimientos aluden á luchas de ideas y no del brazo, pues como vimos ántes, todo esto es inconsistente é inexplicable en el sentido literal. Ya se ha indicado que este *otro Don Quijote*, habiendo tan pocos que le parezcan, no es otro sino Cervantes, que de un modo ingenioso se sustituye y pone su personalidad de relieve. Exceptuando la relacion del cautivo, donde explícitamente aludió á sí mismo, nombrando un *tal Saavedra*, famoso por su arrojo, empresas y valentías en Argel, en ninguna parte del poema se exhibe su personalidad tan en la superficie como en este pasaje. Insiste el caballero del Bosque en afirmar que le ha vencido, y describe las señas de Don Quijote, nombrando su dama, caballo y escudero. Las señas personales no convienen con Cervantes sino con don Quijote, quien, sin embargo, no niega en absoluto el vencimiento, segun se colige de la respuesta que hemos transcrito en otro lugar. ¿Cuál es, pues, ese vencimiento que reconoce, si no en su persona en la de un caballero que se le parece mucho, no en lo físico sino en el carácter, y que es tan amigo que le tiene en lugar de su propia persona? La respuesta es bien clara. La vida de Cervantes explica ese vencimiento que reconoce Don Quijote. Vencida fué su bondad por la malicia y su fama por las calumnias de su perseguidor Blanco de Paz, que es el que vemos bajo la celada del caballero del Bosque, y tan vencido fué Cervantes por el caballero eclesiástico del bando de Casildea que nunca pudo rehabilitarse en vida del golpe mortal con que la envidia echó por tierra sus bien fundadas esperanzas.

Insisto en afirmar que no hay modo alguno de explicar el texto de esta notable parte del poema en el órden literal, y que sólo con esta interpretacion se difunde en él nueva luz, nuevo interés y valor nuevo, cesando las contradicciones y aclarándose lo oscuro de los pasajes. El hidalgo, celoso de su fama y de su valor, no podia consentir ni convenir con esa inusitada frescura de temple en

un hecho que no habia tenido lugar, y por lo tanto en una falsedad notoria, pues los lectores ménos atentos pueden recordar una por una toda la historia del hidalgo, como caballero andante, y en vano buscará semejante vencimiento por parte de ese otro caballero amante de Casildea. Tal confesion ó asentimiento siquiera, desdice de la figura de Don Quijote y desnaturaliza completamente su carácter. Además, el honrado Quijano, idólatra de la verdad, no podia dar por sombra siquiera de duda que hubiese un Don Quijote parecido á él que se dejase vencer, en perjuicio de su nombre y desdoro de su presuncion de invicto y único.

La susceptibilidad del héroe en materias que afectan á su honra es tal, que esa parte del diálogo se hace inadmisible áun en el concepto de hipotética, pues no habia necesidad de esa hipótesis para el objeto ó intento del caballero de los Espejos, y se ve que está introducido ese hecho, no como suposicion ó mentira, sino como verdadera crónica en medio de una historia ficticia. Pudiera decirse que ese *otro Don Quijote* de las mismas señas personales, que oprime el lomo de un Rocinante y lleva á un tal Sancho por escudero, es tal vez el de Avellaneda, que en la época en que este capítulo se escribia pudo ya serle conocido por rumores en los círculos de literatos de Madrid. No es dificultoso, en efecto, que tuviese noticia de él, y que por manera de crítica y desprecio quisiese decir á su adversario: «ese Don Quijote que habeis vencido, es otro capaz de dejarse vencer, un caballero espúreo;» mas nunca descenderia á llamarle «el mejor amigo que tenia en el mundo.» Estas señas morales sólo corresponden con Cervantes, que dice que «para mi pluma sólo nació Don Quijote y *yo para él;* él supo obrar y yo escribir: sólo *los dos somos para en uno.*»

Tampoco concierta con el Quijote de Avellaneda el ser amante de Dulcinea, siendo el propósito del autor anónimo el pintarle desamorado de ella. Sólo habia un ejemplar y ejemplar vivo, que se parecia á Don Quijote en el ánimo y en las desgracias, y este era Cervantes, vencido por enemigos maliciosos y especialmente por uno que de ordinario le perseguia, el cual está ahora á sus piés, representado en la figura de Sanson Carrasco. Por eso pone estas significativas palabras en boca de Sancho: «Soy de parecer, señor mio, que por sí ó por nó, vuestra merced hinque y meta la espada por la boca, á este que *parece* el bachiller Sanson Carrasco, *quizá matará en él alguno de sus enemigos.*»—«No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los ménos.»

Estas palabras de Sancho no salieron del repuesto de su simplicidad ni del almacen de sus bellaquerías. Bien sabe él, fabricador del encanto de Dulcinea (y en el órden caballeresco encantos equivale á milagros en el órden religioso), que los encantamentos eran pura mentira é invencion de gentes medio dormidas. Todas ó la mayor parte de sus polémicas con Don Quijote están reducidas á hacerle creer este, que su manteamiento se explicaba por agencia sobrenatural, cuando fué en su concepto y en sus costillas obra de media docena de maleantes. Sancho se va haciendo cada vez el bobo artificial como Don Quijote el loco fingido, y entre los dos representan á las maravillas el argumento que Cervantes quiere que predomine.

Y sólo en este concepto es explicable y admisible ese consejo sanguinario de Sancho, que en el sentido literal se despega y desdice de su carácter.

Pero por bajo, malicioso y bellaco que sea Sancho, todavía hay en él cierta especie de límite en su maldad en donde hay escrito un «de aquí no pasarás.» En el fondo es un buen hombre, y tiene además tres dedos de enjundia de cristiano viejo. No es tan tonto que crea en los encantos de que se está burlando á cada paso, ni que por arte de birli-birloque haya venido allí Sanson Carrasco á ponerse en lugar de uno de los enemigos de Don Quijote. ¿Por qué ese instinto repentino de homicida y de cobarde? ¿Qué extraño interés le mueve en contra de enemigos de su amo, de quienes no tiene noticia alguna, para aconsejar un verdadero asesinato bajo la peregrina excusa de *por sí ó por nó?* Esto quiere decir patentemente: si es un enemigo de mi amo, muera; si no lo es, y efectivamente el bachiller es el bachiller Sanson Carrasco, muera tambien el sin culpa, el amigo, el vecino, el hombre generoso y benévolo que entre todos los personajes de la fábula es el que más interés se toma por el bien de Don Quijote.

Pero aún hay más. Nuestro ingenioso hidalgo, ántes de andante caballero, es conocido por el sobrenombre de Quijano el Bueno, y como andante uno de los más fieles y rigorosos observantes de las leyes del honor y de la caballería. Ahora bien, no es de caballero matar á un contrario, rendido y sin sentido en el suelo. El caballero que derribaba á un contendiente se daba por satisfecho segun la escuela del honor y del valor. No debe haber en ellos animosidad ni deseos de dañar corporalmente: no debia tolerarse ni la más remota sombra de ensañamiento salvaje contra un vencido, pues harta desgracia era la suya, el perder la prez y la honra de la batalla. ¿Cómo explicarnos que Don Quijote apruebe el insidioso y bajo y traidor consejo de Sancho, y saque la espada para poner en efecto el aviso de su escudero? ¿No se ve palpablemente que aquí hay dos historias y dos sentidos? ¿No se advierte, sin que quede lugar á duda, que la historia interna, el sentido solapado es el que aquí predomina hasta el punto de resultar inconsecuencias y defectos en el sentido literal?

Más adelante notamos que el escudero del caballero del Bosque, al ser reconocido por Sancho como su vecino y compadre, dice las siguientes significativas palabras, que parecen no tener otro objeto que apartar la atencion del lector del lance puramente caballeresco que se describe y fijarla en lo que va escrito entre líneas: «luégo os diré, continúa, los arcaduces, embustes y enredos por dónde soy aquí venido.» Tomé Cecial no cumple su promesa, simplemente porque bajo el aspecto literario no tiene arcaduces, embustes ni enredos que aclarar ni referir, y lo único que podia decir ya lo habia dicho en su coloquio con Sancho, es á saber: «que mi amo, porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace el loco.» Aquí no hay nada de enredos, embustes ni arcaduces, sino al contrario, una intencion muy recta y benévola.

Vuelto ya en sí el caballero, le pone Don Quijote la punta de la espada encima del rostro, y á la intimacion de costumbre responde: «Confieso que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea.» Clemencin, á quien he calificado como «el ciego que más ha visto» entre los críticos de la letra, al

llegar á este pasaje, hizo una significativa llamada á la atencion de los lectores, observando, que ni la situacion del caido ni la ira del vencedor, podian justificar este lenguaje semi burlesco.

En efecto, si el poeta, como Cervantes insiste en declarar, ha de ajustarse á la verosimilitud é imitacion de la naturaleza en todo lo posible, fuera de lo cual no hay belleza que tal lo sea, á los ojos de las gentes discretas, esta respuesta de Sanson debia eliminarse de un cuadro tan asombrosamente natural y verosímil como lo es la fábula del QUIJOTE. Bueno es que en circunstancias normales se pueda esperar longanimidad y paciencia hasta de un loco. Tolerable y aceptable es que veamos calma y moderacion en Don Quijote áun en el instante en que le tocan á su valor y su honra, y que sin levantar el brazo ni mover la lengua, escuche del caballero que le ha vencido y que toda su fama y honra se ha traspasado á él; pero, como suele decirse, la paciencia tiene sus límites, y tanto tirar del cordelejo acaba áun con la de Job. Antes se trataba sólo de Don Quijote en primer término. Ahora se trata en primer término de Dulcinea. Don Quijote se muestra serio y grave en todo el discurso de esta aventura, tiene la ocasion en la mano y la espada está tocando el rostro de uno que dice ser enemigo suyo. Aquí no es la cuestion del temperamento de Don Quijote, ni Sanson pudiera aventurarse á jugar los dados y confiar en que su vecino tendria discrecion. El punto importante aquí es la seguridad propia del bachiller y el estado en que se encuentra, que no es el más á propósito para venirse con gracias ni con chistes. Nadie puede aceptar como verosímil, que un hombre que pierde el sentido al espantoso golpe de una caida del caballo abajo, y que ve sobre sí á un loco con un arma ofensiva sobre su boca, tenga valor ni humor para chancearse cuando su vida ó su muerte penden de un movimiento del brazo de una persona tan poco de fiar en aquel instante, y mucho más cuando sus palabras versan sobre la cuestion más sagrada, sobre el punto más sensitivo para el ingenioso hidalgo. En el carácter grave y en aquella situacion tan solemne para el vencedor, no habrá lector que en ello medite, que no crea inverosímil é inútilmente aventurada la respuesta del bachiller caido. Eslo, en efecto, en el sentido literal, pues por un chiste más ó ménos en el curso de tan cómica fábula, no habia de exponerse Cervantes á aventurar lo inverosímil é impropio que tanto condena y tan opuestos son á las reglas del arte.

Pero ya lo hemos dicho, la segunda historia ó el velado argumento domina tanto la mente del autor en esta inimitable aventura, que sólo así puede perdonársele este lunar, que si parece mal mirando sólo la corteza, cuando se mira el fondo acrecienta más la hermosura del libro. Aquí nos ofrece el autor una prueba más, y esta es elocuentísima, del verdadero asunto de que se trata debajo de estas apariencias de desafío por damas de carne y hueso. Y ¿quién no ve la habilidad é ingenio con que refigura Cervantes á la Inquisicion y al clero al hablar de las barbas de Casildea?

El simbolismo de esta aventura es un verdadero esfuerzo del genio de la sátira, coronado con el éxito más feliz. Todo conspira y concurre á representar dos combates y dos personajes combatientes al mismo tiempo, en uno de los cuales versa el fondo sobre intereses privados y en otro sobre intereses universales para los hombres. Aquí pelean dos caballeros bajo un aspecto y dos creencias ó sistemas bajo el otro. Aquí hay dos damas por una parte y por otra dos ideas, dos principios de política. De un lado vemos al caballero de los Espejos y á Don Quijote, á Dulcinea y Casildea, y de otro á Blanco de Paz y Cervantes, y en estos al espíritu intolerante en el primero y al espíritu libre en el segundo; á la fe avasalladora en Casildea y á la razon tolerante en Dulcinea. El caballero de los Espejos desaparece para dar lugar al dominico, al comisario oficioso del Santo Oficio. Don Quijote desaparece para dar lugar á Cervantes, enemigo de la Inquisicion y de los fanatismos. El tema es, quién ha vencido á quién, y quién vencera en lo futuro.

CAPÍTULO XVI.—1.—*Su rostro.*—Al comenzar nos dice el autor que Don Quijote era de complexion recia, seco de carnes y enjuto de rostro; pero reserva para este lugar ya avanzado de la segunda parte el decirnos sobre la longura de su cabello, grandeza de su cuerpo y amarillez de su rostro que otro novelista habria encajado de un golpe á las primeras de cambio, agotando ya la novedad é interés para en lo sucesivo. Y no se diga que estas son minucias, pues nada más indispensable y natural que hablar un autor de la estatura de su héroe y de su cabello, si en efecto era notable por su longura. Todavía para refigurarnos bien el aspecto personal de Don Quijote, tenemos que volver algo atrás y tomar los detalles de entre-cano, de nariz aguileña y algo corva y bigotes grandes, negros y caidos. Está, pues, hecha la filiacion en tres lugares distintos y podia completarse y refundirse de la siguiente manera: alto de cuerpo, complexion recia, seco de carnes, estirado y avellanado de miembros, cabello largo, entrecano, flaco, enjuto y amarillo de rostro, de nariz aguileña y algo corva y bigotes grandes, negros y caidos. Esta figura, verdaderamente majestuosa, noble, imponente y de una hermosura varonil al par que espiritual y poética, es la que corresponde al retrato moral, que es la suma y compendio de todas las calidades y prendas que enaltecen á la especie humana.

¿Seria que Cervantes no tuvo al principio la idea del aspecto de Don Quijote, tan completa como despues la fué formando? Es muy posible, pero tambien es cierto, que segun el plan y lo elevado de las miras del autor, no se necesitaba descripcion personal tan minuciosa del protagonista, pues todo lo que tendiese á particularizarle, era quitarle del carácter ó significacion de tipo universal como lo es Don Quijote. En efecto, quítense las adiciones descriptivas que vemos en la aventura con el caballero de los Espejos y el apéndice que nos da en esta con el caballero del Verde Gaban, y léjos de perder gana la figura de Don Quijote, porque con la breve descripcion primera se nos presenta más indeterminado, más ideal, más universal. La razon de haberse apartado de este artístico designio es muy patente y obvia. La adicion que vemos en la pintura que hace el bachiller de Don Quijote, es lo que corresponde á Cervantes, que en aquel momento sustituye al ingenioso hidalgo. Las señas de entre-cano, nariz aguileña y algo corva, y bigotes grandes, negros y caidos, corresponden á la fisonomía de Cervantes y con ellas completa la de Don Quijote.

CAPÍTULO XVII.—1.—*Aceite sobre el agua.*—En su lugar correspondiente se hicieron algunas observaciones sobre lo aventurado que fué en el Sr. Hartzenbusch el haber quitado este encabezamiento del capítulo X y puéstoselo al presente capítulo XVII. Pero

aún tenemos nuevas observaciones que hacer á las razones y fundamentos alegados por el corrector para justificar el trueque. El argumento principal en que se fija el Sr. Hartzenbusch es que Cervantes habla de extraordinarias, inauditas locuras que hizo Don Quijote, y va tomando frases y expresiones del dicho encabezamiento, y comparándolas con el texto de este capítulo, deduce que debe corresponderle la tal cabeza más bien que al capítulo X en que no se habla sino del encanto de Dulcinea.

Pues bien, yo encuentro que todas estas razones del corrector se vuelven en contra de su opinion. Y la razon es sencilla. Si dentro del capítulo XVII se dice que es *gran locura* creer que los requesones derretidos es ablandamiento de cascos por arte de encantadores, y gran *temeridad* y *disparate* el querer pelear con dos grandes leones, y que llegó aquí el hidalgo al *extremo* de su *jamás vista locura*, y que no hallaba razones para hacerla *creible*, ¿á qué venia la redundancia de poner el autor esto mismo en el encabezamiento? Si los sucesos y los personajes lo están diciendo, ¿no es evidente que el autor no tenia necesidad de repetirlo? Claro es que ese encabezamiento dirigido á ponderar lo extraño de las locuras del hidalgo, corresponde al capítulo X donde se hallaba, en donde califica así los hechos ó dichos de Don Quijote, cabalmente para no tenerlo que hacer en el curso del capítulo, como en efecto, no lo hace.

Por lo demás, paréceme que por temeraria que sea la aventura de los leones, entra bajo el nivel de la manía que le llevó á pelear contra molinos de viento, yangüeses, enlutados y disciplinantes, y el creer que encantadores le ablandaban los cascos no es mayor disparate que el creer yelmo de Mambrino á una bacía de barbero. Por el contrario, lo que es nuevo é inaudito é increible, es que Don Quijote cayese en el lazo tendido por Sancho y se imaginase que Dulcinea estaba convertida en aldeana soez con todo lo demás que allí se cuenta. Podemos aún añadir, que los calificativos de *temeridad* y de *espantosa hazaña* están bien con referencia á la aventura de los leones; pero el encabezamiento no habla más sino de locuras, que llegaron al término y raya de las mayores, y si efectivamente hubiese escrito Cervantes esa embocadura para el capítulo XVII, habria intercalado aquellos adjetivos tan apropiados á los hechos que iba á narrar.

2.—*En la celada.*—Este incidente de los requesones es sin duda la parte cómico-burlesca ó parodia de esta escena caballeresca. En los libros de caballerías hay combates con endriagos y monstruos y el pintor naturalista Cervantes no podia introducir esta casta de séres. Los leones llenan muy bien el hueco de esos vestiglos, y su aparicion, como regalo ó envío á su Majestad el Rey, por el general de Oran, es de lo más plausible, llano y verosímil que puede imaginarse. Pero este mismo incidente que viene á terminar tan en ridículo, lo aprovecha el autor para mostrar cuán fácilmente se engaña y se hace creer todo lo que la malicia quiere, á los que fanatizados admiten la perturbacion de las leyes naturales por agencias superiores ya sea de Dios, ya del diablo, ya se llamen encantos, ya milagros. Este tema lo presenta Cervantes á menudo en sus obras con innumerables variaciones, y es una sátira finísima é indirecta contra las creencias y preocupaciones religiosas de entónces y de todos los tiempos.

3.—*¡Leoncitos á mí!*—El arte y habilidad de nuestro escritor para decir lo que quiere, en donde y como le interesa, y de traer á cuenta asuntos personales suyos, sin que por eso se rebaje la importancia ni se amengüe la alteza de su concepcion artística, paréceme que está bien demostrado en el curso de este exámen crítico; pero si pruebas faltasen, aquí tenemos una que no deja dudar de su transfiguracion en Don Quijote. No debemos olvidar, y esto, por la razon sencilla de que nunca lo perdió de vista Cervantes, que éste tuvo una especie de manía ó flaco ó como quiera llamarse por el valor personal, que consideraba á modo del distintivo de un verdadero caballero. Hay pasajes innumerables en sus obras donde se revela esta idolatría por el esfuerzo de ánimo, y como dice en *El Gallardo Español*, su ideal no era sólo la valentía sino acompañada del saber. El número de valientes, por desgracia, ha sido sin número en la historia de la humanidad;

« Pero el ser valiente y sabio,
Pocas veces se concierta. »

Donde quiera que en sus escritos se vislumbra su personalidad, vemos su empeño, su fruicion, su orgullo en haber sido, segun su expresion, nacido con inclinacion ó bajo el influjo de Marte y de Apolo. He tratado y aún habré de tratar de esto en otros lugares, pero en este conviene exclusivamente hablar más por extenso de esta tendencia de Cervantes á lo belicoso. Que tal disposicion fué dote especial de naturaleza, no puede ser punto de disputa. Cervantes, como otros infinitos, nació con corazon grande é intrépido, así como suelen nacer infinitos más con corazon encogido ó pequeño; pero en la composicion de esta gran dote personal entraron otros elementos. Cervantes se amamantó con la lectura de libros de héroes, y en especial de caballeros andantes, que eran la suma y cifra, flor y nata del valor. Si no bastasen como estímulo los Amadises, Roldanes y Belianises, Plutarco le daba mil Alejandros. Aunque no hubiese sido soldado, que la profesion misma obliga, el hecho de nacer español é hidalgo, en una época de conquista y de grandeza, donde dominaban el puntillo y el escrúpulo del honor, y en donde casi todo se encomendaba á la punta de la tizona, bastaba para haberle infundido esa alta idea del denuedo y de la osadía. Queda aún que tener en cuenta la superioridad de la inteligencia y los vuelos del alma que cuanto más se eleva es más libre, y la libertad del alma es el secreto del valor personal que desconoce todo peligro, porque por una parte mata el dolor físico, que suele ser el temor de algunos, y por otra alienta tanto más al hombre cuanto que no se aventura sino á empresas con las cuales acrecentará su fama y buena opinion entre las gentes, y este fué uno de los grandes móviles de todas las grandes acciones, y uno de los que guiaron siempre á Cervantes, puesto que sobre este influjo de la fama tiene en el QUIJOTE un diálogo especial con su escudero. Cervantes no se equivocaba al decir, que en su tiempo al ménos, la fama que se alcanzaba por las armas, como grabada con punta de acero, era más duradera. La historia atestigua ser esto verdad, pues los nombres de Aníbal, Escipion, Marcelo, César, Alejandro, Epaminondas, Cárlo Magno, el Cid, Pelayo y tantos

otros serán tan duraderos ó más que los de los hombres que pasaron su vida en contemplacion de las ciencias, y cuando durasen lo mismo, los héroes militares aparecen siempre con más esplendor á los ojos de la posteridad, y se han enorgullecido más familias al contar á un general valiente entre sus antepasados, que no á un poeta, filósofo ó moralista.

Pues bien, este esplendor era lo que á Cervantes fascinaba, y el deseo de la fama lo que su alma encendia con noble ambicion, y no así como quiera, sino que en su espíritu quimérico y fantaseador, su empeño era por señalarse y hacer cosas inauditas. Cuando la primera ocasion se le ofreció que fué en la jornada de Lepanto, hizo de modo que logró en parte sus deseos, pues con ser simple soldado se hizo notar de sus jefes, y la posteridad conserva la fama de su arrojo, estimulado sin duda por la presencia de los jefes al hecho, por cuya razon y abundando en el parecer del filósofo inglés, escribió más adelante: «Dichoso es el soldado que cuando está peleando sabe que le está mirando su príncipe,» alusion indudable á su caso personal, donde mandaba las fuerzas el príncipe Don Juan de Austria, pues de otra suerte habria dicho su capitan, su general ó su jefe, toda vez que no es lo comun que manden príncipes los ejércitos. La ocasion segunda que se le ofrece es en su cautiverio. Si hubiese nacido sólo bajo el influjo de Apolo, su servidumbre no hubiera sido diferente de la de tantos otros letrados como pasaron años en Argel; pero el espíritu animoso de alumno de Marte le guió en todo aquel período de trabajos y peligros y él mismo se forjó una campaña en que habria de pelear por la libertad contra mil obstáculos, inconvenientes y daños y temores de perder la vida en la demanda. Fué, en efecto, una campaña la que emprendió con la idea de hacer lo que nadie habia hecho, pensamiento siempre dominante en su vida. El alcanzar la libertad suya únicamente habria sido cosa fácil; pero lo difícil, arriesgado y aventurado, que era libertar á muchos y aspirar á alzarse con la ciudad y los bajeles y las riquezas del rey Asan Agá, era cabalmente lo propio de un corazon esforzado y amante de la fama y de la gloria, tanto más cuanto que las circunstancias venian en contra suya, pues en vez de reinar un hombre humano, reinaba en Argel un tigre carnicero en forma de sér racional. Esta campaña y dilatada guerra peligrosísima donde á cada momento y por la menor cosa podia ser empalado ó ahorcado por el rey, era lo que su temple poético y aventurero deseaba para mostrarse al nivel de la ocasion y subir el ánimo en proporcion á los peligros. El cómo salió de ella es, por fortuna, bien sabido, y de acuerdo con su mismo sentir, aunque no hubiera escrito el Quijote, ni manejado la pluma, siempre se sabria, porque quedó memoria indeleble, que por los años de 1573 al de 1578, hubo un jóven soldado español estropeado y cautivo, llamado tal de Saavedra, que hizo cosas extraordinarias por alcanzar su libertad y la de sus compatriotas, y que el mismo tirano rey estaba admirado de su osadía y atrevimiento, tales que por su misma grandeza cambiaron para con él su carácter cruel y homicida del humano género.

Figurémonos, pues, á este hombre, vuelto despues á España, sacado de esos grandes teatros en que habia mostrado la grandeza de su carácter y metido en pequeños círculos de mezquinos intereses, mezquinas ambiciones y hombres mezquinos y pequeños. ¡Cuántas veces, porque él no llevaba un letrero en la frente con la historia de Lepanto y de Argel, cuántas veces, repito, se veria ultrajado é indignado sin poder vencer á miserables cínifes que le rodeaban y amenazado acaso con temores de la Inquisicion, de la justicia, de la Santa Hermandad, del juez, del ministril, el hombre que no habia tenido miedo á un leon carnicero como Asan Agá, más temible que las fieras del africano desierto cuyas garras desafió el ínclito Don Manuel de Leon á quien el hidalgo se compara! ¡Con cuánta razon no se desahoga y toma su compensacion con la habilidad de su ingenio, transfigurado en Don Quijote, y diciendo á sus mezquinos y despreciables enemigos: «¡Leoncitos, á mí! ¡á mí, leoncitos, y á tales horas! es decir, despues que en mi vida he afrontado los mayores peligros y quitado los dientes y las uñas del mayor tirano y del hombre más cruel que dominó en la africana tierra de Argel!»

Esta aventura concebida y descrita para mostrar el extremo mayor de valentía del hidalgo me ha parecido siempre una de aquellas en que más se transfigura Cervantes, y en la que se halla más en su elemento, porque no puede ser materia más apropiada para un carácter valeroso que hablar del valor temerario, y el afrontar Don Quijote la ferocidad de los leones, no llega al ánimo de Cervantes afrontando al cruelísimo leon Asan Agá.

4.—*Su huron atrevido.*—Nunca he participado de la opinion corriente que ve en Don Diego de Miranda el tipo del caballero discreto y la suma de las perfecciones sociales. Creo que se desprende más bien de la pintura el concepto de una nulidad perfecta revestida de aparente discrecion: una de esas figuras de egoistas disfrazados, de quienes sólo se puede decir, que parecen algo en sociedad porque la fortuna les impide el mostrar la nada de sus entendimientos y corazones. Ante todo debemos notar la ocasion y coyuntura en que Cervantes introduce á este buen señor del *Verde* Gaban, como si falto de otro fundamento moral, tuviese que apelar al color de la ropa para honrarle ó distinguirle. Es curioso el ver cómo Cervantes describe particularmente el color de todas las prendas de su traje y aderezo del caballo, hasta el punto de advertirnos que hasta las espuelas eran verdes, para estar de acuerdo con todo el vestido, en lo cual, á ménos que otro fin no descubra algun diligente anotador, no veo más sino esas rarezas ó manías de hombre rico y desocupado, que en su género tienen clara y patente derivacion de flaquezas del cerebro. En suma, el señor Verde, se me figura por el conjunto de detalles que da Cervantes, un carácter de poquedad, nimiedad, presuncion y egoismo, que sólo puede resaltar en sociedad por los accidentes de posicion y de fortuna, y que quitadas las riquezas que poseia y las armas de nobleza que tenia puestas encima de la puerta de la casa, quedaria reducido personalmente á una nulidad é inteligencia completas.

Y ¿cuándo introduce á este personaje? á seguida de una aventura en que el autor hace el protagonista y revela las grandes luchas de su vida y ántes de la aventura de los leones, donde muestra el extremo de esfuerzo de su ánimo Al lado de una vida tan asendereada y novelesca y de un carácter activo y valeroso como aparece el de Cervantes, contrasta admirablemente la pintura de uno de esos hombres inútiles, de quienes sólo puede decirse, que nacen, comen y mueren sin trabajos ni batallas con la adversidad ó la pobreza ó los vicios y males del mundo; pues bien cuida Cervantes de decirnos, que el gran contratiempo, amargura, adversidad,

la gran batalla de la vida que apenaba al buen hidalgo de lo verde, era que el hijo se dedicase á la poesía, y nó á la teología ó jurisprudencia, y principalmente á la primera, á quien llama reina de todas las ciencias.

Es preciso tener muy en cuenta la genialidad de nuestro autor y los papeles que deben representar Don Quijote y Sancho en lo literal de la fábula, para comprender bien la significacion que tiene esa entrada de este personaje entre dos extraordinarias aventuras, que en lo alegórico contienen una como apología del carácter moral y espiritual de Cervantes. La nimiedad, mezquindad y pobreza que revela el de Don Diego, muy luégo se advierte en varios pasajes. Desde su aparicion en escena viene ya rebajado en extremo por la leccion que le dan Don Quijote y Sancho de sociabilidad y trato humano. Era costumbre entre caminantes de cierta distincion, cuando llevaban el mismo derrotero, el gozar recíprocamente del gusto de la compañía y conversacion, tan deseable en la soledad de los despoblados. Don Diego no es un azacan ó mensajero que necesitase ganar horas, y sin embargo, con sentimiento de amo y mozo, se les pasa de largo despues del saludo. Esto hace que Don Quijote, extremo de la cortesía y sociabilidad, le suelte la siguiente pulla: «Señor galan, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos.» La excusa que da es tan pueril, como oportuna la contestacion de Sancho; pero áun suponiendo que Rocinante estuviese en la flor de su edad y fuese uno de estos llamados caballos padres, el sentimiento expansivo y comunicativo de un carácter noble y generoso no se privaria de la compañía y plática con unos caminantes por una causa tan fútil y remota.

Que el contraste entre dos caracteres tan opuestos sirve á Cervantes para hacer resaltar más la figura de Don Quijote y por ende la suya propia, de que hay una verdadera apología en esta aventura de los leones y encuentro con ese hidalgo de aldea, no hay que esforzarse mucho para demostrarlo. Marca la diferencia que va de un hombre hidalgo, favorecido por la fortuna, que se entretiene en la caza y en la pesca, y en la vida perezosa de un lugar pequeño, á un hidalgo pobre, lleno de ambicion, de fama y de gloria para quien ya no una aldea sino hasta el mundo es pequeño. El uno no puede concebir que hubiese entónces en la tierra quien favoreciese viudas, amparase doncellas, honrase casadas y socorriese huérfanos; miéntras que el otro no cree posible otra ocupacion más natural y honrosa para un caballero. En suma, se atreve hasta á decir de sí mismo Cervantes, por un modo ingenioso, que con sus hazañas y verdaderas caballerías, pondria en olvido las de tantos fingidos caballeros andantes.

¿No es posible que esta misma significacion y espíritu tengan esas afirmaciones del prólogo, de que se proponia acabar con los libros de caballerías, dando á entender, que él y su vida, llena de hechos verdaderos de arrojo y valentía, pondrian en olvido á tantas historias mentirosas? No se olvide, que con dificultad olvida un hombre sus méritos, servicios y acciones heróicas cuando sus semejantes ó su patria se empeñan en no reconocerlos y premiarlos. Cervantes tenia pendiente esta cuenta con el Estado y supo cobrarse con su ingenio.

Pero donde más de manifiesto se halla el intento de Cervantes al traer á escena á este hidalgo de montera, devoto de Nuestra Señora y oyente cotidiano de su misa, es entrada ya la aventura, en la cual realmente no se trata de demencia de Don Quijote, como más adelante se declara, sino de ofrecer contraste de un ánimo valiente hasta lo temerario y de un ánimo apocado. Establecida la hipóstasis del caballero de la *Triste Figura*, se ve patentemente que el autor imagina el encuentro con los leones, por poner á estos animales como símbolos del peligro mayor á que podia exponerse un caballero, y si el mismo enemigo eterno de la especie humana pudiera haber sido representado entrando en batalla sin faltar á lo verosímil, lo mismo habria hecho Don Quijote, segun se desprende de sus palabras: «Venga lo que viniere, que aquí estoy para tomarme *con el mismo Satanás* en persona.»

Aquí deseó Cervantes manifestar el temple de su brioso pecho, para el cual no hubo cosa que le arredrase, empresa que le pareciese dificultosa, ni peligro que en lo más mínimo le acobardase. Y nada es más cómico y de más realce, que el ver á un héroe de este temple juzgado por un caballero de alfeñique, que no ha salido de una pobre aldea. El concepto en que le tiene el autor, se manifiesta en las palabras de desprecio con que Don Quijote le dice: «Váyase vuesa merced, señor hidalgo, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio.»

4.—*Pero el esfuerzo y el ánimo.*—Cada vez se ve más claramente que el objeto de Cervantes en esta aventura de los leones, no es otro que poner de relieve su valor temerario y extremado, y esta alusion á sus enemigos lo confirma plenamente. En efecto, Cervantes cedió y fué vencido en la cuestion de suerte, porque peleaba contra adversarios escondidos y calumniadores maliciosos; pero por medio de este alegórico artificio hace ver, que en una cosa se estrellaron todos y fué en no poder vencer su ánimo esforzado, capaz de tomarse, como él dice, con el mismo Satanás en persona. El valor personal, el ánimo grande de soldado, y mejor diré, la valentía heróica y temeraria, fué el tema ó noble flaqueza de Cervantes.

5.—*Tímido y cobarde.*—Quizás no hay pasaje en todo el poema en que más trasparente que en este se vea la personalidad del autor en la del héroe. Es la única aventura en que Don Quijote entra, como podríamos decir, «á beneficio de inventario,» es decir, sabiendo que era locura y temeridad el acometerla. Bajo el aspecto ó sentido literal, podríamos exclamar: ¡á Dios ilusion! un loco que reconoce la locura de sus actos, ¿en qué manicomio se ha visto? Y no sólo la reconoce, sino que discute y razona sobre ella hasta el punto de que le contesta el caballero don Diego, que todo lo que ha dicho «va nivelado *con el fiel de la misma razon.*» En otro lugar indiqué cómo Cervantes en esta segunda parte de su fábula, se deja correr más atrevidamente y pone más á las claras el argumento interno.

Capitulo XVIII.—1.— *Y no lo piense.*—Aquí hay evidentemente una alusion á Lope de Vega y otra á Cervantes mismo. Cuando dice que «no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo,» estamos viendo la personalidad de Lope, más que la de ningun otro, pues fué, de veras, presumido de su vena poética. Pero conociendo el temple y estilo cervánticos, no puede ménos de verse, que en la otra expresion de «alguno habrá que lo sea y no lo piense,» hace el autor referen-

cia á su propia causa. La cuestion de si Cervantes fué ó no poeta, se ha tratado de diverso modo segun los tiempos y las personas. Hay quienes le niegan esta cualidad y quienes se la conceden en grado preeminente y entre estos últimos figuran los extranjeros. Yo creo que esta disputa es algo risible, porque poeta ante todo es creador, inventor, y en esta parte pocos á Cervantes llegan. En esta disputa siempre se ha confundido lo que es fondo con lo que es forma. La poesía está en el pensamiento y la forma ó el verso no es más que expresion más ó ménos bella de un pensamiento poético. Síguese, pues, que puede haber y hay tanta poesía en un libro en prosa como en uno en verso, y lo que faltará al primero es la forma.

Que alude Cervantes á sí mismo se comprueba, porque tuvo de sí pobre opinion como poeta en el sentido de versificador, como se ve cuando dice:

«Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.»

Estas son señas mortales de ser nuestro autor ese alguno «que sea gran poeta y *no lo piense.*»

2.—*La vida el defenderla.*—No puede ménos de excitar la risa el recordar que además de todas estas perfecciones y habilidades que se supone debia poseer Don Quijote, sabia hacer jaulas y palillos de dientes.

Da la casualidad de que siempre que el autor hace el retrato moral de un perfecto caballero, ó mejor dicho, siempre que describe las prendas espirituales de Don Quijote, se retrata él á sí propio, y todos pueden reconocer la identidad de parecido que hay en la que nos ocupa con los rasgos de carácter del jóven cautivo en Argel.

Clemencin dijo una gran verdad cuando afirmó que «nada huelga en el QUIJOTE.» Esas mismas trivialidades al parecer, como la que acaba de mencionarse, de que sabia hacer *con especialidad* «jaulas y palillos de dientes,» tal vez, y áun sin tal vez, no es decir por decir, sino que tiene un gran fundamento de verdad. Sabido es, que los cautivos y presos se ocupaban en hacer todas aquellas obras manuales que en sus ratos largos de ocio pudieran ser vendibles fácilmente y con su producto atender á las superfluidades que están muy léjos de satisfacer los rigorosos amos y carceleros. Durante los cinco años y medio que Cervantes estuvo cautivo, es de presumir que no recibió auxilios pecuniarios por ningun conducto. Una de las más generales ocupaciones de los forzados en galeras en aquel tiempo era el de hacer palillos de dientes, de hueso, con extremada labor y primor, industria que no necesitaba gran empleo de capital en los instrumentos. Mateo Aleman en su *Guzman de Alfarache*, hace especial mencion de esta mercancía, que vendian luégo los galeotes, sirviéndoles su producto para satisfaccion de algunos gustos ó pasatiempos. La fabricacion de cestas y jaulas entraba tambien en la categoría de esos pasatiempos que no exigen grandes gastos ni aparatos y son al mismo tiempo mercaderías de venta fácil. Nada, pues, seria de extrañar, que en lo dicho por Don Quijote á su sobrina aludiese Cervantes á esas dos clases de curiosidades que salian de sus manos, en el largo cautiverio.

3.—*Yo me daré á entender.*—Algo debe faltar en el texto, ó la frase de don Lorenzo es un desatino ó una impertinencia. Don Quijote no habla latin malo ni bueno, continuado ni interrumpido, y es de creer que aquí habria un pasaje que se quedó por imprimir. La naturaleza de la plática así lo hace conjeturar y que Don Quijote debió extenderse á tocar ese punto al cual se hace especial referencia en los siguientes versos de Urganda la Desconocida:

«Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-
Hablar latines rehu-»

4.—*Se partieron.*—No insistiria en el exámen de este raro episodio, si como ya se ha dicho, no estuviese muy extendida la opinion de que en este personaje don Diego, quiso darnos el autor una completa pintura de un caballero discreto, perfecto y acabado. En mi concepto nada hay más erróneo ni más distante de la evidencia que el texto nos ofrece. Sobre todas las consideraciones á que da lugar esta aventura descuella la de ser imposible que Cervantes intentase pintar ni presentar un personaje subalterno que pudiese sobrepujar bajo ningun estilo á la excelencia del protagonista. Con toda su levadura de demencia, Don Quijote quedará siempre por encima de todos los personajes de la ficcion que ha podido ni pueda crear imaginacion de poeta alguno. Este es el objeto bien determinado y la mira persistente de Cervantes, y si por ventura podemos decir que don Diego sobrepuja á todas las demás *dramatis personæ*, está muy léjos de ser el tipo que se pretende.

En mi sentir, la introduccion de este personaje no tiene otro objeto sino el de poner un término de comparacion entre caballero y caballero para que resalte más la figura de Don Quijote. Bien explica el ingenioso hidalgo la distancia que hay entre los ejercicios de los cortesanos y los andantes, y con todo eso, don Diego aún se está muy desviado del tipo de un caballero cortesano. Lo más que se puede sacar de su pintura aplicable á él, es lo de sustentar á los pobres con el espléndido plato de su mesa, lo de ser liberal y buen cristiano sobre todo. Paréceme que los críticos apasionados de don Diego se enamoran principalmente de esto último, y quedan encantados con saber que iba á misa diariamente, era devoto de Nuestra Señora y confiaba siempre en la misericordia infinita de Dios; pero tambien hay que confesar que muy topo ha de ser el que no conozca la idea que se desprende del conjunto del papel representado en este episodio por el cazador hidalgo, y que con toda la desventaja que lleva el huésped con su pizmienta caballería andante, resulta en este episodio que don Diego y don Lorenzo quedan á mucha distancia de la gran figura de Don Quijote, y aún quedan más retirados en el fondo, cuando se ve que nuestro hidalgo entiende por andante caballería el ideal de perfeccion y de virtudes humanas.

CAPÍTULO XX.—1.—*Lo suple.*—Es de notar esta poltronería de Sancho y falta de agibilibus é iniciativa áun para aquello que tanto le aguijoneaba, como era el hambre, y tanto le complacia como la satisfaccion de su gula. Comparado con él, Don Quijote, que representa el espíritu contemplativo, alejado de lo real y terrenal, es un hombre de accion en toda la extension de la palabra. Véase con qué presteza y diligencia ocurre á todas sus necesidades y deseos con una especie de voluntad semi-divina que no requiere más que el *fiat.* El hace su morrion de papel, desgaja un tronco de árbol cuando le hace falta la lanza, busca sus ingredientes y confecciona el bálsamo de Fierabras: necesita un rosario en Sierra Morena, y en dos paletas se busca este instrumento de devocion; no tiene papel para extender las libranzas pollinescas, y las escribe en un libro de memorias; rómpesele la celada, y en un punto habilita por yelmo la bacía de un barbero. La necesidad engendra el deseo, y el deseo el acto casi sin solucion de continuidad, miéntras que el hombre práctico se atolla y atasca para tomar un par de gansos que le ofrecen, y ni encuentra cucharon con que sacarlos ni caldero en que zambullirlos. Y es que la inteligencia meridional de Cervantes, representada en Don Quijote, tiene sobre las de otras razas el privllegio y ventaja de no obrar sino encarnándose y tomando cuerpo en la realidad acto continuo, ó lo que es lo mismo, que la idea y la forma son coexistentes en la viveza espiritual de la raza latina, de que el autor es tan relevante muestra.

2.—*Desta su Quiteria.*—Mucho ha descendido el termómetro de la locura caballeresca de Don Quijote cuando no sale de quicio y embiste á los labradores al oir que Quiteria es la más hermosa mujer del mundo. Ya se ha dicho que el carácter de Don Quijote se transforma de un modo notable en esta segunda parte, y todo esto prueba, en definitiva, que el intento de ridiculizar á los libros de caballería, si existió, se habia ido desvaneciendo en la mente de Cervantes.

3.—*Gato romano.*—Hablando del interés y de un bolson lleno de dinero, ¿no habia otro material que escoger, sino el pellejo de un gran gato *romano?* Don Quijote dice que el autor de la danza tenia más de *satírico* que de *vísperas.*

4.—*Otras teologías.*—El simple rústico ha ido tambien transformándose, y ya á estas alturas de la fábula, Don Quijote y Sancho son completamente uno. Esta idea de Sancho, ¡cosa extraña! será la única teología del porvenir, así como el amor, traducido en buenas obras, será el culto y la verdadera oracion en la religion futura. ¿Es todo esto *inconsciencia* en el genio? Llámesele como se quiera por los críticos: yo califico esto de profecía.

5.—*Palabras ociosas.*—No está floja la cuerda que ha disparado esta saeta, tratándose, como se trata, de materia puramente teológica. Cervantes no pierde ripio. En todas ocasiones encuentra lugar para una dentellada, y parece obedecer al dicho: «*pelottez.*»

CAPÍTULO XXI.—1.—*Bancos de Flandes.*—Desde que Sancho se ha regalado bien en la casa de don Diego y está regalándose con la abundante espuma de las ollas de Camacho, ha crecido su inteligencia y chispeado su ingenio como nunca. A pesar de todo su idealismo, decia Don Quijote que el trabajo y peso de las armas no podia llevarse «sin el gobierno de las tripas,» y Sancho, siendo ya Gobernador, dice estas palabras: «Dénme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire.» Pensar que puede haber rectitud de ideas ni discrecion en planes y proyectos de un hambriento, es desconocer la importante parte que la materia llamada *vil* por los místicos tiene en la funcion de la vida, y la necesidad que hay de un equilibrio entre lo físico y lo moral. La mayor parte de los desatinos del misticismo y aberraciones del ascetismo proviene de la flaqueza del estómago originada á fuerza de abstinencias y ayunos. Uno de los secretos de la discrecion y buen sentido que caracterizan la sociedad inglesa, es que nada se proyecta, establece ni lleva á cabo sin la intervencion obligada de banquetes.

2.—*¡Milagro! ¡milagro!*—Con razon escribe aquí Cervantes, que algunos de los presentes, «más *simples* que *curiosos*, comenzaron á decir: ¡milagro! ¡milagro!» En efecto, un poco de curiosidad ó investigacion, haria ver lo que en realidad fueron todos los milagros que se dice haberse realizado en los pasados tiempos, no siendo floja prueba de esta verdad, que desde que existe la prensa, y todo se examina y discute, no ha vuelto á darse el caso de milagro alguno. La respuesta de Basilio á los simples espectadores se hallaria siempre en el fondo de todos los que pasan por milagros: ¡industria! ¡industria!

3.—*De pelo en pecho.*—Generalmente ignora el lector el resorte ó registro por donde ha de salir la locura de Don Quijote, y esta es la marca de lo vario de la invencion del novelista. Parecia natural, como ya dije ántes, que se le fueran los estribos, cuando oyó aclamar á Quiteria como la mujer más hermosa del mundo, tan en perjuicio de Dulcinea del Toboso. Luégo que oyó que Quiteria y Basilio se amaban, y que Camacho venció en la amorosa lucha, más por sus riquezas que por sus prendas personales, tambien parecia propio que á vista de esta injusticia se exaltase el buen hidalgo y propusiese á toda costa evitar esa *fuerza* hecha á una doncella enamorada. Todo esto estaria en carácter y en consonancia con su extraña y nueva profesion, y más aún, con el propósito que se dice tuvo Cervantes. Pero nada de esto sucede, y la intervencion que viene á tener Don Quijote es cuando ya se ha verificado el desenlace, no siendo el hidalgo sino uno más, y por acaso el más valiente de los que sacan la espada y remiten á la fuerza el triunfo de los derechos de Basilio. Si Don Quijote es loco al hacer esto, muchos son los dementes y caballeros andantes ridículos, pues todos desenvainaron ántes que el hidalgo, y lo que es más, habria habido una sangrienta batalla entre *cuerdos* al parecer, si no la impide un *loco.*

En realidad, no interviene aquí Don Quijote como loco ni como andante, sino como discreto y caballero, y si dentro del diapason de su manía no sabemos nunca el resorte por donde ha de salir, en su carácter de hidalgo, bueno, generoso y noble, siempre podemos saber de antemano el camino que ha de tomar, y nadie seguramente se figuraria que se fuese al partido de Camacho por ser rico, y abandonase á Basilio por ser pobre, así como todos nos figuramos que Sancho habia de hacer justamente lo contrario, y cantar: «el Rey es mi gallo y á Camacho me atengo,» por la sola razon de tener ollas cargadas de gansos, y Basilio, á su parecer, llenas de «agua chirle.»

¿Cómo es posible afirmar que tenga por objeto ridiculizar á un personaje el autor que así dispone los sucesos y le hace repre-

sentar papeles tan nobles? Comprendo que haya querido ridiculizar el materialismo y positivismo grosero de Sancho, atisbando siempre donde pueda hallar otros cien doblones, donde pueda regalar su panza con buenas comidas ó dormir en regalado lecho, y debajo de cual mata le sale de repente una ínsula ó reina y una princesa con quien casar ó amancebarse, como él dice, por ser ya casado. ¡Pero á Don Quijote! ¡á ese carácter nobilísimo que nunca obra con mira alguna egoista é interesada, y es el único loco en la historia que nos fascina y encanta con su misma locura!

Siempre venimos á tocar en el verdadero secreto de estas apreciaciones erróneas, por no decir absurdas, á saber: que no se habia estudiado bien el QUIJOTE. El célebre apóstol Juan Wesley, como el poeta Heine, dijo: «No puedo perdonar á Cervantes el haber puesto en ridículo á Don Quijote.» Y ¿qué quieren decir con esta queja el escritor aleman y el reformador inglés? Que conocen y admiran y aman y se apasionan del alma grande y de las prendas nobles del hidalgo. Pues si esto consigue Cervantes, ¿qué más puede pedírsele? Que un autor se esmere en pintar con veneracion y respeto inflexibles á un personaje lleno de perfecciones, es cosa fácil; y nada de particular tiene que el vulgo y los sabios se prenden de un tal retrato ó carácter. Pero el mérito de Cervantes está en que es tan colosal, tan inmensa, tan majestuosa, tan sublime la figura de Don Quijote, que puede echar sobre ella todo el sarcasmo y la burla imaginables, y aún queda sublime, majestuosa y grande. Esto es lo que podemos llamar el gran *tour de force* del genio. De suerte, que sobre todos los héroes reales y ficticios, Don Quijote lleva la palma y la superioridad de haber pasado incólume por el crisol de la burla y el desprecio, que Don Quijote es como el sol: pasa sin mancharse por todas las inmundicias.

CAPÍTULO XXIII.—1.—*Por dificultoso.*—Ocioso me parece notar aquí, cómo se descubre á Cervantes en esta arenga de Don Quijote, al hablar de la pobreza y de la buena esposa. El buen hidalgo no era pobre ni casado; pero el autor tenia bastante triste experiencia de estas dos profesiones, por lo ménos de la primera, pues aunque Pellicer da á entender que nuestro autor fué infelicísimo en la eleccion de compañera, á falta de datos ciertos y evidentes, debemos conceder á doña Catalina de Palacios el beneficio de la duda.

Aunque Don Quijote y Sancho representan generalmente la exageracion del idealismo y el materialismo, no dejan de encontrarse y unirse en ciertos puntos de discrecion, como se ve aquí cuando se habla de las habilidades de Basilio. Sancho las ha condenado como infecundas, y estériles, y lo mismo hace Don Quijote, quien por primera vez parece salirse de su esfera cuando dice, que si le daban fama «no le daban dineros.» Esto es indudablemente una desviacion de carácter, y en el sentido literal, un defecto grave; pero es una belleza en el verdadero é importante sentido espiritual de la fábula, en el cual Don Quijote no es una individualidad ni un demente, ni áun está completo en sí mismo sin la añadidura de Sancho. Pero de esto ya se ha dicho lo conveniente en otros lugares.

2.—*Giralda de Sevilla.*—Por si acaso no se entendiese bien la bellísima alegoría (explicada ya en su lugar correspondiente), al tratar del combate simbólico del caballero de los Espejos con la famosa giganta de Sevilla, Cervantes tiene buen cuidado de insinuar aquí algunas notas interesantísimas. Las ocupaciones literarias del primo del Licenciado están expuestas con este especial propósito, y no es ménos significativo que hable del libro de *Metamorfóseos* ú *Ovidio español*, en donde la primera transformacion que se describe son las alegorías y metáforas concernientes á la Giralda de Sevilla.

CAPITULO XXIV.—1.—*Términos razonables.*—Es tan extraña esta digresion y observacion de Benengeli, que puede colocarse entre las más humorísticas, ingeniosas, traviesas y, sobre todo, irónicas de las muchas que el poema contiene. Esa duda del historiador de que pasase realmente á Don Quijote lo que de la cueva relata, cuando el objeto es pintar la elaboracion de un verdadero sueño, no tiene mejor calificativo que el de *cervántica*. Y si vamos á considerarla bajo el entendimiento de simple sátira contra los disparates de los libros de caballería y mera crónica de los hechos y dichos de un loco, ¿á qué viene esta digresion? ¿A quitar, por ventura, el efecto de tan inauditos disparates y deshacer con una lo que hace con la otra mano? Que todo va fuera de los términos razonables; y ¿quién puede ni debe esperar otra cosa de un hombre privado de la razon?

2.—*En sus historias.*—He reservado esta nota para este lugar, en que el autor mismo hace una especie de comentario sobre la aventura de la cueva de Montesinos. En él se llama la atencion hácia lo increible que parece la relacion hecha por Don Quijote y por otra parte á que el buen hidalgo era incapaz de mentir, dándose como solucion, que la habia inventado de acuerdo con sus lecturas. Bien se ve que esta digresion está hecha en el mejor estilo humorístico del autor, y que sin resolver nada no tiene otro objeto que el de servir de llamativo á la curiosidad de los lectores. Nadie, en efecto, podrá sostener, que esta aventura sea ménos verosímil que todas las anteriores. Al contrario, es la más natural y el producto más genuino de la situacion fundamental creada por el fabulista. Don Quijote sueña despierto, ó mejor dicho, vive en un mundo de ilusiones creado por él. ¿Qué cosa más natural que sueñe estando dormido? Si por la narracion se desprende que el hidalgo tiene la persuasion íntima de que despertó y ya despabilado y en su entero acuerdo vió lo que relata, el hecho de salir dormido como un liron de la cueva, deja entender que soñó que despertaba; y por consiguiente, todos los disparates é incongruencias que refiere, son propios y naturales de una verdadera pesadilla.

Lo notable é importante de esta aventura es que el autor sigue en ella el nuevo rumbo adoptado ya en la de los leones, de pintar á Don Quijote no loco, sino haciendo locuras *conscientemente*. En todas las demás se ve el efecto de la demencia en el juicio del hidalgo, sin que este se dé cuenta de los disparates que hace ó dice; pero en esta se ve el artificio ó laboratorio *consciente* y voluntario de Don Quijote, representando el papel de loco, es decir, forjando mentiras á sabiendas, como para tomar el pulso á la credulidad de sus oyentes. Y este es el único intento y el verdadero espíritu que encierra el episodio de la cueva de Montesinos, en lo cual no hay necesidad de encarecer lo agudo y penetrante de la sátira y burla que envuelve contra las narraciones

sinceras ó maliciosas, de tanto historiador dormido ó medio despierto, que han hecho pasar sus pesadillas y sueños como verdades á la humanidad ignorante y crédula. Aquí expone Cervantes el mecanismo sencillo que ha dado cuerpo y vida á tantas alucinaciones de la mente, á tantos sueños como andan con el pasaporte de sucesos reales y verdaderos sin ser más que artefactos de imaginacion semejantes á los que fabrica Don Quijote en la profundidad de la cueva.

Como pintura de un estado *afectivo* del espíritu, y de los fenómenos que en el sueño tienen lugar, es una obra maestra por la sorprendente verdad de los detalles, la mezcla de lo real y lo fingido, la incongruencia de los hechos, la soñolienta pesadez de ciertas ideas y la extraña lógica de los discursos.

Tiene tambien el mérito de poner al embustero Sancho en un mar de confusiones, con la aparicion de Dulcinea en traje y apariencia de labradora, cuyo incidente parece más bien que relacion cándida, resorte ingenioso de Don Quijote, hábilmente ideado para envolverle en sus propias redes.

Nótese la insistencia del hidalgo en decir, que á pesar de tanta cosa extraña y maravillosa como en tan corto tiempo ha visto, aún le pasaron otras mayores, y tales, que su misma incredibilidad haria creibles las que refiere. Todo esto contribuye á dar mayor carácter de misteriosa á su bajada á la cueva, y es recurso de arte que tantas veces y con tanta variedad vemos empleado por Cervantes.

3.—*De las gentes.*—Este primo, cuyo nombre no quiere dar el autor, y sólo conocemos su grado de parentesco con un Licenciado asimismo anónimo, es en su género un verdadero demente, y acaso le introduce Cervantes con la idea de poner de manifiesto los infinitos casos de personas que parecen en su cabal juicio y al lado de las cuales Don Quijote es el colmo del buen sentido. Pertenece, como se ve, á la categoría de los eruditos, que equivale á empleados en *acarreo*, porque incapaces de crear ni de pensar nada por su cuenta, se lucen con las ideas de otros, ó se entretienen en reunir y clasificar hechos, opiniones ó curiosidades. En absoluto no son perjudiciales más que para sí mismos, pues llegan á creerse algo por su comercio y contacto con las obras del ingenio humano; pero en realidad para el progreso de las ciencias, las artes y la industria son necesarias esas personas desocupadas de atenciones y á veces de cerebro, que escriban monografías y compilaciones de todos los hechos y conocimientos humanos, porque así ayudan mucho á los hombres pensadores y les evitan mucha pérdida de tiempo que debe ser mejor empleada. Pero el mayor daño consiste en que, por lo general, como el primo que aquí se nos pinta, llegan á flaquear del juicio de una manera lamentable, y á ocuparse en cosas tan pueriles y pequeñas, que como dice Don Quijote, «despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.» Este primo, á quien Sancho pone tambien en ridículo preguntándole quién fué el primero que se rascó la cabeza, y quién fué el primer volteador del mundo, cree en el encantamiento de la cueva y sus moradores, en las transformaciones del Guadiana y las lagunas de Ruidera, y se propone hablar del orígen de los naipes, alegando el testimonio de «autor tan grave y tan verdadero como es el Sr. Durandarte.» No se puede dar estado más infeliz de cerebro.

4.—*Un príncipe conozco yo.*—Aquí alude al Duque de Bejar entre los míseros y al Conde de Lemos entre los espléndidos Mecenas. Quizás sea irónica la comparacion que hace del primero con Alejandro Magno en una de las décimas de Urganda. Por lo ménos, uno de los motivos, quizás el principal, de que Cervantes no volviese á dedicar ninguna de sus obras, á esa ilustre rama de la aristocracia española, está aquí bien claramente expresado.

5.—*El público pecador.*—El primo, que es el que habla del ermitaño, debia ser el que contestara á la pregunta de Sancho de si tenia gallinas; pero se interpone Don Quijote, con ese desenfado que ya conocemos, característico en él siempre que se trata de estas materias. Con todo eso, hay críticos que se empeñan en ponerse una venda en los ojos, tal vez imitando al topo de la fábula, y toman tan á pechos la salvacion del alma de Cervantes, que contra viento y marea quieren darle la patente de católico apostólico romano. Lo que fuera nuestro autor allá en lo íntimo de su conciencia es cuestion que no nos incumbe, y como Sancho dijo á Don Quijote cuando le calificó de hombre más temeroso de un lagarto que de Dios, podemos decir aquí, que cada cual juzgue de sus caballerías y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas. Pero si no de la conciencia de Cervantes, se puede y se debe juzgar de la de Don Quijote, que es el héroe principal de su obra, y muy torpe debe ser quien no conozca al vuelo el pié de que cojea. Si Cervantes era en materia de opiniones y creencias religiosas uno de tantos, natural parece que el protagonista de la fábula, el único personaje que es su trasunto y figura, revelase esas ideas corrientes y comunes en los españoles de su tiempo. ¿Qué objeto pudo proponerse, ni cómo puede admitirse, que de un autor creyente salga esa figura, que no tiene más religion que el amor á los hombres y á la naturaleza? Es preciso que alguna vez dejemos á un lado gazmoñerías críticas y busquemos la verdad cualquiera que sea. ¿Dónde está la profesion de fe religiosa de Don Quijote? ¿Qué actos se le ve practicar referentes al culto en una peregrinacion tan larga en que hay lugar de referirnos hasta la satisfaccion de las necesidades naturales? ¿Por qué Don Quijote no ha de ir á misa siquiera los dias festivos, como se cuenta de los demás caballeros andantes, ó besar la mano de los sacerdotes, ó decir sus oraciones alguna vez? Supongamos que Cervantes hubiese querido pintar á un racionalista hecho y derecho, ¿qué más podria decir ni figurar que lo que figura y dice de Don Quijote? Pues creer que le haya salido así por casualidad, ó como quien habla, dé donde diere, es creer un desatino. El autor más mediano, si quiere pintar á un buen católico, seguro que no le ha de salir anti-católico ó descreido ni impío. Y ¿en dónde están estas señales del catolicismo del ingenioso hidalgo? A los dos primeros frailes que encuentra les embiste, llamándoles fementida canalla. Topa despues con una procesion de sacerdotes, y los apalea á su sabor. Una sola vez que dice ser católico y fiel cristiano, añade á continuacion que nada le importa el quedar descomulgado. Con el cura de su lugar no tiene más consideraciones que si fuese un seglar sospechoso. En una ocasion le insulta y desafia, en otra le llama demonio, y en otra le pregunta que ¿quién lo fia? Acierta á pasar una procesion, y embiste con ella denodadamente. Se habla de ermitaños y los llama

hipócritas. En la casa de los Duques tiene una agria contienda con el capellan del palacio, y finalmente en el incidente de las imágenes introduce una cómica indirecta sobre la caridad de San Martin, que no cuadra con un espíritu verdaderamente católico.

¿Se dirá como excusa, que Don Quijote es un loco? Pero no hay razon para que la locura por la caballería andante rompa por ese resquicio tan anti-religioso. ¿Se dirá que en la época en que se escribió el QUIJOTE habia cierta familiaridad con las cosas del cielo, increible hoy á los ojos de un puritano, y que sin embargo no era incompatible con una piedad sincera y una fe firme? Pero en todo caso, esto seria aplicable al vulgo, que como los sacristanes, suele pisar el altar que luégo adora. Con todo eso, vemos que Sancho es el más respetuoso en este punto, y ninguno de los caractéres secundarios del poema muestra la antipatía que en esta parte notamos en el protagonista.

Por de contado, que en el terreno del arte, un verdadero genio no podria haber hecho otra cosa, si es que aspiraba á una fama eterna. La que el QUIJOTE obtiene en todos los países nace principalmente de la ausencia en él de todo tinte religioso, con lo cual, si es cierto que puede disgustar á algun católico, no incomoda ni disgusta á los numerosos sectarios de tantas otras religiones como por desgracia dominan en la tierra. Las obras de arte literario que se alimentan de lo que es sentimiento eterno, son eternas como la verdad de la naturaleza de quien procede, y por eso todos los grandes monumentos del arte morirán ántes que disminuya en un ápice la vida y el interés de este poema.

6.—*Deseos merecen.*—El objeto de la introduccion de este paje bien se ve no ser otro sino volver nuestro autor al tema y cuento de sus propios sucesos y aventuras. Preséntase tal como debió salir en su juventud con propósito de seguir la profesion de las armas con preferencia á las letras, y aprovecha la oportunidad de hacer reflexiones sobre su pobreza y negligencia de la corte hácia un veterano estropeado y viejo. El amor con que le habla Don Quijote y las expresiones de galan, amigo é hijo que le prodiga juntamente con su ofrecimiento de las ancas de Rocinante y de convidarle á cenar en la venta, dejan ver el interés con que mira el autor á este mancebo.

CAPÍTULO XXV.—1.—*El buen hombre.*—Es curioso ver el afan de Don Quijote por saber el destino de las armas que llevaba este caminante, y cómo desciende hasta echar la cebada y limpiar el pesebre á trueque de oir el cuento de sus maravillas, para venir á parar á una sandez y locura tan insignes como el *casus belli* del rebuzno. No parece sino que en estos capítulos habia en Cervantes la idea de presentar á Don Quijote cuerdo en fuerza de contraste con otros infinitamente más fuera de juicio.

CAPÍTULO XXVII.—1.— *Y de su mono.*—En otros lugares se ha dicho algo acerca de la economía, sencillez y sobriedad de elementos y materiales que Cervantes emplea en su obra, y de los maravillosos efectos que de esta simplicidad sabe sacar el inspirado artista. Tomemos por ejemplo á Maese Pedro. En la primera parte aparece siendo uno de los personajes principales en la cuerda de los galeotes. Sirve luégo para el robo del rucio de Sancho y su cómica lamentacion: aparece más tarde en la Sierra Morena y abandona el jumento, sobre cuyo hallazgo hay otro pasaje graciosísimo, y finalmente, viene en esta segunda parte á ser el héroe de un episodio interesante de la novela.

Miéntras más se examina este incidente y el personaje y las explicaciones que da el autor, más parece justificarse la sospecha de que este Ginés de Pasamonte no es un personaje ficticio, ni áun siquiera un ladron notable de aquella época. Algo dije acerca de esto en la nota sobre la aventura de los forzados de Su Majestad; pero las nuevas indicaciones y extrañas puculiaridades del conocimiento que tenia de Don Quijote Ginés, y viceversa, obligan á abrir de nuevo el proceso de su identificacion. Vuelve á decir Cervantes que Ginés era discreto en grado superlativo, y que escribió un gran volúmen contando sus delitos y bellaquerías. Dice asimismo, que Ginés *conocia muy bien* á Don Quijote, y que éste le llamaba Ginesillo de Parapilla. Ahora bien, el conocer el galeote al hidalgo, puede referirse á la idea que de su juicio pudo formar al verle hacer los disparates de darle libertad y figurarse que las figurillas contrahechas eran personas de carne y hueso; pero tambien puede referirse á conocimiento anterior, á lo que conspira á creer esa circunstancia que nos dice de llamarle Don Quijote siempre Ginesillo de Parapilla en vez de Ginés de Pasamonte. La historia no nos muestra que Don Quijote haya llamado á este personaje por tal nombre sino una sola vez, miéntras que la frase «á quien Don Quijote *llamaba* Ginesillo de Parapilla,» indica que era cosa frecuente en él usar del sobrenombre más bien que del nombre. A no ser así, no viene á cuento esa observacion, ni habria usado del tiempo *llamaba*, sino del pretérito perfecto *llamó*.

CAPITULO XXVIII.—1.—*No te las refiero ahora.*—¿Quién que vea hasta doscientos hombres armados, para pelear con otros tantos vecinos, por una niñería como la cuestion del rebuzno, y á Don Quijote en medio, predicándoles máximas de paz, de cordura y de benevolencia, puede decir que el loco es el predicador y cuerdos los oyentes? Sin duda que á Cervantes se le fueron las migas de las manos á la boca cuando escribia esta aventura, si es, como dicen los críticos de la letra, que se propuso hacer una sátira contra los libros de caballería y poner en ridículo á Don Quijote. Imagínese el lector, qué pudiera haber hecho el hombre más sensato del mundo, sino es lo mismo que hace el hidalgo, tenido por rematado loco. Hasta la fuga misma ó retirada es un acto de cordura. Si Don Quijote hubiera hecho frente al ejército pequeño que comenzó á hostilizarle, lo cual parece muy propio del que en varias ocasiones habia dicho que él solo bastaba para destruir un reino, perderia para con el lector todo el interés y encanto que tiene esta figura. Nos encontraríamos de frente con un monstruo y los monstruos no pueden interesar. En todas las ocasiones en que Don Quijote acomete, aunque haya temeridad, hay siempre cierta posibilidad de escape, cierta probabilidad en favor suyo, y cuando así no fuera, el hecho de que la imaginacion calenturienta le ha transformado los objetos y las personas, basta á que dentro de la locura sea *racional*, si se me permite esta frase. Pero desde el momento en que Don Quijote no es ya el loco á quien la realidad se cambia, la imaginacion trastorna y la vista crea espejismos caballerescos, sino que ve en los combatientes los vecinos de un pueblo

mal guiado, el haberles hecho frente ó tratado de defenderse habria sido simplemente una pincelada de mamarracho, por ser la muerte inevitable.

El por qué en esta y en otras aventuras Don Quijote deja de ser loco, ya se ha dicho en varias ocasiones, y seguramente que no nos sacarian del paso, si alguna dificultad hubiera, los que se atienen sólo á la letra del poema. Y no se diga que aqui no se trata de aventura caballeresca ó en que pueda intervenir sin violencia el humor pizmiento de Don Quijote, pues cabalmente es la única en que, sin gran esfuerzo de la imaginacion ni transformacion de los objetos en el cerebro, se encuentran todos los caracteres é incidentes de tal. Tenemos un verdadero ejército ó escuadron, con diversas armas y estandartes, que con razon ó sin ella, pretende vengarse de otro pueblo que le insulta á cada paso. ¿Qué fundamento más propio y natural, para que, si el QUIJOTE tuviese el objeto que se dice, hubiese entrado aquí la gestacion fantástica del hidalgo, figurando ser ejército de algun reino, y que el asno pintado en el estandarte era el retrato de alguna hermosa infanta robada por algun príncipe ó gigante, y que el objeto de aquel marcial apercibimiento era rescatarla de su triste cautiverio? El asunto está en carácter. Don Quijote es el que no lo está, y por cierto que no desperdiciaria el autor una gran oportunidad si su objeto fuera el que se dice.

2.—*Mas te doliera.*—Se ve que no es la pintura de un carácter individual por comun que sea lo que se propuso Cervantes. Si así fuera, esta respuesta del hidalgo estaria fuera de lugar y seria impropia en grado sumo. Espiritualmente corresponde á un nivel de entendimiento muy inferior al que representa Don Quijote, y por otra parte no estaria de acuerdo con su seriedad una expresion que tiene todo el colorido de lo que se llama «pura guasa sevillana.»

En efecto, se ha visto que Don Quijote entra muchas veces en lo que podemos llamar la órbita propia de Sancho, así como Sancho penetra á menudo en la de Don Quijote. Los dos elementos de la naturaleza humana no pueden excluirse absolutamente ni recíprocamente rechazarse, porque ni es concebible un sér humano todo espíritu ni todo materia. El mismo fanatismo religioso de los ascetas no pudo llegar á esta division completa que significa muerte en lo natural ó monstruosidad en lo moral. En todas las manifestaciones del espiritualismo de Don Quijote, como del materialismo de Sancho, Cervantes ha ido á bastantes grados de altura, profundidad, latitud y longitud; pero el instinto artístico le ha puesto siempre un discreto «no más allá,» que hace posible el comprender á Don Quijote sin comer y sin dormir por largo tiempo, por más que vemos que satisface estas dos necesidades naturales, y á Sancho hartándose el vientre á cada paso por más que vemos que sufre sus hambres y sus ayunos. Es ley de la naturaleza la encadenacion y compenetracion así en lo espiritual como en lo físico, y nada es más falaz ó sospechoso que lo que huele á solucion de continuidad, aislamiento ó exclusivismo absoluto. Siguiendo el autor líneas rectas sin veredas transversales, resultaria unas figuras como las de los ídolos indios en las pagodas; un Quijote y un Sancho en perfecta cuadratura y por lo tanto sin realidad en la vida compuesta de transacciones y transfusiones. Aun pintando simplemente un carácter, la extremada lógica sólo puede producir una creacion monótona. Tomemos, por ejemplo, el *Avaro*, de Molière. Nada más opuesto á la idea de un avaro, que el tener coche, caballos, criados con librea y dar convites. Lo natural era que todo esto fuese *terra incognita* para Harpagon; pero esta misma desviacion de la lógica constituye una variedad é interés notable en la concepcion poética, puesto que proporciona el medio de manifestar el modo de ser y de obrar del mísero bajo esas circunstancias y vemos que roba la paja y cebada á sus propios animales; que se empeña en que sus criados sirvan sólo por el lado en que la librea está ménos rota ó más conservada; y que persigue el ideal de dar un convite que le cueste poco.

Lo mismo sucede con las figuras de Don Quijote y Sancho. Se distinguen perfectamente por sus diversos fines é ideales, y porque la mayoría de sus actos y pensamientos respectivos van encaminados á sus respectivos objetos; pero esto no quita para que Sancho cobarde sea animoso en ocasiones, y el temerario caballero, prudente en algunos casos, y tengan cabida las diversas desviaciones de carácter que hemos ido observando en ambas figuras, especie de oscilaciones que por lo mismo hacen resaltar más la línea recta ó central. En estas oscilaciones hay compenetracion recíproca en las dos esferas antagonistas en que ambas se mueven, cual si en la vida no pudiese haber polos sin ecuador.

CAPÍTULO XXX.—1.—*Y del azor.*—Tras de una aventura como la del barco encantado, en que vuelve á obrar, aunque algo más fria, la imaginacion de Don Quijote, comienza una nueva serie de sucesos con el encuentro de los Duques, y digo nueva, porque el autor bien conocia que el molde de las parodias caballerescas, á pesar de lo raro de su inventiva, se iba gastando, y no podia seguir á la misma altura y con la novedad que presentaron las primeras de los molinos de viento, manadas de ovejas, yelmo de Mambrino y tantas otras como hemos visto en que su fecunda fantasía sabe ser varia en la unidad de objeto. Pero no hay facultad inventiva capaz de sostener interés y novedad cuando el fondo es siempre idéntico, y el fondo, tendria que ser inevitablemente el parecerle á Don Quijote las cosas distintas de lo que eran, ó darles cuando ménos un carácter apropiado al de las caballerescas. No se puede decir que haya abusado Cervantes de los modos de manifestacion de la locura de Don Quijote. Uno de los más naturales y al propio tiempo de los más cómicos, cual es el de personificar á cualquier personaje de las leyendas, sólo lo emplea al principio del poema en el período álgido de su demencia, como se ve cuando contesta al labrador Pedro Alonso figurándose que es Baldovinos y el moro Abindarraez y cuando en el lecho se llama á sí mismo Reinaldos de Montalvan. El efecto de esta conversion de personalidad es siempre irresistiblemente cómico; pero repetido indiscretamente cansaria y dejaria ver pobreza de inventiva, que es lo que notamos en el QUIJOTE espúreo, donde á cada instante echa mano el autor á este resorte. El confundir ó sublimar la personalidad de las demás figuras es tambien otro modo de manifestacion de que *usa* Cervantes, pero no *abusa*, y en esta segunda parte apénas se da el caso de que Don Quijote sufra esta clase de espejismo, de que tanto partido saca en la primera. Hasta el pensar que las ventas son castillos es resorte usado con sobriedad y vemos que ha alojado en ventas bajo la inteligencia de ser tales. En

resúmen, Cervantes ha manejado esta máquina hasta el límite razonable que debia y podia sin ser monótono y cansado, y el seguir en la misma línea habria sido exceder ya esos límites y repetirse.

Su rica fantasía por un lado y su plan admirable por otro le sugieren ahora un modo nuevo de continuar las aventuras con creciente interés, cambiando por completo el mecanismo. Antes era interno, operaba dentro del cerebro de Don Quijote, la locura era activa, y quedando las personas y los objetos en su sér real para todos, se transformaban sólo en la imaginacion del hidalgo. Y esta transformacion era tanto más visible y notable, cuanto que parece que á propósito habia elegido como teatro ó campo la monótona llanura de la Mancha, con sus miserables ventas y pobres y vulgares caminantes ó pasajeros, pues á excepcion de la ilustre compañía que se reune en la venta de Palomeque el Zurdo, todos los demás son por lo general pastores ó gente soez y baja. Toda esta pobreza y ruindad de la decoracion externa contribuye á dar más realce al brillante argumento y decorado que las personas y los hechos revisten al pasar por la poética imaginacion de Don Quijote; pero como ya se ha dicho, la continuacion en esta senda corria el peligro de caer en la monotonía por más fecunda que fuese la invencion.

Ya habia hecho Cervantes un ensayo de este nuevo resorte en la primera parte, cuando Dorotea y el barbero se disfrazan y aparece aquella como una verdadera princesa menesterosa de ayuda, y cuando en la venta se enmascaran los personajes para llevar al hidalgo encantado en la jaula. Faltaba sólo idear una situacion en que hubiese todos los medios necesarios para hacer transformaciones fuera en vez de dentro de la cabeza del buen caballero, y por esto escoge el encuentro y la residencia suntuosa de unos Duques, que con su riqueza y servidumbre proporcionan la tramoya y movimiento del escenario. En una palabra, la máquina poética sigue operando con más fuerza y más verdad, con la diferencia de que el motor lo constituyen ahora la industria y la abundancia de medios de que dispone un prócer opulento. Todo el juego de los resortes es ahora puramente externo y la locura de Don Quijote sin dejar de disminuir se convierte de activa en pasiva, pues la transformacion caballeresca viene del exterior, y el hidalgo no tiene que inventar sino aceptar la apariencia de las cosas amoldadas ya al género de su locura. Verdaderamente no se puede decidir cuál de estos dos métodos es más preferible, puesto que son los dos lados ó aspectos de una situacion fundamentalmente cómica. Con el primero goza el lector al ver cómo son las cosas en sí y cómo aparecen y cambian en la óptica de Don Quijote. Con el segundo goza tambien al ver que las cosas son las que cambian, sin que el hidalgo se dé cuenta de ello. El uno puede llamarse el reverso del otro; pero en el hecho de cesar ya la accion imaginativa ó la transformacion espiritual, resultan dos consecuencias inevitables: la una es, que cesando la actividad febril de Don Quijote, aparece este más discreto y más en camino de curacion: la otra es, que siendo el mecanismo de las transformaciones externo y visible, contribuye más al pasatiempo, interés y encanto de los lectores. Concluye asimismo la situacion penosa de todos los demás personajes y figuras que ántes se ponian en contacto con Don Quijote, pues no podia ménos de inspirar lástima á los corazones bien nacidos el ver á un hombre presa de alucinaciones y juzgando de las cosas al revés de lo que eran. En el nuevo procedimiento no hay lugar á esta pena, pues dada la transformacion con todo el artificio é industria para que parezca completa y perfecta, la imaginacion del hidalgo no desbarra en considerar las cosas como se le presentan. Léjos de pena ó de lástima, hay al contrario, cierto placer en todos los que intervienen, presencian ó conocen el artificio.

En el terreno literario y artístico lleva este segundo procedimiento la ventaja de proporcionar el nuevo elemento de las descripciones de aventuras y figuras caballerescas, y como son fingidas y ridículas, aquí es donde puede decirse que hay parodia burlesca de los libros de caballerías, pues se ve ya á un lacayo hacer de caballero, ya un paje de Dulcinea, aquí un criado de encantador, allí á unas dueñas con barbas.

Es tambien no pequeña ventaja el esplendor y la grandeza de las decoraciones, una vez transplantado el teatro de andurriales, vericuetos, despoblados y ventas á la mansion suntuosa de un príncipe, con la añadidura de jardines, parques y brillantes fiestas, y sobre todo, proporciona al autor el medio más natural, verosímil y *contingible*, de hacer práctico y verdadero el sueño increible del gobierno de una ínsula para el buen Sancho.

2.—*Cuyo título aún no se sabe.*—Varias disquisiciones se han hecho por los críticos para averiguar quiénes fuesen estos duques de quien Cervantes dice, «cuyo título aún no se sabe.» Evidente es, que al decir esto, viene á declarar implícitamente el autor que son personajes imaginarios, y aunque no será difícil encontrar por esos lugares una casa ducal á quien referirse, no vale la pena el perder el tiempo en este trabajo.

3.—*Princesa de la cortesía.*—Es comun en algunos críticos almibarados de los que ostentan uniformes en los salones y academias y borlas en los claustros ser muy injustos con Cervantes cuando tratan del género de sociedad y de personas con quienes á su parecer tuvo más comunicacion durante su vida. Con un tono de superioridad mezclada de equívoca simpatía se ponen á mostrar de relieve el gran conocimiento que tuvo de la gente baja y perdida, dando como prueba de ello que no de otro modo pudiera haber hecho esas admirables pinturas de rufianes, ladrones y gentes de la hampa que en sus obras vemos. Seguramente que no nos dicen á vuelta de hoja dónde aprendió nuestro autor, ó entre qué gentes anduvo para hacernos esas otras pinturas que tanto abundan en sus obras y particularmente en el QUIJOTE, de personas superiores, cultas y elegantes, sobre las cuales descuella el hidalgo, incomparable en cortesía, delicadeza y finura de trato. Parece que debieran decir, para ser lógicos, que si no pudo pintar á la gente soez sin vivir y comunicar con ella, tampoco podria pintar á la distinguida sin haber vivido con ella y entre ella. Pero esto se lo callan esos críticos misericordiosos, dando así á entender que la nobleza y la distincion eran innatas en Cervantes y las poseyó sin tener que tomarlas de otros, ántes bien tuvo para dar lecciones á los más emcumbrados. Hay en la *Galatea* y el QUIJOTE un verdadero código de urbanidad que no se ve ni se aprende en muchos años de trato con la sociedad más escogida, y los dotados de

esta refinada naturaleza bien pueden estudiar sin peligro los hábitos y costumbres más groseras, cosa muy expuesta en los que no son caballeros por naturaleza y sólo lo parecen por las gentes que les rodean.

Capítulo XXXI.—1.—*Les hacen ser miserables.*—Uno de los muchos críticos modernos que hacen fuerza de remos contra la evidencia en punto á comentario del Quijote, y sobre todo, en punto á ciertas ideas de Cervantes, en su empeño de pintarle buen católico apostólico romano, é imbuido como la mayoría del vulgo de los españoles en las creencias y supersticiones de aquella época, cita la frase del Licenciado Vidriera de *nolite tangere christos meos*, dicha en ocasion en que pasaba un religioso muy gordo, y dijo uno de los presentes que «de ético no se podia mover el padre.» Leyendo el pasaje que anotamos aquí, se echa de ver que Cervantes no siguió la amonestacion al pié de la letra ni al del espíritu, pues no habia necesidad de tocar á este cristo de la manera algo ruda con que lo hace, con la particularidad de que no toca á este solo, sino á una colectividad bastante numerosa. En efecto, desde el rey abajo las familias españolas, obrando lógicamente con la persuasion de que la Iglesia es la depositaria de la verdad y la sabiduría y por lo tanto del camino del cielo, eran gobernadas por eclesiásticos, á quienes por lo general mostraban más acatamiento y sumision que parece mostrar el Duque á su capellan. Por consecuencia el número de los religiosos que caen bajo su censura debia de ser muy considerable. Ha de advertirse que no es Don Quijote el que habla en esta ocasion, sino el autor mismo.

2.—*Fuera de propósito.*—En este caso á que aplica Sancho su cuento, ocurre preguntar: ¿quién era realmente la cabecera? Si hay quien responda que el Duque, debe tener poca idea de lo que constituye el valor y la superioridad entre los hombres Aquí no vemos más que el título que le haga superior á Don Quijote, y el título es un mero accidente de fortuna. En todo lo demás, Don Quijote es superior y cabecera de su anfitrion.

3.—*Venerable varon.*—Sin duda que muchos críticos cándidos tomaron este adjetivo de *venerable* en el sentido recto y propio de la palabra, y yo no extrañaria que citasen este pasaje como muestra del catolicismo de Cervantes. Cuando se tiene en cuenta la descripcion que acaba de hacer del tal religioso y la reprension indiscreta y desafinada que dirige á Don Quijote, el empleo de la voz *venerable* es delicioso.

Aquí se trata de caballerías y se llega á lo más vivo de la materia. Con todo eso Don Quijote, loco, da lecciones de prudencia á un cuerdo, y sacerdote por añadidura.

Capítulo XXXII.—1.—*Ha de ser otro como él.*—Bien observará el lector, que con todo el buen sentido de que se hace á Sancho el representante frente al idealismo de Don Quijote, y á pesar de que á solas con él duda y reniega y le tiene por rematado de juicio, delante de extraños le ensalza sobre las nubes, le tiene por modelo, y áun aspira á ser otro tal.

2.—*Los fechos de los malos.*—El artificio simbólico viene tan discretamente preparado en la fábula, como ya se ha visto, que sin gran esfuerzo y con la mayor naturalidad ataca Cervantes duramente y sin peligro á personas y política, que de otro modo fuera imposible hacerlo. «Raza maldita» llama aquí á los del contrario bando, nacida para oscurecer á los buenos y levantar á los malos. En este pasaje juzga Cervantes su propia causa, y con ella la de su época.

Capitulo XXXIII.—1.—*No es oro todo lo que reluce.*—Una de las bellezas orgánicas de primer órden que se notan en el Quijote es el juego y contraste visible entre la firmeza y confianza que tiene en su ideal el hidalgo y las dudas y vacilaciones que acerca del suyo muestra el escudero: entre el pensamiento definido, voluntad resuelta y filosofía segura de Don Quijote, y el pensamiento confuso, voluntad cambiante y filosofía de dos caras ó acomodaticia que vemos en Sancho Panza. Don Quijote es más firme cuanto más desgraciado y más perseverante cuanto mayores son los obstáculos. Sancho al revés. Siempre que sopla mal el viento se le caen los palos del sombrajo, su ideal viene á tierra y se acuerda del salario mísero de escudero en vez de las mercedes espléndidas del caballero, dando al diablo la Insula y al que se la prometió. Hay más, en medio de su superioridad inmensa sobre Sancho en todos conceptos, Don Quijote es más amante y más leal que su escudero, y nunca á sus espaldas habló mal de él. Esto indica que Cervantes sabia bien el alcance y representacion que daba á estas dos figuras, lo cual quieren negar ó poner en duda muchos críticos que han leido el poema á la ligera.

Digo que esta es una de las bellezas orgánicas de primer órden, porque da ocasion continua á mil bellezas de detalle ó de segunda categoría con que á cada paso y como de una manera misteriosa se realza el poema. Esas notas de carácter que en Don Quijote observamos le constituyen representante de la inteligencia en la esfera más elevada, como las del de Sancho le hacen representar el pueblo con su filosofía vulgar de dos aspectos ó dos caras, y la tendencia del nuestro hácia el fatalismo. Para Don Quijote, su ideal ha de triunfar inevitablemente, así lluevan como granizo encantadores perversos y desgracias inauditas. De aquí la iniciativa, la accion continua, la imposicion de sus pensamientos y su personalidad en todos momentos y circunstancias. Don Quijote es todo ideal, pero al mismo tiempo es todo accion, movimiento hácia un fin único y exclusivo. En todo y por todo, su cuerpo, su corazon y su brazo están al servicio de su dorado ensueño, y esto muestra la superioridad divina de la idea, encarnada en una naturaleza como la de la raza latina, capaz de contemplacion y de accion, incapaz de concebir un pensamiento sin llevarle inmediatamente á realizacion, aunque sea con una lanza vieja y un caballo derrengado y matalon. Finalmente, su inteligencia se eleva tanto y su fuerza de voluntad es tal, que ántes de amoldar su idea á los hechos, pretende que los hechos se amolden á sus ideas. En esto hace Cervantes una magistral pintura de este sublime defecto de nuestra raza.

¿Qué vemos en Sancho? La inferioridad de la materia, la duda de la ignorancia, la vacilacion de la flaqueza, las viradas y cambios del interés del momento, su esperanza en no sé qué de vago y de incierto en unas ocasiones, y su abandono á la fatalidad del destino en otras. La filosofía popular contenida en los refranes es por naturaleza *dilemática*, de dos filos ó dos cuernos. Como producto general del saber de los hombres, contiene racion de optimismo y pesimismo, de escepticismo y de fe, de poesía y prosa,

de materialismo y de espiritualismo. Es como una botica donde hay toda clase de remedios para el alma, unos que la entonan, otros que la abaten y desfallecen, y como en lo físico sucede cuando aquellos se promiscuan, que la naturaleza concluye por *far da se*, así en lo espiritual deja el hombre del pueblo que venga lo que haya de venir, incapaz como se siente de dirigir los sucesos ó conciliar las contradicciones.

En su lugar oportuno se hablará de este perjuicio que ocasiona á los pueblos el tener tantas recetas á su disposicion, contrarias unas á las otras y usadas sin verdadero y exacto conocimiento. En este instante, lo que llama nuestra atencion es ver cómo de repente se resigna Sancho á quedar sin gobierno, y las mil y una razones que alega y aduce para convencerse de que tal vez sea un bien para él renunciar á la prometida Insula.

2.—*Se contienen.*—Cuando Cervantes en el diálogo del cura y el canónigo de Toledo expone las excelencias del argumento de un libro de caballerías, por el gran campo que ofrece á un buen entendimiento, no tuvo espacio ó no se acordó de apuntar el gran juego que podia ofrecer tambien la figura ó personaje del escudero, el cual, como se ve en Sancho Panza, es una de las fuentes inagotables de interés, de gracia y de pasatiempo. Esto puede explicarse diciendo, que por bien pensado y madurado que estuviese en su entendimiento el asunto del QUIJOTE, al comenzar á escribir su poema años ántes de la aparicion de la primera parte, el ponerse á la obra y el irle prácticamente desenvolviendo y desarrollando, debió presentarle nuevos aspectos y diversas fases de que sacar partido. El entendimiento se mejora con los años y mucho más con el tiempo y el trabajo, y pocos ejemplos hay de esta verdad más elocuentes y persuasivos que este poema, desde cuyo primer esbozo en la imaginacion del autor hasta el *Cervantes fecit*, se puede decir que median más de treinta años. Basta observar el partido que en la segunda parte saca del personaje escudero hasta el punto de hacerle figura central y protagonista de varios capítulos, para comprender el crecimiento y desarrollo del plan primitivo en el cerebro de Cervantes.

Pero ni como modelo de poema serio caballeresco, ni como sátira ó parodia de libros de caballería pudiera tener la persona del escudero la parte importante que en el QUIJOTE tiene, si no llevase Cervantes la elevada mira que hemos visto en su admirable argumento. En el primer caso, la figura escuderil habria sido puramente nominal, casi invisible cual lo es en todos los famosos libros de caballería, porque no permite la calidad de los personajes, su distincion y la naturaleza de sus empresas que tomen parte y se mezclen en las aventuras ó en los diálogos, figuras tan inferiores como las de criados; y en el segundo, mal podia haber parodia si no existian hechos ó palabras que parodiar. Esto explica el cómo el relieve de Sancho obedece á un plan y argumento puramente original de Cervantes, y cómo á pesar de estar formulado en su mente desde el principio, es susceptible de creciente y notable desarrollo, segun vemos que adquiere en la segunda parte.

No podia ocultarse á la penetracion de nuestro autor, el partido que un ingenio era capaz de sacar de este personaje escudero, oscurecido ó completamente anulado en la épica caballeresca, desde el momento en que resucitaba ó continuaba esta forma literaria antigua con un fondo enteramente nuevo y original, cual era, no el de describir batallas en que el héroe es siempre vencedor, sino el simbolizar en esas batallas la historia de la vida humana en su lucha por el bien y el triunfo de la razon y la justicia; empresa que, acometida por un individuo solo, débil de cuerpo cuanto fuerte de ánimo, habia de producirle derrotas y caidas en lugar de los obligados triunfos de los siempre invictos caballeros andantes. En efecto, si Amadis y Palmerin, como entidades poéticas y por el solo querer del pintor, tienen siempre de su parte el triunfo, Don Quijote, representacion de la humanidad, debia tener de su parte el descalabro, la caida y la derrota, pues la humanidad no progresa ni alcanza bien alguno sin golpes, caidas, sufrimientos y desengaños.

Esta distinta y nueva inteligencia ó concepcion del nuevo y flamante caballero, sugeria por su mero planteamiento una multitud de nuevos aspectos y relaciones en los personajes y las aventuras, y el primero y principal era el de los contrastes y como consecuencia lógica, la creacion de un poema sério cómico, estribando la parte séria en el fondo ó la idea de buscar el bien, y la parte cómica en la forma adoptada por el hidalgo para conseguirlo.

Era un hecho constante que los caballeros hiciesen mercedes y favores á los escuderos que fielmente dedicaban la vida á su servicio; pero estos tales escuderos, ni eran personas bajas y plebeyas, ni servian por el cebo de la recompensa. Eso de regalar reinos ó ínsulas fué muy excepcional en la historia verdadera como en la fingida ó poética de la caballería, y lo más probable es que les cayese en suerte alguno de los castillos de gigante ó malandrin que tomaban sus señores despues de matar en leal batalla á su poseedor, ó el casamiento con alguna de las muchas doncellas andariegas ó menesterosas, hechas ó deshechas.

El tomar este hecho del gobierno de una Insula, como el fundamento, razon, móvil y eje de la existencia de Sancho como escudero, fué una idea felicísima, una de las bases de la estructura del poema que pueden considerarse como bellezas orgánicas de primer órden, supuesto que en primer lugar establece el gran contraste de objeto, propósito y bellos ideales de amo y mozo, de caballero y escudero, el uno puramente moral y desinteresado, y el otro esencialmente material y egoista; y en segundo lugar, los equipara y unifica en la esfera de la locura ó desrazonamiento, pues consideradas las respectivas posiciones de hidalgo y labriego, más factible y probable es que un hombre de inteligencia y buen corazon consiga ó produzca en la sociedad mayor ó menor suma de bien, que no que un rústico, sin salir de los andurriales de la Mancha, pase del gobierno de su asno al gobierno de una ínsula. La crítica que tanto se ha fijado en la locura de Don Quijote, no ha puesto atencion en que realmente, y como dice el autor en más de un lugar, Sancho es más loco que Don Quijote, no ya porque siga á un hombre á quien ha visto hacer mil disparates, que en esto puede intervenir la lealtad ó el agradecimiento, la compasion ó el interés, sino porque su ideal es infinitamente más desrazonado é imposible de realizacion que el del caballero. En absoluto, el de Don Quijote era irrealizable por un solo hombre, pero

relativamente era factible, pues si un individuo se propone hacer el bien, raro será que en mayor ó menor escala no se le presente ocasion de practicarlo. Lo contrario sucede con el de Sancho. En absoluto es realizable, pues no faltan ejemplos de hombres sacados del manejo de la azada al gobierno de un Estado; pero relativamente á la posicion en que se halla es imposible, pues por más victorias que Don Quijote alcanzase, en la Mancha no podia haber botin de ínsulas. Así, pues, cuando Sancho, despues de la batalla con el vizcaíno, se hinca ante su señor y le pide que le dé allí la ínsula prometida, realmente excede en locura á Don Quijote, que con toda su demencia le contesta: «Advertid, hermano, que esta aventura y las á esta semejantes, no son aventuras de ínsulas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos.»

Cada vez aparece más patente el error de los que han creido que Cervantes establece como una línea divisoria á uno de cuyos lados está la locura, el fanatismo y la burla y lo ridículo contra los ideales morales, y al otro el buen sentido personificado en Sancho. Don Quijote excita la extrañeza, sorprende ó tal vez engendra la compasion y la simpatía de los que se enteran de su designio; pero ¿cuántas veces no es Sancho objeto de la risa al verle encajado en la idea de ser gobernador? Pesados en una balanza, la burla, el desprecio, la zumba, lo ridículo cae más á menudo y con más razon sobre Sancho que no sobre Don Quijote. Si el idealismo tiene sus flaquezas no son menores las del materialismo grosero, y nada creo yo más triste que el ver cómo se forma una opinion sin segura base y contraria á las declaraciones y objeto expresos de un autor, porque aquí verdaderamente no se trata de comentarios, sino de abrir los ojos y leer simplemente las páginas del Quijote. Hay discrecion en Sancho, ¿quién lo duda? pero tambien la hay en Don Quijote cuando no se trata de la andante caballería. Como este desbarra en esta materia, Sancho disparata siempre que se toca á su bello ideal, el gobierno de la ínsula. Más natural y posible era que el hidalgo encontrase un perseguido á quien favorecer, un malandrin que castigar, un menesteroso que ayudar, ó un agraviado á quien satisfacer, que no que Sancho encontrase una ínsula de quien fuese gobernador. ¿Quién es, pues, más loco, disparatado y visionario? En mi sentir, al presentar Cervantes á Quijano el Bueno con el juicio torcido, parece como llevar la intencion de hacer ver que no lo tienen más derecho los que el mundo juzga como cuerdos, y esto supuesto, siempre llevará la ventaja el loco que se propone un ideal ó un imposible más noble, sublime y desinteresado.

Pero el personaje del escudero no representa sólo en la concepcion admirable de Cervantes, las locuras, las ilusiones y alucinaciones del grosero egoismo. Este es uno de los aspectos que en dos figuras cabe pintar de los aspectos de la naturaleza humana, alternativamente llevada por el idealismo puro ó por la conveniencia ó interés material, y ya hemos visto que bajo esta faz importantísima del argumento cervántico, nuestro autor pinta la naturaleza tal cual es, sin líneas severas divisorias, sin saltos, sin soluciones de continuidad, segun la frase corriente. En Sancho vemos sus puntas de idealista como en Don Quijote sus collares de materialista, y de otro modo no serian figuras humanas, reales y verdaderas, sino engendros artificiosos de la fantasía.

Hay otro aspecto importantísimo de la naturaleza humana en su condicion de social, que está fijo en la mente de Cervantes y le persigue con una constancia indicativa de ser uno de sus principales propósitos. Este es, la purificacion de la materia por medio de la educacion y de la desgracia, la redencion de Sancho, la elevacion, por decirlo así, del pueblo ignorante y degradado al contacto con la inteligencia de un guia superior. Sancho, que por su condicion y estado representa la clase popular, vulgar, trabajadora y desprovista de educacion aunque no de natural ingenio, sale de su esfera inferior, oscura y estrecha, y gracias á una especie de desvarío de su amo en prometer y de él en confiar en el gobierno de una ínsula, comienza una peregrinacion en contacto íntimo y continuo con un sér superior á él en condicion social y en inteligencia, y los frutos se perciben á los primeros pasos. Cada momento es una transformacion en Sancho, un paso progresivo, un adelanto en cultura, maneras, instruccion y conocimientos de toda clase. Si hay algo excepcional visible y tangible en el Quijote, es esa escuela que gradualmente va quitando lo tosco, lo inculto, la rusticidad y la ignorancia del escudero desde el punto y hora en que se asocia con un hombre superior en clase y en entendimiento y no sólo superior, sino benévolo y cariñoso hasta el punto de descender á instruirle, á sufrir sus impertinencias y demasías, á comunicarle su saber y su espíritu, en una palabra, á trabajar directamente para hacerle apto é idóneo para ese mismo gobierno que parece un sueño.

Que el concepto de este personaje sufrió transformaciones en la mente de Cervantes, se halla patentizado como en etapas en la peregrinacion andantesca. La primera sólo le presentó como escudero, aunque el servir á Don Quijote como tal es lo que ménos se percibe ni interesa, y Sancho se hace notar desde luégo como un grande hablador, sumiso unas veces, rebelado otras, y burlador en muchas de las cosas que su amo tomaba en sério. Imposible es dejar de conocer en Cervantes el espíritu igualitario que ha distinguido nuestra sociedad y nuestra literatura en esa llaneza y verdadera fraternidad de trato entre superior é inferior, entre amo y criado. En España ha habido siempre quien mande y quien sirva; pero no ha habido castas de servidos y servidores. Por eso el arte, que es una imitacion, tiene más vida, más verdad y realidad entre nosotros, que en la persona de los criados introdujimos el elemento cómico, el contraste, el claro oscuro, la fiel pintura de lo que en la vida social sucede, donde no es todo grave, sublime y sério, sino que va mezclado de lo vulgar, lo ligero y lo gracioso.

Al dar Cervantes, permítase la expresion, *el don de la palabra* á Sancho, no sólo abre un campo inmenso á la representacion de la vida humana en esa peregrinacion de amo y mozo, sino que naturaliza de española á la epopeya caballeresca, introduciendo esa comunicacion familiar entre el caballero y el escudero, que no habian tenido ni podian tener los poemas anteriores nacidos en el norte entre pueblos conocedores de castas. En este aspecto, el libro del Quijote es el más clásico y genuinamente español que existe, pues si bien la *Celestina* y otros habian ya introducido los servidores y criados como personalidades importantes, éranlo sólo para el mal y las travesuras, para servir de terceros en los asuntos amorosos y requebrar á las criadas. En el argumento del Quijote

la personalidad de Sancho se asocia al fin principal, sin dejar por eso de tener su fin especial y propio. Ambos persiguen un ideal distinto, y sin embargo las aventuras son causa comun, y aunque Sancho no es caballero andante, la suerte hace que participe de la malandanza de casi todas ellas, tomando su cuota ó prorata de palos y puñadas siempre que se reparten á discrecion y áun saliendo mejorado Sancho en tercio y quinto en las pelamesas y con el saldo en su favor de un manteamiento, por lo cual decia con mucha razon que nunca habia salido el amo con las costillas molidas sin que á él le moliesen todo el cuerpo. Este terreno comun en que siempre se encuentran, aunque sus objetos difieren como el dia de la noche, trae por consecuencia natural el comentario que cada cual hace de ellos, el punto de vista distinto con que los juzgan, la confianza del uno, la desesperacion del otro, el ánimo del hidalgo, el abatimiento del plebeyo, ya el enojo, ya la alegría, unas veces la paciencia y la paz, otras la disputa y la cólera, en una palabra, una disertacion constante sobre los varios sucesos de la vida, mirados siempre por dos prismas contrarios, que constituye por sí una enseñanza práctica de verdadera y discreta filosofía aplicada ó puesta en accion en infinita variedad de casos y sucesos, por cuya razon es el Quijote uno de los libros que más instruyen, porque más que ningun otro presenta los varios aspectos y situaciones de la vida.

La personalidad de Sancho simplemente como escudero parlante era por cierto una gran innovacion y un gran elemento en la obra, y tan es así, que cuando Don Quijote le impone silencio por ajustarse más á las prácticas caballerescas, el mismo hidalgo comprende que es imposible continuar el entredicho de la lengua, y le da libertad para que la desate á su sabor. Pero de esta idea primitiva pasó Cervantes á otras que fueron haciendo más complicada y ménos individual la figura de Sancho. Un labriego, de poca sal en la mollera, acostumbrado sólo á cinchar ó descinchar albardas y sin más educacion que lo que pudo oir alguna vez al cura de su aldea, no era la persona á propósito para sostener el diálogo durante el discurso de un largo poema, pues ó tenia que ser siempre el tipo ignorante, vulgar, bajo y rústico que al principio aparece, en lo cual no se daba lugar á mucha enseñanza ni variedad, ó si lo sublimaba segun las ocasiones, caeria el autor en el defecto de la impropiedad y la inverosimilitud, que son los peores lunares en una obra de arte. Cervantes acude á remediar esto de una manera aceptable, en efecto, de la única posible, que es diciendo que el entendimiento de Sancho se ha desarrollado, cultivado y mejorado con el trato y conversacion continua con su señor. Pero esto es una especie de *petitio principi*. Cervantes da por cierto lo que no está bastantemente probado. El tiempo que Sancho está en compañía de Don Quijote no es ni puede ser lo bastante para que el escudero, como se ve en la segunda parte, se coloque como de potencia á potencia con el caballero, ni para que este reciproque la expresion de que podia tomar un púlpito en las manos é irse por esos mundos predicando lindezas. Tal transformacion en tan corto tiempo, cayendo sobre la base de un terreno tan tosco cual la inteligencia de un labriego, es improbable, y áun podria decirse imposible. Esto seria admisible sólo en lo tocante á la materia de la andante caballería, totalmente ignota para Sancho al salir de su aldea, porque se le ve poco á poco ir tomando lecciones y recibiendo nociones; pero en los demás casos y asuntos, hay iniciativa de parte de Sancho, y en lo que dice ántes, parece que da lecciones en vez de recibirlas.

Hay además otras observaciones que hacer sobre esa comunicacion franca y llana entre señor y criado. La familiaridad entre los amos y servidores es un hecho característico de nuestras clases elevadas y en la media casi se puede decir que no hay diferencias entre los que sirven y son servidos: pero ¿no es cierto que parece como si Cervantes traspasara ya estos de por sí anchos confines? Se comprende que Don Quijote hable llana y familiarmente con Sancho; pero ¿qué necesidad habia de que le sentase al lado suyo en la cena de los cabreros y quisiese hacerle beber por donde él bebia, y le llame á cada paso, hermano, amigo, hijo, Sancho mio, Sancho el bueno, con otras expresiones cariñosas y benévolas? Se dirá que, en cambio, agota todo el lenguaje de los improperios y tambien le llama villano, cobarde, bellaco, belitre, ladron, vagabundo, deslenguado, atrevido, maldiciente, y así le dice hereje como cristiano, sincero como socarron y malicioso, fiel como traidor, tonto como discreto. Pero esto da á entender que Cervantes ha dejado ya de considerar á Sancho como una individualidad, pues un solo hombre no puede ser á la vez alto y bajo, delgado y grueso, y lo que en lo físico sucede asimismo en lo moral. Si Sancho es bueno, no puede ser malo, si fiel no puede ser traidor y si discreto no puede ser mentecato y tonto. Esto indica que el primitivo rústico labrador va transformándose en tipo de una clase numerosa, y que no representa unidad sino muchedumbres. Por eso puede ser hereje y cristiano, traidor y leal, sincero y malicioso, gloton y frugal, bonachon y bellaco, agudo y topo, filósoto é ignorante todo en una pieza.

Esta transformacion de Sancho individualidad, en Sancho colectividad, se manifiesta claramente en el uso de los refranes y el empleo de estos no se nota hasta el capítulo XIX. Parece lo natural que si Sancho sabia tantos refranes los debia ya tener sabidos ántes de salir de la aldea, puesto que de Don Quijote no pudo aprender ninguno. Y si los sabia ¿cómo no los usaba al principio? ¿Cómo es posible que un autor escriba nada ménos que diez y nueve capítulos de una obra en trece de los cuales actúa y figura constantemente un personaje cuyo flaco y cuyo vicio es ensartar refranes, viniesen ó no á pelo, y que no haya en dichos trece capítulos el menor rastro ni señal de esa flaqueza? ¿No se está viendo, que á medida que escribia la obra iba ensanchándose en Cervantes la idea ó concepto de la figura del escudero? No sucede lo mismo con la del caballero que estaba más madurada, más completa, más sentida y vivida, como que para tratar de él no tenia que hacer sino volver la vista á sí mismo.

Y que este nuevo concepto de la personalidad de Sancho tuvo tambien su subsiguiente desarrollo se observa en el uso mismo de los refranes. Un curioso admirador del Quijote tuvo la idea de contar los contenidos en la primera y segunda parte y resulta que en la primera hay sólo veinte y cuatro, miéntras que se cuentan ciento veinte y tres en la segunda: diferencia notabilísima que prueba que ya estaba en Cervantes fija la idea de que en Sancho no pintaba á un individuo, sino á las clases populares de España, y como el pueblo español no es una excepcion entre los que existen en la tierra, dicho se está que pinta á las clases inferiores tal como son en todos los países

Expuesto lo anterior, que no deja lugar á duda ni entrada á discusion de ningun género, voy á exponer, lo que en mi entender significa esa educacion y mejora de Sancho, que empezando por ignorante rústico, concluye por filósofo y del manejo de la azada llega á ser gobernador y legislador. Los críticos, generalmente, han tomado este negocio del gobierno de Sancho como una burla que quiso hacer Cervantes de las gentes ignorantes interesadas y ambiciosas, que se creen poder serlo todo y aspirar á todo, puesto que uno de los efectos de la ignorancia es el atrevimiento. No digo que se equivoquen los que tal piensan, pues es tan complejo el mecanismo de esta obra y muestra tantas fases de las flaquezas y enterezas, virtudes y vicios de la humanidad, que cualquier leccion moral entra en el cuadro de su extensa enseñanza. Pero como los críticos se han equivocado respecto á la intencion del autor en lo que toca á Don Quijote, tampoco tienen mucho acierto cuando tratan de Sancho.

Se ha creido, en efecto, que Sancho Panza es un pobre hombre á quien se engatusa y entretiene con el imposible del gobierno de una ínsula. Y verdaderamente, considerado Sancho como una individualidad personal aislada, preciso es convenir en que el asunto de la ínsula le desfavorece en gran manera. Sólo un hombre sin pizca de comun sentido puede imaginarse, que sin saber leer y escribir, y destripando terrones toda su vida, ha de venir á parar en gobernador. Si el ideal de Don Quijote es locura, el de Sancho es locura y media. Nadie ha insistido con más empeño que yo en hacer ver que Sancho es tan demente ó más que Don Quijote en el sentido literal del poema, pues Sancho, cuerdo, debia saber lo que podia esperarse de su buen vecino y que en el territorio en que peregrinaban no habia más que tierras de pan sembrar, labradores y arrieros, ventas fementidas y en ninguna manera posibilidad de ganar reino ó ínsula chica ni grande.

Pero el intento principal de Cervantes se ha visto que es otro al estudiar el simbolismo del poema, y parece lo natural que lo que sucede con Don Quijote suceda tambien con Sancho, y es que de no haber entendido el argumento interno, han nacido críticas erróneas y juicios equivocados. Si entendemos sólo lo que á la corteza se muestra, que Sancho es puramente un individuo, todo el cuento y negocio del ideal de la ínsula es un argumento risible y burlesco de la presuncion y de la necedad humanas. Sancho es entónces simplemente un mamarracho de quien es capaz de burlarse largo tiempo un loco, y por remate de la burla viene el gobierno para escarmentar su presuncion sacándole de él pobre y con las costillas rotas.

Esto es, sin duda, muy cómico, pero le falta elevacion, no hay en ello profundidad é importancia como la que se encierra en el argumento interno, en el que Sancho representa las clases inferiores ó populares, que comenzando por un estado de ignorancia y de servidumbre se van educando y emancipando al contacto con la inteligencia y las lecciones de los que deben y pueden cultivar su entendimiento. Como á Sancho, hace mucho tiempo se prometió á los pueblos por visionarios y reformadores el salir de su estado de servidumbre y llegar á ser soberanos y legisladores, y como Sancho los pueblos dieron fe y crédito á esta promesa: y los unos porque tal prometieron y los otros porque tal creyeron fueron como Don Quijote y Sancho objeto de la burla, el sarcasmo y los epigramas de la *gente de seso*, hasta que el tiempo vino á dar la razon á los locos y el gobierno á los crédulos.

Pero de esto se hablará en su lugar oportuno. En esta nota, que involuntariamente he extendido más de lo que quisiera, merced á la importancia del asunto, sólo pretendo fijar la atencion sobre las grandes trasformaciones que se advierten en personajes, escenario y máquina poética desde el punto en que nuestros aventureros ponen el pié en el palacio de los Duques. La locura de Don Quijote asume un carácter pasivo, la máquina poética que antes radicaba en la imaginacion del hidalgo, ó mejor dicho, que era su fantasía misma, se traspasa á la realidad externa, y por último el ideal de Sancho que era el mayor de los imposibles, se realiza por completo. El buen humor y la opulencia de estos magnates son la vara mágica que da apariencia de realidad á los sueños caballerescos de Don Quijote y al sueño escuderil de Sancho. Esta agencia que da nueva vida y nuevo aspecto á la accion del poema, tiene el mérito de ser tan natural y verosímil como la anterior consistente en los fenómenos psicológicos, de suerte que Cervantes, en los dos caminos que adopta no sale un punto de la verdad y la probabilidad.

Capítulo XXXV.—1.—*Al revés de lo que yo pensaba.*—El argumento literal, segun se ve en este incidente, va olvidándose por Cervantes, atento sólo al argumento del espíritu, así como la importancia y juego principal de la accion se va concentrando en Sancho, desde el punto en que le vino la idea de engañar á su amo con el supuesto encanto de Dulcinea. No puede ménos de llamar la atencion que en una aventura en que aparece nada ménos que Dulcinea en persona y en toda su belleza, se muestre Don Quijote tan silencioso, indiferente y frio. Parece como si la tal Dulcinea, de carne y hueso, fuese un personaje nuevo, de quien no se hubiese hablado nunca ántes, cuando toda la fábula quijotesca gira sobre ese eje. Ni siquiera una expresion de alegría, sorpresa, admiracion ó turbacion del rendido amante que tanto habia suspirado por verla; ni siquiera una señal de adoracion, de acatamiento, cortesía ó reverencia de parte del hidalgo. Dulcinea aparece en el carro brillantemente vestida, habla largamente y desaparece como si se tratase de la última y más insignificante figura de la farsa. ¿Es esto conciliable con su importancia de dama de un caballero cuya luz le alumbra y cuyo amor le sostiene el valor y la vida? ¿Es esto lo que debia esperarse, si el argumento literal ó caballeresco fuese lo principal y la mira única de Cervantes? La verdad es, que de lo que ménos se trata aquí es de Dulcinea-Aldonza, como lo prueba el remedio para su desencanto. Trátase, sí, de que la luz de la razon y de la verdad no puede encantarse ú oscurecerse sino por la ignorancia y el predominio de la materia grosera, y que es preciso la purificacion de esta, la subyugacion de sus vapores y sus instintos para ver y apreciar la belleza espiritual. Por eso dice Merlin á Sancho que los azotes le harán bien á su complexion sanguínea, y que en cuanto se dé el número indicado, ó lo que es lo mismo, cuando por la disciplina, la educacion y la mortificacion de la carne el espíritu tome su ascendiente, y la inteligencia venza á los sentidos, *ipso facto* será visible la luz divina de la razon y la verdad ántes oscurecida por los espesos humores de la materia.

Esa frialdad é indiferencia que vemos en Don Quijote ante la presencia de su dama en carne y hueso es una declaracion

bastante manifiesta de que el hidalgo sólo ama su Dulcinea espiritual, y que *aquella*, terrenal, aunque hermosa, es tan insignificante para él como si no existiera. En efecto, la Dulcinea material, elemento preciso para la historia literal del Quijote, puede ser cualquiera, del Toboso ó de Tembleque, Aldonza Lorenzo ó Ana Zarco, como la llama Clemencin, robusta ó delgada, bonita ó fea; pero la Dulcinea espiritual no podia ser más que una y en su filiacion moral nunca hay contradiccion en la pintura ni frialdad en el alma de Don Quijote. Toda la base firmísima del comentario filosófico vendria por el suelo y Cervantes no habria sido el genio superior que admiramos, si en esta farsa en que aparece Dulcinea corporalmente, más ó ménos hermosa en lo físico, se hubiera abandonado Don Quijote á amorosos trasportes ó mostrado el respeto, la admiracion, acatamiento y culto que rendia su alma á la verdadera Dulcinea, á la luz de la razon humana. Con su conducta parece decir á los Duques, que se prestatá citamente á aquellas representaciones, por el objeto inmediato que llevan, que es castigar la malicia de Sancho y hacerle expiar la trama del encantamento, que jamás pensó habia de complicarse hasta el punto de poner en peligro el gobierno que ya tenia entre las manos.

En general, se observa en la segunda parte del Quijote más participacion de Sancho en todas las aventuras, y como que parece que le pone Cervantes en primer término, relegando un poco al fondo la figura de Don Quijote. Tal vez fué real intento de su parte llenar la primera de locuras y discreciones del amo y la segunda de sandeces y discreciones del mozo; tal vez quiso cumplir al pié de la letra los deseos del público expresados por Sanson Carrasco cuando dice que el vulgo no queria más sino que hable Sancho y embista Don Quijote. En la primera parte hay sobradas embestidas y acometimientos de Don Quijote, al paso que la lengua de Sancho comienza á soltarse solamente. Nada más natural que en la segunda se diese espacio para que predominase la figura del escudero, no siendo posible, artísticamente, conservar la fiebre caballeresca de Don Quijote, ni continuar el interés en la historia, segun dejo ya manifestado, con aventuras enteramente nuevas y desemejantes unas de otras, porque las formas de ellas se agotan y vienen á ser repeticiones si se pretende reproducirlas y exagerarlas.

Capitulo XL.—1.—*Ni Etonte ni Piroente.*—Ni Bootes ni Peritoa dice la primera edicion, y no veo razon bastante para que se haga ese cambio de nombres. El erudito Sr. Hartzenbusch dice acertadamente, que estos últimos nombres nunca fueron de los caballos del Sol; pero esta observacion vendria á cuento si se tratara del discurso de un académico ó disertacion de un estudiante. Hablando la Dueña Dolorida, esta incorreccion tiene su sal y pimienta, á no ser que se pida puntualidad en una relacion llena á propósito de disparates.

Capitulo XLI.—1.—*Y no os digo más.*—Esta aventura de la condesa Trífaldi y del Clavileño es una de las más largas, variadas y complicadas que tiene el Quijote y ya se deja entender que no gastando nuestro autor la pólvora en salvas, el artificio de ella debe dirigir la puntería á algun asunto importante. Así es, en efecto, y ya veremos si supo dar en el blanco con su prodigiosa inventiva, atreviéndose á hacer una burla de lo que en su época era lo más sagrado, á saber, la fe ciega, que á todo lo imposible y maravilloso daba crédito y con preferencia á lo absurdo, *quia absurdum.*

Se ha visto que Don Quijote, en materia de caballerías, es un abismo de fe, de tal modo que el lector no puede imaginarse disparate, vision, imposible ni absurdo que él no tome á pechos, con tal de que venga por el cauce correspondiente de la esencia y forma de andantescos ó caballerescos. Esto que parece una monstruosidad, es, sin embargo, lo más lógico del mundo, en el supuesto ó bajo la base de que el caballero andante está asistido y ayudado, como perseguido y odiado por sabios encantadores buenos y sabios encantadores malos. ¿Qué imposible puede haber cuando se reconoce la fuerza poderosa de artes y de encantos, que pueden acortar las distancias, parar el tiempo, hacer lo pesado ligero y lo sólido penetrable, con otras mil infinitas formas de violacion de las leyes inmutables de la naturaleza, sin más que el buen querer de un individuo?

Sentado este principio, bien se alcanzará á los lectores la ocasion, oportunidad y motivo que hallaria Cervantes para satirizar en esas tragaderas de Don Quijote las no ménos anchas de los pueblos y las sociedades, que en otra esfera admitian exactamente esa intervencion de una agencia sobrenatural, como sello y marca para dar el *exequatur* y aceptacion á todos los absurdos, sueños, quimeras é imposibles. Es preciso que fijemos la atencion en que el carácter de ambas literaturas andantesca y religiosa, ó sea de los poemas á lo divino, en aquella época tan frecuentes, era la intervencion de lo milagroso. Con milagros se tejia la tela de las religiosas, y con milagros se bordaba la de las caballerescas.

Si esto era una cosa patente, general, visible, en los tiempos de Cervantes, ¿cómo quiere pretenderse que escapase á los ojos de águila de un genio observador y satírico por naturaleza? ¿Por qué no habia de ver el autor del Quijote lo que vieron otros en su época y ven casi todos en nuestros dias? Los críticos y comentadores del Quijote, en lo general, fueron hombres muy timoratos, y juzgaban que Cervantes debió ser lo mismo que ellos. De otra manera no se comprende cómo dejaran de ver lo que es tan palpable en el designio de su poema. Es más, el descreimiento ó la protesta de la razon y del sentido comun contra todo lo absurdo, imposible, exagerado y milagroso, se manifestó más pronto, ó mejor dicho, más abiertamente en España contra la literatura ó institucion caballeresca, por una razon muy sencilla, porque atacando ó condenando esos absurdos de los profanos, no se incurria en las persecuciones y castigos que venian encima atacando los de su cormana la ciencia y literatura religiosas. Realmente el censurar y pedir la aniquilacion de los libros caballerescos era censurar indirectamente los mismos defectos y vicios de su compañera. Esta es la razon por qué las personas más ilustradas clamaron contra los libros de gesta. Bien sé que á esto se puede objetar que entre los tales clamantes hubo muchos que eran real y verdaderamente católicos fervorosos y creyentes en lo que enseñaba la Santa Madre Iglesia, y que una cosa era la exaltacion y honra de esta, y otra muy distinta el gusto y pasatiempo de los profanos, ó lo que es lo mismo, que no se pueden colocar en igual línea los milagros de los magos y encantadores, que tenian un fin profano, con los milagros hechos por Dios y sus santos ó escogidos, que tenian un fin divino

Tales objeciones son pertinentes, pero lo que podrá probar la primera es, que la ceguedad del fanatismo llega hasta el punto de ver y condenar defectos en un sistema y aplaudirlos en el que á ellos les agrada ó siguen, lo cual no es nuevo en el mundo. En cuanto á la segunda objecion, desde luégo nos trae á la memoria la perniciosa máxima de que el fin justifica los medios. Si el medio ó instrumento para conseguir el pasatiempo y gusto en el terreno del arte es censurable y productor por su misma índole de daños graves, aunque se varie el objeto ó fin con que se empleen, no podrán dejar de llevar en sí lo dañoso de su propia naturaleza, y no debe tolerarse que se emplee la mentira para enseñar la verdad ni lo injusto para alcanzar lo justo. Y cuenta que no me refiero en esto á religion positiva determinada, puesto que todas incurrieron en este gran defecto de hacer al Sér Supremo y á sus escogidos gobernadores directos é interventores constantes en las cosas de este mundo, defecto de que provino su decaimiento ó ruina, porque trae esto el inconveniente de familiarizar demasiado á los mortales con los dioses, y la mucha familiaridad engendra el menos precio.

Pero sea que muchos ó algunos de los contemporáneos de Cervantes viesen ó no esta semejanza cuando censuraban los libros de caballerías, es indudable que él la vió y comprendió y confeccionó su gran poema atacando á una clase con la idea de embeber y comprender en su ataque á la otra. De esto se han dado ya innumerables pruebas en las presentes notas; pero se verá aún más de relieve en el comentario de la aventura del Clavileño, cuyo espíritu y significacion no es otro sino el mostrar la facilidad con que el interés, la malicia ó cualquier otro resorte se apodera y domina, y lleva y trae á su antojo á todo el que abdica de su razon, se enamora de un ideal y cierra los ojos á la realidad de las cosas. Y esto lo mismo se hace con un caballero andante llamado Don Quijote que con millones de hombres llamados creyentes.

Ya con anterioridad habia hecho Cervantes tentativas de pintura de estos fenómenos de la fe en el criterio de los fieles. A ellas pertenece el entremés llamado *El Retablo de las Maravillas*, publicado con mucha antelacion á la segunda parte del QUIJOTE.

Tambien en varias aventuras y escenas del QUIJOTE habia puesto de relieve la credulidad del hidalgo, como se ve cuando la sobrina le dió á entender que Muñaton habia quemado el aposento de sus libros, cuando el cura inventó la trasformacion de Dorotea en princesa Micomicona y cuando le hicieron creer que iba encantado en una jaula. Ya en la segunda parte, Sancho le hace creer en el encanto de Dulcinea aprovechándose del conocimiento que tenia de que echar mentiras á lo caballero á Don Quijote era como echar guindas á la tarasca, con tal de que tuviesen de lo fantástico, lo maravilloso y lo imposible. Y prueba de que esta faz de sátira trascendental era muy importante y estaba muy presente á la mente de nuestro autor, es que imagina la visita al palacio de los Duques con el principal objeto de empezar una verdadera campaña de maravillas para que las tragase y embaulase Don Quijote.

De propósito no he mencionado la importante aventura de la cueva de Montesinos, hecha en la misma fragua, aunque con otro molde ó turquesa, y al hablar de ella en mis notas tampoco dije todo lo que venia al caso, porque es un episodio que queda pendiente y se resuelve y termina en la conclusion de la aventura de Clavileño. El diferente molde consiste en que en la relacion de lo visto en la cueva, Don Quijote mismo es el que sueña ó inventa disparates y maravillas al tenor de sus aficiones y gustos cuando está despierto, pintando un fenómeno universal en la mente de todos los encariñados y fanatizados por una idea. No fuera Cervantes el gran genio que todos reconocen si no nos pintase los dos estados que una gran fe produce en los creyentes, uno pasivo y otro activo, uno que *crea* y otro que *cree*. Y obsérvese la sátira é intencion agudísima de Cervantes. Como Sancho, á pesar de comulgar muchas veces con ruedas de molino, no habia de creer tantos y tan grandes disparates, trae como presente y oyente al primo, hombre al parecer ilustrado, que no sólo cree aquella máquina disparatada de absurdos y maravillas, sino que se espanta de que Sancho no la crea. De modo que, cuando parece que nada ni nadie puede exceder á la locura de Don Quijote y simplicidad de Sancho, todavía viene un personaje cuerdo, que es más loco que el uno y más simple que el otro.

Esta singularísima aventura de la cueva es *sui generis*, en cuanto que representa á Don Quijote no como loco, sino representando el papel de tal, á ojos vistas, ó como vulgarmente se dice, á casquillo quitado. En otras le hemos visto tomar este mismo papel, con más ó ménos cautela, pero en el episodio de la cueva parece no haber reserva alguna desde el momento en que el mismo Don Quijote es consciente de que hay en su historia hechos que no tuvieron lugar y disparates mezclados, á su entender, con sucesos verdaderos. Necesitó Cervantes acudir con la apología ó declaracion graciosa é irónica que da principio al capítulo XXIV, y en la que despues de todo nada resuelve, para llamar la atencion acerca de este episodio tan interesante, donde se ve el extraño *caso*, de un loco con escrúpulos acerca de lo que siente y de lo que dice, lo cual es contrario y opuesto á la observacion de la experiencia y estudio de los alienados. Estos escrúpulos son tales, que á la primera ocasion en que topa con Maese Pedro y su monc-adivino, le hace preguntar sobre «si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos, habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia *que tenian de todo.*»

Esta expresion de que *tenian de todo* encierra un gran valor. En primer lugar, nadie puede sostener que tenga orígen en el cerebro de un demente, porque faltando el juicio, y estando los disparates modelados segun el género de locura del paciente, miéntras más numerosos y mayores sean, tanto más creibles son para él. Tal expresion indica discernimiento, ejercicio de criterio que es imposible en un loco. La duda misma, el acoger la menor sombra de escrúpulo es ya un acto inconciliable con el concepto de un hombre privado de la razon.

Hay más. Ese carácter entreverado que quiere dar á la relacion de lo visto en la cueva crea una situacion fundamentalmente cómico-satírica, porque entra luégo el embarazo y el conflicto de distinguir cuál era lo verdadero y cuál lo falso, tarea de un Hércules de la inteligencia, ó mejor dicho, tarea imposible, en la cual ofrece Cervantes una leccion profunda, que es advertir al lector

que en aquellas cosas en que se sorprende parte de mentira, no las redime la parte de verdad, porque la desconfianza engendra el descrédito de los tales narradores ó historiadores.

Pero volviendo á la gran aventura del Clavileño. Preciso es formarse una idea del travieso y sutil ingenio de Cervantes, y de su gran socarronería, para comprender la complacencia y fruicion con que debió componer este episodio de la Dueña Dolorida, en donde dada la base fundamental y magistral en que toma sér y cuerpo, no tenia más que abandonarse á la corriente impetuosa de su imaginacion é inventar disparates á cual más absurdo, en la seguridad de que, como suele decirse, á cada tiro mataba dos pájaros. Don Quijote es el *anima vilis* y el ejemplar representante de todos los fanáticos y creyentes. Se va á hacer una prueba de hasta dónde llega el fondo del saco de *engullibilidad* que lleva el pobre mortal en su peregrinacion por este verdadero teatro llamado el mundo. Los tramoyistas son gente poderosa á quienes no duelen prendas, y en lugar de la pobre cola de buey que en circunstancias apuradas sirvió para hacer oficio de barba en las mejillas de Maese Nicolás, escudero de la improvisada princesa Micomicona, el mayordomo de la condesa Trifaldi pudo ofrecer á los espectadores «la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto.» Todo á este tenor en materia de escenario, vestuario, actores y figurantes, sin olvidar nada ménos que una docena de *dueñas*. Ya se habia hecho uno que podríamos decir ensayo general de la pasta crédula de Don Quijote en la procesion de los carros, donde aparece un diablo «que jura en Dios y en su conciencia,» el encantador Merlin, el sabio Lirgandeo, que no dice una palabra por donde se pueda tomar el pulso á su sabiduría, y por último nada ménos que Dulcinea. Los Duques están muy satisfechos del *éxito*, que les anima á intentar la otra farsa que nos ocupa; pero Cervantes, que se ha propuesto hacer de Don Quijote una figura noble y sublime, no le habia de abandonar en esta ocasion para ser completo juguete en manos de los regocijados señores Duques, y ya hemos visto palpablemente cuán bien representa el hidalgo su difícil papel de loco y bobo y crédulo.

En la aventura de la Trifaldi se desata por completo la vena cómica de Cervantes, y para que nada falte, la menesterosa es una dueña, de cuyo gremio ó casta ha estado hablando Sancho herejías desde su entrada en la casa de los Duques. El estilo del conjunto supera al de la historia de Dorotea, y los detalles son inimitables, pues tratándose de la infanta doña Antonomasia, hasta los sustantivos se truecan en superlativos, como se ve en *escuderísimo*, *quijotísimo*, *servidorísimo* y otros semejantes. Sobre todo le da una diversidad original en grado sumo y ocasion de sátiras el poner por amante, seductor y esposo de la infanta al caballero particular Don Clavijo, otra especie de Vicente de la Roca en la profesion literaria. Este Don Clavijo es el tipo de un verdadero flamenco y por señas mortales oriundo de la gran ciudad de Sevilla, y Malambruno un gitano ó pillo de playa de muy buena sombra, cuando imaginó barbar á las dueñas. Pero si inimitable es la armazon, no lo es ménos el remate. Despues de creido y tragado todo, por estar de acuerdo con el estilo caballeresco y porque nada hay imposible para un encantador, viene el desenlace, que es la verdadera sustancia de la aventura y el cuerpo de la sátira. El viaje de Clavileño es «el Retablo de las Maravillas,» mejorado en tercio y quinto, porque al cabo aquí se va á efectuar un milagro que es el de desbarbar el rostro de trece dueñas y desencantar á Don Clavijo y Doña Antonomasia, por el instrumento de otro milagro que es el viaje á Candaya por los aires en un caballo de madera. Sancho cerdea, y hace el papel de protestante; pero está en puertas el gobierno de una ínsula y hace la vista gorda, si bien su incredulidad es el grano de sal, que da sabroso interés á toda esta tramoya, cuyo fin es la exhibicion de un creyente á quien vendan los ojos para hacerle juguete de su misma credulidad. Don Quijote, montado sobre Clavileño, con los ojos cerrados, es el tipo, el ejemplar monumental del sér humano tal como lo hemos visto y aún vemos en la historia y en la actualidad, abdicando su razon y entregándose á voluntad y á discrecion de los que atizan el calor de su fanatismo para apoderarse de él y dominarle á su antojo, á su interés ó á sus caprichos. Nada le fuera más fácil á Don Quijote, que alzar un poco la venda y ver toda la mentira; pero la materia de que trata Cervantes no lo consiente. Es preciso que quede, en apariencia al ménos, engañado; pues como dice muy oportunamente, ¿no está ahí el verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos y en doce horas llegó á Roma?

El aire de los fuelles y el fuego de las estopas, son los vapores del estómago y los vahidos de cabeza, generadores de tantas patrañas y delirios, sueños y alucinaciones como han corrido y corren por el mundo, sin otra razon que estar conformes con la flaqueza ó manía dominante en la sociedad. La de entónces era el reinado de la milagrería y la época de los santos. Se habia llegado á cobrar odio á la naturaleza y hastío de su admirable sencillez é invariabilidad de sus fenómenos, deseando en cambio todo lo que se apartaba de ella y regia por misteriosas agencias y revestia el carácter de lo maravilloso.

La situacion creada por Cervantes en la aventura del Clavileño, es, pues, un aspecto fundamental de la naturaleza humana, de la inteligencia enferma, del criterio perdido en multitud de falsas nociones, y por eso su sátira es trascendental y no abraza sólo la parte ó fenómeno creado por la literatura caballeresca, sino que comprende y coge más de lleno los creados por la literatura fervorosa, mística y ascética de aquellos tiempos de fanatismo religioso. Si las mismas causas producen los mismos efectos, aquellas son idénticas en el fondo en una esfera como en la otra, á saber: desviacion de la naturaleza, apartamiento de la realidad, preferencia de los delirios y sueños que fácilmente forja la imaginacion calenturienta, al estudio frio, severo é imparcial de los hechos y fenómenos naturales. No hay refutacion posible de esta verdad palmaria y dos y dos son cuatro así estén representados los guarismos por números arábigos como por números romanos. Don Quijote y su escudero, montados sobre Clavileño y con los ojos vendados, son la representacion de la humanidad bajo el imperio ó mejor dicho esclavitud de la fe, y esta aventura muestra la facilidad con que se hace juguete de los que sinceramente se prestan á abdicar de la luz de la razon. Es la imaginacion montada sobre su caballo alígero y flamígero, y por desgracia la sociedad se ha dejado conducir por tal guía en muchas épocas de la historia. Pero no seria

perfecta la pintura si al lado de Don Quijote dócil, no estuviese Sancho refractario y malicioso, que se aprovecha de la situacion para inventar lo que le place en su paso por los alrededores del cielo.

En confirmacion de este punto de vista y comentario del espíritu de esta aventura hay sobrada evidencia interna. A pesar de que la estructura es caballeresca, falta en ella el alma y el desenlace que deberia tener, si el intento del autor fuese principalmente la sátira contra los libros de caballería. Malambruno ha encantado á la infanta y á su esposo, barbado á las dueñas, y enviado el caballo para que vaya Don Quijote á pelear con él en singular batalla. ¿Por qué ese corte del argumento á la mitad, sin que se verifique lo más importante del episodio? ¿Faltaria á los Duques quien hiciese de Malambruno y diese lugar á un curioso combate en regla y segun los cánones de la caballería? Se comprende que quede en el aire y sin desenlace la aventura y combate del gigante Pandafilando, porque el intento de los forjadores de ella era curar á Don Quijote y llevarle á su aldea con pretexto del viaje al reino de Micomicon. Pero aquí es al revés. La intencion de los Duques es divertirse con Don Quijote, y salvada la gran distancia de la Mancha al reino de Candaya por medio del caballo volador, no quedaba que hacer más sino ponerle frente á frente á Malambruno y figurar un combate cómico burlesco que habria dado gran juego en el poema. ¿Qué es lo más frecuente en los libros de caballerías? Los combates. Casi puede decirse que no contienen otra cosa que con ellos compita en importancia. Pues bien, si el QUIJOTE fuese esa sátira que se dice, ¿cómo se explica este olvido ó torpeza de Cervantes cuando tiene á la mano todos los elementos? Hay historia de cuita, princesas encantadas, dueñas menesterosas de ayuda, profecía de que Don Quijote ha de ser su mantenedor, un enemigo que espera y un imposible que se salva como es la gran distancia; pero falta lo principal que es el combate, y el combate es nervio, músculo, parte integrante y principal de todos los lances, argumentos y aventuras de andantes caballeros. Por cierto que no serian ménos risibles, si querian los Duques solazarse, las caidas que diera Don Quijote en combate con Malambruno, que la que da de Clavileño abajo cuando incendian sus entrañas. Y con determinar de antemano que el encantador se dejase vencer, habria acabado Don Quijote á su entender una de las mejores hazañas que imaginar pudiera.

Todo esto es lógico, natural, consiguiente, adecuado y conforme con el objeto de satirizar los libros de caballerías, si tal objeto hubiese predominado en la mente de Cervantes; pero como otro era su intento y el arsenal ó material caballeresco no es en sus manos más que un instrumento ó medio para conseguir otro fin más superior é importante, de aquí que deje decapitada y estropeada esta aventura cuando ha conseguido ya el principal fin que se propone.

Otra prueba ó evidencia interna de mayor valor la ofrecen las palabras que pone en boca del hidalgo con que termina el episodio y capítulo: «y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y *no os digo más.*» Me parece que no puede estar más claro el asunto de que aquí se trata, ni más manifiesto el espíritu de la aventura ó el argumento interno que encierra, y no dirán los críticos que estas son imaginaciones ó ingeniosidades de comentador. Aquí vemos claramente que Don Quijote no relató lo visto en la cueva de Montesinos, como loco é inconscientemente. Aquellos disparates están fraguados á sabiendas, como se han fraguado infinitos por los hombres cuando tienen enfrente *primos* ó creyentes que los digieran. (Es notable que el oyente y crédulo en toda aquella máquina de desatinos, no tenga nombre de pila y se le llame siempre *primo.*) Pudo ser invencion ó pudo ser relato de un ensueño, sabiendo que lo era. El resultado es igual, porque da á entender la facilidad con que hombres al parecer despiertos daban crédito á lo que pasaba á otros dormidos. ¡Singular fenómeno! Un hombre de mediana discrecion no cree en sus propios sueños, y han de creer los mortales los sueños de otros! En la bajada á la cueva tocó á Don Quijote hacer esta sátira, porque iba solo, y todo el poder del mundo no hubiera logrado que Sancho le acompañase. En la subida al cielo vemos que tambien se resistió Sancho; pero habia, como ya se ha dicho, un gobierno de por medio, estaban allí los Duques, y en el contexto de la aventura se hace entrar y participar á Sancho, cosa que es arbitraria á primera vista, pues para un combate no hacia falta el escudero. Se ve que la intencion de Cervantes era que Sancho hiciese lo que en esta ocasion no podia hacer Don Quijote. De suerte que esta subida de Sancho es el equivalente á la bajada de Don Quijote en cuanto al fin principal, que es aprovecharse de la situacion en que se ve colocado para engañar á los demás con el mismo derecho y con el mismo instrumento con que tratan de engañarlo á él. Es tambien evidente que esa tentacion tan bien pintada por Cervantes, nace de la imposibilidad de verificar la verdad, porque nadie habia de sumirse en la cueva para averiguar lo cierto, y caso que alguno lo intentase, aún podria decirse que no fué por el mismo rumbo que Don Quijote. En cuanto á los viajes por los aires, no se diga nada. ¿Quién va á seguir á los que vuelan? Cuando nos dicen que un santo tuvo un rapto y fué llevado *in corpore* á la mansion celestial y tuvo estas y las otras apariciones y coloquios y revelaciones, ¿quién va á investigar la verdad? Cuando otro escogido cuenta que en sueños se le apareció el mismo Dios ó la Vírgen, ¿quién va á ponerse en las mismas condiciones para hallar el toque de su veracidad? A Sancho se le hace entender que va remontándose por las alturas: él cuenta que vió el cielo de cerca como la tierra de léjos y que se entretuvo, como pastor, con las cabrillas, y por más señas da las señas de sus colores. ¿Qué se hace con este tuno? Como dice el vulgo: ó creerlo ó matarlo. La sátira es de primer órden, aunque basta decir, es de Cervantes.

¿No es de notar y maravillar aquí el cambio completo que nos ofrece nuestro ingenioso escritor de la condicion de Don Quijote, cuando se pone á dudar y á refutar el relato de Sancho que todos creen? Cabalmente Don Quijote era la última persona que debiera ponerse á cuentas con Sancho por disparate ó imposible más ó ménos. Su condicion es siempre la de apasionado de todo lo maravilloso y fuera de lo comun, de todo lo difícil ó imposible. Sin embargo, aquí le vemos con argumentos sacados de la ciencia tratar de convencerle que no pudieron llegar al cielo sin abrasarse, y «pues no nos abrasamos, continúa, ó Sancho miente ó Sancho sueña.» Ahora bien, recordará el lector que en su diálogo con Sancho sobre la verdad del relato de la cueva de Montesinos, Don Quijote

dice todo lo contrario, dándole á entender, socarronamente es verdad, que la *falta* de experiencia en las cosas del mundo le hace «*parecer imposibles* las cosas que tienen algo de dificultad.» Segun esto, por lo mismo que era difícil la realizacion de lo que cuenta Sancho, debió parecerle posible á un hombre de la experiencia de Don Quijote en las cosas del mundo.

Pero ya se ha dicho que desde la entrada del hidalgo en la residencia de los Duques, se acentúa más y se ve más á las claras que Don Quijote está haciendo el papel del loco más bien que locuras, y no puede hacerse el papel del loco sin dejar vislumbres y trazas de que quien lo representa es discreto en alto grado. En el drama y en la comedia no importa que el personaje demente lo sea de una manera continua y lógica, porque se sabe que el actor es discreto; pero en la novela y especialmente en un poema donde se comienza pintando como loco al protagonista, no podemos saber si lo es siempre ó hace el papel de tal, á no ser que se desvíe de su carácter en algunas situaciones.

Este cambio, pues, que aquí se nota, tan radicalísimo en el sér espiritual de Don Quijote, no tiene otro fundamento y objeto que hacer ver que entre amo y escudero hay valor entendido y que alternativamente toca al uno hacerse el tonto y al otro hacerse el loco, y ser uno discreto y el otro sensato segun conviene para llevar adelante el principal designio en cuyo argumento no hay tal locura en el hidalgo.

Por no extenderme demasiado, no hago comparaciones y comentarios de otras muchas frases y conceptos satíricos y epigramáticos, que hierven en este breve diálogo de Sancho con los Duques, y que el lector sabrá hacerlos sin duda alguna.

Capítulo XLIII.—1.—*Llevar un dia á la horca.*—Aunque en varios pasajes se ha tratado de los refranes, me parece ser este el más apropiado para estampar las observaciones que sugiere el empleo de este poderoso elemento, con el cual iguala en cierto modo Cervantes las inteligencias de caballero y escudero. Ya hemos visto que en hacer á Sancho el órgano constante de esta sabiduría ó filosofía popular, el intento es oponer al idealismo puro y especulativo de Don Quijote la correspondiente dósis de realismo y de experiencia de parte de Sancho. Esta concepcion es felicísima y de un alcance extraordinario. Tal como salió el buen Panza de su aldea no podia ser término hábil para sostener combate ni argumentacion alguna con Don Quijote, que es uno de los grandes resortes de interés y medios de enseñanza diseminados en el discurso del poema; pero con lo que se supone que aprende del trato y comunicacion con su señor, y con la ayuda de los refranes, el autor habilita la figura del escudero y le pone en toda materia opinable y controvertible casi al nivel del representante de la razon pura.

Tambien se dijo en otro lugar, que el pensamiento del autor acerca de la figura del escudero habia sufrido modificaciones notables en el curso de la ejecucion de la obra, y de esto tenemos aquí nueva prueba cuando Sancho dice: que no puede remediar el vicio de ensartar refranes, porque sabe de ellos más que un libro y se le vienen tantos juntos á la boca, que riñen por salir unos con otros. Si esto fuera así, desde sus primeros diálogos habria dado muestras de tal conocimiento é inclinacion incorregible, lo cual no se ve en sus primeras pláticas. En esta parte casi podemos decir que penetramos en el interior del cerebro de Cervantes y presenciamos hasta el momento en que se operó en su mente el cambio de concepto respecto á la figura y significacion de Sancho. Al lado de Don Quijote lanzado siempre sobre la senda vagarosa del porvenir, quiso poner á Sancho apoyado siempre en la experiencia de lo pasado. Frente á frente á la inteligencia poética, la inteligencia prosáica: el hecho contra la idea, la sabiduría práctica contra la teórica, el conocimiento constituido contra el conocimiento constituyente.

A un personaje que representa la clase popular, no se le puede pedir más sino que sepa toda la ciencia popular y Sancho, aunque tiene tan poca memoria que no puede recordar los consejos que le da su amo para el gobierno, nos dice que no tiene más ciencia ni caudal espiritual que los refranes, contradiccion que es una prueba más de que Cervantes no pintó individualidades en estas sus dos principales figuras. Con todo eso, Sancho no es más que *un porro* á los ojos de Don Quijote. Esa misma ciencia le ayuda unas veces y otras le perjudica, y por lo regular desagrada á Don Quijote, que sabe muy bien no hay otro recurso para el pueblo falto de educacion ni ménos para Sancho que no sabe leer ni escribir. La paciencia de Don Quijote va disminuyendo con el trascurso del tiempo. Él quiere levantar á su criado de su condicion social y civil, educarle y emanciparle, y esa ciencia popular se interpone á menudo hasta que casi descorazonado llega á decir las siguientes significativas y notabilísimas palabras: «Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca: por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades.»

Dado que nada huelga en el Quijote, veamos qué razones pudieron inducir á Cervantes á poner tales palabras en boca de su héroe.

En primer lugar, en los mismos consejos que apunta para la mejor conducta de Sancho en el gobierno, le dice que el mucho uso ó el abuso de ellos «hace la plática desmayada y baja.» Como los refranes no son producto directo de la inteligencia ó la imaginacion del que los usa, sino mercadería intelectual ó material de acarreo de que se vale por el momento, claro es que dominando en una conversacion no puede brillar en ella el fuego, el calor de la gestacion, esa vida inherente al espíritu cuando se hace verbo encarnándose en el lenguaje. Una serie ó sarta de máximas, por profundas que sean, tienen siempre la frialdad del axioma. En cuanto al otro extremo de la bajeza, se explica por el hecho de que los más ignorantes son los que se ven obligados á emplear ese caudal comun á falta del propio. Cuantos han escrito sobre el refinamiento de cultura están conformes con esta opinion de Cervantes. El conde de Chesterfield, que en sus célebres cartas á su hijo sobre educacion y trato social, se propuso formar el tipo de un hombre de mundo, le aconsejaba evitase el empleo de refranes por ser cosa vulgarísima é impropia de caballeros. En el estirado y aristocrático Chesterfield se comprende esa profunda aversion á los adagios. Bastaba que los hubiese usado Sancho Panza y en general el vulgo, para que él los proscribiese en su código de educacion. Pero hay una razon sencilla que debia hacerlos repugnantes al inge-

nioso autor del Quijote, y es que el hombre instruido ó sea el hombre rico en bienes espirituales, no necesita acudir á sustentarse del tesoro público ni usar de ideas ya acuñadas, especie de calderilla en el comercio intelectual, que como la del comercio, llega á criar moho; sino que él mismo es su fábrica de moneda y la acuña segun conviene á las necesidades del momento. En efecto, el hombre de inteligencia desarrollada no necesita que otro le diga lo que él sabe decir sin apuntador.

Por otra parte, hay en las inteligencias privilegiadas una especie de odio instintivo á los refranes, por cuanto con la apariencia sentenciosa y con el aire de absolutos no contienen más que verdades á medias, errores muchas veces y por lo general puntos de vista muy parciales. Es presumible que Cervantes recarga la censura porque en España, no sólo el vulgo, sino las clases superiores, han hecho liberal uso de los refranes, lo cual debe atribuirse á varias causas, y entre ellas me parece la más influyente el servilismo de la inteligencia á la autoridad que dominó por tanto tiempo en nuestra Península. El hombre que en religion tiene una pauta de la que no se le permite salir, y en política se halla tambien bajo tutela de gobiernos paternales: el pueblo que, como el español, se acostumbró á que todo se lo diesen hecho, se acogió á los refranes por necesidad, y hasta por política. A veces lo que era un concepto demasiado libre en una forma espontánea, podia expresarse sin peligro en una forma ya consagrada por el uso. El hecho es que no hay nacion más rica en refranes que la española, lo que prueba nuestra tendencia á popularizar los conocimientos y democratizar la sabiduría: esto es, sacarlos de los libros y formularlos claramente para instruccion del pueblo. Tambien indica esta abundancia nuestra propension á sintetizar y elevar á principios fijos y fórmulas simples toda la maraña de contradicciones del mundo del espíritu, y ajustar á una especie de teoría hasta la menor de las acciones de la vida. Sobre todo, prueba lo mucho que nos place crear reglas, pautas y leyes, aunque luégo no se sigan ni se cumplan, quizás por lo mismo que somos los más desarreglados é indisciplinados del mundo.

Pero el objeto del comentario en esta nota es explicar el porqué de ese daño grande que teme Don Quijote para Sancho si continúa usando refranes á trompa y talega, hasta el punto que amenaza su existencia y la de su estado político de gobernador. Si los refranes son extractos de la sabiduría humana, preceptos útiles, máximas morales, consejos sobre conducta, direcciones *ad agendam*, parece lo natural que el hombre ó el pueblo que tenga de ellos un almacen mejor surtido, y los lleve siempre en la manga ó en los labios para servirse de ellos, debia ser el pueblo más cercano á la perfeccion. Si son luz, cuanto más resplandeciente, tanto mejor. Opinion comun es, que entre todas las naciones España es una de las más liberalmente dotadas de natural ingenio, particularmente en las clases bajas, y concediendo la parte que toca al clima, no hay duda que algo de su agudeza é ingenio se debe al conocimiento general envuelto en su tesoro de refranes. Estas sentencias breves, por poca sustancia que encierren, contienen siempre más fondo que muchos discursos largos en que va diluido el pensamiento, y el vulgo no sabe ni puede extraerlo. Como los refranes contienen pensamientos filosóficos, morales, religiosos y sociales, claro es que del roce y comunicacion con tales ideas algo se ha de pegar al que las oye, las aprende y las repite.

Bajo este aspecto, el pueblo español, en masa, es más rico en saber que otro alguno, y en cuestion de tiempo, malgasta ménos que los demás en sus operaciones mentales, y así sucede no pocas veces que un patan del campo que habla poco y este poco incrustado de adagios y proverbios, real y verdaderamente parece un pozo de ciencia. Al ménos, lo que diga, si está bien traido al caso, no lo podria decir mejor un doctor por la Universidad de Madrid. Sus palabras revientan de meollo, y como nadie puede medir su verdadera capacidad intelectual, el hecho es, que un hombre inculto se coloca por entónces á la altura de lo que más se sabe ó se ha podido alcanzar en determinada materia. Sucede en esto algo parecido á lo que pasa en la esfera religiosa. Los Santos Padres y doctores de la Iglesia repitieron unánimes que un creyente en la religion cristiana, en sabiendo los artículos de la fe, sabe tanto como el doctor más consumado. Los dogmas resumen la doctrina, y aprendidos estos por el más simple de los mortales, en cuanto á ciencia de Dios, sabe tanto como el más espiritual de los teólogos. La diferencia estriba únicamente en que el patan simple no pasa del catecismo, y el teólogo compuesto puede explicarlo y amplificarlo y llenar volúmenes.

Lo mismo pasa con los refranes. Cuando un labriego dice, por ejemplo, «no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios,» ha dicho todo lo más que es posible á un filósofo sobre fatalismo ó un teólogo sobre predestinacion.

Pero ¿es esto provechoso ó perjudicial? ¿Ha sacado el pueblo español algun beneficio de esta mina, ó es una desventaja el poseerla? Cervantes claramente se declara por el segundo extremo. En varias ocasiones reprende Don Quijote á Sancho y aún le maldice por el uso de los refranes, lamentando el mal que produce el traerlos fuera de razon, que es en los casos morales, como si á un enfermo le cambian la medicina. Pero aún es ménos malo comparado con el vicio radical de los mismos, pues infinito número de ellos son errores crasísimos ó verdades relativas, y nunca las absolutas, que creen los mismos que los emplean. Se conoce que Cervantes habia meditado bien sobre este punto, cuando nos ofrece una prueba de la exactitud de estas observaciones; prueba que es bastante en una novela ó poema, y deja entender que en un discurso ó lugar más oportuno habria desarrollado el pensamiento que encierra su objecion. Cuando Sancho dice que «más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena,» responde Don Quijote: «Esto no, Sancho, que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto artificio.»

Parece ser máxima sacada de la experiencia, que un poco de ciencia hace á los hombres pedantes, un poco de valor atrevidos, un poco de razon testarudos, un poco de libertad incorregibles: en suma, que todo lo que es poco, es de por sí imperfecto y más perjudicial que provechoso. De médicos y de locos, dice un proverbio, todos tenemos un poco, y bien se echa de ver cuando hay un mal físico la multitud de recetas distintas que cada cual está dispuesto á propinar á su vecino, miéntras que al menor dolor, ya está llamando á su casa al médico. Cuando el caso es un mal moral, los avisos y consejos no son en menor número, y acaso ninguno

de ellos pertinente. Casi puede asegurarse que en este mundo las grandes curas físicas y morales han venido siempre de grandes médicos y de grandes locos, y que los que lo son á medias ó un poco, más bien producen daños que provecho, y esto es lo que quiere significar el otro refran de «para poca salud más vale ninguna.»

Hay en todo esto un gran fondo de verdad. Lo imperfecto no puede ménos de ser perjudicial á la larga, por más que alguna vez suene la flauta por casualidad. El argumento que vamos desarrollando y Cervantes nos ha presentado en compendio, puede ilustrarse con no corto número de ejemplos de lo que pasa en sociedad.

En la época de Cervantes la costumbre de acotar refranes llegó á ser más que una manía. Fué una verdadera enfermedad, no sólo de las gentes vulgares sino de los más notables ingenios. La «Celestina» y sus imitaciones están recargadas de refranes, y lo mismo sucede con el pícaro «Guzman de Alfarache,» de Mateo Aleman, y la «Dorotea,» de Lope de Vega, en donde quiso imitar á la otra madre inimitable, y hasta llegó á escribirse un entremés en que todos los personajes se excusan de pensar, porque sus discursos son ristras de refranes. Ya he dicho mi opinion sobre la causa de este vicio. Cuando la inteligencia está cohibida y á cada paso hay un peligro en el pensar, los hombres se van haciendo indolentes por propia conservacion y en la época de que hablamos en que la Iglesia prohibia el libre exámen y uso de la razon, los hombres temieron aventurarse en su conversacion y en sus escritos, y sobre cada punto que trataban parece que necesitaban el apéndice ó acompañante de la autoridad de uno ó de varios textos populares.

Nada más natural que el hombre preocupado con una nocion falsa que se acuerda de un refran oportuno en su sentir, quede tan satisfecho de estar en lo firme como si hubiera pasado exámen ante un Instituto salomónico. Miéntras más reducido es el círculo de conocimientos del tal individuo más aferrado se mostrará á su opinion autorizada por un refran. Y ménos malo en asuntos en que intervienen intereses secundarios, cuestiones de gusto ó materias opinables. El gran daño está en que como los refranes abrazan todas las esferas del conocimiento humano, todas las situaciones de la vida y modo de ser de los hombres en sociedad, cuando se toma un proverbio por regla de conducta entre ignorantes para negocios de importancia y trascendencia, los perjuicios y males que pueden sobrevenir son incalculables, y no por vicio inherente en ellos, sino porque habiendo controversias y opiniones infinitas en la humanidad sobre filosofía, religion, moral y toda clase de conocimientos, esta lucha de opiniones se refleja en el tesoro popular de los refranes ó almacen de sabiduría vulgar, donde hay telas, como si dijéramos, de diversas fábricas, y dibujos y colores varios á lo infinito. Fuera de desear que los refranes se clasificasen, reuniendo en secciones ó partes los que se refieren á una misma esfera ú órden de conocimientos ó materias y así veríamos, por ejemplo, en la religiosa que los hay ortodoxos y heterodoxos, y en la filosófica de escuelas varias y opuestas, lo cual produce el daño que vemos de continuo, y áun lo risible de emplear un católico por regla de conducta un refran que trasmina á racionalista ó hereje. De estas contradicciones podria citar infinitas.

Nada es más patente que este espíritu antitético de los refranes, no sólo en la parte puramente especulativa ó espiritual, sino hasta en los que sólo son avisos ó reglas de conducta. Hay, por ejemplo, quienes usan á menudo el refran de «al que madruga Dios le ayuda» y nuestro lenguaje tiene otro que es el reverso de la medalla cuando dice: «no por mucho madrugar amanece más temprano.» Si dos individuos se aferran, como suele suceder, en seguir cada uno una de estas máximas, en el curso de sus vidas no podrán ménos de verse en graves inconvenientes por el hecho de obrar siempre segun una regla fija y absoluta cuando la vida es cambiante y relativa. Ambos refranes tienen su parte de verdad tomados separadamente y si algo son y algo valen es por ser ambos susceptibles de dirigir la accion del hombre discretamente segun las circunstancias. Esto es, que conviene la actividad y la diligencia en los negocios y accidentes de la vida; pero que esto no es siempre, y en algunos casos conviene el abstenerse de obrar ú obrar con mucha calma.

Lo propio sucede con las siguientes máximas antitéticas de uso frecuentísimo: «Quien no se aventura no pasa la mar» dice una, y es refran que se ve siempre en boca de gentes de carácter inquieto y disposicion desenfadada y atrevida. En cambio, otro refran dice: «quien se aventura pierde caballo y mula,» adagio muy de la devocion de personas pacíficas é irresolutas de carácter. Resulta, pues, que el temperamento de cada individuo le hace escoger y preferir ciertos refranes que acomodan y cuadran con su condicion y sus gustos, y al hallar una especie de arrimo y aprobacion en esas sentencias sábias, lo que sucede es que se afirma y encallece más y más en su preocupacion y se convierte en parcial de cierto órden de ideas que no ven las cosas más que por un lado.

Fácilmente puede calcularse el influjo que una máxima favorita, tomada á pechos como infalible, puede ejercer en la vida de las familias y grande seria nuestro asombro si supiésemos cuántas veces se ha movido la mano del asesino, ó torcídose la recta senda de un ciudadano honrado ó buen padre de familia á la presion de uno de estos aforismos, que contienen verdad, pero no toda la verdad; que contienen razon, pero no toda la razon; que no son, en una palabra, más que fases, aspectos, relaciones, puntos de vista diversos de los fenómenos y situaciones de la vida en toda su inmensa ramificacion. Así como la del hombre en sociedad civilizada es una combinacion infinita, así los remedios espirituales deben ser una combinacion química, mezcla de elementos en debida proporcion. La dificultad, pues, es la aplicacion oportuna y exacta de ellos segun los casos, y el peligro el de acostumbrarse á arbitrar y resolver con ellos cuestiones morales de trascendencia. Bueno que en las cosas triviales y negocios comunes de poca monta se empleen con más ó ménos acierto; pero el daño grave está cuando afectan á casos de responsabilidad, de conciencia, de deberes con los demás, y se toma por autoridad indiscutible una máxima en contra de la cual existe otra y aún otras de espíritu contrario. Por eso dice con razon Don Quijote á Sancho en un momento de exaltacion de ánimo: «¿Cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y *aplicarlo bien* sudo y trabajo como si cavase.»

El decir, pues, que los refranes le habian de llevar un dia á la horca, ó quitarle el gobierno ó producir comunidades entre sus vasallos, no es exageracion impertinente. Es enunciar la consecuencia lógica de un procedimiento vicioso y peligroso, así en individuos como en colectividades. Es evidente que un individuo no obra involuntaria ó inconscientemente al escoger uno ó varios refranes como reglas constantes de su conducta. Escoge aquel ó aquellos que vienen bien con su modo de pensar, con su temperamento y sus inclinaciones. El refran entónces viene á ser la consagracion de su propio desvarío, un estímulo más para perseverar en el error, una especie de excusa que le hace irresponsable ante su conciencia. Cuando en realidad habla él, esclavo de sus pasiones ó presa de sus delirios, cree que habla la sabiduría humana por su boca. Esto no puede ménos de ser funesto. Pero no lo es ménos el extremo contrario que adopta un alma desmazalada y muelle de cambiar de opinion y de criterio segun la conveniencia de tiempo, lugar y circunstancias. Si en un caso se hacen los hombres fanáticos, en el otro se convierten en verdaderos girasoles, enfriando el alma y anonadando la voluntad y por consiguiente la accion. El individuo pierde así el criterio y se deja llevar por la corriente del destino. Todo lo que haga ó lo que no haga es igual en último resultado, porque la accion y la inaccion están igualmente justificadas con un texto de la sabiduría universal. Este ha sido el achaque del pueblo español y tal vez una de las principales causas de su decadencia y postracion. El «no importa» de nuestra raza es hijo legítimo de esta situacion de ánimo originada por la falta de fe y calor de la voluntad perdida y enredada entre mil distintos caminos, todos los cuales á su entender llevan á Roma. Las naciones no pueden ir á la horca; pero sí á la argolla y á la vergüenza y despedazarse en banderías, comunidades y partidos, cada cual con su lema ó su refran, y no parece sino que al decir esto habla Cervantes con espíritu profético.

Cuando Sancho tiene empeño en ser gobernador, se le amontonan refranes como por ensalmo, encaminados todos á persuadirle que es capaz de un gobierno. Las circunstancias de ser un plebeyo, sin educacion alguna y sin saber siquiera firmar, son poco óbice para su entendimiento, porque todos estos obstáculos se allanan y contra todos hay una sentencia popular mal ó bien aplicada, pero que hace su efecto manteniéndole en su persuasion de idóneo. Hasta la historia le presta el ejemplo de Wamba que de entre los bueyes, arados y coyundas le sacaron para ser rey de España. Aun fuera bien que estas máximas le afirmaran en su propósito, robusteciesen su voluntad y espoleasen su ambicion, porque donde hay voluntad hay siempre abierto un camino. Pero ya por amor propio ofendido ó ya por cualquier otro motivo leve, se cambian las pesas y tenemos al Sancho ambicioso convertido en humilde y despreciador de las riquezas y vanidades humanas. Entónces viene otra lluvia de refranes para probar que no le conviene el gobierno, ó que no es apto para él. En su conversacion con la Duquesa vemos este notable cambio de frente en Sancho, motivado simplemente por una cuestion de amor propio ofendido. Puede decirse que hay seis razones en pro y media docena en contra de ser gobernador, y el resultado es la indecision, la falta de fe en lo uno y en lo otro, en una palabra, falta de voluntad y de carácter. Sancho es madera dispuesta para todo, así lo malo como lo bueno, muy diversamente de Don Quijote que se distingue y enamora á todos por la firmeza de su voluntad y la fe en su ideal. Las almas de este temple son siempre simpáticas y si á dicha el ideal es nobilísimo y sublime como el del hidalgo, seducen y cautivan á todo el mundo. Aparte del diverso rango y representacion que cada uno de estos dos personajes tiene en la fábula, uno de los secretos de la estima y admiracion que engendra Don Quijote á pesar de parecer con hábito de loco, es esa fuerza de voluntad inquebrantable por razones, por obstáculos ó por desdichas; miéntras que la vacilacion é inconstancia de Sancho nunca puede crear admiradores. Así debe ser porque Sancho representa las clases comunes y lo comun no embarga ni admira á nadie.

Para concluir, pues materia ofrece este pasaje para otras muchas y extensas consideraciones, notaré la falacia de un refran que Sancho tiene á menudo en sus labios, cual es el de «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.» Sin duda es este proverbio invencion de un ánimo mezquino y ruin, que quiere engañarse á sí mismo tapando su mezquindad, y de seguro que no es fruto de una sociedad donde se cree que el tiempo es oro. Si un individuo á los años de Sancho, se encuentra desnudo, no puede decir que sale en paz. ¿Nada significa el tiempo, la personalidad, el fin social del hombre, la voluntad humana en una palabra? Desde el momento en que un hombre, en la época en que debe haber cumplido ó estar cumpliendo su mision en la tierra, se encuentra desnudo como cuando nació, no sólo ha perdido sino que ha hecho el fiasco más espantoso y ridículo que puede imaginarse. Y cuando se pierde la vocacion, el camino, la dignidad, y sobre todo una serie de años irrecuperable, se dice sin embozo, «ni pierdo ni gano.» Máxima más errónea y peligrosa jamás formó parte de código de conducta. Hace al hombre resignarse y quedar contento en situacion en que debia llorar lágrimas de sangre, como lo merece la esterilidad de toda una vida, destinada á ser fecunda para el individuo mismo y para sus semejantes. Este es uno de los refranes más usados en España, y ya puede adivinarse el pernicioso influjo en la conciencia del vulgo. Vuelvo á decir que si un hombre, á la edad de Sancho, ó lo que es lo mismo en la edad madura, no ha educado su cuerpo y su espíritu, no ha salido de la condicion de salvaje, no ha mejorado su posicion y salido del estado de bestia, no sólo ha perdido sino que es la pérdida más dolorosa que puede experimentar un sér racional y sociable. Así se explica la incuria, dejadez é indiferencia de un pueblo y sus hábitos serviles de resignacion, que en el fondo implican desconocimiento de la dignidad humana. Y es tal la fuerza de lo que podríamos llamar lógica de un carácter, que este refran es inconcebible en los labios de Don Quijote, verdadero ejemplo vivo de exaltacion del valor de la personalidad humana y del sentimiento de la dignidad propia.

Capítulo XLIV.—1.—*Dar principio á su famoso gobierno.*—A medida que va desarrollándose el argumento del poema y acercándose á su desenlace, vemos que van deslindándose y determinándose los verdaderos contornos de las dos grandes figuras que lo llenan. En el curso de la historia de Cervantes podemos decir que en este punto del gobierno de Sancho llega á su climax ó zenit, porque llega la realizacion de uno de los ideales que guian y animan á los dos caracteres. El de Don Quijote no podia realizarse sin

faltar á la verdad histórica: era cuestion del porvenir y de un porvenir lejano. El que la luz suceda á las tinieblas, no es acontecimiento que pudiera realizarse en la época de Cervantes, puesto que con todas las revoluciones y protestas de la inteligencia y la conciencia humanas, y con todas las batallas incesantes que ha dado el espíritu del libre exámen en defensa de la razon humana, aún la verdadera libertad es expresion profética en las naciones. Llegará, *andando los tiempos*, como dice Don Quijote á su sobrina, pero aún no ha llegado la plenitud de estos. Otra cosa sucede con el ideal de Sancho, por su naturaleza secundario en importancia, y más práctico y asequible por los hombres.

Si se entiende que Sancho es una mera individualidad y que Don Quijote, merced á su locura, se propone elevarle á la categoría de gobernador de una Insula, pura y simplemente para divertir á los lectores con lo disparatado del propósito del amo, y la estúpida vanidad y presuncion de un labriego inculto que se cree capaz de gobernar, paréceme que se da muy léjos del blanco, y que el discurrir de este modo arguye el no haber leido atentamente el Quijote, ni fijádose en los muchos pasajes en que claramente se ve otro designio más elevado y más propio de un genio. Sancho como una personalidad vulgar y el gobierno como un medio de excitar la risa, ni enseñaria nada, ni es lo que Cervantes da á entender en los pasajes y situaciones que vamos á examinar. Se ha visto en las correspondientes notas anteriores, que la idea del autor con respecto á Sancho fué cambiando y modificándose, y que de un simple labrador como aparece al principio, quiso hacer de él la representacion del pueblo. A los razonamientos y pruebas ya expuestos hay que añadir otros no ménos importantes y convincentes. Hemos visto que la figura de los escuderos en los más famosos libros de caballería es casi nominal. Ni se entrometen en los diálogos, ni se cuenta con ellos, ni se refiere nada especial de ellos, que no sea el servicio sobreentendido de armar á sus señores y cuidar de sus caballos. Don Quijote le hace presente á Sancho este eclipse total de los escuderos, y existen presunciones fortísimas de que en el primer plan que concibió Cervantes, ni áun tenia entrada el escudero por inútil. Estas presunciones no se fundan en el aire, sino en el texto de la primera parte ó primera salida. Don Quijote, que se sabia de memoria los libros y las leyes y costumbres de los caballeros andantes, daria un paso en falso y presentaria una contradiccion notabilísima si saliese de su aldea, como sale, solo y sin escudero, á no ser con propósito deliberado del autor de pintar su peregrinacion sin la compañía de un escudero. Tal vez creyó Cervantes que aumentaria lo ridículo de la situacion de Don Quijote el llevarle sin criado, obligado á armarse por sí mismo y á cuidar él mismo de enfrenar y ensillar á Rocinante. Tal vez creyó que tenia materia y elementos bastantes con el caballero solo para el fin primero que se proponia, visto el poco lugar é importancia que los escuderos tenian en las historias caballerescas.

Como quiera que sea, queda el hecho innegable de que Don Quijote sale de su aldea en su solo cabo, y que si vuelve á ella, es para proveerse principalmente de un escudero, y esto por consejo del dueño de una venta. ¿Cómo puede conciliarse que un ventero venga á dar lecciones ó á recordar al hidalgo que debia llevar un escudero? Si se admite esto, Cervantes no habla con propiedad y exactitud al decirnos que si se perdiera el código de la caballería se encontraria en la memoria de Don Quijote, y el mismo hidalgo mentiria al decirnos que tenia en la uña todos los usos, leyes y costumbres. Podrá argüirse que Don Quijote salió á buscar aventuras olvidándose de que no estaba armado caballero, y que lo mismo pudo olvidarse de proveerse de escudero con la prisa que tenia de poner en ejecucion sus pensamientos. Mas á esto puede responderse, que la imposibilidad de ser armado en su aldea explica y resuelve el punto, y que el recibir la órden era más factible en el campo y por el primer caballero que topase, miéntras que el buscar escudero le era más fácil en su lugar, donde tenia para ello más comodidades. Y cuando esto no satisficiese, por lo ménos no se puede negar que el hecho real é indisputable, poniendo aparte razones ó conjeturas, es que Don Quijote sale y vuelve á su aldea sin escudero, y esto es una presuncion fortísima, como dije ántes, de que la intencion del autor fué al principio presentarle solo y en su solo cabo.

Indudablemente debió pensar luégo Cervantes en Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, á quien este hizo conde y señor de la Insula Firme, y ver que este suceso era un gran elemento cómico, escogiendo para criado á un rústico, ignorante y sin educacion alguna, para resaltar más lo ridículo de sus pretensiones y lo disparatado del proyecto de Don Quijote de elevarle á gobernador, pues Gandalin, aunque escudero, es relativamente un personaje, como hijo del caballero Gandales, á cuyo cargo estuvo la educacion y cuidado del Doncel del Mar. Esta gestacion de la idea en el cerebro de Cervantes se ve á las claras y de manifiesto al escoger á un pobre hombre guardador de puercos, sin sal en la mollera, sin saber firmar siquiera su nombre, y que se decide á servir y no piensa en más al principio sino en la promesa de ser gobernador de una Insula.

Pero ya hemos visto cómo la personalidad de Sancho se va trasformando, desde el momento en que la fábula toma desarrollo y en que nuevos horizontes y nuevas situaciones engendran nuevas ideas en la mente del autor, que ve los últimos límites hasta donde puede ensanchar la importancia y significacion de la figura de Sancho. Y uno de estos cambios lo encontramos casi inmediatamente despues de la entrada de Sancho en escena, cuando al hablar de los manuscritos arábigos de Cide Hamete Benengeli, dice que «junto á Rocinante estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia.» Es decir, que hasta físicamente parece haber dualismo, porque no es lo natural, segun ya he dicho en otra ocasion, que las personas de barriga grande sean zanquilargas. Que de Don Quijote se dijese que tenia las zancas largas, nadie lo pondria en duda; pero cabalmente la representacion que de Sancho nos hacemos y la manera con que se le ha pintado siempre por los artistas, es enteramente opuesta á la descripcion que aquí se hace.

Pero entremos en consideraciones de un órden más superior. Si comparamos al Sancho de las primeras páginas con el Sancho

de las últimas aventuras, no hay semejanza alguna entre las dos figuras, y aunque debe tenerse en cuenta, que el trato y compañía de Don Quijote habia de mejorar y refinar su ingenio, ni el período de enseñanza es tal, ni los puntos que se tocan en sus diálogos tan numerosos, que abarquen los conocimientos é instruccion que revela Sancho, desde los primeros sucesos de la última salida. Ahora bien, seria el colmo de lo absurdo, no ya de lo impropio, el pintar un autor un personaje á propósito indocto, rudo, ignorante, simple y sin sal en la mollera, el cual por arte de encantamento se convierte á los pocos dias en un hombre de seso, discreto, instruido, ingenioso y gracioso. Esto no cabe en entendimiento sano y es además una herejía en el arte que ha de pintar cosas y casos verosímiles imitando á la naturaleza, y en lo natural son imposibles estas metamorfósis de ignorantes en sabios sin causa bastante ni tiempo adecuado para tal mudanza.

Los signos que nos da el autor para reconocer cuál fué su intencion respecto á Sancho, son que no le describe nunca en lo físico, fuera de la mencion, á saltos, y en muy diversos lugares, de que tenia las zancas largas, la barriga grande y el talle corto. Sabemos que tenia barbas por las veces que se las pelaron ó se echó mano á ellas maldiciendo su suerte; pero en cambio nos dice tambien por boca de Don Quijote que tenia el aspecto de *personilla*, lo cual está muy léjos de la conformacion y apariencia que debe presentar un hombre con barriga grande hasta merecer el sobrenombre de Panza y de piernas largas hasta merecer el apodo de Zancas. Un hombre con estas partes de su cuerpo exageradas al punto de llamar la atencion, ántes es un *coram-vobis* que una *personilla*. Fuera de esto ignoramos qué clase de facciones tenia y cuál era el color de su tez y de sus cabellos, negándonos hasta la escasa descripcion que nos da de Don Quijote. Pero el designio de Cervantes es evidente, pues cuando quiere individualizar y particularizar personajes nadie le aventaja en esto; dígalo sino Maritornes. Todos los personajes que no se hallan descritos, representan gremios ó clases. El ventero que armó á Don Quijote, por el hecho de ser una especialidad, tiene su parte de descripcion, como la tiene Maese Pedro, que se diferencia á leguas de Roque Guinart. Pero el cura, el barbero, Palomeque el zurdo, el eclesiástico de la casa de los Duques, los Duques mismos, son representacion de clases numerosas. Pero Perez es un cura como los hay á millares en España, y miéntras se ve en él el retrato de infinitos, si estuviese refigurado y descrito por Cervantes, perderia este carácter de universalidad, pues hasta físicamente pueden parecerse todos á un personaje cuya fisonomía es objeto de adivinacion. Maese Nicolás es asimismo el tipo de un barbero español y por eso no tiene el menor rasgo distintivo. ¿Cómo habia de ser ménos universal la figura de Sancho? Los pocos detalles que de él hay, no son puestos tanto por la necesidad ó el deseo de describirle, cuanto porque son antitéticos opuestos á los de Don Quijote. Era preciso pintar la espiritualidad con carnes enjutas y cuerpo largo, así como el materialismo con su eterno representante de la panza; pero cumplido esto, no pasó Cervantes más allá.

Es otro de los signos el hacerle órgano de la ciencia popular ó vulgar por medio del abundante y continuo empleo de refranes, adagios y proverbios, y ya vimos que este nuevo giro tiene su marca en el QUIJOTE, y sabemos en qué momento vino á la mente del autor, señal de que cada vez iba ensanchando los contornos de la figura del escudero. Finalmente hay un pasaje donde directamente da á entender que entiende por Sancho al pueblo español, y claro está, que con leves diferencias aparte, á todos los pueblos de la tierra. Dice Don Quijote en una ocasion, que «miéntras más vaya entrando en edad Sancho, más apto estará para el gobierno,» y responde este con mucha oportunidad, que «la isla que él no supiese gobernar con los años que tenia, no la gobernaria tampoco con los años de Matusalen.» Aplicada la observacion de Don Quijote á un individuo no es discreta ni pertinente, porque se concibe que esto se diga de un jóven, mas no de un hombre machucho y maduro y en lo mejor de su vida. Pero aplicado á un pueblo es pertinente y propio, porque los pueblos no tienen el peligro de la caducidad y la chochez, y miéntras más años de experiencia tengan, más instruccion y conocimientos adquieren.

Y esta instruccion y conocimiento que desea Don Quijote, no son hijos del accidente ó contingencia de hallarse un individuo, como Sancho, en la compañía de un hombre sabio que mejore su entendimiento, pues en otro lugar bien claramente manifiesta que no es Don Quijote ni otro caballero ó sabio el que sublima y enaltece á Sancho, sino la misma Dulcinea, la luz de la razon, la inteligencia desembarazada de trabas y de sombras, que puede contemplar la verdad ó inquirirla sin temor á violencias de autoridad ni á persecuciones de fanatismos. Recuérdese el pasaje donde Sancho se desata contra Dulcinea por querer que su amo se case con la princesa de Micomicon, donde dice Don Quijote: «Y ¿quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante y héchoos á vos marqués, (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), sino es el valor de Dulcinea. tomando á mi brazo *por instrumento de sus hazañas?* Ella pelea en mí y vence en mí y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y sér. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido! que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!»

En efecto, Dulcinea y sólo Dulcinea es la que ha levantado á los pueblos del polvo de la tierra á ser legisladores y reyes, y aquí, como en otras muchas partes, habla Cervantes con esa intuicion divina y profunda que alcanza á ver al través de los siglos. Yo no creo posible haya un comentador que sostenga que todo este negocio de la promesa de la isla y el gobierno de Sancho sea cosa de pura burla, y tomada, por decirlo así, en mala parte por el autor, con el solo objeto de hacer parecer más loco á Don Quijote en el prometer y más tonto á Sancho en el aceptar. Hay por el contrario, mucho de serio y de formal, de grave y de solemne en la esperanza y consecucion de este ideal de Sancho. Don Quijote con todas sus locuras, acertaba muchas veces, y los llamados locos en la humanidad son los que la han mejorado y puesto en camino de la razon y del progreso. Véase el primer impulso del hidalgo, cuando oye que Sancho debe prepararse para ir á su gobierno, que es tomarle de la mano, llevarle á su estancia, sentarle junto á él y darle esos admirables consejos sobre su conducta y su persona, los primeros de los cuales puso un distinguido jurisconsulto español en la portada de una de sus profundas obras sobre reforma de la administracion de justicia; esos consejos que parecen

dictados por la razon divina y eterna y que no perderán su virtud ni valor por más siglos que ruede el globo sobre su eje. Esto no puede ser materia de burla. Al contrario, es tan serio, tan profético y tan elevado, que apénas si tenemos la clave que ha de darnos la medida de la inmensa comprension é intuicion del mayor de los genios que en el arte se han inmortalizado. Cierto es, que pasajes y sucesos del QUIJOTE se citan y se citarán á cada paso para humillar la presuncion humana y poner de relieve la locura ó la necedad de los hombres. Habrá mil ocasiones en que se comparen á Sancho infinitos candidatos y pretendientes de gobiernos y de altos puestos; pero este punto de vista es lo accidental, lo particular en la estructura de la gran obra artística y filosófica de Cervantes. Lo permanente y universal en este asunto del gobierno, es que los pueblos, conseguida su educacion, y emancipados de la ignorancia, como Sancho, se habian de levantar del polvo de la tierra, y este movimiento de ascension en carácter y en dignidad de los pueblos se ha efectuado mediante la intervencion del libre exámen, del uso de la razon ayudando con su luz á la inteligencia, de esa eterna Dulcinea á quien amó y amará el eterno caballero andante de la humanidad. Que Cervantes tuvo esta intuicion es indudable por los signos que hemos notado. El ser profeta es lo más fácil cuando se ejercita la inteligencia en region serena y está el alma libre de preocupaciones. Los hechos todos son efectos de causas, consiguientes de antecedentes, y estudiando aquellos se conocen estos de antemano. Por lo demás, en la infinita variedad de opiniones de los hombres, siempre hay la opinion afirmativa y la negativa, y claro es, que una de estas ha de conformarse con los sucesos venideros. Por eso vemos profecías de todos los grandes hechos de la historia, sin que se llamen ó tengan sus autores la categoría de profetas. Cervantes acertó en profetizar y creer, que el pueblo ilustrado (y no podia llegar á serlo sino por ministerio de la razon simbolizada en Dulcinea) saldria de su estado precario, humillante y servil y que de siervo, se haria señor, y de esclavo, rey. La historia ha confirmado su creencia, y el comentario general en la prensa ilustrada política de todas las naciones, cita el ejemplo de Sancho, no como quimera ó ilusion ridícula, sino como aspiracion natural y noble, que debia tener satisfaccion y cumplimiento en el porvenir.

En otro lugar volveremos á anudar nuestras observaciones sobre este punto.

CAPÍTULO XLVI.—1.—*Que consigo contino traia.*—Al escribir esto parece dar á entender Cervantes tener alguna idea de la segunda parte del ingenioso hidalgo, ó QUIJOTE espúreo que tal vez en aquellos momentos se estaba imprimiendo en Tarragona. Esto no es de extrañar, porque con la primera parte de Cervantes sucedió, que Andrés Perez, á quien atribuyo la composicion del falso Quijote, le menciona como célebre aún ántes de haber salido á luz, segun tendré ocasion de exponer más adelante cuando se trate expresamente de este libro. Por más sigilo que se tuviese en aquella confabulacion de sus enemigos, no es tanta la discrecion de sus envidiosos, que no dejasen de soltar especies, principalmente sobre la idea general del carácter del nuevo Don Quijote, que habia de distinguirse por su devocion á la Vírgen del Rosario y una porcion de prácticas religiosas cuotidianas. En efecto, como fabricado el nuevo Don Quijote en oficinas eclesiásticas, y estas de órden dominicano, no podia dejar de llevar el sello de la comunion dominica, y su primera aparicion es exornada con esos adminículos ó utensilios á los devotos necesarios.

Digo esto, porque la mencion de este *gran* rosario, poco ántes de hablar en el QUIJOTE de la obra de su rival es tan ex-abrupto, que no se comprende sin que la marea chismográfica hubiese llegado con algun rumor hasta Cervantes. Avellaneda habla del rosario que llevaba Don Quijote y de otro *gran* rosario que tenia la Vírgen de esta advocacion en el pueblo de Don Quijote. Las señas, como vulgarmente se dice, son mortales. Esa frase es una especie de ensambladura hecha al correr y sin preparacion. Lo que sabemos cabalmente es que Don Quijote no llevaba rosario de continuo, pues á llevarlo, no habria tenido que apelar á los medios á que apeló en Sierra-Morena. En su última salida no se habla, ni en el discurso de sus aventuras se hace referencia á tal rosario, que por la descripcion no debia ser objeto imperceptible en el equipaje de un caballero andante.

Pero lo más cómico del caso es el atalaje del hidalgo cuando sale de su habitacion, y el aspecto que debia presentar un gran rosario en sus manos (pues no dice que lo colgase de la cintura), cuando entró con gran prosopopeya y contoneo en la antesala de los Duques. Si nos dijese que tomó el rosario cuando se retiraba á su aposento á dormir, ó cuando en sus insomnios se levantaba, podria pasar; porque supondria el piadoso lector que era para rezar una parte ó el todo de esta devocion. Pero tomar el rosario para ir á hablar con los Duques, sin decir despues que hubiese hecho uso de él en manera alguna, me parece algo impropio y violento y me sugiere la idea de que ya al escribir este pasaje barruntaba por lo ménos el pié de que cojeaba Martin Quesada.

Y ya que de esto se habla, y en ocasion en que la escena de las aventuras tiene lugar en la casa de los Duques, paréceme oportuno insistir por última vez acerca del carácter religioso de Don Quijote. Es muy curioso que un solo eclesiástico que habia en el palacio, sale de él en el mismo dia que entra Don Quijote y de resultas de un conflicto con él y no lo es ménos que se nos cuentan muchos pormenores de la vida de amos y criados, y ni uno solo referente á prácticas religiosas. Los Duques, como católicos cristianos, debian ser muy tibios ó latitudinarios, para no mostrarnos ni un resquicio de su catolicidad y fe. Sin embargo, tenian un director espiritual de sus conciencias á mesa y mantel, y para consultarle y ser absueltos sobre la marcha de cualquier escrúpulo ó mortal pecado. El estado de las almas aterrorizadas por los castigos eternos y la facilidad de condenarse por cualquier negligencia ó error ó alucinacion, ponia los espíritus tan inseguros y tímidos, que materialmente un católico español no podia vivir solo sino con la constante compañía de un eclesiástico, y el que estaba en el palacio de los Duques, segun la descripcion que de él se nos da, no era ciertamente un Bossuet. Debo decir, por conclusion, que Cervantes no tiraba á cierra ojos á la profesion sacerdotal. Era, sí, enemigo del clero ignorante y fanático, y en especial de los frailes y principalmente de los dominicos; pero por otro lado profesaba admiracion y respeto á los jesuitas en cuyo gremio veia personas ilustradas, y sobre todo, deseos de instruir á la juventud y miras más liberales, segun se desprende del siguiente pasaje del «Coloquio de los Perros:» «No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada de ella, luégo recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos

benditos padres y maestros (los jesuitas) enseñaban á aquellos niños enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.»

Capítulo XLIX.—1.—*Y le desuellan vivo.*—Cerca de trescientos años han pasado desde que esto se escribió, y el sistema político no ha adelantado un paso. El problema se está como se estaba, y si alguna vez ha de resolverse, será de la manera que aquí se hace.

2.—*Avergonzada ante tanta gente.*—Extraño es que este caso tenga tanto parecido, con la diferencia de ser la víctima una mujer, con el de Segismundo en *La vida es sueño*, de Calderon. Aquí no se dice el motivo del encerramiento, que probablemente fué el contagio oriental en los españoles, que dieron en encerrar á las jóvenes hermosas, para que sucediese por ello lo mismo que temian, y aún más de lo que procuraban evitar. Pero en cambio, dice la doncella de la Llana, que durante diez años no habia visto más que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, y ni sabia qué eran calles, plazas ni templos, ni áun hombres, y si de algo tenia conocimiento, como Segismundo por Clotaldo, era por las explicaciones ó descripciones que le daba un hermano suyo. Todavía es más rigorosa y cruel la situacion de esta doncella, pues siquiera Segismundo entretuvo su encerramiento con la compañía y enseñanza de los brutos y de las aves. Bien podia, pues, esta jóven quejarse como el príncipe á los cielos, no de haber nacido, sino de haber nacido hermosa, que otra culpa de ella no se sabe. Triste estado de la opinion de los hombres sobre el bello sexo, la cual produjo los originales de esas doncellas antojadizas y curiosas y andariegas que tan bien pintaron Cervantes y Calderon. Una parte de suspicacia sombría, otra de despotismo oriental, otra de hábitos inquisitoriales y otra de nocion falsa del honor, desleidas todas en un poco de egoismo y un mucho de ignorancia, contribuyeron á hacer de los españoles unos don Diegos de la Llana con respecto á sus hijas y mujeres, sin considerar que la mujer misma es su más segura guarda cuando conoce el deber y sabe la responsabilidad y consecuencia de sus actos por medio de una instruccion sólida y discreta, pues pretender cerrar á la naturaleza las puertas por violencia, es hacerla salir por la ventana.

Paréceme que sólo un Cervantes podria haber emprendido la pintura de un tipo de inocencia y curiosidad, de una niña violentada y amiga de la libertad, y ofrecernos tan al natural y al vivo el estado de turbacion de su alma al ser sorprendida en su primer vuelo. Muestra tambien nuestro novelista con cuánta facilidad habria podido ocurrir en tal estado la perdicion y deshonra de la jóven, si su hermano hubiese tenido amigos malvados que la hubieran incitado á dar aquel paso, ó algun malandrin se la hubiese encontrado medio perdido el sentido. Don Diego dormia tranquilamente sin saber que un criado de su misma casa favoreció una evasion nocturna, que por poco habria labrado su desdicha para toda la vida.

Capitulo L.—1.—*Volverme esta tarde.*—La embajada del paje y la salida á la escena en persona de Teresa y Sanchica, son incidentes de primer órden en esta segunda parte. No parece que hablan ni se mueven la mujer y la hija de Sancho, sino todas las mujeres é hijas de campesinos, lugareños ó labriegos. La imitacion de la verdad de la naturaleza es tal, que á cada paso nos mueve á admiracion y asombro. Todo lo que pasa en el lugar tiene un relieve que se graba profundamente en la memoria, y no es la ménos difícil empresa pintarnos cómo habla una mozuela de catorce años y los extremos de alegría de una naturaleza rústica y vírgen en situacion tan extraordinaria como la que aparecen. Describir personajes de alto coturno, y hacer hablar á los sabios y cortesanos es cosa que muchos autores hicieron con perfeccion; pero pintar á Teresa y á Sanchica como aquí se las pinta, sólo es dado á Cervantes, y á los pocos que, como él, saben ver á la naturaleza con ese su cristal divino. Y donde más brilla y resplandece este superior conocimiento del corazon humano, es comparando la conducta y los pensamientos de Teresa cuando no cree en las palabras de su marido, y ahora que ve que sus quimeras han salido realidades. Esta flaqueza humana es casi universal. Cuando no se tiene seguridad de una gran fortuna, como Don Simplicio se renuncia generalmente á ella. Teresa lloró y hasta llegó á decir que el ser ella mujer de un gobernador y su hija condesa seria la sentencia de su muerte. Tronó y censuró los entonos y el orgullo de los levantados del polvo, y ahora que ve que tiene su suerte apariencias de verdad, le falta el tiempo para pregonarlo por el pueblo y pedir á toda prisa un coche para tenderse en él en la corte. Podriamos llamar á estos, aspectos permanentes de la naturaleza humana, y el pintarlos con la sencillez y fidelidad con que lo hace Cervantes, que parece lo más fácil del mundo, es cabalmente la difícil facilidad que distingue en sus obras á los grandes genios.

2.—*Y sus hazañas.*—Por no ser prolijos no hemos llamado la atencion más á menudo sobre este resorte de que tanto usa Cervantes, y con el cual agranda los horizontes de su mundo ficticio. Y bien tocado, ofrece este resorte el maravilloso efecto de inspirar interés aquello mismo que no tiene sér real y que no pasa delante de nuestros ojos. La curiosidad del Cura y el Bachiller es tan natural y tan viva al ver pruebas de lo que creen improbable, que cuando el licenciado se lleva al paje á comer á su casa, parece que asistimos y escuchamos su interrogatorio y que gozamos en su admiracion y extrañeza al oir las respuestas del paje. Son tantos los lugares en que la accion é interés del Quijote continuan tras de cortinas, ó de bastidores, que casi existe una version muda de la historia y esto contribuye á darle ese carácter de grandeza infinita, esos límites indeterminados que parecen confundirse con la inmensidad.

Capitulo LIII.—1.—*Resoluta y tan discreta.*—Se ha demostrado ántes, que la figura de Sancho pasó enteramente de individual á colectiva, de un rústico á la clase popular; que el sueño ó locura de Don Quijote de hacerle Gobernador, se convirtió en hecho posible y racional merced á la educacion y refinamiento que adquirió Sancho, ilustrándose en la compañía y con los consejos

de su amo, que representa la parte elevada y privilegiada de la sociedad, aunque no aquella que pretende brillar por la degradacion, servidumbre ó ignorancia de los inferiores, sino de la verdaderamente noble que goza en ver en el prójimo un sér á su imágen y semejanza. Llámese sueño, quimera ó locura la pretension de Don Quijote. De estas locuras ha habido muchas que han salvado la humanidad y acelerado su progreso. No hay diferencia ninguna entre los llamados locos y visionarios que pidieron educacion para el pueblo, y disfrute de derechos civiles y políticos, y hacerle más que gobernador, legislador y rey, y Don Quijote que pretendió lo mismo para Sancho. Pero es más; la vista profética de Cervantes parece que alcanzó hasta cuál habia de ser el resultado del primer ensayo de los pueblos en su nueva condicion elevada. Yo no quiero insistir en que nuestro autor pudiese vislumbrar los hechos del porvenir; sólo digo que al pintar Cervantes el gobierno de Sancho y su fin trágico, pintó lo que despues ha sucedido con las repúblicas de Europa, y principalmente con el ensayo de la regalía del pueblo español, pues el suceso de la primer república francesa fué impregnado del virus de una efervescencia revolucionaria, y es una excepcion en la historia de la emancipacion de los pueblos. Las masas no tenian tampoco la suficiente instruccion para poder gobernar y gobernarse, y los ensayos en Francia y en España desde 1848, son los que más responden á la pintura del gobierno de Sancho. De todos modos queda el hecho principal de que la primera prueba ó tentativa le salió mal al pobre gobernador, y no porque gobernase mal, que lo hizo con admiracion de todos y discrecion suma, sino porque hubo tramas y conspiraciones para derribarle. Bien pudo Sancho, en su caso particular, desengañarse de las grandezas humanas y ver que el gobierno traia más cuidados que holguras y más privaciones que deleites; pero queda el hecho de que pudo y supo gobernar y que gobernó con honradez y que salió de la silla hambriento y sin blanca. Esto no puede implicar que Cervantes tratase de ridiculizar las quimeras del hidalgo ni la creencia del escudero de que podia elevarse á tan alto estado. Si así fuese, en su mano estaba haberle hecho dar tropezones y hacer sandeces con que él mismo se desacreditase.

¿Qué hace en cambio Cervantes? Llega casi á traspasar los límites de lo verosímil, acumulando casos judiciales y querellas para resolver las cuales se necesita discrecion y talento privilegiados, y Sancho las resuelve de manera, que deja absortos hasta los mismos que de él pretenden burlarse. No hay apénas accion, ni palabra de él, desde que entra en el lugar hasta que termina su gobierno, que no sean la suma sabiduría humana, de tal modo, que sus sentencias son llamadas salomónicas. En la duda del cura y el barbero sobre la verdad del gobierno, se veian forzados á creer por la fineza de la sarta de corales. Lo mismo se ha de decir del intento de Cervantes en esta máquina del gobierno de Sancho. Sus sentencias y pregmáticas son piedras preciosas sin artificio ni embuste, ni superchería, y da á entender que el pueblo es capaz de gobernar tan bien ó mejor como el mejor Gobernador del mundo, y que todo el secreto de esta ciencia consiste en la recta intencion y en no doblarse á aduladores ni dejarse llevar por camarillas. Por más que para los Duques y sus criados fué una burla, Cervantes quiso que para Don Quijote, para Sancho y todos los demás fuese veras y muy veras.

Se equivocan, pues, los que interpretan este gobierno de Sancho como burla de la ignorancia y presuncion de las clases populares. Cierto es, que Sancho sale desengañado, mustio y arrepentido de haber tenido esas aspiraciones; pero esto es una cuestion muy secundaria, y si prueba algo es en favor de la sencillez, rectitud y bondad del buen escudero y en contra de la malicia y perversidad de los fautores de la burla. Hasta en esto es profético Cervantes, porque los primeros ensayos de los pueblos-reyes han concluido por confabulacion de enemigos domésticos, ó mejor dicho, de gentes que se venden por amigos y partidarios del gobierno para más fácilmente derribarlo.

Cervantes no es de los escritores que hacen llorar, porque siempre se dirige á las fibras varoniles del corazon humano. Con todo eso, el cuadro de Sancho vistiéndose en silencio entre los traidores, bajando ayuno á la caballeriza, abrazando al jumento en medio de cariñosas palabras, produce una gran impresion de melancolía solemne, así como desprecio hácia los causadores de la burla. Muchos de ellos sentian tratarle como lo hicieron y es seguro que si los Duques hubiesen estado presentes, habrian cambiado el programa.

Capítulo LIV.—1.— *Y se apartaron.*—Dícese por algunos, que Cervantes no mostró mucho instinto político en aplaudir la expulsion de los moriscos de nuestra patria, y por consiguiente que participaba de la misma intolerancia que el gobierno y la gran mayoría de los españoles. Sobre esto hay mucho que decir; pero me limitaré á observar que la aprobacion de Cervantes de este hecho no arguye esa intolerancia, pues era tan especial la situacion en España, que relativamente fué una alta medida de seguridad y vida para el país, toda vez que en una nacion donde existia el Santo Oficio y la unidad de fe, no podia haber tranquilidad ni confianza en hombres que se convertian á la fe católica, no por conviccion sino por temor á la Iglesia y al Estado. Resultaba de aquí, que la mayor parte de ellos eran católicos en la apariencia y sectarios de Mahoma en la realidad, y de aquí la suspicacia, las sospechas, las delaciones, la falta de confianza mutua, el estado de guerra sordo y continuo en la comunicacion social. Acabar con esto era lo político y lo discreto. Por lo demás, en lo espinoso y comprometido de la materia, no puede darse más franqueza en Cervantes, que la que resplandece en este pasaje: «llegué á Alemania y allí me pareció *que se podia vivir con más libertad*, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: *cada uno vive como quiere*, porque en la mayor parte de ella *se vive con libertad de conciencia.*»

Parece increible que sean tan míopes algunos críticos.

Capitulo LV.—1.—*De la otra vida.*—Profunda idea la de Cervantes en hacer que Sancho caiga de su elevacion no al término medio de la tierra sino á una honda sima, donde materialmente se pusiese de manifiesto la gran distancia de su posicion pasada y la presente. Estos soliloquios de Sancho pretendiendo hablar con el asno como si le entendiera, están llenos de sal, más que ática, cervántica, como el decir: «pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres,» y que el jumento le escuchaba «sin responderle palabra

alguna.» Verdaderamente entre todos los poetas y novelistas del mundo, ninguno ha tenido el arte de hacer interesantes y simpáticos á dos animalejos, como lo son Rocinante y el Rucio para los lectores.

CAPÍTULO LIX.—1.—*Mudado el nombre.*—Esta observacion de Don Quijote sobre el cambio de nombre de la mujer de Sancho, no tiene á mi parecer otro objeto que motivar la intervencion del escudero en la plática, pues como reparo ó tacha contra un autor es demasiado insignificante, tanto más, cuanto que el mismo Cervantes llamó Mari-Gutierrez á la mujer de Panza. No estoy de acuerdo con el Sr. Hartzenbusch en las razones que da ó conjeturas que hace sobre la adopcion de Mari-Gutierrez por Avellaneda, y olvido de Cervantes de este nombre. «¿Por qué seria esto? pregunta nuestro erudito corrector. Como el tal Avellaneda era amigo de Lope; como la mujer de Lope, en segundas nupcias, fué Doña Juana Guardio, hija de un tratante en carnes, á lo que se dice, aquel nombre de *Juana Panza*, que se podia interpretar como *Juana Mondongo*, quizá pareció mal á la dicha señora y á los amigos de su esposo; quizás, como Cervantes y Lope andaban desavenidos, hubo quien viera en aquel nombre con tal apellido alguna alusion (ú ocasion para que los lectores la hiciesen) al oficio de Guardio, vendedor de carnes y de *panzas* con ellas, y por sí ó por no, Avellaneda desechó el nombre de Juana y adoptó el de María. Quizá tambien por consideracion á la esposa de Lope, bien que ya difunta, cambió luégo Cervantes en el de Teresa el nombre de Juana.»

Soy el primero en apreciar las muchas y valiosas correcciones y juicios literarios del Sr. Hartzenbusch sobre el QUIJOTE, aunque en algunas no haya sido tan feliz como fuera de desear; pero siempre que entra este apreciable escritor en el terreno del comento, lo hace con singularmente desdichada fortuna. En primer lugar hay muchos *quizás* en este breve comento, lo que prueba que no existe gran conviccion en el comentador, y que no encuentra terreno firme en que apoyar sus conjeturas. En segundo lugar es campo sin puertas y océano sin fin el tocar á una esfera como la de que pueda resentirse algun individuo porque en un libro se llame un personaje con un nombre y apellido que pueda corresponder al nombre de su segunda mujer, ya difunta, y al oficio de su suegro. Esto es tirar tanto del hilo de la suspicacia y la curiosidad que se hace pedazos. Creo yo que el haber escogido Avellaneda el nombre, no de María, como dice el Sr. Hartzenbusch, sino el de Mari-Gutierrez que Cervantes nombra una sola vez en su primera parte, con preferencia al de Juana, que emplea en cuatro distintas ocasiones, es por ser más vulgar y, por decirlo así, burlescamente clásico en el tesoro onomástico popular en España, en el que varios tipos bajos, ridículos y vulgares de mujeres se distinguen con los nombres de Mari-Ramos, Mari-Zancajos, Mari-Perez, Mari-Sabidilla, Mari-Zápalos, Mari-Castañas y aún podriamos añadir á muchos otros el de Mari-Tornes, creado por Cervantes. Ahora bien, *Mari*-Gutierrez y no *María* Gutierrez como dice el Señor Hartzenbusch, es una apelacion más despreciativa y baja que Juana Panza, pues la abreviacion *Mari* constituye ya el vulgarismo del tipo á quien se aplica, miéntras que puede una mujer ser respetable y respetada con el nombre de Juana Panza. La primera intencion de Cervantes con la mujer de Sancho fué la de ponerla en una categoría muy baja y vulgar lo mismo que á su marido; pero despues que pensó en quitar á este todo signo de individualidad, parece como que quiso hacer lo mismo con su mujer, dándola varios nombres, y elevándola algo con ellos, pues va mucha diferencia de un *Mari-tal* á Doña Teresa Panza. El primero, amén de despreciativo y ridículo, representa un escaso número de mujeres; el segundo, corriente y moliente, representa una clase numerosa; *la mujer de un labrador.*

2.—*Más proveido.*—Llegamos á una de las situaciones más claras y despejadas del QUIJOTE respecto al dualismo de su espíritu. Todas las cuestiones que con esta tienen relacion inmediata, hallan aquí plaza y cabida como llamadas en el texto por el autor, cual si fuese para una confrontacion decisiva. Aquí descuella ante todo la referente á Dulcinea, cuya significacion recibe nueva luz, tan viva cuanto podia darla Cervantes sin comprometer su libertad personal, y tampoco falta su toque magistral bajo el aspecto cómico para confundir á los ignorantes. Aquí entra y se define y determina más la cuestion relativa á la transparencia ó transfiguracion de Cervantes en el personaje principal de la fábula. Aquí por primera vez se ponen frente á frente las dos figuras del hidalgo, y se alude con la habilidad y delicadeza posibles al autor del falso QUIJOTE y al fin contrario á que tendia el supuesto Avellaneda en la esfera espiritual, miéntras que en la literaria confiesa que seguia el mismo rumbo que su modelo. Aquí, finalmente, el temperamento tranquilo y suave que mostró nuestro autor, cuando en el prólogo de esta segunda parte habla de su rival y de las injurias á su persona, se convierte en bilis y en indignacion porque se trata, no ya de asuntos personales, sino de ideas. Cervantes pudo transigir y perdonar en materia de ofensas personales; pero no cede en el terreno de la verdad en que se coloca, y muestra el *genus irritabile* del poeta.

Comencemos por la significacion de Dulcinea que es tambien el órden con que empieza Cervantes.

Los que no hayan leido la continuacion que hizo de las aventuras del QUIJOTE, un fraile dominico (¡caso raro!), deben tener presente para entender sin gran dificultad esta especie de misterio, que al presentarse al público robando al autor original el argumento y el *dramatis personæ*, dice que lleva por un lado la idea de quitarle la ganancia (pensamiento muy católico cristiano en un religioso que, como tal, debia tener asegurada su pitanza en el convento, miéntras que Cervantes, cargado de familia, fiaba su subsistencia al favor del público), y por otro que se proponia el mismo objeto que su antecesor, el de atacar á los libros de caballerías: sólo que, ó con la diferencia que, *su humor difiere del de Cervantes.* De lo que sucedió tocante al primer propósito de la ganancia, nada sabemos, y si en efecto ganó Cervantes dineros con la primera parte del QUIJOTE, y este buen fraile vino á cegarle la mina, hizo una obra que nada le favorece. No cabe duda, por una parte, de que las muchas ediciones que en España se hicieron, representan numeroso público que las pedian, y él mismo nos dice, que las gentes querian quijotadas y más quijotadas y por esto se decidió á escribir segunda parte; pero por otro lado nos dice tambien cuál era el modo de proceder de los impresores de su tiempo al hablar con el traductor del libro *Le bagatelle*, pues cuando este responde á Don Quijote sobre la ventaja que esperaba

sacar de imprimirlo por su cuenta, dice: ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, para que me dé por el privilegio tres maravedís y áun piense que me hace merced en dármelos? De suponer es, que poco más ó ménos fué el síno de Cervantes en este negocio.

No estamos en igual situacion de incertidumbre respecto al objeto espiritual de la continuacion del QUIJOTE, porque aquí el texto habla, y, en efecto, Avellaneda se propone ridiculizar á los andantes caballeros, y lo que es más, consigue en este punto lo que no pudo conseguir Cervantes, pues este, por más que pone en mal lugar á Don Quijote, el hidalgo se redime y se levanta por la fuerza y virtud de bondad y nobleza de su carácter, de tal modo que cuando se acaba de leer el QUIJOTE, se profesa cariño y admiracion hácia él y hácia los caballeros andantes sus modelos; al paso que Avellaneda pintó á un mentecato, majadero, insoportable, pesadísimo, ignoranton y realmente calenturiento y enfrascado en una monomanía. En resúmen, Cervantes no creo que influyese en desterrar verdaderamente la lectura de los libros de caballerías en fuerza de la belleza de su héroe, y en esto pasaria lo que se lee en las obras de algunos moralistas, que para contener á la juventud dicen que las mujeres jóvenes y hermosas son el diablo. Pero el diablo es tan seductor, que los jóvenes no tienen inconveniente en que tal diablo los lleve. Avellaneda no debió tampoco alcanzar su objeto por la razon contraria. Es tan indigesto su poema como libro de caballería, que el peor de los compuestos en este género da más solaz á los lectores.

Queda la diferencia de *humor* de que Avellaneda nos habla, y en donde está el verdadero arcano y la llave que nos explicará tan extraño suceso como un libro rival del QUIJOTE, escrito por un fraile de la órden inquisitorial. Esta diferencia de humor no está en el estilo ó temperamento del autor, ni piensen los lectores que sea una obra séria ó que Sancho aparezca atrabiliario ni saturnino. Cabalmente por gracioso quiere despuntar el fingido Licenciado de Tordesillas, y aunque grosera y de baja ley, no le falta gracia siempre que pinta á Sancho en la escena, aunque la tal gracia va siempre resbalando por la vertiente de lo obsceno, torpe y desaseado, como si el autor no hubiese tenido otra escuela de desenfado y pasatiempo que entre *burdeles*, cuarteles y tabernas. Su contrario humor consiste, en que sabe ó sospecha que Dulcinea no es Aldonza Lorenzo, esa pobre aldeana del Toboso que á nadie ha dañado, ni ofendido, sino la luz divina *(Dina-luce)* de la razon, y como buen dominico le ofende á los ojos, y la llega á aborrecer tanto, que en la ofuscacion de partidario, escribe la historia de un caballero *sin dama*, y en su lugar le pinta enamorado hasta más no poder de la Vírgen del Rosario, patrona de su órden. Hé aquí el secreto y el fondo y el misterio y la razon de la composicion de ese *Quijote* espúreo por un fraile de la órden de Santo Domingo, estatuidor de la devocion del Rosário y del tribunal del Santo Oficio. A veces dan ganas de pensar, y un pasaje del QUIJOTE de Cervantes miéntras se halla en Barcelona da pié para ello, si eso de quitarle la ganancia aludirá á quitarle prosélitos, y ganancia esté usado en sentido de provecho espiritual ó sectarianismo. Como quiera que sea, si su objeto fuera realmente atacar los libros de caballerías, necesitaba pintar á un caballero andante, y un caballero andante no se concibe sin dama y mucho ménos si se trata de ponerlo en ridículo, pues el lector ha visto, que uno de los elementos más generadores de risa en el QUIJOTE de Cervantes, es cabalmente su amor á Dulcinea, en la doble y distinta personalidad con que aparece de princesa y de aldeana, de refinada y soez, de vagarosa y trasudada, de elegante y cebolluda. ¿Qué mejor señora de los pensamientos queria para su Quijada, que una figura tan susceptible de engendrar chistes, contrastes y situaciones cómicas? ¿Por qué ese enojo contra la inocente hija de Lorenzo Corchuelo, á quien, en las primeras páginas, dice Sancho que quiere ir á darle de coces en la barriga?

Pero el propósito del fraile se confirma cuando desde el primer capítulo hace aparecer á Don Quijote leyendo vidas de santos en el *Flos Sanctorum*, con su breviario de Nuestra Señora, asistiendo á misa, y con un gran rosario de continuo en las manos. Las señas son mortales. Todo cuanto dice en su prólogo de que ofendió Cervantes á él y á un gran poeta ó autor de comedias amigo suyo, es pura broza. La cuestion literaria no tiene cabida ni por semejas en el texto del QUIJOTE de Avellaneda, ni la supresion de la figura de Dulcinea, y el tinte de devoto de Quijada tiene que ver con el teatro ni las comedias. La verdadera cuestion es de creencias religiosas. Los émulos de Cervantes olfatearon que Don Quijote tenia mucho de pagano ó indiferente ó deista ó incrédulo. Algo llegó á su conviccion de que Dulcinea representaba una bandera opuesta á la suya y creyeron que iban á salvar al público catolizando á Don Quijote, quitándole su amor á la razon simbolizada en Dulcinea y colocándola en la fe en la Vírgen del Rosario.

La prueba incontestable que tenemos de que la animadversion y lucha entre el anónimo autor y Cervantes fué cuestion religiosa, es que la primera vez que habla en esta segunda parte del libro de su rival, lo primero que hace es tocar la cuestion de Dulcinea. Y se conoce que el público gustaba más de Don Quijote racionalista amante de Dulcinea, que de Don Quijote, devoto de la Vírgen del Rosario, cuando Don Jerónimo, que aquí es como representante de la opinion general, dice: «Lo que á mí en este (libro) más me desplace, es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.» En efecto, debia desplacer y aburrir á los lectores ver á un caballero andante sin amor de dama alguna, formando una leyenda verdaderamente árida, seca y monótona. En el terreno literario la falta y torpeza de descartar á Dulcinea de los personajes de la fábula es incomprensible á no haber las razones y circunstancias que acabo de exponer, porque las muestras de enamorado, las acciones y los conceptos del amante, sus alegrías y tristezas, esperanzas y temores, y la conducta de la dama por otra parte, son elementos de grandísimo interés, variedad, animacion y viveza en una historia caballeresca, y más en una historia caricaturesca, donde ya se le daban los principales moldes hechos y tenia graciosos pasajes que imitar. Pero como el fondo de la pugna no era literario, Avellaneda pasó por este gran inconveniente y desventaja de su parte, con tal que no figurase en su composicion una dama que simbolizaba la luz de la razon, que para un fanático en aquellos tiempos, y más siendo fraile dominico, no podia haber nada más herético y aborrecible.

Y no parece sino que el tocar á Dulcinea es para Cervantes el tocar á lo más caro de su existencia, al ver que no sólo representa

á Don Quijote «lleno de ira y de despecho,» sino que á distancia, en habitacion separada, sin esperar á saber quién habla alza la voz á manera de proclama pública y solemne y dice: «Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender, con armas iguales, que va muy léjos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza y su profesion el guardarla toda su vida y sin hacerla tuerto alguno.»

Y ántes de proseguir en el comentario de estos solemnes pasajes del QUIJOTE, preciso es consagrar algunas palabras á la correccion del señor Hartzenbusch puesta cabalmente en el trozo que acabo de transcribir, y que altera por completo la intencion del autor, bien clara en las otras ediciones anteriores en donde este trozo concluye: «y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.» Este final, que al corrector le parece ininteligible, es el verdadero molde en el terreno del espíritu del QUIJOTE, y lo que no puede avenir ó conciliar el señor Hartzenbusch, se convierte en claro y sencillo si se interpreta el pasaje como corresponde á su intencion principal, en la que Dulcinea es la luz de la razon, y bajo de la personalidad de Don Quijote se está descubriendo la de Cervantes.

Lo primero que requeria el agravio de considerar á Cervantes retrógrado y sometido al redil de los inquisidores, era una declaracion pública, solemne y en alta voz, desmintiéndola por completo, y añadiendo que no sólo no ha olvidado el hidalgo á Dulcinea, sino lo que es más, que *es imposible* que la olvide.

Lo segundo era la sancion de esta proclamacion pública, á saber, que al que lo contrario dijere, él le haria entender *con armas iguales* que iba muy léjos de la verdad. Esta expresion de *armas iguales*, indica por sí sola que no se trata de un duelo ó combate, sino de una controversia ó discusion, porque en la ira, el despecho, el valor y la excitacion de Don Quijote por causa tan alta, parece pequeñez y cobardía el pararse á poner por condicion igualdad de armas. Esto va en contra de la idiosincrasia de Don Quijote que es cabalmente no pararse en esas minucias, y mostrar brios para acometer y vencer, no ya á uno pero á ciento, aunque por armas trajesen las de los cíclopes ó titanes encantados por el mismo dios de la guerra.

Esta resolucion y brios indomables de Don Quijote, se hallan pintados por él mismo en el siguiente pasaje de su diálogo con su sobrina: «pero nosotros, los caballeros andantes *verdaderos*, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y toda ocasion los acometemos, *sin mirar en niñerías*, ni en las *leyes* de los desafíos, si *lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada*, si trae sobre sí *reliquias* ó algun engaño encubierto, si se ha de partir ó hacer tajadas el sol ó nó, con otras ceremonias de este jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber más, que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces.»

Quien tal idea tenia de un caballero andante verdadero, y de tal se preciaba Don Quijote, no es posible que en la ocasion más crítica é importante, y cuando habla lleno de indignacion, descienda á la contradiccion, frialdad y cobardía de poner por condicion *armas iguales*. Pero esto, que es impropio é ininteligible en el sentido literal, entendiendo simplemente que habla Don Quijote de un desafío, es propio y se comprende sin esfuerzo en el sentido espiritual, entendiendo que Don Quijote representa á Cervantes y que se trata de una lucha intelectual, pues para defender el contrario sus creencias y opiniones habia ancha Castilla, mas no así para defender Cervantes las suyas. Es decir, que los sectarios de la autoridad y la fe tenian de su parte extensos fueros y jurisdiccion y podian emplear con toda libertad el libro, la academia, el púlpito y el confesonario, miéntras que los afiliados bajo la bandera de la razon, libertad y libre exámen, estaban cohibidos con las censuras, y los temores al tribunal de la fe. Así no es posible lucha, y por eso Don Quijote pide juego leal y armas iguales.

Resta el último extremo, cuyo texto cambió el señor Hartzenbusch, pareciéndole oscuro el antiguo. Quiere decir Don Quijote, que en ser firme y fiel á Dulcinea no hace sacrificio alguno de su parte, pues es tan hermosa, que el quererla es una especie de satisfaccion del alma sin necesidad de premios que la estimulen, ni temores que la retengan. Y esto es una representacion de lo que pasaba entre los dos partidos, porque el de la razon gana prosélitos con la razon misma, y á nadie violenta si su razon no le convence, ó lo que es igual, que conserva sus adeptos *con suavidad y sin hacerles fuerza alguna*, miéntras que el opuesto bando de la autoridad los compele á creer ó mostrar que creen y los retiene en la creencia por temor de los castigos eternos y temporales, por miedo á Satanás y al Santo Oficio.

Tenemos, pues, que en esta ocasion, hasta el mismo texto literal está pregonando más el espíritu que la letra, lo cual sucede en el QUIJOTE no sólo en un pasaje, pues por mucha que sea la habilidad de un autor, y mucha era la de Cervantes, hay ocasiones tan críticas y difíciles en esto de expresar dos ideas y dos situaciones con el mismo lenguaje, que por fuerza se ha de inclinar más á la una que á la otra, y naturalmente sale más clara aquella á que más se inclina. En el caso presente y en este corto párrafo que podíamos llamar sacramental, el autor se inclina hácia la figura ó símbolo más que á la realidad y la letra, y por eso es oscuro el sentido literal. Viene el señor Hartzenbusch con su correccion y se cambian las pesas. El sentido literal parece que se aclara, pero el espiritual se pierde de todo en todo. Ser firme Don Quijote en el amor á Dulcinea es una afirmacion ociosa, fria y trasnochada

y mucho más dicha á las alturas en que se encuentra su historia. Si el hidalgo no tenia otra cosa que añadir al cabo de tan largo rato, bien pobre y manoseado estaba ya el tema de la firmeza. Pero ¿qué diremos de lo impropio y singular de sustituir el sujeto sobre quien se hace la fuerza ó violencia y poner á Dulcinea en vez de Don Quijote? Tras una frialdad viene otra mayor, y es que Don Quijote no hará tuerto alguno á Dulcinea. No se necesita para esto haber pintado con tanto empeño á un caballero perfecto y platónico enamorado. Cualquier amante de á docena procura no hacer tuerto alguno á la mujer que ama. En suma, la alteracion del texto en la edicion pequeña de Argamasilla no responde ni áun al mismo sentido literal, y cuando un pasaje de un autor puede explicarse alegórica ó figuradamente, no hay razon para introducir un cambio, donde se pierde este significado alegórico y nada gana el literal

Una vez picado ya el molino, como decia Cervantes, no se contuvo en su atrevimiento de revelar en este capítulo más á las claras sus intenciones, y así encontramos otro pasaje, en que va abiertamente contra las declaraciones que hizo de que su objeto era ridiculizar á la literatura caballeresca. «Créanme vuestras mercedes, dice Sancho, que el Sancho y el Don Quijote de esa historia, deben de ser otros de los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso y no comedor ni borracho.» Cualquiera creeria, que para el objeto arriba dicho, debió haber dicho Sancho: «mi amo loco, débil y mentecato, y yo otro que tal.» Comprendo que un hombre así pueda poner en ridículo á los héroes de los caballerescos libros, ó mejor dicho, ponerse en ridículo á sí mismo y por carambola ridiculizar á los de su profesion; pero ¿qué diremos cuando como en resúmen resulta que el autor mismo se vanagloria de haber pintado á un caballero perfecto á quien llama valiente, discreto y enamorado? Y cuenta que estas calificaciones tienen un valor existimativo en el Quijote, y mucho más en la ocasion y en el motivo por que aquí se aplican. El ser valiente y sabio al mismo tiempo fué siempre una especie de mito en la humanidad, un tipo de perfeccion que raras veces se ha encontrado uniendo esos dos valores en igualdad de grados; miéntras que el título de enamorado no se da aquí por la Universidad de Cupido ciertamente, porque Dulcinea no habla al corazon ni pertenece al número de los mortales. Resulta, pues, que Cervantes, proponiéndose pintar un hidalgo loco, viejo, débil, ridículo y mentecato, como debia serlo para que la sátira contra los libros de caballería fuese tal sátira, le ha salido sin querer, como quien tira al aire una moneda, un tipo valiente y discreto, y por añadidura, enamorado de la luz divina de la razon. ¡Medrados estamos! Con razon trae el autor irónicamente á cuento el cuento del poeta Mauleon que escribia á *Deum de Deo*, dé donde diere ó salga lo que saliere, y repite dos veces el del pintor Orbaneja que tenia que escribir debajo de un gallo: «este es gallo.» Cervantes tiene que escribir tambien cuatro veces debajo de su poema: «esto es sátira contra la caballería andante» y á pesar de esto, no hay persona ilustrada que lo crea, porque el primero que no lo creyó ni lo pensó fué el autor mismo.

Por último, venimos al punto de la transfiguracion de Cervantes en la persona del hidalgo, que como de igual importancia que los otros ya examinados, se tocan y resuelven en este período álgido de la indignacion del autor, que le hace ser más temerario y poner aparte toda otra consideracion ó temor. En el terreno literario, la circunstancia de haber otro libro con otro Don Quijote infinitamente inferior al escrito por Cervantes, debiera ser más bien satisfaccion y triunfo para el autor que no causa de ira y de despecho. Si fuera al contrario ya lo comprendemos. Ningun autor se quejó jamás de que un émulo ó envidioso se estrellase y desacreditase escribiendo un libro sobre el mismo argumento y con los mismos personajes con que él ganó reputacion, gloria y fama. Creo yo que miéntras más tentativas hubiese y más *fiascos* resultasen en este punto, mayor debe ser el contento del autor, que ve que él es el único y solo que sabe tratar aquel argumento. Estas son verdades de Pero Grullo, y sentimientos muy propios de Cervantes, consciente de su inmensa superioridad sobre el licenciado de Tordesillas, á quien dice en el prólogo, que bastante penitencia tiene en su mismo pecado de haberse atrevido á escribir su *Quijote*. ¿A qué viene, pues, el casi apurarse la gran paciencia de Don Quijote y el decir: «retráteme el que quisiere pero no me maltrate?» ¿Ni cómo puede ningun autor retratar á un personaje que es hijo de la ficcion de un poeta? Puede retratarse bien ó mal á un sér viviente; pero es en extremo impropio el decir retrato cuando se trata de una figura que no estaba completa, y lo que es más, que tenia dos caras, una en el sentido literal y otra en el simbólico, razon por la cual Cervantes podia decir, en ocasiones, que Don Quijote era loco, y, en ocasiones, que era discreto, y en ambas con verdad y propiedad. Lo que de todo esto claramente se desprende es, que Cervantes habla aquí de sí mismo y toma por lo tanto en sus manos la causa de Don Quijote, ó tal vez sea mejor decir que Don Quijote toma en sus manos la causa de Cervantes. Propuesta así la cuestion se entiende bien el por qué de su indignacion y el apurarse su paciencia. Ya no es cuestion puramente literaria en que las ventajas todas están de su parte. El adversario sabe que el autor se pinta en su héroe, y claro es que delineando un tipo ignorante, mentecato y repulsivo, no es sólo pecado literario sino ofensa personal directa hecha, á sabiendas, por el ofensor.

Capítulo LXII.—1.—*Daño de tercero.*—Indirecta contra los Duques que habian ordenado burlas con daño de Don Quijote y Sancho.

2.—*Aunque me lo pida.*—En *El Mensaje de Merlin* expliqué de la manera siguiente este pasaje del castellano, muy parecido al del religioso en la casa de los Duques, y al tono que usa Avellaneda. Es, sin duda, digno de atencion, que tanto en este encubierto escritor, como en el descubierto enemigo Blanco de Paz, se nota una especie de compasion hácia Cervantes, un interés en amonestarle para que abandone sus ilusiones y sus ideas, que no cuadra con las malas obras que le hicieron; pues si ambos creian que estaba alucinado y las consideraban efecto de exaltacion ó de locura, la caridad cristiana debia inducirles á aconsejarle con amor y suavidad y no con el despecho, rabia y envidia de que dieron muestras, el uno en Argel y el otro en su venganza impresa. Mas parece ser que estos hombres de *contrario humor*, pues, en efecto, distaban mucho de asemejarse en carácter y pensamientos á nuestro gallardo héroe de Argel, ya que no pueden llegar al grado de virtud y excelencia que ven en otros, toman por recurso,

ora aparentar compadecerlos, llamándolos locos, extraviados, ilusos y soñadores de imposibles y quimeras; ora combatir la verdad, desacreditando á quien la dice..... Quien con atencion lea el *Quijote* espúreo, verá que al aludir á Cervantes, habla siempre con aire de conmiseracion, como si nuestro gran genio hubiese sido un orate, digno de que, por lástima, le aconsejasen los *Sanchos* de su tiempo. Tal es el proceder que ingeniosamente pone Cervantes de manifiesto en este castellano que amonesta á Don Quijote en su paseo por Barcelona, y que acaso debió inspirarle la lectura del libro de Avellaneda, entónces recien salido de las prensas.

Esta filípica ó reprension llena de improperios tiene más visos de ir dirigida á Cervantes mismo que no á Don Quijote, pues posible es que el autor con sus poéticas ilusiones y sus ideas extrañas, creencias avanzadas y quiméricos proyectos tuviese la virtud de convertir y hacer pensar lo mismo á muchos de los que le trataban; pero no se da un solo caso de que Don Quijote contaminase á nadie con su locura. Es enteramente contrario á la verdad el decirle que tiene la propiedad de volver locos á cuantos le tratan y comunican. La expresion de admiracion al verle vivo, y en Barcelona, sin haberlo muerto los infinitos palos que tenia á cuestas, cuadra tambien más á Cervantes que llevaba muchos años de desventuras y de fuertes golpes, moralmente hablando, que no á Don Quijote, que acaba de salir de su pueblo como quien dice.

Se deduce por esta nueva prueba y dato, que Cervantes debió tener la flaqueza de la andante caballería, que ya hemos visto hallarse como fondo de todos sus actos, y que si no salió real y verdaderamente armado de caballero, porque ya entónces no se usaba este ejercicio, virtualmente y en el traje civil era otro Don Quijote, con el noble orgullo de creerse valiente, generoso, espléndido, recto, liberal, amigo de hacer bien á todos, y destinado para grandes cosas y gloriosos hechos y empresas. Esta es la gran clave de la existencia de Cervantes y del sentido oculto de su poema ó sea de la apología de su vida, escrita bajo la transfiguracion de su personalidad en la del hidalgo. Bien lo dice el castellano y se está viendo á quién se dirige cuando exclama: «Me da lástima que el buen ingenio *que dicen que* tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería.» Este tiro da á la vez en el blanco de Don Quijote y en el de Cervantes, y aún va más derecho al autor que al personaje que le representa, pues de Don Quijote parece que no debia hablar por referencia, existiendo ya impresa su historia por España; miéntras que es posible que siendo castellano, y acaso Cervantes quiere dar á entender con decirnos su patria, que tal vez fué vecino suyo en Alcalá de Henares, pudo haber oido efectivamente sobre su ingenio y su flaqueza.

«Esta manera de apostrofar al hidalgo, y aquí transcribo mi opinion consignada en el referido opúsculo, debe causar sorpresa, por poco que se esté en el cuento de la significacion de ciertos personajes, pues por lo que generalmente se ve, las personas con quienes se encuentra Don Quijote, podrán admirarse de su extraña catadura, armadura y pensamientos; pero ninguna, á excepcion del religioso, siente odio, mala voluntad ni ira porque Don Quijote quiera resucitar la andante caballería.» Es más; por más que Cervantes carga la mano para pintar á su héroe loco y ridículo, nadie deja de ver en él virtudes grandes y gran nobleza de alma á vueltas de su monomanía, y en gran parte á causa de ella. Sin embargo, este castellano entrometido, con una compasion equívoca, le moteja de loco y como que siente, ó por lo ménos le sorprende haya llegado hasta allí vivo, sin sucumbir á los infinitos palos, ó lo que es lo mismo (considerando que el tiro va á Cervantes) los muchos golpes de la adversidad que le han combatido. Para él no posee Don Quijote una sola buena prenda ó cualidad que contrapese ó redima su locura: habla como apasionado, rencoroso y envidioso; usa, en fin, del lenguaje de quien mal quiere, pues leyendo la historia se ve, que ni es cierto volviese locos á cuantos le trataban, ni hubo quien le tratase que no se prendase de su bonísima condicion y temple de alma, y así con verdad dice el autor, hablando de Sanson Carrasco, que no tenia perdon el haber querido acabar con sus aventuras. Ni podia ser de otro modo intentando Cervantes hacer una pintura de sí mismo, pues aunque para conseguirlo tiene que hacerse el loco y transfigurar sus sucesos en las aventuras de un caballero andante, fuera de esto nos pinta siempre al hombre de inteligencia profunda, de virtudes del alma y bondad del corazon que rebasan por la locura y hasta hacen olvidar su monomanía.

Es notable coincidencia que sólo este castellano y el eclesiástico de la casa de los Duques, forman excepcion entre cuantas personas trataron y comunicaron con Don Quijote, y sabido es, que en dicho eclesiástico se cree ver á uno de los enemigos de Cervantes, sin faltar quien sospeche en él al autor del falso Don Quijote. Tan visible es la semejanza de su lenguaje, que casi puede considerarse el consejo del uno, extracto de la amonestacion del otro. Ambos son inconsiderados y traspasan «los límites de la buena reprension,» pues amonestan en público, cuando es máxima cristiana, «si tu hermano pecare, llámale á solas y repréndele y corrígele en secreto.» Ambos tienen por necios y sandios á los que agasajan y honran á Don Quijote. Ambos califican de vaciedades los hechos y pensamientos de este y le aconsejan se vuelva á su casa y cuide de su hacienda, de su mujer y de sus hijos. Finalmente, los dos están cortados por el mismo molde y hacen *mutis* de la escena, dando á entender el autor, que en ambos quiso representar esos mezquinos envidiosos que llamaban *locuras* sus empresas y *vaciedades* sus altos pensamientos y deseo cristiano de hacer bien á todos.

Confirma mi opinion de que el pasaje se refiere al autor en este lugar con mucho más fundamento que en la escena en la casa de los Duques, el ver, no sólo que Don Quijote no contesta una palabra á tantos denuestos y consejos impertinentes, sino que todo ello cuadra con el genio, vida, inclinaciones, creencias y actos de nuestro autor, y de tal modo que parafraseando el apóstrofe puede ajustársele con muy leve variacion de la manera siguiente: «Válgate el diablo por Miguel Cervantes: ¿cómo? ¿es posible que hasta esa edad has llegado sin haberte muerto los desengaños y las desventuras que te han traido tus quimeras y devaneos? Tú eres visionario, tienes ideas extravagantes, distintas de las que se usan, piensas en ilusiones, vives de quimeras y te alimentas de imposibles y de locuras, y si las pensaras á solas, dentro de las puertas de tu extravagancia, ménos mal; pero tienes la propiedad de hacer

prosélitos de cuantos te tratan y comunican (cosa muy probable). Vuélvete, buen hombre, vuélvete á tu casa y mira por tu hacienda, tu mujer y tus hijos y déjate de querer ser ejemplar y único caballero, que es el flaco ó el canal por donde desagua el buen ingenio que dicen que tienes para todo, y abandona esas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.»

Este es el lenguaje de los Sanchos de todas las épocas, el que cuadra con la particular condicion y pensamientos que sabemos tuvo el soldado de Lepanto, el héroe de Argel y el filósofo de Valladolid; el que él oiria á la continua en el trato familiar con tantos *familiares* del Santo Oficio, celosos de toda caballería que no fuese de órden religioso. ¡Extraño caso, que no sólo este pasaje, sino casi todo el QUIJOTE pueda parafrasearse con muy leves variaciones para que cuadre y convenga de todo en todo con la vida, condicion é ideas del autor! Pero ¿cómo no ha de convenir si el autor es el modelo en que se fraguó la concepcion del QUIJOTE?

3.—*Acertare á desear.*—Desde que en la venta se encuentra Don Quijote con los dos caballeros que inician la conversacion sobre el libro de Avellaneda, se observa que Cervantes apénas le aparta de su memoria. Hasta aquí, sin embargo, se hablaba del libro. En esta aventura ó incidente de la cabeza se habla del autor, y áun me atreveria á decir que este episodio lo inventó Cervantes para este principal objeto. Ni en el prólogo de la segunda parte ni en la conversacion que tiene el hidalgo con don Jerónimo, ni en suma, en ningun pasaje da á entender Cervantes quién fuese el autor encubierto bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda. Esto pudo ser por dos razones: porque no acertó á averiguarlo, ó porque no quiso decirlo. Lo primero es increible; lo segundo más que probable. Pero si no quiso decirlo abiertamente, y se comprende la razon, pudo indicarlo de una manera solapada, para que viesen que no fué tan falto de penetracion, que dejase de conocer á su adversario. Es tambien muy verosímil, que siendo este libro de Avellaneda, muy conocido en su tiempo (al ménos miéntras no se desengañó el público), no tanto por el título que llevaba, cuanto por la sal y pimienta del escándalo y de la venganza, las gentes que desconocian el nombre de Fernandez de Avellaneda y sospechaban que era fingido, hiciesen sus inquisitorias ó se echasen á conjeturar cuál pudiese ser el nombre verdadero del autor.

Bajo tales circunstancias, la invencion de la aventura de la cabeza encantada es ingeniosísima y pertinente para hacerle pronunciar ese nombre que andaba deseado por gran número de personas.

Ahora bien, para comprender los fundamentos que existen para el anagrama que encontramos en este episodio de la cabeza, conteniendo el nombre del escritor que hoy por hoy tiene más visos de ser el autor del Don Quijote falso, es preciso recordar ciertos importantes datos y antecedentes. Uno de ellos, cuya relacion con el asunto que tratamos se verá despues, es que el nombre de Andrés Perez, contenido casi por entero en el de Pedro Noriz, fué el del autor de *La Pícara Justina*, obra en la cual se ve el caso extraordinario de haber sido impresa ántes que la primera parte del QUIJOTE de Cervantes, y sin embargo, nombra al QUIJOTE como libro famoso ya, y le compara en notoriedad y fama á la ruda, á *Doña Oliva*, á *Lazarillo*, *Alfarache* y *Celestina*. Esto pareceria inexplicable si no tuviésemos otro dato singularísimo que lo sustenta, cual es la mencion que, tambien en 1604, hace Lope de Vega del libro de Don Quijote en una carta al duque de Sesa, y lo más singular de todo es, que los dos escritores que hoy con más acierto crítico se consideran, ó por lo ménos se sospecha que pudieron ser autores del *Quijote* impreso en Tarragona, son cabalmente los dos que hablaron de la produccion de Cervantes préviamente á su aparicion en la república de las letras. Estos hechos dan lugar á muchas rectificaciones de asertos de los biógrafos y á un nuevo modo de ver las cuestiones suscitadas sobre la época en que se escribió el poema, y la conducta del duque de Béjar, y principalmente sobre el punto importantísimo que he hecho resaltar en estas notas, de la transferencia de la figura de Cervantes en la de Don Quijote, asuntos de que no trataré en esta ocasion, aunque pudiera añadir algo á lo ya dicho en *El Mensaje de Merlin*, á que me refiero, por no desviarme del punto principal que es ahora objeto de esta nota.

El hecho citado de mencionar Andrés Perez el QUIJOTE en su libro de *La Pícara Justina* nos trae á consideraciones y comparaciones entre la conducta de este autor y la de Cervantes en el terreno público, por la cual parece que debemos guiarnos para conjeturar el estado de sus relaciones personales ó privadas. En 1604, Cervantes y Andrés Perez eran indudablemente amigos, y este hubo de ser por fuerza del número de los íntimos que oyeron leer ó leyeron el manuscrito del QUIJOTE. Un autor que cita la obra de otro como famosa ántes de ser impresa, no puede ménos de ser admirador y amigo del autor de la obra citada, pues dicha mencion es por extremo lisonjera y honrosa para Cervantes; así como tenemos derecho para afirmar, que Lope de Vega no era amigo verdadero de nuestro escritor, segun se echa de ver por la diferencia que hay entre su cita del QUIJOTE *non-nato* y la del fraile dominico en su *Justina*. Ahora bien, ¿cómo se explica que Cervantes, pródigo siempre en elogios á muchos autores medianos y malos de su tiempo, no sólo no menciona el nombre de Andrés Perez ó del Licenciado Lopez de Ubeda (que así tambien se llamó este escritor), sino que al hablar de *La Pícara Justina* en su «Viaje al Parnaso,» se desata en epigramas contra la obra y su autor? Por cierto que nunca faltó Cervantes en lo que toca á ser agradecido, virtud que sólo se encuentra en los hombres de verdadero mérito, y cuando no fuera por su latitudinarismo en materia de crítica literaria, siquiera por buena correspondencia al primer español que puso el nombre de Don Quijote en letra de molde y con aplauso, debiera ó haber callado ó dicho algo en su elogio.

Pero hay otra circunstancia muy significativa. El plan ó sistema adoptado por Cervantes en su «Canto de Calíope» y *Viaje al Parnaso*, es consignar el nombre de los autores á quienes elogia ó censura. ¿Por qué hace una excepcion tan conspicua al tratarse de Andrés Perez, de quien menciona dos obras, teniendo cuidado de no decir su nombre? Y no se diga que le dirige un dardo al vuelo y como de pasada. Doce versos de sus tercetos están consagrados á la burla y al epigrama contra este á quien llama «capellan lego del contrario bando,» lo cual trae á la memoria lo del *contrario humor* ó diferencia de creencias del autor del falso *Quijote*, que ya en su lugar hemos notado. El libro donde se encuentra el primero y más lisonjero elogio que tuvo el QUIJOTE es calificado de

librazo, que el autor dispara como de una culebrina y es la ruina del opuesto bando de los poetas, llevándose de camino una muela y gran parte del muslo de Medinilla, y mancando de un brazo al buen Tomás Gracian. Cuando se recuerda que este pasaje fué escrito despues del prólogo de la segunda parte de DON QUIJOTE, donde pone Cervantes los dos cuentos de locos, parece hallarse en estos versos reminiscencias que son alusiones indirectas al mismo escritor, porque el decir que

«Haldeando venia y trasudando
El autor de *La Pícara Justina*,»

indica el gran trabajo que puso en escribir tal libro, semejante á lo laborioso y difícil que en concepto de uno de los locos era hinchar un perro; y por otra parte, en el estrago que hace el librazo en el campo de los buenos poetas, parece como que le compara á la piedra que el otro loco arrojaba sobre los perros.

Sea de esto lo que se quiera, la respuesta ó paga de Cervantes al cumplido que le hizo Andrés Perez, no puede ménos de llamar particularmente nuestra atencion, pues es tan extraña, que no se concibe sin que de parte del fraile ó capellan lego hubiese existido una injuria grande y pecado enorme contra los fueros de la amistad ó del compañerismo. Se comprende que Cervantes no cite para nada el *Guzman de Alfarache*, ni hable en parte alguna de Mateo Aleman, escritor que floreció en su tiempo. Alguna razon justa tendria nuestro autor para ello, y el mejor camino, para no decir mal, era el silencio, que fué su conducta con respecto á Alarcon y á otros; pero no sin causa grave se ridiculiza á un autor sin dignarse nombrarle siquiera, del modo que lo hace con Andrés Perez.

No obstante, aún queda el postre por servir, pues concluye su tanda y tunda poética con el siguiente terceto:

«Otra despierta nuestra centinela
Gritó: todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela.»

Nótese que en ambos casos usa Cervantes del verbo *disparar*, y ya se sobrentiende en el segundo que no es un disparo así como se quiera, sino de artillería, en lo que viene á dar á entender el golpe tremendo que ambas dieron al sentido comun y á la decencia y la moral. Esta vez no se teme ya el desavío causado á un Gracian y un Medinilla, sino que si el ejército entero no baja la cabeza, con el disparo de la segunda novela corria peligro de ser decapitado en masa. Conocemos la materia y el calibre del primer proyectil; pero del segundo nada sabemos, ó al ménos á mi noticia no ha llegado. Segun los bibliógrafos que he tenido proporcion de consultar, Andrés Perez publicó en 1601 la vida de *San Raimundo de Peñafort*, en 1604 *La Pícara Justina*, bajo el nombre de el Licenciado Francisco Lopez de Ubeda, en 1621 los *Sermones de Cuaresma*, y en 1622 los *Sermones de los Santos*. ¿Cuál es, pues, esa novela á que alude tan claramente Cervantes, *disparada* ántes de 1614? ¿No engendra este pasaje fundadas sospechas de que la tal novela es la continuacion de las aventuras del hidalgo? ¿Cómo Cervantes, que nombra el título de la *Pícara Justina*, que equivale á nombrar á su autor, no especifica el título de esta otra novela, más notable aún que la anterior por cuanto fué necesaria la alarma de un centinela, segun debia de ser de mala, dura y agresiva? Claro es que si Cervantes hubiera dicho el título era lo mismo que señalar con el dedo al autor, y esto es lo que nunca quiso hacer con respecto al del falso *Quijote* de una manera ostensible y directa, y aquí llego hasta conceder, que tal vez una de las causas de esta prudente reticencia no fué miedo, sino falta de certidumbre. Es posible que Cervantes supiese dónde y cómo y por qué se fraguó ese contra-Quijote; pero tambien lo es, que ignorase á punto fijo quién fué el que realmente le escribió, y que en este punto no tuviese más que sospechas más ó ménos fundadas de que fuese Andrés Perez. Esta especie de inseguridad se observa desde luégo en lo poco que Cervantes al autor consagra, pues sospecha en la segunda parte del QUIJOTE que es aragonés, «porque tal vez escribe sin artículo,» razon bastante endeble, pues muchas veces la larga residencia de una persona en una provincia le hace adoptar los giros, locuciones y peculiaridades de ella. Andrés Perez es leonés, pero esto no quita que hubiese pasado mucho tiempo en Aragon y adquirido ese modo de escribir.

Queda en pié, despues de todo, que el autor de *La Pícara Justina* publicó ó disparó otra novela ántes del año de 1614, y esta obra no se conoce por los bibliógrafos; al paso que existe una novela que es el *Quijote* apócrifo, publicada hácia ese tiempo y cuyo autor no han podido averiguar los eruditos.

Sin necesidad de un prolijo exámen, sino en globo consideradas la novela de la *Pícara* y la del *Quijote* tarraconense, notaré tres circunstancias singulares que hacen creer que Andrés Perez fué el autor de este último. En *La Pícara Justina* se lee: «Escrita por el licenciado Francisco Lopez de Ubeda, y en el anti Quijote, el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda. Me llama la atencion la regularidad y hasta ritmo que tienen estos dos pseudónimos. En primer lugar ambos son ó se llaman licenciados. La pseudonimia consta de un nombre cristiano y dos apellidos unidos con la preposicion genitiva *de*, y lo que es más extraño, las desinencias ó terminaciones eran tan pareadas y aliteradas de menor á mayor que no pueden ser efecto de la casualidad, sino de aficion á cierta eufonía ó simetría en las palabras, pues se ve que Francisco y Alonso terminan con una vocal idéntica, el Lopez y el Fernandez concluyen con dos letras iguales, y Ubeda y Avellaneda finalizan con tres enteramente semejantes. ¿Es posible que sea esto casual? Yo lo pongo en duda.

Veamos ahora el fondo de las dos novelas. *La Pícara Justina* está llena de obscenidades y pensamientos torpísimos. El anti Quijote es un verdadero muladar en este concepto. En la *Pícara* hay una impertinente mezcla de lo divino con lo profano, y en el *Quijote* existe esa misma mezcla, segun vimos en su lugar correspondiente. Estos no son detalles ó minucias como el uso de tales frases ó palabras ó supresion de artículos, en lo cual puede incurrirse en errores, sino pruebas fundamentales y sustanciales que están pregonando la identidad de autor.

Al tratar de este asunto en *El Mensaje de Merlin*, dije, que desde el capítulo en donde por primera vez se habla del falso *Quijote*, era preciso hacer inspeccion, observacion y reconocimiento especial de los personajes que Cervantes introducia en la escena, pues la idea de este libro se le habia fijado intensamente en la memoria, no dejando pasar ocasion en que hablar de él para mostrar su soberano desprecio de dicha obra, y siendo tan ingenioso y hábil para *valerse por su pico* y decir las verdades *por señas*, indudablemente no le habia de faltar esa habilidad en la ocasion más crítica, que era mostrar que supo ó sospechó quién era el autor de la tal venganza, y lo declaró de una manera indirecta. En aquel opúsculo escribí el pasaje que á continuacion trascribo:

Y ¿cuál es el personaje que, desde el encuentro con los caballeros don Juan y don Jerónimo, puede ponernos en alarma y sospecha? Existe uno, sospechoso hasta lo sumo, no tanto por su no bien justificada presencia en la fábula, y la índole del incidente en que aparece, como por las palabras tan significativas cuanto breves de su papel y la respuesta misteriosa de la *discretísima* cabeza encantada. El tal personaje es uno de los amigos de don Antonio Moreno, que se llega á preguntar al artificio «quién es él,» y como esta pregunta y la respuesta directa podrian pasar inapercibidas, vuelve á hacerla Cervantes en otros términos, ó sea invirtiendo estos y preguntando, no quién es él sino si el oráculo le conoce, á lo que responde la cabeza: «Sí conozco, que eres *don Pedro Noriz*.»

Ahora bien, en todo el discurso de la fábula no se halla ejemplo de introducirse un personaje á la manera que este, con el solo y único propósito de hacer constar su nombre. Y ¿quién es don Pedro Noriz, ni qué le importa al lector semejante personaje? Podria decirse, que esta figura está aquí introducida simplemente para confirmar la virtud adivinadora de la cabeza; pero esta explicacion viene á tierra al considerar que eso fuera bueno si este don Pedro Noriz fuera un extraño, llevado allí para dicho objeto; pero desde el momento en que es amigo del dueño de la cabeza, la prueba se convierte en ridícula, pues podria saber de antemano quién era y la pregunta que le habia de hacer. Poco tiempo ántes, don Antonio pregunta cuántos están en el aposento, y es respondido: «Estais tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas de ella,» y si esto ya ha declarado, evidente es, que ya debia estar como embotada la curiosidad, pues se supone que sabiendo que son amigos, debia saber sus nombres. Además, si la cabeza ha de acreditarse por su viveza, discrecion y adivinacion, ¿á qué viene la primera respuesta diciendo «tú lo sabes?» Esta es la contestacion que en trance semejante daria un oráculo que no supiese el nombre que se le pregunta; pero ¡saberlo y salir con la frialdad ó necedad de «tú lo sabes!» es contra el objeto del dueño y el fin propuesto en este incidente ó episodio.

Tambien es rara casualidad, que un personaje puesto en escena con el solo fin de que la cabeza acertase su nombre, no tuviese otro más preclaro é ilustre, ó fuese español por lo ménos. En Inglaterra es comun el sobrenombre *Norris;* pero el *Noriz* no lo he visto ni oido en parte alguna de Europa y sí sólo en las páginas del Quijote, y por cierto que el mismo fin conseguia Cervantes poniendo Pedro Noriz, de cuyos antecedentes ó hechos vulgares ó ilustres nada se sabe, que llevando allí á un personaje notable en ciencias, artes ó milicia, y siquiera habria quedado consignado su nombre en ocasion tan especial y solemne como adivinacion de un pretenso oráculo; pero, como ya he dicho, ni áun el mérito ó gracia tiene de ser español.

Reflexionando sobre este pasaje, me incliné á sospechar si por acaso Pedro Noriz contendria el anagrama de algun contemporáneo de Cervantes, y hallé que con las letras de los nombres Pedro Noriz se forman estos dos de Ondro Periz y que de *Ondro* puede venirse fácilmente á la memoria por el rodeo de *Andro* y *André* al nombre cristiano de Andrés, y de *Periz* al de Perez, con que tenemos el nombre y apellido del escritor sobre que tantas sospechas recaen de ser el encubierto bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda, como habrá visto el lector en los fundamentos ya aducidos.

Y esta es ocasion oportuna de hablar algo acerca de los anagramas contenidos en el Quijote, y del vario juicio que entre mis contemporáneos han merecido los cuatro que he descubierto en el texto de la fábula. Unos creen que el hallazgo de anagramas en el Quijote es una cosa pueril y de poco interés: otros juzgan que no vale la pena el desmenuzar las palabras del poema para ver si contienen el nombre de Juan ó Pedro: estos consideran que es un asunto puramente curioso y aquellos dan acaso más valor del justo á esta clase de descubrimientos. Entre todos los que han escrito sobre este asunto, de resultas de los que yo he presentado en mis trabajos críticos, no he visto ninguno que se ponga en el término medio ni en el terreno de la discrecion, y por esto urge mucho que se plantee y explique el valor de estas disquisiciones.

Ahora bien, contra los que creen bue es un gran esfuerzo de ingeniosidad diré, que los anagramas no se descubren por los críticos, sino que ellos mismos se revelan y dan á conocer una vez penetrado el espíritu, sentido ó argumento del incidente ó aventura en que se encuentran. Es el extremo de la candidez y de la ignorancia el suponer que porque se destejan, separen y desentralacen los nombres comprendidos en el Quijote ú en otro cualquier libro van á salir anagramas pertinentes. Claro es que con pocas excepciones toda palabra que se descompone da lugar á la composicion de una ó de varias con aquellas letras. Pero áun dada siempre esta posibilidad, ¿qué resultaria? Que saldria un nombre ó una voz cualquiera y de seguro seria imposible que esta voz ó este nombre tuviese relacion ni engarce con el asunto de que se trata en el texto ni con los personajes que en él intervienen. La tarea de ir buscando anagramas en el índice onomástico del Quijote, que es bastante numeroso, seria la más ociosa, pesada é infructuosa del mundo, con la particularidad de que si se encontraban algunos, habria que desecharlos por inoportunos y exentos de toda relacion con el asunto de que se trataba. Pongamos por ejemplo, que se quiere hallar un anagrama en la *Molinera* que ayudó á armar á Don Quijote. Desde luégo se encuentra el de Molina. ¿Habrá alguno tan sandio que crea que en esta mujer quiso representar Cervantes alguna que se llamó Molina? Y ¿con qué objeto? ¿qué se saca con que veamos ó no el nombre de Molina en el de Molinera? Esto no seria más que simple casualidad, así como lo es que en el de la Tolosa no se encuentre un nombre comun ó regular y conocido. El inventor de tal anagrama habria mostrado una curiosidad pueril, pues al fin y al cabo lo mismo da para el caso que se saque Molina del nombre de Molinera, que otro cualquiera nombre. La historia no gana ni pierde con ello.

Y para que se convenzan los que así juzgan que los anagramas son como espíritu que late en las palabras cuando se relacionan con el fondo del argumento, supongamos, por ejemplo, que el contenido en las palabras *Lopez de Alcobendas*, ó es lo de Blanco de Paz, en lugar de ocurrir en la aventura de los sacerdotes que llevan el cuerpo muerto, se encontrase en otra cualquiera, digamos en la primera de ellas, ó sea la de Andrés y Juan Haldudo. El trabajo seria infructuoso, porque ¿qué tiene que ver Blanco de Paz ni sus artes, con las cuales puso á Cervantes á tan mala luz en la corte de España, con el fondo de la aventura de Andrés? Trasplantemos esos dos nombres á la aventura de los mercaderes, de los molinos de viento, de los batanes, á todas, en fin, las que en el QUIJOTE se relatan, y su descubrimiento era imposible, porque no hay guía ninguna, ni sospecha, ni señales, ni indicacion, ni relacion entre lo que les sirve de fondo y el personaje cuyo nombre se descubre, miéntras que en la aventura de los enlutados, el fondo y los detalles, el todo y las partes conspiran y tienden sin género de duda á revelarnos que allí hay un personaje histórico y siniestro, y sobre todo convida é incita á examinar la onomástica de ese episodio, el ver que sin que nadie se lo exija y en una situacion tan crítica como la en que se halla el licenciado, se pone á decirnos el pueblo donde nació, como si aquello fuera un trámite judicial para alguna ejecutoria ó puesto público. Por la misma razon, si en vez de decir el Licenciado que se llamaba Lopez y era natural de Alcobendas, hubiese dicho que se llamaba don Pedro Noriz, tendríamos el mismo anagrama de Ondro Periz ó Andrés Perez, pero de nada serviria este hallazgo ni se podria decir que Cervantes quisiese aludir á este personaje, porque sus hechos ó sus relaciones con el autor no tienen nada que ver con lo que en la aventura se representa.

Estas relaciones han de verse representadas más ó ménos extensamente ó con más ó ménos artificio, pero de tal modo que ningun detalle las desmienta ó contradiga, y así sucede en los anagramas del QUIJOTE, donde llama la atencion que tres de ellos encierren el nombre del fraile dominico Blanco, y el otro el nombre de otro fraile de la misma órden. Esa insistencia sistemática se observa siempre que sale á plaza el bachiller Sanson Carrasco. No hay una palabra ni pensamiento de este personaje que no corresponda al carácter de Blanco de Paz y su actitud respecto á Cervantes en Argel y probablemente durante toda su vida. Es el hombre que por envidia ó malicia se propone sacar de los cascos del jóven cautivo todos sus ensueños de gloria y todas sus bellísimas quimeras, que esa y no otra es la significacion del Bachiller en la fábula del QUIJOTE. Si desde el principio se muda el nombre y se le pone el de Blanco, la historia corre sin dificultad ni impropiedad alguna, ántes conformándose los hechos de la ficcion con los hechos históricos que conocemos de este singular individuo. Cámbiense, por el contrario, los nombres tomando el de Pedro Noriz para sustituir al de Sanson Carrasco, y la relacion se trastorna y los caracteres se falsean y lo ficticio se divorcia de lo histórico y el interés del fondo se pierde y el anagrama se reduce á ningun valor, á mera casualidad en que no ha intervenido artificio ni intencion alguna del autor. Más aún; demos por supuesto que el amigo de don Antonio Moreno tiene otro nombre, y que al preguntarle á la cabeza si le conoce, le responde sí, eres el bachiller Sanson Carrasco. Aquí tendríamos el anagrama de Blanco; pero faltaria su trabazon y ligazon con las circunstancias que hemos visto convienen con Andrés Perez y no con el otro dominico. Ese misterio con que se revela en anagrama el nombre de un enemigo del autor, seria ocioso y hasta ridículo en el caso de Blanco de Paz, sólo para hacer pasar el nombre que es el objeto único y exclusivo con que aparece el amigo de don Antonio y hace su pregunta. Seria ocioso porque ya en dos ocasiones lo habia presentado anteriormente en anagrama y como figura activa en los sucesos y aventuras de Don Quijote; y seria ridículo porque no hay nombre más repetido por Cervantes que el de Blanco de Paz, segun se ve en la Informacion de Argel, como que Blanco es la sustancia, el fondo, el sujeto que llena y abraza los veinticuatro artículos que sirven para interrogatorio de los testigos. En cambio, el nombre de Andrés Perez no se encuentra mencionado por Cervantes en parte alguna, y concurre la circunstancia de que allí donde pudo y debió nombrarlo que es en el «Viaje del Parnaso,» deja de hacerlo y menciona sólo sus obras literarias. En suma, desde que Cervantes aparece tener noticia de la impresion del falso *Quijote* por un autor que encubre su verdadero nombre, se nota su deseo de adivinarlo y su temor de decirlo. Hace falta un nombre, un padre espiritual de una obra que no le tiene conocido, y en estos mismos momentos críticos, inventa la aventura de la cabeza encantada, donde un personaje se presenta sólo para que sepa el mundo que se llama Pedro Noriz, y da la extraña coincidencia de que Pedro Noriz sugiere el nombre de Andrés Perez.

No me atreveré á decir que la incógnita quede despejada en este asunto. Paréceme que no es despreciable el número de indicios que presento de que el autor de *La Pícara Justina* fué el autor del *Quijote* impreso en Tarragona. Pero si aún hubiese dudas, no es de extrañar, pues todo me hace creer que el mismo Cervantes no supo á ciencia cierta quién fué el autor de tal diatriba. La opinion de los críticos ha sido bastante varia, y muchos nombres se sacan á plaza cada dia como de probables autores de tal engendro. Se achaca al padre Luis Aliaga, quien no obstante, se encuentra ya absuelto de tal pecado por recientes trabajos críticos. Se le ahija á Fray Juan Blanco de Paz, y yo he sostenido esta candidatura en otro tiempo, sin que el triunfo, siquiera pasajero, de la de Andrés Perez sea bastante á dejar de seguir con la mirada de la sospecha á este individuo. La índole de las causas que motivaron la composicion del anti-Quijote, que no fué más que cuestion de partido y de creencias religiosas, hace que la personalidad del autor disminuya en interés ante el interés colectivo ó de bandería. Es posible que Blanco de Paz, Andrés Perez, Lope de Vega, Alarcon, Villegas, Aliaga y tal vez más concurriesen en la idea, plan y objeto, y que el traducirlos en forma literaria se confiase al más desocupado ó más á propósito.

Sobre esto dije en *El Mensaje de Merlin:* No creo que el mismo Blanco de Paz fué quien escribió *materialmente* el libro, pues seria ya mucho que dos enemigos escribiesen dos Quijotes, aunque el segundo esté por debajo del primero cien codos en la forma y un abismo en la concepcion; pero ¿cuántas veces no ha sucedido, y vemos en nuestros dias, que un bando político, religioso ó literario, tiene sus conciliábulos, y en ellos se injuria, se maltrata á un enemigo, se concibe un plan de público ataque en una obra,

se sientan las bases y se designa al más apto de los del conclave para que les lleve la mano y sea el redactor del libro ó folleto? Que sea Pedro que sea Juan el que escribió el anti-Quijote, importa poco, porque no pasó de ser un mero instrumento.»

Clemencin dijo, acertadamente, hablando de este conflicto de opiniones: «De la vida de Cervantes por Navarrete, resulta comprobada la enemistad que en Argel profesó á aquel Fray Juan Blanco, á quien se califica de extremeño. Mas pudo tambien, á su vuelta á España, *influir con algun otro fraile* para que escribiese la segunda parte del QUIJOTE, puesto que Cervantes la atribuye á un aragonés.»

No puede, pues, absolverse de la instancia á Fray Blanco, por más que no pusiera una sola letra en el falso *Quijote*. Allí están su espíritu, su encono y su enemistad, y las bases y el plan de la obra fué la cuestion religiosa: el oponer á un hidalgo racionalista un hidalgo creyente católico-romano, y á un caballero que atacaba á cuanto fraile se le ponia por delante, otro caballero fanático por la religion, amigo de los clérigos, devoto oyente de la misa, amante de la devocion del rosario y enamorado de la Vírgen de esta advocacion, creada por Santo Domingo de Guzman, uno de los progenitores de la Inquisicion en España.

Pues bien, Cervantes que conoceria al vuelo el intento y el fin de aquella conspiracion del contrario bando, vió que la cuestion personal se desvanecia y eclipsaba ante la cuestion de partido, y que el nombre del autor era lo de ménos. De aquí el temor que manifestó de ser explícito, porque tenia en frente, no á un anónimo sino á una secta entera y temible y poderosa por estar compuesta de inquisidores, dominicos y familiares del Santo Oficio. Pero si no directamente, el ingenio y travesura de Cervantes le proporcionaban medios de dar á entender que estaba al tanto y al cuento de sus confabulaciones y secretos y se atrevió á deslizar el nombre de Andrés Perez en la aventura de la cabeza encantada, envuelto en el de Pedro Noriz, y esto parece aún más evidente al considerar, que si se mezclan infinitas veces las letras que forman los nombres de Andrés Perez, con el objeto de componer con ellas otro nombre y apellido, se hallará que no es posible formar otros que tales lo parezcan, fuera de los nombres de Pedro Noriz.

Resta examinar en esta nota la significativa pregunta de Don Quijote, y la no ménos importante respuesta de la cabeza sobre el desencanto de Dulcinea. Este asunto viene como de molde en aquella ocasion despues de haberse aludido á sus adversarios los cofautores del *caballero dominico*, por no decir caballero andante, que se nos ofrece en la obra del fingido Avellaneda. ¿Quién vencerá en el porvenir? ¿La autoridad ó la libertad? ¿La fe ó la razon? ¿La Inquisicion ó Dulcinea? Y la cabeza responde: *El desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion.*

Las palabras que Don Quijote pronuncia despues de oir esta profecía del porvenir muestran que toda la aspiracion, esperanza, deseo, que toda el alma de Don Quijote vive y respira por la libertad, y que el saber que con el tiempo será desencantada Dulcinea y triunfará la razon y se verá la humanidad libre de la tiranía de la inteligencia y la conciencia, es el gran gozo, la gran dicha de su corazon noble y su espíritu levantado.

CAPÍTULO LXIV.—1.—*Quitado la honra.*—Antes de entrar de lleno en la materia, conveniente será decir algo sobre el lugar en que se verifica esta batalla y el nombre del personaje vencedor, pues aunque son realmente detalles, tienen tal relacion y ajuste con el espíritu y fondo de esta aventura, que no puede ménos de excitar interés su conocimiento. Sabido es, y ya se dijo esto al hablar la vez primera del bachiller Sanson, y luégo en su anterior encuentro con Don Quijote, que aunque en apariencia es desafío por cuestion de damas, estas damas representan dos partidos: Dulcinea la libertad de la razon y Casildea la tiranía de la fe ó del Santo Oficio. Cervantes escoge como el mejor representante á Blanco de Paz, no sólo porque éste fué dominico y servidor oficioso y fanático de la Inquisicion de España, sino porque de resultas de su conducta en Argel y la enemistad que le tuvo, sabia el público y podia saber la posteridad la clase de intereses y de lucha que en estas batallas se encerraba. El caso particular de Blanco con Cervantes, es uno como ejemplo de lo que pasaba en la sociedad con los demás individuos, de suerte que al pintar nuestro autor estos sucesos de su vida, pudo decir: *ab uno disce omnes.*

Y es tanto el cuidado y la insistencia que puso para que no hubiese dudas sobre el importante fondo político y religioso de su artificio, que el combatiente viene calificado y marcado de varias maneras y apuntando siempre el autor al mismo siniestro personaje.

No contento con encerrar y embeber el nombre de *Blanco* en los nombres de bachiller Sanson Carrasco, y escoger la poblacion de Barcelona, cuyas letras forman el anagrama de «Blanco era,» le hace aparecer con el título de El caballero de la *Blanca* Luna, y para que no llamase esto demasiadamente la atencion, le dió en el primer lance el nombre de caballero de los *Espejos*, de manera que la designacion de *Blanca* Luna no sorprende ni se extraña, sabiendo su aficion á relumbrones. Por tres distintos modos y señales está como dando la voz de alarma contra este caballero en la apariencia que viene á dar batalla sobre hermosura de una mujer, que no conocemos, miéntras que en realidad el combate y vencimiento que va á tener lugar es la alegoría del combate entre la luz de la razon y las tinieblas del despotismo, ó sea entre Dulcinea, idea del progreso y del porvenir y símbolo de la razon; y entre Casildea, error del pasado y símbolo de la opresion de las conciencias. El bachiller Sanson no ha de considerarse aquí vecino envidioso de Don Quijote, ni ménos á Blanco de Paz, émulo rencoroso de Cervantes. Blanco representa una institucion á quien sirve y por reflejo de cuyo poder se convierte en enemigo poderoso. Representa todo un sistema político y religioso de tiranía. Cervantes no podia representar colectivamente á la institucion del Santo Oficio, y la encarna en un individuo que fué para él el instrumento inmediato de su desventura, cuyas persecuciones y calumnias no eran ya cuestion del terreno particular ó privado, sino del dominio del público, y de aquí la importancia y solemnidad que tiene esta última aventura en la peregrinacion de Don Quijote como caballero andante en ejercicio. Viene á demostrar Cervantes, que amó y adoró y vivió y respiró por la libertad de la razon, en la que veia la

fuerza, la energía, la vida y la felicidad de su patria, pero que en lo material fué vencido y derribado por las fuerzas *sansoninas* de una institucion que pretendiendo la salvacion de las almas, empezaba por la ruina de los cuerpos.

En otra ocasion y lugar he comentado este encuentro y caida de Don Quijote; pero conviene hacerlo de nuevo y ampliarlo, porque las verdades son tan tardas en propagarse cuanto ligeros los errores en extenderse.

En las razones que pasan entre ambos caballeros ántes de la batalla, hay algunos puntos dignos de especial consideracion. En primer lugar se ve un soberano desprecio de Don Quijote hácia el desconocido caballero, cosa que no era propia de su carácter, ni el contrario da motivo para ello, pues no puede darse lenguaje más comedido y sumiso que empezar llamándole: «Insigne caballero y jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha.» En segundo se nota que entre los varios fines que en su empresa se propone si le vence, el principal y último en la lista como fin que corona la obra, se halla en *la salvacion de tu alma*. Este toque de Cervantes es magistral por excelencia, porque si despues de esforzarse, como si dijésemos, la naturaleza y el arte en formar un tipo de bondad de corazon y rectitud de alma, si despues que un sér se halla dotado de todas las prendas y virtudes que caben en el sér humano, y además sufre en su peregrinacion por esta tierra toda clase de injurias y burlas con una resignacion verdaderamente sobrehumana, todavía ha de venir un simple bachiller ó motilon representando al Santo Oficio para encargarse de salvar su alma, medrados estamos. Sin embargo, el texto es claro y más que el texto la realidad histórica. A veces Cervantes lanza en una sola frase un terrible epigrama que echa por tierra instituciones y potestades. Por último, Don Quijote exceptúa y pone fuera de las condiciones del desafío, una que era la más preciada é importante entre los caballeros, á saber, que la fama del vencido pasaba á aumentar la fama del vencedor. «Sólo exceto, dice, de las condiciones, la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé *cuáles* ni qué tales sean.» De seguro no tenia la mejor opinion de ellas, y en esto parece verse como que Don Quijote está al cabo de quién es el disfrazado caballero y recuerda las hazañas de gañanes del de los Espejos, y principalmente la de haber vencido á la razon voltaria simbolizada en la giganta ó Giralda de Sevilla, y puesto en su lugar á la fe inmóvil á causa de los vientos nortes y frios, ó quietismo y aniquilacion de la inteligencia.

Pero lleguemos al punto del combate que es aquí lo esencial, á la inversa de lo que sucede en el desafío anterior en que los detalles son numerosísimos é importantes. A ninguno de los críticos que sostienen sólo la significacion de la letra, ó sea de que el QUIJOTE no es más que una sátira contra los libros de caballerías, se le ha ocurrido el pensar, que si este fuera el principal objeto de Cervantes, habria destruido aquí con una plumada todo el trabajo de su obra. Don Quijote, en el sentido literal, es un hombre, que á fuerza de leer libros de caballerías, se le infiltra tanto su espíritu, que da en la locura de creer que hay caballeros andantes, y que él es uno de ellos y de los más valientes y famosos. La órden y sus pragmáticas y estatutos, están en su memoria impresos, y forma uno de los aspectos de su carácter, la certidumbre en que está el lector de que Don Quijote no hará ni podrá nunca hacer nada que sea deshonroso á un caballero, puesto que él mismo es el ejemplar modelo de obediencia y sumision á sus usos, prácticas y leyes: en una palabra, este fanatismo es lo que realmente constituye su personalidad y su locura. Sentado esto, cuando Don Quijote entra en combate, se entiende que entra aceptando las condiciones puestas por su contendor, como no fuesen en descrédito del aceptante y de la órden de la caballería, y la principal condicion es, que si fuese vencido habia de confesar que la dama del contrario era sin comparacion más hermosa que su Dulcinea del Toboso. El mismo caballero de los Espejos, que por cierto no es un fanático por la caballería, ántes bien un mortal enemigo de ella, da el ejemplo, cuando es vencido, cumpliendo como bueno y honrado la palabra que dió y el compromiso de honra que adquirió ántes de empezar el duelo. Y ¿qué es lo que vemos en el caso de Don Quijote? Con verdadero asombro se leen estas palabras, puestas en los labios del vencido y del caido: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad.» Es decir, que Don Quijote, la flor y nata de los caballeros, el hombre escrupuloso hasta lo sumo en cuestiones de honra y de dignidad, el que se vuelve loco por sólo esta apreciacion excesiva de las prendas y calidades que á los caballeros distinguian y procura imitarlos en cuanto de su mano depende, en la ocasion más solemne y crítica, rompe su palabra, olvida su deber y deja de cumplir con lo que él mismo ha aceptado y se ha impuesto como obligacion, y no sólo no cumple, sino que insiste en confesar lo contrario. Esto, por lo ménos, debia haber hecho abrir un tanto los ojos á los críticos, porque inconsecuencia y contradiccion mayor no es posible imaginarse.

Y hay otro extremo en su confesion que en el sentido literal es incomprensible ó impertinente. ¿A qué viene el decir que él es el más desdichado caballero de la tierra? Allí no se cuestiona sobre aventuras ó desventuras, ni le importa saber al adversario si es desdichado ó nó en aquellos momentos críticos. Además, ¡desdichado por ser vencido! Eso no constituye una notoriedad en el terreno de las desventuras, pues como él mismo ha dicho varias veces, las cosas de la guerra están sujetas á continua mudanza, y el que hoy cae, mañana puede levantarse. Ni tampoco el ser vencido podia cogerle de nuevo, porque toda su peregrinacion no es más que una serie de caidas.

Pero todo esto que es inconsecuente, contradictorio, impropio é incomprensible y hasta absurdo en el sentido literal, se trueca en consecuente, lógico, propio, pertinente é inteligible en el sentido figurado ó alegórico, representándonos en la imaginacion á Cervantes y á su émulo y entendiendo que el combate no es físico sino espiritual y moral. Mejor dicho, áun las figuras de Cervantes y su contrario desaparecen y los dos contendientes son el porvenir y el pasado, la luz que nace y las sombras que mueren. En este sentido, no sólo es admirable la respuesta de Don Quijote, sino que ni la muerte ni los mayores tormentos ni todas las órdenes de caballerías del mundo debian atemorizarle para dejar de decir que Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo. Bajo este aspecto se comprende perfectamente qué quiere decir al expresar que él es el más desdichado de la tierra, pues amando y adorando á la

razon, no sólo no puede proclamar su hermosura ni hacer uso de ella libremente, sino que ve con pena á la humanidad condenada á esa misma ausencia y desamparo que tanto lamentaron nuestros poetas bajo el disfraz de canciones á sus damas. En el sentido literal Don Quijote se rebaja y envilece dejando de confesar que la dama del caballero de la Blanca Luna es más hermosa que Dulcinea. En el sentido espiritual Don Quijote se eleva, engrandece y sublima confesando que Dulcinea es la mujer más hermosa del mundo.

Desde este suceso en adelante hay un cambio notable en los caracteres. A pesar de su aparente resignacion, Don Quijote es presa de una melancolía profunda que mina y concluye con su energía espiritual en que parece estaba cifrada su vida. En cambio, Sancho se muestra excelente consejero, discreto servidor y leal amigo de su amo, animándole con esperanzas y como sintiendo interiormente haber contribuido á apenar á Don Quijote con su encanto de Dulcinea en lo material, como los malignos encantadores lo habian hecho en lo moral.

Capítulo LXV.—1.—*En Berbería.*—No puede darse más claro indicio de la transfiguracion de Cervantes en el hidalgo aventurero. Esto que es una empresa disparatada concebida ó propuesta por un loco, fué empresa proyectada en Argel por Cervantes, segun testimonios del padre Haedo, el doctor Sosa y el mismo rey Azan Agá. Si pesa más un platillo de la balanza de la locura es sin duda del lado de Cervantes, porque despues de todo Don Quijote no hace más que enunciar la idea, miéntras que Cervantes perseveró en ella, hizo actos determinados con tal objeto, y llegó á engendrar temores en el ánimo del rey moro. ¿Cómo no habia de saber pintar al hidalgo quien tenia el modelo de su sublime locura en sus mismas entrañas?

Capítulo LXVI.—1.—*Ejercicio de las armas.*—Parece ser el intento de Cervantes que al terminar las peregrinaciones de amo y mozo, Sancho haya subido en ilustracion y conocimientos al nivel de su amo. Si no fuese porque el genio tiene una magia inexplicable, esta conversion de Sancho de ignorante en sabio y de necio en discreto, seria un defecto notabilísimo del poema, pues como dice el mismo Don Quijote: «Muy filósofo estás, muy á lo discreto hablas: *no sé quién te lo enseña.*»

Hay en este pasaje unas frases en que el autor completamente se olvida de que está hablando de Don Quijote y habla de sí mismo en los mismos términos que lo hace despues en el *Viaje del Parnaso.*

Cotéjense los versos y pasajes que van á continuacion:

«Vienen las malas suertes *atrasadas*
Y toman *tan de léjos* la corriente,
Que son *temidas*, pero no excusadas.
. . . . . .
. . . . . .
Tú mismo te has forjado tu ventura
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el *imprudente* poco dura.»

«No hay fortuna en el mundo, dice Don Quijote, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es *artífice de su ventura.* Yo lo he sido de la mia; pero no con la *prudencia* necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones.»

Aquí se gloria Don Quijote de que aunque perdió la honra, no perdió ni pudo perder la virtud de cumplir su palabra. Si bien se mira, la causa del combate no fué la cuestion de un año de retiro ó reclusion en su lugar natal, sino cuestion de precedencia de hermosura, y como se ha visto, Don Quijote no cumplió su palabra: tal es la importancia del sentido espiritual y alegórico que obliga á una inconsecuencia como la que observamos.

Capítulo LXVIII.—1.—*Spero lucem.*—Entre todas las formas y maneras directas é indirectas con que Cervantes ha dejado entender la significacion de Dulcinea, esta es la más explícita. Que esta luz que espera es su único ideal, se deduce de la comparacion que hace entre las esperanzas ó ideal de Sancho y las suyas. Sancho le vió al fin realizado; pero Don Quijote no, ni pensaba tampoco verle en los dias de su vida, segun se verá más adelante, puesto que habia de venir despues que acabasen las tinieblas del error, y por desgracia aún se está la humanidad en estas sombras, ó á lo más entre dos luces. Parece que al adoptar Cervantes este *motto* ó lema, que se halla en el escudo de Juan de la Cuesta puesto al frente de la edicion del Quijote, lo traspasa y graba en el escudo del caballero andante, que sabido es estaba aún en blanco y sin figura ni emblema ni mote. En la explicacion que he dado de los signos y alegorías de este escudo se ve claramente que simbolizaban la opresion de la inteligencia del hombre por la mano de hierro del despotismo religioso, y como esto era aventurado y constituye lo que llama Cervantes en los versos de Urganda «indiscretos hieroglíficos,» se valió de este rodeo para venir á implantar el lema ó inscripcion ó sea el alma del simbolismo del escudo en el todavía indeterminado de Don Quijote. Esta falta de empresa y mote en el escudo es muy singular y significativa. Don Quijote piensa pintar en él una triste figura, por seguir la idea de Sancho, que en la aventura con el disfrazado Blanco de Paz lanzó el epigrama de llamarle el caballero de la Triste Figura; pero no obstante esa resolucion, el escudo se mantiene sin figura y sin empresa. Más adelante se bautiza con el nombre de el Caballero de los Leones, y á pesar de esto, el escudo continúa en blanco. ¿Cómo un caballero tan valiente y enamorado anda en el ejercicio de las armas acabando aventuras y sin tener qué poner en el escudo? El mismo Sanson le da el ejemplo trayendo en el suyo una luna resplandeciente. ¿Le faltarian á Don Quijote empresas y mottos que pintar y que inscribir en el suyo, habiendo vencido al caballero de los Espejos, y siendo tan fiel y perfecto amante de Dulcinea? Pero lo inscrito en el escudo habia de ser el alma, el espíritu de la empresa de Don Quijote, y la tiranía suspicaz no la hubiera

consentido. Si las figuras que se ven en el escudo del impresor las hubiera puesto Cervantes en el escudo de Don Quijote, habria concluido su vida en los calabozos de la Inquisicion. Sin embargo, en el QUIJOTE están y virtualmente traspasadas al escudo del caballero que de una manera explícita lo declara, aceptando como su ideal el pensamiento ó ideal expresado en la orla.

CAPÍTULO LXIX.—1.—*Se sabian.*—Mucho se ha hablado sobre este episodio de Altisidora en el concepto de que es una sátira contra la Inquisicion, y áun se cita el nombre del primer crítico que le juzgó por tal, como si fuera necesaria mucha penetracion de ingenio para conocer que algo tiene que ver con el Santo Oficio el sambenito y la coroza que ponen á Sancho y el tormento que le dan los pajes y las dueñas. Creo, sin embargo, que fuera de esto, que no es más que un detalle insignificante, el fondo ó argumento del episodio no parece concordar con lo que tal opinion supone. Más bien podria decirse que Cervantes quiso representar el embeleco y engaño que ha habido siempre en los llamados milagros de resurrecciones de muertos, pintando la burlesca resurreccion de Altisidora y dando á entender que todos los casos han sido semejantes: esto es, que ha habido paralizacion de las funciones del cuerpo por un período más ó ménos largo, con todas las semejanzas exteriores de la muerte; pero que no ha faltado ni podido faltar el hálito vital, porque cuando esto sucede, *nulla est resurrectio.*

CAPÍTULO LXXIII.—1.—*Tomar de aquí.*—Sancho, despues del vencimiento de su amo, toma como ya se ha dicho una parte muy activa y directa en el curso de la fábula, mostrando, no sólo discrecion suma, sino como que parece que quiere compensar y remediar la burla que hizo á Don Quijote en el encanto de Dulcinea. Segun el criterio del hidalgo hay aparentemente contradiccion en el texto de este capítulo con lo que de una manera clara é indudable dice el autor en los versos de Urganda, y otra contradiccion existe entre el sentido de las palabras del un muchacho al otro, y el que se desprende de la manera con que las interpreta Don Quijote. Las palabras que oye este al entrar en su pueblo son: «no la has de ver en los dias de tu vida,» miéntras que la asercion de Urganda es, que Don Quijote,

«Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-»

y las que pronuncia Don Quijote, si ya no es que existe alguna errata en el texto, son estas: «aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea.» Segun, pues, la version primera, la amenaza ó el destino reservado á Don Quijote era no ver jamás á Dulcinea, miéntras que en la interpretacion del hidalgo se dice *ver más* á Dulcinea, lo que implica que ántes la habia visto. Es más racional poner más fe en la declaracion de Urganda y version de Don Quijote, que concuerdan, que en la version que sirve de mal agüero y que difiere. En efecto, espiritualmente, que es como se debe entender esta version, el hidalgo ó Cervantes que en él se transfigura, vió á Dulcinea, porque esta era su alma, su razon misma, cultivada é ilustrada y amante de la verdad. Si lo que se entiende por esta dama mitológica no lo vió y alcanzó un genio privilegiado que es la razon despejada y libre de las sombras de la ignorancia; si Cervantes no alcanzó esa luz que deseaba y esperaba, ¿qué otro sér humano podrá conseguirlo? Pero Cervantes quiere esta luz y emancipacion para su patria, para sus semejantes, y esa es la que no pudo ver en los dias de su vida.

2.—*En el mundo.*—Atrevimiento es, sin duda, el decir que Sancho puso el sambenito y la coroza á su jumento. Esto supone ser la idea de Cervantes, que sólo un pueblo de asnos pudo sufrir la degradacion y envilecimiento á que sometia la tiranía inquisitorial á los séres racionales. Censura merecen los déspotas; pero no pequeña parte de la culpa está en los esclavos que los sufren, y por esto se dijo, de individuos y pueblos, que cada uno tiene lo que se merece. Buckle, en su *Historia de la Civilizacion en España*, dice que los españoles tienen aún la Inquisicion en la médula de los huesos. Se conoce que Cervantes era justo é imparcial y conocia bien á sus compatriotas.

CAPÍTULO LXXIV.—1.—*Página* 579.—*Quiero decir que se murió.*—Este final y desenlace de la fábula es un verdadero monumento de instinto artístico. Habia grave riesgo en pintar á Don Quijote cuerdo, por ser imposible que en su sano juicio excediese y venciese su bondad de alma á la que mostró en su locura; y con todo eso, el concluir loco, ya en un manicomio al modo que termina el héroe de Avellaneda, ó muerto á palos en una aventura, habria sido repugnante por extremo, á más de no ofrecer leccion moral alguna, pues hay en la naturaleza humana una especie de inclinacion ingénita á ver reparados, enderezados y corregidos todos los desórdenes y desequilibrios y perturbaciones, tanto en lo moral como en lo físico.

Es posible que algunos crean, siguiendo el parecer de don Antonio Moreno, que la locura del hidalgo estaba demasiado arraigada y su edad demasiado avanzada para curacion tan completa y repentina como la que aquí se opera por medio de un sueño, y, en efecto, no se le pasó á Cervantes este inconveniente, haciendo entender que un año entero de sosiego y de dormir, no bastaria á volver el juicio á un loco tan rematado como Don Quijote. Podria decirse tambien, que Cervantes toca con mucho acierto el resorte del milagro, y lo que es imposible para el órden de las leyes de la naturaleza que tienen la manía de ser invariables, es posible para el que todo lo puede: de manera que pudo dormirse Don Quijote muy loco y despertarse muy cuerdo por la agencia y ministerio de la misericordia divina. Cervantes sabia que esto era más bello y maravilloso que cualquiera otra cura, y como en el QUIJOTE todo habia de causar admiracion ó risa, no pudiendo ser cosa de burla los últimos momentos del Ingenioso hidalgo, quiso que fueran de admiracion. Un régimen higiénico y un plan curativo habrian sido cosas pesadas y prosaicas, miéntras que bien sabia Cervantes que el milagro lo arregla todo.

Pero no hay necesidad de admitir esta interpretacion como única y aislada, puesto que el autor se vale cabalmente de uno de los fenómenos de la naturaleza para el desenlace, y es que generalmente las demencias concluyen al borde del sepulcro y bien lo da á entender cuando dice: «y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á

cuerdo.» Siempre se hallará en el fondo de las pinturas de Cervantes la naturaleza, puesto que no hay arte que pueda serlo sin seguir todo lo fielmente posible á esta su gran maestra y único modelo; pero esto no impide que sobre el fondo de naturalismo que aquí vemos, borde Cervantes algo de lo maravilloso, poniendo la cura repentina como efecto de la divina misericordia. Nunca faltó en la intencion de Cervantes diversidad de matices y abundancia de colores, y ménos podia faltarle en esta ocasion tan crítica.

Esto en cuanto al terreno del arte. En lo que toca al argumento espiritual, preciso es reconocer que este cambio y este salir de esta «prision baja y escura» dentro del gremio de la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana y recibidos todos sus auxilios y sacramentos, era de necesidad para el *salus auctoris*. Volviéndolo cuerdo y haciéndole abominar sus pasados desvaríos, es como Cervantes podia vivir tranquilo, y tal vez el regresar Don Quijote á su pueblo la primera vez en compañía y en el seguro del clero, y el morir tambien dentro del asilo de la religion, salvó á Cervantes del rigor del Santo Oficio. Despues de todo, se dirian, este autor está con nosotros, es de los nuestros, puesto que de las locuras no ha de hacerse caso, y cuando Don Quijote está en su juicio cumple como buen católico cristiano.

A pesar de la solemnidad que respira este último capítulo, el humor cómico de Cervantes es tal, que aún asoma por algunos resquicios. Dice Don Quijote en una de las cláusulas del testamento, que si su sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion *que no sabe qué cosa sean libros de caballerías*. Ahora bien, esto es condenarla á doncellez perpetua, porque encontrar tal hombre en aquel tiempo era lo mismo que creer hallar hoy uno medianamente ilustrado que no sepa lo que son novelas.

Réstame observar, que aquí hay muchas protestas y abominaciones contra los libros de caballerías, por seguir el temperamento literal; pero obsérvese que no hay una sola palabra de Don Quijote cuerdo contra Dulcinea, á quien tanto amó cuando loco. Este nombre es y continúa siendo sagrado para el hidalgo, cuando si realmente no fuera el intento de Cervantes el que hemos desarrollado en estas notas, lo primero que debió hacer es abjurar de su amor á Dulcinea, pensamiento continuo durante su demencia, móvil, instrumento y fin de todos sus actos. Cervantes no puede rayar más alto en lo ingenioso y discreto que lo que vemos en este su final capítulo, atendidas las circunstancias de su época y la vigilancia especial de que fué objeto de parte de los inquisidores ó encantadores de Dulcinea.

1.—*Sin duda alguna.*—VALE.—Lo único notable de este final relativamente al espíritu del poema, es la repeticion y confirmacion que hace el autor de su identidad con el personaje, al paso que repite tambien el objeto que se propuso en el argumento externo, cuidando de recargar más en este y de ponerlo despues para que se quede más impreso en la memoria. Nótese la significativa expresion de «solos los dos somos para en uno,» que viene como á cerrar y sellar una numerosa serie de pruebas convincentes de que la peregrinacion de Don Quijote es una alegoría de la vida y pensamientos de Cervantes, y de aquí la superioridad de esta sobre todas las obras de arte conocidas, pues al modo que un pintor ó escultor pinta ó esculpe una figura tanto más perfecta cuanta mayor perfeccion tiene el modelo de que copian, así el QUIJOTE, teniendo por modelo á un hombre privilegiado en corazon y en ánimo, en sentimiento y entendimiento, resultó más perfecto, más sublime y más humano, que si copiara de la generalidad de los hombres.

Y, en efecto, no hay obra de arte que contenga más cantidad de elemento humano y natural que el QUIJOTE, porque todo lo que dice ha sido sentido por el autor. Agréguese á esto que en la region del arte es una estructura gigantesca y bellísima, que de filosofía moral contiene un tesoro, que en materia de lenguaje es un monumento, que en gracias y chistes no tiene rival, y que por último, bajo la alegoría de aventuras y batallas y amor del caballero á una dama, se pinta la batalla humana por el bien y su amor á la libertad de la razon y la inteligencia, y no se extrañará que el QUIJOTE sea imperecedero; es más, que cada dia sea más nuevo y lozano, porque á medida que los hombres van caminando por la senda del progreso, se van encontrando la eterna figura de Don Quijote, que les ha precedido y padecido por la libertad y amado la luz de la razon, sola y única guía de la humanidad para el cumplimiento de su destino. Do quiera que surja una aspiracion noble, un brillante ideal, un impulso generoso, do quiera que se luche por la verdad, se suspire por el bien, se sufra por la libertad y se adore la luz de la ciencia, allí aparecerá siempre el recuerdo y la sombra de este indomable batallador diciendo á los venideros: «Yo os precedí en este camino, cuando el sólo pensarlo era tenido por locura, y el intentarlo por temeridad. Mi espíritu os acompañará en la jornada, y mi recuerdo estará con vosotros miéntras aliente un hombre sobre la tierra.» Sí, porque el QUIJOTE es más que una obra de arte, es la Biblia humana, y al modo que en la religiosa encuentra el alma lo que llama la voz de Dios conduciéndola á la felicidad eterna, en la obra de Cervantes hay tambien voz divina conduciendo á los humanos por el camino de la felicidad en la tierra.

FIN DE LAS NOTAS

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

Páginas

Dedicatoria al Conde de Lémos. I

Prólogo. III

Capitulo primero. — De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad. . . . 1

Capítulo II. — Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos. 13

Capitulo III. — Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco. 19

Capitulo IV. — Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse. 28

Capitulo V. — De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion. 34

Capitulo VI. — De lo que pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia. 41

Capitulo VII. — De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos. 47

Capitulo VIII. — Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver su señora Dulcinea del Toboso. . 55

Capitulo IX. — Donde se cuenta lo que en él se verá. 63

Capitulo X. — Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos. 68

Capitulo XI. — De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la Muerte. 77

Capitulo XII. — De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos. 84

Capitulo XIII. — Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos. 92

Capitulo XIV. — Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque. 99

Capitulo XV. — Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero. . . . 111

Capitulo XVI. — De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha. 114

Capitulo XVII. — Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones 124

Capitulo XVIII. — De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes. 135

Capitulo XIX. — Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos. . . 144

Capitulo XX. — Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre. . . . 152

Capitulo XXI. — Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos. 162

Capitulo XXII. — Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote. 169

Capitulo XXIII. — De las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa. 177

Páginas

CAPITULO XXIV.—Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia. 188

CAPITULO XXV.—Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino. 195

CAPITULO XXVI.—Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas. . . . 205

CAPITULO XXVII.—Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado. 214

CAPITULO XXVIII.—De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion. 221

CAPITULO XXIX.—De la famosa aventura del barco encantado. 227

CAPITULO XXX.—De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora. 234

CAPITULO XXXI.—Que trata de muchas y grandes cosas. 240

CAPITULO XXXII.—De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos. . 249

CAPITULO XXXIII.—De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note. 263

CAPITULO XXXIV.—Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro. 271

CAPITULO XXXV.—Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos. 279

CAPITULO XXXVI.—Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza 287

CAPITULO XXXVII.—Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida. 294

CAPITULO XXXVIII.—Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida. 297

CAPITULO XXXIX.—Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia. 304

CAPITULO XL.—De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia. 308

CAPITULO XLI.—De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura. 314

CAPITULO XLII.—De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas. 325

CAPITULO XLIII.—De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza. 331

CAPITULO XLIV.—Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote. 338

CAPITULO XLV.—De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar. 347

CAPITULO XLVI.—Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora. 355

CAPITULO XLVII.—Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno. 360

CAPITULO XLVIII.—De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodriguez, la eduña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna. 369

CAPITULO XLIX.—De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula. 378

CAPITULO L.—Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la Dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza. 390

CAPITULO LI.—Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos. 400

CAPITULO LII.—Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez. 409

CAPITULO LIII.—Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza. 417

CAPITULO LIV.—Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna. 424

CAPITULO LV.—De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver. 433

CAPITULO LVI.—De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosílos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez. 441

Páginas

CAPITULO LVII. — Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa. 447

CAPITULO LVIII. — Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras. 451

CAPITULO LIX. — Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote. 463

CAPITULO LX. — De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona. 472

CAPITULO LXI. — De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto. 485

CAPITULO LXII. — Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse. 489

CAPITULO LXIII. — Del mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca. 502

CAPITULO LXIV. — Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido. 512

CAPITULO LXV. — Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos. 517

CAPITULO LXVI. — Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer. 523

CAPITULO LXVII. — De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos. 529

CAPITULO LXVIII. — De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote. 535

CAPITULO LXIX. — Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote. 541

CAPITULO LXX. — Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia. . . . 547

CAPITULO LXXI. — De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea. 555

CAPITULO LXXII. — De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea. 562

CAPITULO LXXIII. — De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia. 568

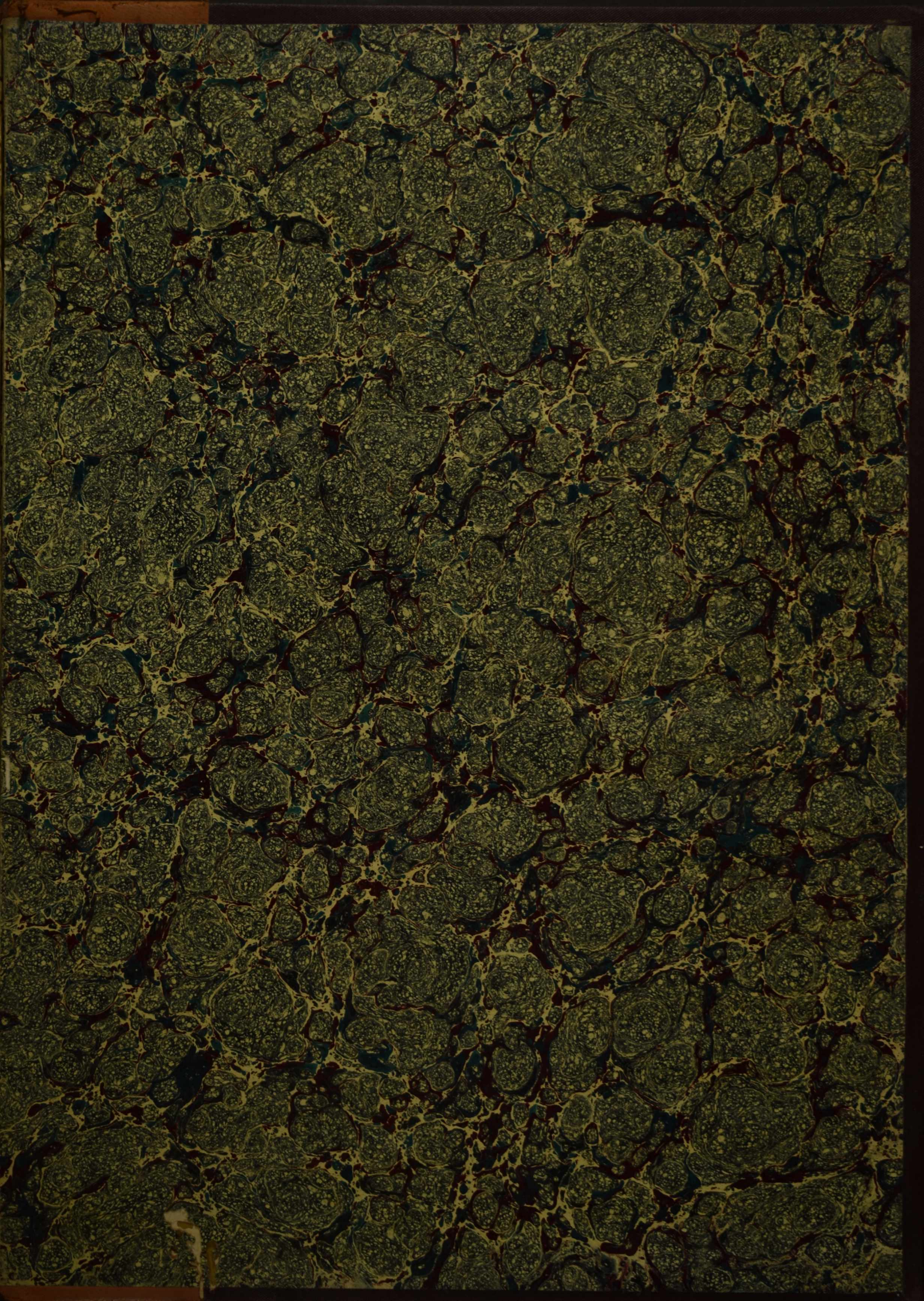
CAPITULO LXXIV. — De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte. 574

Notas del segundo tomo del QUIJOTE. 582

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpais al señor Bachiller.	22
E hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: «Reina de la hermosura.».	72
Si las muchas ganas de pelear no os gastan la cortesía.	104
El leonero abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el leon.	130
Asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo, dijo:	140
Poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y cortar de aquellas malezas.	174
Deteneos, mal nacida canalla; no le sigais ni le persigais.	208
Y al salir del alba, siguieron su camino buscando las riberas del Ebro.	226
Y le echaron sobre los hombros un manton de escarlata.	240
Yo soy el diablo, voy á buscar á Don Quijote de la Mancha.	274
Voló por los aires con extraño ruido.	320
Sino hasta dos docenas de puntos de una media.	342
Dió una gran voz diciendo: «¡Jesus! ¿Qué es lo que veo?».	370
«Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo.».	402
Y á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo	442
Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote, sustenta la vida.	464
No es mi tristeza por haber caido en tu poder, ¡oh valeroso Roque!	470
¡Vencido sois, caballero!	514
Vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo.	538
Descubrieron su aldea, la cual, vista de Sancho, se hincó de rodillas.	566
A quien en mi locura hice mi escudero.	576



DON QUIJOTE
DE LA MANCHA
2
BARCELONA